

Marxismo Vivo

Órgano teórico de la Liga Internacional de los Trabajadores - IV Internacional

Nueva
Época



San Pablo - 2013

Marxismo Vivo Nueva Época

es una publicación de Editora Lorca S.A.

CNPJ: 04.904693/0001-06

Rua Doutor Paulo Dias, 53

CEP: 04109-060

+ 55 -11 5083 3343

editoralorca@gmail.com

Aclimação, São Paulo, SP, Brasil

Periodista responsable

Maria Cecília Garcia

MTb 12.471

Editor

Martín Hernández

Tapa

Martín S. Garcia

Diagramación

Natalia Estrada

Traducciones

Anna Jezierska

Natalia Estrada

ISSN: 2185-2281



**ediciones
marxismo
vivo**

Marxismo Vivo Nueva Época

es una revista al servicio de la investigación,
elaboración y debate de la teoría revolucionaria.

El contenido de los artículos es de entera
responsabilidad de los respectivos autores.

A nuestros lectores

Han pasado casi dos años desde la publicación de la última edición de *Marxismo Vivo Nueva Época*, el órgano teórico de la LIT-CI (Liga Internacional de los Trabajadores - IV Internacional).

Por cierto, ha transcurrido tanto tiempo entre una edición y otra que es necesario comenzar a acortar esos plazos, porque el aumento y la radicalización de la lucha de clases a nivel mundial nos exige a los marxistas, cada vez más, respuestas no sólo políticas sino teóricas, que es el objetivo central de esta Revista.

En los últimos años vivimos, junto con la crisis del capital y su intento de descargarla sobre los hombros de los trabajadores, un avance muy grande, diríamos espectacular, de la lucha de clases.

Es el Norte de África, es el Medio Oriente, es Europa y, ahora, es también América Latina, con redobladas fuerza a partir de la entrada en escena del gigante dormido: Brasil, el país donde esta Revista es editada.

La agudización de la lucha de clases está creando situaciones revolucionarias y revoluciones. Por eso, hemos visto la necesidad de abordar un debate antiguo pero muy actual: la Teoría de la revolución permanente anunciada por Marx y desarrollada por Trotsky, con las consiguientes actualizaciones y polémicas.

Pero también, por aquello de que “no sólo de pan vive el hombre”, esta edición contiene, por primera vez, un dossier sobre un debate cultural.

Esperamos que no pase tanto tiempo hasta nuestro próximo encuentro. ¡No pasará! Nos comprometemos, entonces, a publicar como mínimo dos números de la Revista, durante el año 2014.

Los editores

La Teoría de la revolución permanente en debate

*“Los dos sujetos de Trotsky, el social y el político, fallaron a la cita histórica, no llegaron en hora. Y, sin embargo, a pesar de haber fallado a la cita histórica, nosotros seguimos creyendo que la **Teoría de la revolución permanente** es el más grande hallazgo del siglo desde el punto de vista teórico”.*

(Nahuel Moreno, Escuela de Cuadros, Argentina, 1984).

CONTENIDOS

Tesis de la revolución permanente (León Trotsky).....	9
¿Qué es la revolución permanente? (Tesis fundamentales).....	9
Tesis XXXIX - Actualización del Programa de Transición (Nahuel Moreno).....	15
Actualidad de la teoría de la revolución permanente	
y de la Ley del desarrollo desigual y combinado	15
Crítica a las Tesis de la revolución permanente de Trotsky (Nahuel Moreno)	21
Extracto de la grabación de la escuela de formación	
Argentina, 1984)	21
En defensa de la revolución permanente (Alejandro Iturbe)	29
Introducción	29
El debate actual.....	31
El desarrollo de la Teoría (1905-1929)	32
El giro de Lenin en abril de 1917	33
Los tres aspectos de la revolución permanente	35
Los ataques del stalinismo	35
Respuesta de Trotsky a algunos ataques	38
El debate con Preobazhensky	39
La formulación de 1929.....	39
Los aportes de Nahuel Moreno	40
La hipótesis “altamente improbable” del Programa de Transición	40
La revolución permanente ha sido confirmada en la segunda posguerra	41
Una profunda revisión de la Teoría	42
Una falsa reivindicación de Nahuel Moreno	44
Una discusión actual	45
Un programa puramente democrático	46
Una larga cadena de confusiones	46
Las Tesis de Oriente.....	47
¿Moreno apoya a Robaina?.....	48
La cuestión de los “regímenes intermedios”	49
El gobierno obrero y campesino y las contradicciones	
entre estructura y superestructura	50
Falsas caracterizaciones de Chávez y Evo	51
Algunas conclusiones	52

El sectarismo “mata” el concepto de revolución	53
¿Qué es una revolución?	53
¿Qué es una situación revolucionaria?	54
La revolución en el mundo árabe	57
Los campos sociales, políticos y militares en las guerras civiles	57
Libia: una prueba de fuego	59
¿Por qué intervino el imperialismo?	60
Total inconsecuencia	61
La revolución democrática y la lucha contra las dictaduras	62
¿Hay revoluciones por un cambio de régimen?	63
¿Con qué programa intervenimos en cada momento del proceso?	64
Abandono del método del Programa de Transición	67
“Inconscientemente socialista”	68
Sobre triunfos... ..	70
... y transiciones	71
Resumen final	72
Marxismo y Revolución en el “Tercer Mundo”	73
<i>La Revolución Permanente Desviada</i> (Tony Cliff)	73
Tres conceptos de revolución	73
La subida de Mao al poder	79
La revolución de Castro.....	81
¿Qué fracasó en la Teoría?.....	86
La intelectualidad	89
Revolución permanente desviada	92
¿“La revolución permanente desviada” o la crisis de dirección?.....	95
Una crítica marxista a la teoría de	
<i>La Revolución Permanente Desviada</i> (Florence Oppen)	95
Reabriendo el diálogo	95
Los aportes teóricos de la Teoría de la revolución permanente.....	97
<i>La Revolución Permanente Desviada</i> de Cliff: una valoración crítica marxista	114
Conclusión.....	126

TESIS DE LA REVOLUCIÓN PERMANENTE

León Trotsky

¿Qué es la revolución permanente? (Tesis fundamentales)

1. La teoría de la revolución permanente exige en la actualidad la mayor atención por parte de todo marxista, puesto que el rumbo de la lucha de clases y de la lucha ideológica ha venido a desplazar de un modo completo y definitivo la cuestión, sacándola de la esfera de los recuerdos de antiguas divergencias entre los marxistas rusos para hacerla versar sobre el carácter, el nexo interno y los métodos de la revolución internacional en general.
2. Con respecto a los países de desarrollo burgués retrasado, y en particular de los coloniales y semicoloniales, la Teoría de la revolución permanente significa que la resolución íntegra y efectiva de sus fines democráticos y de su emancipación nacional tan sólo puede concebirse por medio de la dictadura del proletariado, empuñando este el poder como caudillo de la nación oprimida y, ante todo, de sus masas campesinas.

■■■■
* Las tesis fueron escritas en 1929 en respuesta a un ataque que a la Teoría de la revolución permanente elaborada por Trotsky hacía Karl Radek, ex miembro de la Oposición de Izquierda, quien abogaba por la teoría del “socialismo en un solo país” propuesta por Stalin. Trotsky se proponía clarificar la relación entre sus perspectivas y las de Lenin respecto de las relaciones de clase y los objetivos internacionales de la Revolución Rusa.

Fueron publicadas por primera vez en ruso, por la Oposición de Izquierda en Berlín, en 1930 y traducidas de su idioma original al castellano por Andreu Nin.

El texto corresponde a la edición digital en castellano, realizada por uno de los miembros de *Red Vasca Roja*, Juan Mari Madariaga, en noviembre de 1999.

HTML para Marxists.org: Juan Fajardo, abril de 2000. La presente edición fue tomada de *Marxists Internet Archive*, 1 de mayo de 2000.

3. El problema agrario, y con él el problema nacional, asignan a los campesinos, que constituyen la mayoría aplastante de la población de los países atrasados, un puesto excepcional en la revolución democrática. Sin la alianza del proletariado con los campesinos, los fines de la revolución democrática no sólo no pueden realizarse sino que ni siquiera cabe plantearlos seriamente. Sin embargo, la alianza de estas dos clases no es factible más que luchando irreconciliablemente contra la influencia de la burguesía liberal-nacional.
4. Sean las que fueren las primeras etapas episódicas de la revolución en los distintos países, la realización de la alianza revolucionaria del proletariado con las masas campesinas sólo es concebible bajo la dirección política de la vanguardia proletaria organizada en Partido Comunista. Esto significa, a su vez, que la revolución democrática sólo puede triunfar por medio de la dictadura del proletariado, apoyada en la alianza con los campesinos y encaminada en primer término a realizar objetivos de la revolución democrática.
5. Enfocada en su sentido histórico, la consigna bolchevique: “dictadura democrática del proletariado y de los campesinos”, no quería expresar otra cosa que las relaciones caracterizadas más arriba, entre el proletariado, los campesinos y la burguesía liberal. Esto ha sido demostrado por la experiencia de Octubre. Pero la vieja fórmula de Lenin no resolvía de antemano cuáles serían las relaciones políticas recíprocas del proletariado y de los campesinos en el interior del bloque revolucionario. En otros términos, la fórmula se asignaba conscientemente un cierto carácter algebraico, que debía ceder el sitio a unidades aritméticas más concretas en el proceso de la experiencia histórica. Sin embargo, esta última ha demostrado, y en condiciones que excluyen toda torcida interpretación, que, por grande que sea el papel revolucionario de los campesinos, no puede ser nunca autónomo ni, con mayor motivo, dirigente. El campesino sigue al obrero o al burgués. Esto significa que la “dictadura democrática del proletariado y de los campesinos” sólo es concebible como dictadura del proletariado arrastrando tras de sí a las masas campesinas.
6. La dictadura democrática del proletariado y de los campesinos, en calidad de régimen distinto por su contenido de clase a la dictadura del proletariado, sólo sería realizable en el caso de que fuera posible un partido revolucionario independiente que encarnara los intereses de la democracia

campesina y pequeñoburguesa en general, un partido capaz, con el apoyo del proletariado, de adueñarse del poder y de implantar desde él su programa revolucionario. Como lo atestigua la experiencia de toda la historia contemporánea y, sobre todo, la de Rusia durante el último cuarto de siglo, constituye un obstáculo invencible en el camino de la creación de un partido campesino la ausencia de independencia económica y política de la pequeña burguesía y su profunda diferenciación interna, como consecuencia de la cual las capas superiores de la pequeña burguesía (de los campesinos) en todos los casos decisivos, sobre todo en la guerra y la revolución, van con la gran burguesía, y los inferiores con el proletariado, obligando con ello al sector intermedio a elegir entre los polos extremos. Entre el kerenskismo y el poder bolchevique, entre el “Kuomintang” y la dictadura del proletariado, no cabe ni puede haber posibilidad intermedia, es decir, una dictadura democrática de los obreros y campesinos.

7. La tendencia de la Internacional Comunista a imponer actualmente a los pueblos orientales la consigna de la dictadura democrática del proletariado y de los campesinos, superada definitivamente desde hace tiempo por la historia, no puede tener más que un carácter reaccionario. Por cuanto esta consigna se opone a la dictadura del proletariado, políticamente contribuye a la disolución de este último en las masas pequeño-burguesas y crea de este modo las condiciones más favorables para la hegemonía de la burguesía nacional, y por consiguiente, para el fracaso de la revolución democrática. La incorporación de esta consigna al Programa de la Internacional Comunista representa ya de suyo una traición directa contra el marxismo y las tradiciones bolcheviques de Octubre.
8. La dictadura del proletariado, que sube al poder en calidad de caudillo de la revolución democrática, se encuentra inevitable y repentinamente, al triunfar, ante objetivos relacionados con profundas transformaciones del derecho de propiedad burguesa. La revolución democrática se transforma directamente en socialista, convirtiéndose con ello en permanente.
9. La conquista del poder por el proletariado no significa la coronación de la revolución, sino simplemente su iniciación. La edificación socialista sólo se concibe sobre la base de la lucha de clases en el terreno nacional e internacional. En las condiciones de predominio decisivo del régimen capitalista en la palestra mundial, esta lucha tiene que conducir inevitablemente a explosiones de guerra interna, es decir, civil, y exterior, revo-

lucionaria. En esto consiste el carácter permanente de la revolución socialista como tal, independientemente del hecho de que se trate de un país atrasado que haya realizado ayer todavía su transformación democrática, o de un viejo país capitalista que haya pasado por una larga época de democracia y parlamentarismo.

10. El triunfo de la revolución socialista es inconcebible dentro de las fronteras nacionales de un país. Una de las causas fundamentales de la crisis de la sociedad burguesa consiste en que las fuerzas productivas creadas por ella no pueden conciliarse ya con los límites del Estado nacional. De aquí se originan las guerras imperialistas, de una parte, y la utopía burguesa de los Estados Unidos de Europa, de otra. La revolución socialista empieza en la palestra nacional, se desarrolla en la internacional y llega a su término y remate en la mundial. Por lo tanto, la revolución socialista se convierte en permanente en un sentido nuevo y más amplio de la palabra: en el sentido de que sólo se consuma con la victoria definitiva de la nueva sociedad en todo el planeta.
11. El esquema de desarrollo de la revolución mundial, tal como queda trazado, elimina el problema de la distinción entre países “maduros” y “no maduros” para el socialismo, en el sentido de la clasificación muerta y pedante que establece el actual programa de la Internacional Comunista. El capitalismo, al crear un mercado mundial, una división mundial del trabajo y fuerzas productivas mundiales, se encarga por sí solo de preparar la economía mundial en su conjunto para la transformación socialista.

Este proceso de transformación se realizará con distinto ritmo según los distintos países. En determinadas condiciones, los países atrasados pueden llegar a la dictadura del proletariado antes que los avanzados, pero más tarde que ellos al socialismo.

Un país colonial o semicolonial, cuyo proletariado resulte aún insuficientemente preparado para agrupar en torno suyo a los campesinos y conquistar el poder, se halla por ello mismo imposibilitado para llevar hasta el fin la revolución democrática. Por el contrario, en un país cuyo proletariado haya llegado al poder como resultado de la revolución democrática, el destino ulterior de la dictadura y del socialismo dependerá, en último término, no tanto de las fuerzas productivas nacionales como del desarrollo de la revolución socialista internacional.

12. La teoría del socialismo en un solo país, que ha surgido como consecuencia de la reacción contra el movimiento de Octubre, es la única teoría que se opone de un modo consecuente y definitivo a la de la revolución permanente.

La tentativa de los epígonos, compelidos por los golpes de la crítica, de limitar a Rusia la aplicación de la teoría del socialismo en un solo país en vista de las peculiaridades (extensión y riquezas naturales) de esta nación, no mejora, sino que empeora las cosas. La ruptura con la posición internacional conduce siempre, inevitablemente, al mesianismo nacional, esto es, al reconocimiento de ventajas y cualidades inherentes al propio país, susceptibles de permitir a este desempeñar un papel inasequible a los demás. La división mundial del trabajo, la subordinación de la industria soviética a la técnica extranjera, la dependencia de las fuerzas productivas de los países avanzados de Europa respecto a las materias primas asiáticas, etc., etc., hacen imposible la edificación de una sociedad socialista independiente en ningún país del mundo.

13. La teoría de Stalin-Bujarin no sólo opone mecánicamente, contra toda la experiencia de las revoluciones rasas, la revolución democrática a la socialista, sino que divorcia la revolución nacional de la internacional.

A las revoluciones de los países atrasados les asigna como fin la instauración de un régimen irrealizable de dictadura democrática que contrapone a la dictadura del proletariado. Con ello introduce ilusiones y ficciones en la política, paraliza la lucha del proletariado por el poder en Oriente y retrasa la victoria de las revoluciones coloniales.

Desde el punto de vista de la teoría de los epígonos, el hecho de que el proletariado conquiste el poder implica el triunfo de la revolución (“en sus nueve décimas partes”, según la fórmula de Stalin) y la iniciación de la época de las reformas nacionales. La teoría de la evolución del *kulak* hacia el socialismo¹ y de la “neutralización” de la burguesía mundial, son, por este motivo, inseparables de la teoría del socialismo en un solo país. Estas teorías aparecen juntas, y juntas caen.

■■■■
¹ En el período de florecimiento de la política derechista sostenida por el bloque del centro y de la derecha, Bujarin, teórico de dicho bloque, lanzaba a los campesinos la consigna: “¡Enriqueceos!”, porque entendía que, en las condiciones creadas por la economía soviética, el *kulak*, en vez de evolucionar hacia el capitalismo, lo hacía “pacíficamente” hacia el socialismo. Esta fue la política oficial del partido desde 1924 hasta principios de 1928, cuando el *kulak*, al declarar la “huelga del trigo”, hizo ver a los dirigentes del partido que continuaba la lucha de clases en el campo. [N. de T.].

La teoría del nacional-socialismo reduce a la Internacional Comunista a la categoría de instrumento auxiliar para la lucha contra la intervención militar. La política actual de la Internacional Comunista, su régimen y la selección del personal directivo de la misma responden plenamente a esta reducción de la Internacional al papel de destacamento auxiliar, no destinado a la resolución de objetivos independientes.

14. El programa de la Internacional Comunista, elaborado por Bujarin, es ecléctico hasta la médula. Dicho programa representa una tentativa estéril para conciliar la teoría del socialismo en un solo país con el internacionalismo marxista, el cual, por su parte, es inseparable del carácter permanente de la revolución internacional. La lucha de la oposición comunista de izquierda por una política justa y un régimen saludable en la Internacional Comunista está íntimamente ligada a la lucha por el programa marxista. La cuestión del programa es, a su vez, inseparable de la cuestión de las dos teorías opuestas: la de la revolución permanente y la del socialismo en un solo país. Desde hace mucho tiempo, el problema de la revolución permanente ha rebasado las divergencias episódicas, completamente superadas por la historia, entre Lenin y Trotsky. La lucha está entablada entre las ideas fundamentales de Marx y Lenin de una parte, y el eclecticismo de los centristas, de otra.

TESIS XXXIX*

ACTUALIZACIÓN DEL PROGRAMA DE TRANSICIÓN

Nahuel Moreno

ACTUALIDAD DE LA TEORÍA DE LA REVOLUCIÓN PERMANENTE Y DE LA LEY DEL DESARROLLO DESIGUAL Y COMBINADO

Así como se impone reivindicar más que nunca el Programa de Transición y el trotskismo, debemos hacer lo mismo con la Teoría de la revolución permanente. Pero debemos distinguir cuidadosamente la Teoría del texto escrito de las *Tesis* de la revolución permanente. En algunos aspectos esas *Tesis* han envejecido. Cuando más pronto lo reconozcamos, tanto más pronto estaremos en condiciones de combatir mejor al revisionismo.

Las *Tesis* no contemplan la revolución política. No podían contemplarla puesto que cuando fueron escritas la realidad histórica no había planteado la existencia de un estado obrero burocratizado. Pero esa nueva realidad es hoy en día parte esencial de nuestra política y teoría de la revolución permanente. La revolución política es parte de la revolución socialista mundial, junto con las tareas democráticas formales y de contenido, y con las revoluciones de febrero. Las tareas democráticas, las revoluciones de febrero, las revoluciones políticas, son parte de la revolución socialista. Esta combinación de tareas no sólo se da a nivel mundial sino a nivel de cada país, sea o no atrasado, sea imperialista u obrero burocratizado. Por eso, una expresión de la revolución política, la lucha contra los aparatos burocráticos contrarrevolucionarios, se da en los países capitalistas avanzados. Lo mismo es válido para las tareas democráticas.

* El texto de la Tesis fue extraído de Ediciones Antídoto, Buenos Aires, 1990.

Algo parecido ocurre con la categoría de revoluciones democráticas burguesas con que se iniciaba el texto de las *Tesis* de la revolución permanente. Ya no hay más revoluciones democrático-burguesas, ya que no hay en el mundo actual feudalismo dominante sino distintos grados de capitalismo y de dominio imperialista. Lo que hay son dos tipos distintos de revolución socialista: la inconsciente, de febrero, dirigida o capitalizada por los partidos reformistas; la consciente, de octubre, dirigida por los partidos trotskistas. Esto no significa negar la importancia fundamental de las tareas democráticas.

Es por eso que se verán también en los propios estados obreros burocratizados revoluciones de febrero que se abrirán como prólogo de la revolución de octubre, como etapa previa a la transformación de los partidos trotskistas en partidos de masas. Todos estos son problemas que hemos tratado de dilucidar en estas tesis, y que tienen que ser incorporados a la Teoría de la revolución permanente.

Pero las *Tesis*, no la Teoría, hicieron una evaluación incorrecta de la dinámica y de la transformación de la revolución democrático-burguesa en revolución socialista en los países atrasados. Las *Tesis*, categóricamente afirmaron que la revolución democrático-burguesa, mucho más la socialista, sólo puede ser llevada a cabo por un partido comunista, leninista, revolucionario, apoyado en la organización revolucionaria del propio proletariado. Las *Tesis* tienen como eje fundamental el proceso de transformación de la revolución democrático-burguesa en revolución socialista, de la expropiación de los terratenientes, la burguesía y el imperialismo por un sujeto social, el proletariado, y por un sujeto político, el partido comunista revolucionario. Las *Tesis*, categóricamente afirman que sólo la clase obrera acaudillada por un partido comunista revolucionario puede llevar a cabo la revolución democrático-burguesa y la expropiación de la burguesía a través de la revolución socialista. Esto se ha revelado como equivocado. Hay que reconocerlo así. El propio Programa de Transición modifica levemente, con su improbable variante teórica, las categóricas afirmaciones de las *Tesis*. Hay que reconocer que partidos pequeñoburgueses (entre ellos los stalinistas), obligados por las circunstancias, se han visto empujados a romper con la burguesía y el imperialismo para llevar a cabo la revolución democrática y el comienzo de la revolución socialista, expropiando a la burguesía e inaugurando así nuevos estados obreros burocratizados.

Es necesario incorporar a la Teoría de la revolución permanente el reconocimiento de la generalización de las revoluciones de febrero, la combinación de las revoluciones de febrero con las revoluciones de octubre, y que la revolución de febrero puede incluso llegar a expropiar a la burguesía y comenzar la revolución socialista; lo que no pueden hacer las direcciones burocráticas es continuarla. Esta incorporación de la revolución de febrero, este reconocimiento de que las propias revoluciones de febrero pueden ir más allá de lo que planteaban las *Tesis* de la revolución permanente, no anula la Teoría sino, por el contrario, la demuestra más que nunca.

La Teoría de la revolución permanente es mucho más amplia que las *Tesis* escritas por Trotsky a finales de la década del veinte; es la teoría de la revolución socialista internacional que combina distintas tareas, etapas y tipos de revoluciones en la marcha hacia la revolución mundial. La realidad ha sido más trotskista y permanente que lo que el propio Trotsky y los trotskistas previeron. Produjo combinaciones inesperadas: a pesar de las fallas del sujeto (es decir, de que el proletariado en algunas revoluciones no haya sido el protagonista principal) y del factor subjetivo (la crisis de dirección revolucionaria, la debilidad del trotskismo), la revolución socialista mundial obtuvo triunfos importantes, llegó a la expropiación, en muchos países, de los explotadores nacionales y extranjeros, pese a que la dirección del movimiento de masas continuó en manos de los aparatos y direcciones oportunistas y contrarrevolucionarios.

Si no reconocemos estos hechos, dejamos el campo libre a las interpretaciones revisionistas, que se asientan en ellos para negar el carácter clasista y político de la Teoría de la revolución permanente. Es así como ha surgido toda una teoría revisionista que es la del sustituisimo de Deutscher: los partidos comunistas simbolizan a la clase obrera; por tanto las *Tesis* se han visto confirmadas porque los partidos comunistas tomaron el poder y –de hecho– eran partidos revolucionarios; aunque la clase obrera no interviniera en el proceso revolucionario, los partidos stalinistas las reflejaban; Trotsky se equivocó al no señalar que una clase puede ser reflejada por su partido y al no darse cuenta de que muchos partidos comunistas eran revolucionarios. Con esta crítica a Trotsky, se pretende ratificar las *Tesis* escritas. Nosotros creemos que no, que son revoluciones de febrero, es decir, obreras y populares con direcciones oportunistas que, obligadas por la presión del movimiento de masas, se vieron forzadas a avanzar más allá de lo que querían, expropiando a la burguesía.

La dirección del SWP [*Socialist Workers Party* de Estados Unidos] está embarcada en otro ataque a la teoría trotskista de la revolución permanente. Para esta nueva teoría del SWP ya no es imprescindible ni el proletariado ni el trotskismo para un continuo desarrollo de la revolución permanente. A lo sumo es un ingrediente más. La nueva teoría de la revolución permanente de la actual dirección del SWP es la teoría de los movimientos unitarios progresivos de los oprimidos, y no del proletariado y el trotskismo. Todo movimiento de oprimidos –si es unitario y abarca al conjunto de ellos aunque sean de clases distintas– es por sí solo cada vez más permanente y lleva inevitablemente, sin diferenciaciones de clase o políticas, a la revolución socialista nacional e internacional. Esta concepción ha sido expresada particularmente en relación [con] los movimientos negro y de la mujer. Todas las mujeres son oprimidas, al igual que todos los negros; si se logra un movimiento del conjunto de estos sectores oprimidos, esta movilización no se detendrá y los llevará a través de diferentes etapas a hacer una revolución socialista.

Para el SWP la revolución socialista es una combinación de distintos movimientos multitudinarios —sin diferencias de clases— de similar importancia: el movimiento negro, femenino, obrero, juvenil, de viejos, que llegan casi pacíficamente al triunfo del socialismo. Si todas las mujeres marchan juntas significan el 50% del país; si ocurre lo mismo con los jóvenes (70% en algunos países latinoamericanos más los obreros, negros y campesinos, la combinación de estos movimientos hará que la burguesía quede arrinconada en un pequeño hotel ya que serán los adultos burgueses machos blancos los que se opondrán a la revolución permanente. Es la teoría de Bernstein combinada con la revolución permanente: el movimiento lo es todo y la clase y los partidos no son nada. Esta teoría cae rápidamente en un humanismo anticlasista, reivindicador de la praxis como categoría fundamental en contraposición a la lucha de clases como motor de la historia.

El SWP dice que hay que ver qué hacen los burgueses del GRN [Gobierno de Reconstrucción Nacional] de Nicaragua para saber a qué atenernos porque pertenecen al movimiento que volteó a Somoza. Están aplicando así su concepción revisionista aclasista y apolítica de la Teoría de la revolución permanente. Nosotros –frente al SWP– debemos reivindicar más que nunca el carácter clasista y trotskista de la revolución permanente. Ningún sector burgués ni reformista nos seguirá en el proceso de revolución permanente. En algunas coyunturas excepcionales, cuando la acción no atente contra la

burguesía y la propiedad privada, marcharán juntos jóvenes burgueses y obreros, mujeres burguesas y obreras, negros oportunistas y revolucionarios; pero esa marcha en común será excepcional y no permanente. Nosotros seguimos defendiendo intransigentemente la esencia, tanto de la Teoría como de las propias *Tesis* escritas, de la revolución permanente: sólo el proletariado acaudillado por un partido trotskista puede dirigir consecuentemente hasta el fin la revolución socialista internacional y por consiguiente la revolución permanente. Sólo el trotskismo puede impulsar la movilización permanente de la clase obrera y sus aliados, principalmente la de la clase obrera. Lo único que agregamos es que la fuerza objetiva de la revolución mundial, combinada con la crisis de dirección del proletariado mundial y la crisis sin salida del imperialismo, ha permitido que se fuera bastante más allá en las revoluciones de febrero nacionales de lo que preveían las *Tesis*: que partidos pequeñoburgueses tomen el poder e inicien la revolución socialista. Pero esos partidos, al construir estados obreros burocratizados de tipo nacional, al imponer su programa de coexistencia pacífica y de construcción del socialismo en un solo país, paralizan la revolución permanente.

En ese sentido, las *Tesis* sólo se equivocaron para algunos países en el punto de la estación donde se paraba el proceso de la revolución permanente conducida por los partidos pequeñoburgueses –entre ellos el stalinismo– pero acertaron en que el proceso se detenía inevitablemente si no era dirigido por un partido comunista-leninista, es decir, trotskista. Mientras las *Tesis* creían que era imposible traspasar los límites burgueses –inclusive los feudales–, la realidad demostró que esos límites podían ser traspasados por la presión del movimiento de masas y, a regañadientes, por los partidos pequeñoburgueses que las dirigieran.

La Teoría de la revolución permanente se enriquece con la más extraordinaria herramienta de investigación y de elaboración política y teórica que nos ha legado el trotskismo: la teoría del desarrollo desigual y combinado. El impulso del movimiento de masas combinado con la crisis de dirección revolucionaria ha originado combinaciones no previstas al detalle (y que no podían serlo) por nuestro movimiento. Pero estas combinaciones no sólo confirman que el proceso de la revolución permanente existe, sino que es tan poderoso que origina esas combinaciones; y confirman más que nunca la teoría del desarrollo desigual y combinado como la máxima conquista teórica del marxismo revolucionario de este siglo.

CRÍTICA A LAS *TESIS* DE LA REVOLUCIÓN PERMANENTE DE TROTSKY

*Extractos de la grabación de una escuela de formación
dada por Nahuel Moreno en la Argentina, en el año 1984*

–La Teoría de la revolución permanente tiene distintas etapas e historias, que son muy interesantes. Siempre que les resulte más interesante, vamos a empezar con la historia, para no ir tanto al terreno teórico puro, abstracto.

Marx formula el programa de la revolución permanente como que el partido de la clase obrera no se conforma con lo conquistado, sino que va avanzando cada vez hacia consignas más avanzadas. No es, en sí, una teoría de la relación de la revolución democrática con la revolución socialista. Y lo que es mucho más digno de ser destacado es que es un programa de revolución permanente, pero de tipo nacional. Es decir, él no toma la revolución socialista mundial como una posibilidad cierta. Por otra parte, podría tener razón, porque la revolución no estaba planteada más que en dos o tres países de Europa. Si ustedes leen [el *Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas*], van a ver que es todo un programa permanente [con] relación a un país. Pero ese mismo programa no tomaba en cuenta la combinación de la revolución democrática con la revolución socialista. A esto hay que agregarle [lo que estaba en] la base de la teoría marxista: que la revolución socialista sólo se podía dar en los países muy adelantados.

A pesar de que eran dialécticos, tenemos otro ejemplo de ese [poner un] signo igual, que es fatal. Marx cometió el mismo error: “Si hay mucha clase obrera, eso es igual a revolución socialista; si hay poca clase obrera, no hay revolución socialista”. Este falso razonamiento de Marx pesó mucho en el desarrollo del marxismo y del socialismo porque, apoyándose en Marx, corrientes oportunistas en los países atrasados, inclusive en Rusia, plantearon que no estaba a la orden del día la revolución socialista.

La concepción de Marx sobre revolución permanente tiene, entonces, esas tres graves limitaciones. Que para la época de Marx no eran limitaciones; [esa concepción] se ajustaba a la realidad. Por eso siempre alerta: esto es lo que sirve hasta ahora, pero después seguiremos avanzando. En eso nos parecemos mucho a la medicina. Si uno sufre de alergia y va a un médico, este, si es bueno, le dice: “Estos dos últimos años, la inyección buena es esta”. Y uno va a verlo cuatro años después, y el mismo médico le dice: “¿Sabe cómo progresó la medicina? Aquella inyección no servía para nada”. Nosotros también somos científicos serios, que vamos avanzando con la realidad. Lo malo es la generalización. Para aquella época, lo que dijo Marx se ajustaba. Lo que es una pena es que él no abrió posibilidades hacia el futuro para que fuera distinto.

La segunda formulación también es muy interesante. Tiene su historia, que muestra cómo la teoría, el pensamiento, es un producto social, no que un día a alguien se le ocurre una idea. Por eso es tan lindo discutir entre todos, porque a cualquiera se le puede ocurrir una idea brillante, una táctica o pequeñas cuestiones organizativas. Tenemos que elaborar entre todos. El que llegó hasta el borde [de la Teoría de la revolución permanente] fue Parvus, el maestro de Trotsky. Este hombre muy talentoso opinaba, contra Lenin, que la clase que iba a hacer la revolución democrática en Rusia era el proletariado. Es una formulación completamente distinta de la de Marx. Acepta que puede haber revolución obrera en un país ultra atrasado, con pocos obreros. No sólo lo acepta; dice que es la única [clase] que va a hacer la revolución hasta el final.

En esto se distingue de Lenin, quien sostenía que la revolución la iban a hacer el proletariado y el campesinado, sin decir qué clase iba a predominar. Por eso la formulación de Lenin varía de Congreso a Congreso. En un Congreso –creo que el de 1906– la formula casi igual que el trotskismo y que Parvus (...). Los mencheviques [en cambio], opinaban que la revolución era democrático-burguesa, y ponían un signo igual: revolución democrático-burguesa = conducción burguesa de la revolución. Terrible error metodológico. Tenemos, entonces:

- *Mencheviques*: la revolución democrático-burguesa la hacen los burgueses.
- *Lenin*: la revolución democrático-burguesa la hacen los obreros y campesinos, y no sé quién va a dirigir.
- *Parvus*: la revolución democrático-burguesa la hace el proletariado.

Así están las cosas en Rusia a principios de siglo, hasta que aparece ese joven genial que es Trotsky. Interviene en la revolución de 1905, y después plantea su famosa formulación de la Teoría de la revolución permanente: “No sólo el proletariado va a dirigir la revolución democrático-burguesa, sino que, por el solo hecho de tomar el poder, el proletariado va a iniciar la revolución socialista. Va a haber dos revoluciones: la democrático-burguesa y la socialista”. Porque Trotsky razona de la siguiente manera:

“Aunque la clase obrera argentina sea poquísima –supongamos que sólo doscientos mil–, ella va a decir: «Vamos a dar las tierras a los chacareros, vamos a investigar los asesinatos y torturas y vamos a juzgar y fusilar a todos los culpables, y toda una serie de medidas democráticas». Pero, además, ¿no va a adoptar medidas en la fábrica en la que el obrero está trabajando? El obrero tiene el poder y tiene la policía, el ejército, todo a favor. Y el patrón le va a decir: «Usted va a trabajar dieciséis horas». ¿Y entonces el obrero le va a contestar «Sí señor, está bien señor», porque la revolución es democrático-burguesa?”

Ese es el gran paso que da Trotsky. Ahí surge la Teoría de la revolución permanente, que dice que si el proletariado toma el poder y da concesiones al pueblo, se tiene que dar concesiones a sí mismo. Un obrero que tiene todas las armas, con la comisaría policial del barrio que es de los obreros y el ejército que es de los obreros, va a la fábrica y, ni bien el patrón no lo saluda, le dice: “¡Fuera! Esta fábrica está expropiada”. La revolución se convierte entonces en socialista porque comienza a ser específica de la clase obrera y específica contra el capitalismo. Así surge la moderna Teoría de la revolución permanente, cuyo autor es Trotsky.

Me voy a adelantar a decir cuál es la mecánica de la teoría de Trotsky, una mecánica que, después vamos a verlo, tiene algunas fallas. ¿Por qué opina Trotsky que se pasa de la revolución democrático-burguesa a la revolución socialista? ¿Por una combinación objetiva de tareas o por lo que en marxismo y en sociología se llama el sujeto histórico? Sujeto se llama al hombre. Histórico se llama a un grupo de hombres.

La mecánica es cómo funciona un motor, cómo funciona una cosa. ¿Con qué engranajes, con qué gasolina, el coche pasa de la revolución democrática a la revolución socialista? ¿Cómo funciona ese paso? Según Trotsky, ¿cómo se pasa de la revolución democrática a la socialista? ¿Por el sujeto o por un proceso inevitable en el que la revolución democrático-burguesa, al ir contra sectores de la burguesía, va a hacerse socialista inevitablemente?

Puede ser que el coche esté en una pendiente y avance solo. Esto quiere decir que solucionar las tareas democrático-burguesas significa empezar a atacar al capitalismo: si se pone en esa pendiente, el coche anda solo. ¿O tiene que ver con un factor subjetivo? (Sujeto se llama al que hace las cosas. En la oración “el perro muerde”, el perro es el sujeto porque es el que muerde.)

[Para Trotsky, el paso se da] por un sujeto, pero social. La clave, el motor, el mecanismo de la revolución permanente de Trotsky tiene que ver con el sujeto histórico. Ustedes van a ver que el famoso Preobrazhensky, un gran trotskista que combatió mucho con él y fue bastante oportunista pero era un hombre casi genial, le va a señalar eso muchos años después. Su planteo es tan agudo, que a Trotsky lo sorprende y casi no le da importancia en su primera respuesta. Después se da cuenta, y le manda una segunda carta, donde le dice: “¡Caramba! Su planteo es muy interesante, pero no tiene razón. O tiene razón en un sentido”.

–¿Lo que se discute es si la revolución se hace socialista por la clase obrera o por una sucesión de acontecimientos?

–Para que un coche se mueva, hay dos maneras: una es que alguien lo ponga en marcha y lo mueva; otra es ponerlo arriba de una pendiente, y el coche se mueve. En este último caso el movimiento es objetivo, no lo para nadie, es un proceso objetivo. En el primer caso, si un tipo se sube al coche y lo pone en marcha, también es un proceso objetivo –porque marcha–, pero también es subjetivo porque hay alguien que lo conduce. Hay un proceso subjetivo que lo hace caminar: un sujeto, tal o cual persona. (Eso significa “sujeto” filosófica y sociológicamente.)

–Nosotros decimos que la revolución democrática va hacia la revolución socialista, pero también puede ir hacia la contrarrevolución.

–Esa ya es otra cuestión, que en ese momento ni se analizó. Surge después, cuando se ve la contrarrevolución. No es parte de la primera formulación. Lo que estoy exponiendo es histórico. Tengo que decir cómo fueron las cosas. Hoy en día sabemos más, mucho más de lo que sabían ellos. Ellos no se planteaban la contrarrevolución.

–¿Pero no puede ser que se llegue a la revolución socialista a través de un proceso objetivo?

–Eso está planteado. Lo que yo estoy haciendo es decir cómo son [las teorías]. Estoy preparando el terreno para ver cuáles son sus puntos débiles, cuáles sus puntos fuertes, o si eran todos fuertes.

Lo mismo tenemos que plantear con respecto a Lenin. Los bolcheviques tenían su interpretación: la revolución era democrática, no era socialista, y la dirigía el campesinado y el proletariado. El gran aporte de Lenin es que, en el factor subjetivo, plantea que tiene que estar el partido revolucionario centralizado. Si no, no puede haber esa revolución. Y tiene que ser centralizado porque es un partido para tomar el poder. En el Estado, el poder está centralizado, entonces tiene que ser un partido con disciplina militar. Esto se considera uno de los hallazgos del marxismo más geniales del siglo. (...)

Esta [primera] concepción de Trotsky de la revolución permanente también es nacional, es su concepción para Rusia, cosa que hemos descubierto últimamente. [La primera concepción es la de Marx]; esta es la segunda concepción de la revolución permanente y la primera de Trotsky, la que hace sobre la base de la Revolución de 1905.

Después de la Revolución de 1917, Trotsky no extiende su concepción de la revolución permanente a todo el mundo. Cree que en los países muy atrasados no se puede dar la revolución socialista. Se pasa a la línea de Lenin. Pero cambia a finales de [la década de] 1920, diez años después del triunfo de la Revolución Rusa, al ver que en un país extremadamente atrasado como China el proletariado dirige todo, es el centro de la revolución. Y el cambio lo lleva a hacer la gran formulación de la Teoría de la revolución permanente, la grande, la fundamental.

¿Qué le falta a las dos teorías anteriores? El carácter mundial de la revolución socialista, no sólo como europea. Esta Teoría del año 1927 incorpora, entonces, [el carácter mundial de la revolución socialista]. No sólo lo incorpora, la enriquece, le da toda una nueva visión, porque la Teoría de la revolución permanente se transforma en la teoría de la revolución socialista mundial. Es la primera vez que se dice la mecánica, es decir cómo se articula la revolución socialista mundial, pero incorporando la revolución socialista mundial y una gran experiencia que hace Trotsky [con] la Revolución Rusa. La Revolución Rusa lo lleva a enriquecer su teoría. ¿Cuál puede ser ese enriquecimiento que le produce la Revolución Rusa?

—*El partido revolucionario.*

—¡Eso! [Trotsky] incorpora el sujeto político de Lenin en su formulación de 1927. Ustedes van a leer las *Tesis* de la revolución permanente, donde dice que quien tiene que dirigir la revolución es la clase obrera, la cual tiene que estar dirigida, a su vez, por un partido comunista revolucionario.

La segunda formulación de Trotsky plantea, entonces, que la revolución socialista es mundial. Plantea algo muy parecido a lo que había planteado para la Revolución Rusa –porque su primera teoría es en relación [con] la Revolución Rusa o, a lo sumo, a los países [atrasados] con un proletariado más fuerte, y no a los muy atrasados–, y le agrega lo del sujeto político: uno los dos sujetos [y los pone] a actuar. (...)

Esto origina una gran discusión con Preobrazhensky. Este le dice: “Usted hace toda una estructura, y no la hace como un buen marxista. Usted me va a ganar la discusión porque escribe mucho mejor que yo, pero la historia me va a dar la razón, y por eso quiero discutir con usted. Usted arranca de los sujetos, del sujeto histórico, de la clase obrera, y ese es un mal razonamiento porque hay que arrancar de la realidad, y ver qué da la realidad. No todas las realidades van a ser como la rusa. Entonces, si en China la revolución es democrático-burguesa, no está descartado que surja un partido pequeñoburgués [que haga la revolución]. En el campesinado de Rusia no se dio, pero no está descartado que se dé en China. [La realidad] cambia. ¿Por qué está usted tan seguro de que ese es el sujeto? Puede ser que sí, puede ser que no. No cierre la posibilidad de otro sujeto. Es un razonamiento muy subjetivo, en vez de objetivo. Si hay que hacer una revolución democrático-burguesa, no está descartado que aparezca una corriente [pequeñoburguesa] que la haga, que saque de allí a los imperialistas, etcétera. Si eso ocurre, con su teoría nos quedamos sin línea. Es una teoría extremista: generaliza la Revolución de Octubre, y nosotros recién estamos entrando en Oriente, y no sabemos bien cómo es la cosa. No nos apresuremos”. Esa es la crítica.

Entonces Trotsky, en la carta de respuesta que ya les mencioné, cambia, se ubica de otra manera, y responde una cosa que, según nosotros, es fundamental pero [que], desgraciadamente, no la desarrolló más. Trotsky le dice a Preobrazhensky: “Voy a tomar su argumento. Supongamos que vamos a sacar al imperialismo y les vamos a dar la tierra a los campesinos chinos. En China, sacar al imperialismo y darles la tierra a los campesinos ya es socialismo, ya es la revolución socialista. En China no hay señores feudales: los campesinos están explotados por los comerciantes usureros de los pueblos. Entonces, si nosotros les damos las tierras, expropiamos a la clase burguesa china. Si no, no hay salida. Es decir que se trata del propio proceso objetivo. Si hay un proceso de revolución democrática, esa revolución va a ser socialista por su propio contenido. Y lo mismo si se echa al imperialismo:

si se le expropián las fábricas, eso es expropiar las fábricas capitalistas más grandes, los puertos, todo lo que tiene que ver con la esencia de la estructura económico-social china. Entonces, no me interesa el sujeto. Sea cual fuere el sujeto, tiene que hacer la revolución socialista”.

Pero, a pesar de esta respuesta, Trotsky siguió adelante y peleando por su interpretación [basada en] el sujeto: la revolución en los países atrasados sólo se podía hacer si la dirigía la clase obrera junto con un partido comunista revolucionario.

Nosotros creemos que los hechos han demostrado [que hay un gran error en el texto] escrito de la Teoría de la revolución permanente [, es decir, en las *Tesis*]. Porque lo de la clase obrera organizada y el partido revolucionario lo hemos visto antes, [pero] no se dio en esta posguerra. Sostener que se dio en la realidad sería ser un ciego, un fanático de Trotsky, un religioso de Trotsky, y Trotsky sería el que más estaría contra nosotros. Pero nosotros seguimos siendo fanáticos de la Teoría de la revolución permanente. ¿Por qué? Porque creemos que es la única teoría que, a pesar de ese tremendo error, se ajustó [a la realidad].

Hubo procesos de revolución permanente que expropiaron a la burguesía, hicieron la revolución obrera y socialista, sin ser acaudillados por la clase obrera y sin ser acaudillados por el partido comunista revolucionario. Es decir, los dos sujetos de Trotsky, el social y el político, fallaron a la cita histórica, no llegaron en hora. Y, sin embargo, a pesar de haber fallado a la cita histórica, nosotros seguimos creyendo que la Teoría de la revolución permanente es el más grande hallazgo del siglo desde el punto de vista teórico. Y, siendo los pocos trotskistas que siempre insistimos en que el gran Trotsky se equivocó, yo pregunto por qué razones seguimos siendo fanáticos de esta Teoría.

–*Porque no se equivocó en el objetivo.*

–Muy bien. Pero hay otra cosa que es más importante, la más importante, la que hace que no haya nadie parecido a Trotsky como teórico: tenía razón en que la revolución era mundial, en que iba a haber revoluciones en todos los países.

Y aquí entra lo de la contrarrevolución. [Porque Trotsky dijo] que, o bien esas revoluciones se profundizaban cada vez más, se hacían más mundiales hacia afuera y más socialistas hacia adentro, o bien se paraba o se retrocedía y la que avanzaba era la contrarrevolución. Es decir, que no hay posibilidad

de *statu quo* a escala mundial entre la revolución y la contrarrevolución. Esa parte de las *Tesis* de la revolución permanente de Trotsky es la que se ha visto totalmente corroborada. Tan corroborada que sujetos políticos que no han querido hacer la revolución socialista se han visto obligados a hacerla por la propia situación objetiva. Es decir, nosotros creemos que Trotsky no desarrolló a fondo su respuesta a Preobrazhensky sobre cómo el propio proceso objetivo obliga a [hacer] la revolución socialista o a retroceder. No hay posibilidad de estancar, es decir, de equilibrar, de mantener la situación. O avanza la revolución o avanza la contrarrevolución.

¡Ese es, entonces, el gran hallazgo de Trotsky!: la teoría real, objetiva, de la revolución socialista **mundial**. Y, dentro de la revolución socialista mundial, cada revolución nacional es parte de la revolución socialista mundial. [Y esta] no es una suma de partes sino [que cada revolución nacional es] una parte de ella. (...)

EN DEFENSA DE LA REVOLUCIÓN PERMANENTE

Alejandro Iturbe

Introducción

La revolución permanente es la *teoría-programa* elaborada por el revolucionario ruso León Trotsky a lo largo de varias décadas. Se la define como teoría-programa porque, por un lado, es uno de los intentos más serios de sistematizar la dinámica del desarrollo de las revoluciones modernas (es decir, del siglo xx) y, por el otro, contiene la formulación de los ejes de un verdadero programa para que los revolucionarios intervengan en ellas.

Tal como señala el trotskista argentino Nahuel Moreno en la escuela de cuadros del MAS (1984), los primeros en utilizar el concepto de “revolución permanente” fueron Marx y Engels, entre 1845 y 1850, aunque en un sentido sólo de carácter nacional, ya que ellos consideraban que sólo algunos países europeos estaban “maduros” para la revolución socialista.

Varias décadas más tarde, el revolucionario bielorruso Alexander Parvus lo retomaría para plantear una posición diferenciada, en el marco del debate que se desarrollaba entre los marxistas del imperio ruso sobre la dinámica de la revolución contra el régimen zarista.

En esa escuela de cuadros, Moreno señala que, en ese riquísimo debate que transcurría en los primeros años del siglo xx, se establecieron básicamente tres posiciones: la etapista de los mencheviques (ala derecha de los marxistas rusos), la de Lenin y los bolcheviques (también etapista) y la de Trotsky, que desarrolla la posición de Parvus hacia la revolución permanente.

En las “Tesis de Abril” de 1917, luego de la caída del zar en febrero y frente a la revolución en curso, Lenin modifica su posición y adopta, en los hechos, el enfoque de Trotsky, quien, por su lado, abandona su posición centrista y menchevique sobre la concepción de partido e ingresa con su organización al partido bolchevique. De este modo se formó el equipo que habría de dirigir la Revolución de Octubre.

Después de Octubre, la revolución permanente pasó a ser la “teoría oficial” de los bolcheviques. Sin embargo, a partir de 1924, en el marco del proceso de burocratización del partido y de la URSS impulsado por el stalinismo, comienza a sufrir duros ataques, con la teoría del “socialismo en un solo país” y una nueva formulación de la “revolución por etapas” en los países semicoloniales.

Con esta línea, la ya burocratizada III Internacional interviene y lleva al desastre la revolución china de 1923-1928. En debate con esa línea, Trotsky escribe su segunda y última formulación de la teoría, e incorpora, a modo de síntesis, las famosas “Tesis de la revolución permanente”.

Posteriormente, Nahuel Moreno va a realizar una crítica y una revisión de esta formulación de Trotsky de las *Tesis* –las que se expresan en el material para la “escuela de cuadros”–, que se publican en esta misma edición de *Marxismo Vivo*. Realiza esta crítica para reivindicar su contenido esencial.

Moreno también realizó una defensa conceptual de la revolución permanente frente a dos posiciones revisionistas surgidas en el trotskismo, en las décadas de 1960 y 1970. La primera fue expuesta por Ernst Mandel, con su concepción del neoimperialismo, que Moreno criticó por transformar las bases objetivas de la revolución (la imposibilidad del capitalismo de mejorar el nivel de vida de las masas a partir de que las fuerzas productivas habían cesado de crecer) en subjetivas (voluntad de cambiar el mundo y de mejorar los métodos de producción y distribución). Junto con esto, la dirección mayoritaria de la organización llamada Secretariado Unificado (SU) de la Cuarta Internacional apoyó la estrategia de la lucha armada de las organizaciones guerrilleras, abandonando también en sus posiciones políticas la concepción de la revolución permanente. Ambos debates están reflejados en un trabajo de Moreno de 1973: *El Partido y la Revolución*, conocido como “el Morenazo”.

La segunda revisión fue planteada por el SWP estadounidense, que transformaba la revolución permanente en una suma de luchas radicalizadas con-

tras las opresiones del capitalismo. La nueva dirección del SWP fue abandonando también la concepción de la revolución permanente hasta transformarse directamente en castrista.

Como resultado de estos debates y de sus elaboraciones, Moreno escribió, en 1980, *Actualización del Programa de Transición*, el trabajo que daría las bases teóricas y programáticas de la fundación de una nueva organización internacional trotskista: la LIT-CI (Liga Internacional de los Trabajadores - Cuarta Internacional), en 1982.

El debate actual

La concepción de la revolución permanente elaborada por Trotsky mantiene toda su vigencia. Sigue siendo la única teoría-programa que permite comprender los procesos revolucionarios actuales, como los que están desarrollándose en el Norte de África y Medio Oriente, y orientar a los revolucionarios frente a ellos. Reivindico también la vigencia de los aportes realizados por Nahuel Moreno. Sin la correcta utilización de estas herramientas teóricas, es imposible tener una política concreta correcta de intervención en los procesos.

Al mismo tiempo, considero que nuevamente esta concepción está bajo ataque. No sólo por parte de los sucesores del stalinismo sino también por parte de corrientes que se reivindican trotskistas e incluso “morenistas”.

Uno de estos ataques, por “derecha”, es expresado por la corriente internacional integrada por el MES brasileño, el MST argentino y *Marea Socialista* de Venezuela (proveniente del morenismo y que ahora está por ingresar al SU) que, bajo una supuesta reivindicación de los aportes de Moreno, desarrollan una concepción que los lleva a una visión y a una política etapistas del desarrollo de la revolución, con sus consecuencias: apoyar a los gobiernos burgueses de Venezuela, Bolivia y Ecuador, y proponer sólo objetivos democráticos a los procesos del Norte de África y Medio Oriente.

Al mismo tiempo, por “izquierda”, surge una corriente sectaria, expresada por la FT (Fracción Trotskista), encabezada por el PTS argentino. En este caso, a partir de una interpretación “in extremis” de las Tesis de 1929, se niega el carácter de revoluciones a los procesos del Norte de África y Medio Oriente. Lo que los llevó a no apoyar la lucha militar de los “rebeldes” contra Kaddafi en Libia (caracterizándolos como “tropa terrestre del imperialismo”),

y a no hacerlo ahora con las fuerzas que enfrentan a Bashar al Assad en Siria. Con este material intento, por un lado, presentar un resumen del surgimiento y el desarrollo de la teoría de la revolución permanente de Trotsky y analizar los aportes de Moreno. Por otro lado, abordar estos debates actuales y realizar una defensa de la concepción de la revolución permanente que, tal como dije, considero una herramienta imprescindible para orientar la intervención de los revolucionarios en la actualidad.

EL DESARROLLO DE LA TEORÍA (1905-1929)

Tal como se ha señalado, las tres revoluciones rusas (1905, febrero y octubre de 1917) se vieron cruzadas por un intenso debate teórico, programático y político entre las corrientes marxistas de ese país, cuyas posiciones definieron la intervención de cada una de ellas.

De las tres posiciones básicas definidas en este debate, voy a extenderme un poco en los textos principales de Lenin, ya que luego tendrán su importancia en las siguientes partes de este material.

Lenin y los bolcheviques coincidían con un aspecto del análisis de los mencheviques: Rusia todavía no estaba “madura” para la revolución socialista, por lo tanto, el proceso se daría en dos etapas: una primera “democrática” y otra posterior “socialista”.

El grado de desarrollo económico de Rusia (condición objetiva) y el grado de conciencia y organización de las grandes masas del proletariado (condición subjetiva, indisolublemente ligada con la objetiva) hacen imposible la absoluta liberación inmediata de la clase obrera.

Sólo la gente más ignorante puede no ver el carácter burgués de la revolución democrática que se está operando; sólo los optimistas más cándidos pueden olvidar cuán poco conocen aún las masas obreras las metas del socialismo y los procedimientos para alcanzarlo. (...)

Los marxistas están absolutamente convencidos del carácter burgués de la revolución rusa. Esto significa que las transformaciones democráticas en el régimen político y las transformaciones económico-sociales, que se han convertido en una necesidad para Rusia, no sólo no implican de por sí el socavamiento del capitalismo, el socavamiento de la dominación de la burguesía, sino que, por el

contrario, desbrozarán por primera vez el terreno como es debido para un desarrollo vasto y rápido, europeo y no asiático, del capitalismo; por primera vez harán posible la dominación de la burguesía como clase.

La revolución burguesa es una revolución que no va más allá del marco del régimen económico-social burgués, esto es, capitalista. La revolución burguesa expresa las necesidades del desarrollo del capitalismo no sólo no destruyendo sus bases, sino, al contrario, ensanchándolas y profundizándolas. Esta revolución expresa, por tanto, no sólo los intereses de la clase obrera, sino también los de toda la burguesía.¹

Sin embargo, a diferencia de los mencheviques, Lenin opinaba que la burguesía era una clase que ya no podía jugar un rol revolucionario o progresivo por su profunda asociación con el capitalismo imperialista y los terratenientes. Ella sólo apostaba a arrancar algunas reformas a través de los acuerdos “por arriba” con el zarismo y, al mismo tiempo, su profundo temor a la movilización de masas la ubicaba claramente en el campo de la contrarrevolución.

La revolución, entonces, sería encabezada por una alianza del proletariado y el campesinado (sin definición clara de quién predominaría en la alianza). Después de derrocado el zarismo, debía instalarse una “*dictadura democrática de obreros y campesinos*” cuya tarea sería, precisamente, llevar adelante las tareas que la burguesía ya era incapaz de garantizar y que abriría para el futuro la posibilidad de avanzar hacia el socialismo.

El giro de Lenin en abril de 1917

Una vez derrocado el régimen zarista –en febrero de 1917–, se instaló en Rusia un Gobierno Provisional encabezado por el príncipe Lvov e integrado básicamente por los kadetes (principal partido de la burguesía liberal), los eseristas (partido populista de gran peso en los campesinos) y los mencheviques. Este gobierno mantenía la participación de Rusia en la guerra imperialista y posponía de modo indefinido la reforma agraria.

Antes de su vuelta a Rusia, Lenin escribe las famosas “Tesis de Abril”, modifica la tradicional línea bolchevique de dictadura democrática (que estaba siendo aplicada por los dirigentes presentes en Rusia) y la reemplaza por la

■■■■
¹ LENIN, V. I. *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*, 1905.

de dictadura del proletariado. Consecuente con eso, llamaba a no dar ningún apoyo al Gobierno Provisional y a preparar su derrocamiento para que el poder pasase a manos de los soviets y así aplicar el programa democrático de la revolución (Paz, Pan y Tierra), “explicando pacientemente” esta necesidad mientras los bolcheviques fueran minoría en este organismo.

La peculiaridad del momento actual en Rusia consiste en el paso de la primera etapa de la revolución, que ha dado el poder a la burguesía por carecer el proletariado del grado necesario de conciencia y de organización, a su segunda etapa, que debe poner el poder en manos del proletariado y de las capas pobres del campesinado. (...)

Ningún apoyo al Gobierno Provisional; explicar la completa falsedad de todas sus promesas, sobre todo de la renuncia a las anexiones. Desenmascarar a este gobierno, que es un gobierno de capitalistas, en vez de propugnar la inadmisibles e ilusoria "exigencia" de que deje de ser imperialista.

Explicar a las masas que los Soviets de diputados obreros son la única forma posible de gobierno revolucionario y que, por ello, mientras este gobierno se someta a la influencia de la burguesía, nuestra misión sólo puede consistir en explicar los errores de su táctica de un modo paciente, sistemático, tenaz y adaptado especialmente a las necesidades prácticas de las masas.(...)

Mientras estemos en minoría, desarrollaremos una labor de crítica y esclarecimiento de los errores, propugnando al mismo tiempo, la necesidad de que todo el poder del Estado pase a los Soviets de diputados obreros, a fin de que, sobre la base de la experiencia, las masas corrijan sus errores.²

Lenin no se limita a formular un programa democrático para este futuro gobierno sino que le plantea las primeras tareas transicionales o socialistas, como la fusión de todos los bancos en un banco estatal único bajo control de los soviets y la instauración, bajo control de este organismo, de una “producción y distribución social”.

El texto de las Tesis es muy corto y está destinado a dar la batalla para reorientar al partido en medio del proceso revolucionario. En ellas, Lenin no aborda el análisis teórico y político que está por detrás del giro. En ese texto, tiene un peso evidente el papel nefasto que estaban jugando mencheviques y eseristas al integrar el gobierno burgués y apoyar la política contrarrevolu-

■■■■ TROTSKY, León. *La revolución permanente* (Introducción), 1929.

lucionaria de la burguesía liberal. Lo concreto es que Lenin toma, en los hechos, el enfoque de Trotsky de la “revolución permanente”. En este sentido, la consigna “Todo el poder a los Soviets” es la concreción de la “Dictadura del Proletariado”.

Entre 1917 y 1923, este enfoque fue la “teoría oficial” del partido y del nuevo Estado, y así fueron publicados los trabajos de Trotsky (*Balance y Perspectivas*, 1919) y enseñados en escuelas y universidades.

Los tres aspectos de la revolución permanente

Durante esos años, Trotsky presenta lo que él llamó los “tres aspectos” de la revolución permanente. Luego debió defenderlos del ataque del stalinismo y sus aliados, y los formularía, de modo a la vez desarrollado y sintético, en 1929. Ellos son:

- a) El de la *dinámica de la revolución hasta la toma del poder y el período inmediato posterior*, a nivel nacional. Es decir, la transformación de la revolución democrática en socialista (con un “ritmo permanente”), al que ya nos hemos referido.
- b) Después de la toma del poder, *durante la propia revolución socialista*, continúa el proceso de lucha de clases y de los grupos sociales, y la sociedad no alcanza su equilibrio.
- c) El tercer aspecto es el carácter internacional de la revolución socialista.

Los ataques del stalinismo

A partir de 1924, la Teoría de la revolución permanente comienza a sufrir ataques cada vez más duros del stalinismo –que se conformaba como la corriente dominante al interior del partido y de la III Internacional– y de sus aliados (Bujarin, entre otros), como reflejo del proceso de burocratización al interior de ambas organizaciones y, fundamentalmente, del Estado soviético.

La extensión de la revolución socialista al continente europeo y a sus países más desarrollados había sufrido un duro golpe en Alemania, y en Italia había triunfado el fascismo de Mussolini. A nivel interno, la guerra civil había dejado a la URSS muy debilitada y planteaba la necesidad de aplicar las concesiones capitalistas de la NEP (Nueva Política Económica). También había diezmado a la joven vanguardia proletaria de la Revolución de Octubre.

En este contexto doblemente desfavorable, el atraso económico-social de Rusia cobra su precio y avanza rápidamente la burocratización del Estado y del partido, que se extendía también a la Tercera. Para defender sus privilegios, la burocracia elabora ideologías que los justifican y, junto con la liquidación de la vieja guardia bolchevique, comienza a liquidar también la teoría y el programa de la revolución, es decir, a atacar la teoría-programa de la revolución permanente. Surge así, la teoría del socialismo en un solo país, con sus dos aspectos.

Por un lado, la estrategia de que Rusia avanzase por sí misma hacia el socialismo (así fuese “a paso de tortuga” y alentando el enriquecimiento del campesino medio). Por el otro, el desarrollo de la revolución socialista internacional es reemplazado por la “defensa de la URSS” como cuestión central, una preparación de lo que luego sería la “coexistencia pacífica” con el imperialismo.

En los países semicoloniales, esto se expresó en la aplicación de la teoría de la revolución por etapas y la alianza con la burguesía nacional (en los hechos, el apoyo y la supeditación de los partidos comunistas a los movimientos burgueses nacionales). Veamos cómo Trotsky analiza estas críticas:

Los ataques de los epígonos van dirigidos, aunque no con igual claridad, contra los tres aspectos de la teoría de la revolución permanente. Y no podía ser de otro modo, puesto que se trata de partes inseparables de un todo. Los epígonos separan mecánicamente la dictadura democrática de la socialista, la revolución socialista nacional de la internacional. La conquista del poder dentro de las fronteras nacionales es para ellos, en el fondo, no el acto inicial sino la etapa final de la revolución: después, se abre un período de reformas que conducen a la sociedad socialista nacional (...) Proclaman la posibilidad de proceder a edificar una sociedad socialista completa y aislada en la Unión Soviética. Para ellos, la revolución mundial, condición necesaria de la victoria, no es más que una circunstancia favorable. Los epígonos han llegado a esta ruptura radical con el marxismo al cabo de una lucha permanente contra la teoría de la revolución permanente.³

///

³ TROTSKY, León. *La revolución permanente* (Introducción), 1929.

En el plano internacional, esto se expresaba en la línea hacia la revolución china en curso, ordenando a los comunistas a ingresar en el partido burgués Kuomintang, considerado organización “simpaticante” de la Tercera:

En los años de 1925 a 1927 adoptan ante la revolución nacional china la orientación de un movimiento dirigido por la burguesía del país. Luego, propugnan para dicho país la consigna de la dictadura democrática de los obreros y campesinos, oponiéndola a la dictadura del proletariado.⁴

Tales posiciones se originan en la defensa de los privilegios de la burocracia soviética:

Hemos explicado ya más de una vez que esta revisión de valores se ha efectuado bajo la influencia de las necesidades sociales de la burocracia soviética, la cual se ha ido volviendo cada vez más conservadora, cada vez más preocupada de mantener el orden nacional y propensa a exigir que la revolución ya realizada y que le asegura a ella una situación privilegiada sea considerada suficiente para proceder a la edificación pacífica del socialismo.⁵

En 1928, bajo la doble presión de la derrota que había ocasionado la línea de la Tercera a las masas y al partido comunista chino, por un lado, y a la llamada “crisis de las tijeras” producida dentro de la URSS (negativa del campesinado de entregar sus cosechas al Estado), la burocracia stalinista da un brusco giro a la izquierda, que sería conocido como el “tercer período”. A nivel interno, lleva adelante la colectivización forzosa del campo, con un altísimo costo en vidas y bienes. A nivel internacional, la Tercera ordena una insurrección artificial del proletariado chino, encabezada por el partido comunista, contra el gobierno del Kuomintang, que lleva a una derrota aún mayor del proceso. A diferencia de numerosos miembros de la Oposición de Izquierda, que vieron en ese giro un acercamiento al programa y a las posiciones de la oposición (a partir de allí, capitularon al stalinismo), Trotsky no se engañaba sobre el carácter de ese giro:

La burocracia stalinista pone de manifiesto el carácter puramente táctico de su viraje hacia la izquierda, y cómo ello no significa una renuncia a los fundamentos estratégicos nacional-reformistas. No hay para qué pararse a explicar la trascendencia de esto: es sabido que en la política, como en la guerra, la táctica se halla siempre subordinada en última instancia a la estrategia.⁶

■■■■
⁴ Ídem.

⁵ Ídem.

⁶ Ídem.

Respuesta de Trotsky a algunos ataques

El stalinismo realizaba varias acusaciones de carácter teórico-político sobre la Teoría de la revolución permanente. Con respecto a Rusia, esta corriente afirmaba que “Trotsky ignoraba la diferencia existente entre la revolución burguesa y la socialista” y que “no prestaba la menor atención al problema agrario, ignorando la existencia de la clase campesina e imaginando la revolución como una lucha sostenida exclusivamente por el proletariado contra el zarismo”. En su respuesta, Trotsky reitera algunos elementos centrales de la teoría:

Las dos primeras afirmaciones son... fundamentalmente falsas. Yo partía precisamente del carácter democrático burgués de la revolución, para llegar a la conclusión de que la profundidad de la crisis agraria podía llevar al poder al proletariado en la atrasada Rusia. No fue otra la idea que sostuve en vísperas de la Revolución de 1905 ni la que expresaba al dar a la revolución el calificativo de "permanente", esto es, de tránsito revolucionario directo de la etapa burguesa a la socialista. Expresando esta misma idea, Lenin había de hablar más tarde de conversión de la revolución burguesa en socialista. En 1924, Stalin oponía esta idea de "conversión" a la de revolución permanente, que consideraba como el salto del reinado de la autocracia al reinado del socialismo. El desventurado "teórico" no se tomó el trabajo de reflexionar qué significa, en este caso, el carácter permanente de la revolución, o lo que es lo mismo, el ritmo ininterrumpido de su desarrollo...

Lenin y Trotsky eran tan conscientes del peso del campesinado y del problema agrario en Rusia, y de la necesidad de la alianza obrero-campesina que debería dar sustento a la dictadura del proletariado, que aceptaron dejar de lado, por todo un período, el tradicional programa socialista para el campo y tomaron el de la reforma agraria (tarea democrático-burguesa) para garantizar la alianza con los socialistas revolucionarios de izquierda que dio base social al primer gobierno soviético.

Otro problema diferente, que excede el objetivo de este trabajo, es el análisis de las contradicciones que le generaba a la economía planificada la subsistencia de la propiedad privada en el campo, cuyas tendencias, en caso de no ser combatidas o neutralizadas, generarían duros choques, como aconteció, primero, con el “comunismo de guerra” y luego con la “crisis de las ti-

teras”. Lo que aquí quiero señalar es que, lejos de “ignorar al campesinado” y el atraso de Rusia y su estructura social, la revolución permanente era el único enfoque marxista y revolucionario para responder a esta realidad.

El debate con Preobazhensky

Quiero destacar también la polémica que Trotsky y Yevgueni Preobazhensky (dirigente bolchevique, proveniente de la misma corriente de Trotsky y muy cercano a él) desarrollaron durante el proceso de la revolución china de 1924-1928.

Tal como señala Moreno, Preobazhensky critica el error de Trotsky de querer encuadrar esa revolución en el mismo esquema teórico de la Revolución de Octubre, y plantea la posibilidad de que haya otro sujeto social de la revolución, distinto del proletariado: *“Su error fundamental yace en el hecho de que usted determina el carácter de una revolución sobre la base de quién la hace, qué clase, es decir, por el sujeto efectivo, mientras que le asigna importancia secundaria al contenido social objetivo del proceso”* (León Trotsky, “La segunda revolución china” [Notas y Escritos de 1919 a 1938], Editorial Puma, Colombia, 1976, p. 45.).

Una de las respuestas de Trotsky es muy interesante porque en ella, de alguna forma, él “destila” dialécticamente **el contenido esencial de la Teoría de la revolución permanente**: puede haber otro sujeto social que no sea el proletariado (y, aunque no lo incluya en la respuesta, se desprende que también otra dirección que no sea un partido obrero revolucionario), lo central es que (por los enemigos que debe enfrentar y las tareas que debe llevar adelante) **para garantizar las tareas democráticas hay que hacer la revolución socialista**. Ese es, en última instancia, el *contenido esencial* de la revolución permanente, que luego sería retomado por Nahuel Moreno.

La formulación de 1929

Sin embargo, Trotsky no profundizaría ni desarrollaría esta línea de análisis. Por el contrario, en 1929, luego de la derrota de la revolución china, escribe su trabajo *La revolución permanente* e incluye en el final de ese trabajo las famosas *Tesis*, que quedarían como una especie de resumen de su Teoría.

Aquí, Trotsky abandona la dialéctica que expresaba en su respuesta a la crítica de Preobazhensky y pone como **condición para el triunfo de la revolución democrática** “*la dirección política de la vanguardia proletaria organizada en Partido Comunista*”. Como destaca Moreno en su elaboración, esta condición no se cumplirá en ninguno de los procesos revolucionarios de la segunda posguerra que crearon nuevos estados obreros.

LOS APORTES DE NAHUEL MORENO

La “hipótesis altamente improbable” del Programa de Transición

En 1938, Trotsky escribe el “Programa de Transición” como base para la fundación de la IV Internacional. En uno de sus capítulos se refiere al Gobierno Obrero y Campesino y explica el doble carácter de esta fórmula. Por un lado, como consigna que populariza el contenido de la dictadura del proletariado apoyada en la alianza con el campesinado. Por el otro, como la táctica que fue usada por los bolcheviques, entre abril y setiembre de 1917, exigiendo a los mencheviques y socialistas revolucionarios que “*rompiesen con la burguesía y tomaran el poder en sus manos*”. Si tal cosa hubiese sucedido, dicho gobierno “*no hubiera hecho más que acelerar y facilitar la instauración de la dictadura del proletariado*”.

Trotsky señala que toda la experiencia histórica confirma que “*aún en las condiciones más favorables, los partidos de la democracia pequeñoburguesa (socialistas revolucionarios, socialdemócratas, stalinistas, anarquistas) son incapaces de crear un gobierno obrero y campesino, vale decir, un gobierno independiente de la burguesía*”. Hasta aquí, se ubica en la línea de razonamiento de las Tesis de 1929. Sin embargo, agrega luego:

¿Es posible la creación del gobierno obrero y campesino por las organizaciones obreras tradicionales? La experiencia del pasado demuestra, como ya lo hemos dicho, que esto es por lo menos, poco probable. No obstante, no es posible negar categóricamente a priori la posibilidad teórica de que bajo la influencia de una combinación muy excepcional (guerra, derrota, crack financiero, ofensiva revolucionaria de las masas, etc.) los partidos pequeñoburgueses sin excepción a los

stalinistas, pueden llegar más lejos de lo que ellos quisieran en el camino de una ruptura con la burguesía. En cualquier caso, una cosa está fuera de dudas: aún en el caso de que esa variante poco probable llegara a realizarse en alguna parte y un “gobierno obrero y campesino” -en el sentido indicado más arriba- llegara a constituirse, no representaría más que un corto episodio en el camino de la verdadera dictadura del proletariado.

Aquí Trotsky retoma el análisis dialéctico de la respuesta a Preobazhensky y acepta que, bajo determinadas condiciones excepcionales, podría haber procesos que obligasen a direcciones no revolucionarias, pequeñoburguesas, a ir “más lejos”, y vuelve sobre la esencia del contenido de la permanente: sería un paso hacia la dictadura del proletariado.

La revolución permanente ha sido confirmada en la segunda posguerra

Nahuel Moreno profundizaría esta línea de razonamiento, al analizar las revoluciones de la segunda posguerra y ver que no se habían desarrollado según el esquema tradicional de Trotsky sino siguiendo cursos diferentes. Sus aportes más importantes y sus críticas a la formulación de las *Tesis* de 1929) son en el terreno del sujeto social (clase) y del sujeto político (dirección) de los procesos.

Moreno realiza una reivindicación de lo que considera esencial de la revolución permanente: o se avanza hacia la revolución socialista en el plano nacional e internacional o las revoluciones son derrotadas y retroceden. En este sentido, tal como afirmó Trotsky, las tareas de la revolución democrática son parte de la revolución socialista y sólo pueden garantizarse a través de ella. Pero pueden ser realizadas por otros sujetos sociales y políticos distintos que los previstos por Trotsky.

Al mismo tiempo, Moreno comprendía claramente la diferencia entre la Revolución de Octubre (encabezada por el proletariado y dirigida por el partido revolucionario) y las que llamaba “revoluciones de febrero” (dirigidas por los aparatos burocráticos y contrarrevolucionarios). También comprendía que la política de estas direcciones era tratar de frenar la dinámica de la revolución en sus estadios democrático y nacional.

Pero, al mismo tiempo, veía la contradicción entre la formulación clásica

que limitaba el cumplimiento de las tareas democráticas –ni qué decir de las de la transición al socialismo, al modelo de Octubre– y los procesos que se habían dado en la realidad. Era necesario separar y analizar por separado ambas cuestiones para reivindicar la vigencia de lo esencial de revolución permanente.

Para que no queden dudas sobre el carácter general del proceso de revolución permanente y de la integración de las tareas democráticas en ese proceso general (no como etapa independiente), concluye: “*Todas las revoluciones actuales son socialistas por el enemigo que enfrentan –la burguesía y su aparato estatal–, y por el carácter de clase de quienes las hacen, los trabajadores*”.⁷

UNA PROFUNDA REVISIÓN DE LA TEORÍA

En los últimos años, la corriente de origen morenista formada por el MST de Argentina, el MES brasileño (integrante del PSOL) y *Marea Socialista* de Venezuela (integrante del PSUV) han desarrollado una profunda revisión de la teoría de la revolución permanente para fundamentar su apoyo al chavismo en Venezuela, a Evo Morales en Bolivia y a Correa en el Ecuador, y que ahora utilizan para orientar su política frente a los procesos revolucionarios en el Norte de África y Medio Oriente.

Dedico un capítulo de este trabajo no tanto por el peso real que esta corriente tiene sino porque su línea de razonamiento pretende vestir de trotskismo y de morenismo una revisión de la Teoría que transforma su carácter permanente en una nueva propuesta etapista.

Esta revisión comienza con una reivindicación del trabajo de Lenin: *Dos tácticas de la socialdemocracia*, que ya he citado, y una particular interpretación de su giro con las “Tesis de Abril” de 1917. Según Roberto Robaina (dirigente del MES y del PSOL), **Lenin nunca habría adoptado en su totalidad la concepción de la revolución permanente** defendida por Trotsky:

Fue la orientación de Lenin de 1905 la que permitió que los bolcheviques adoptasen una línea política correcta –cuya consigna central era “abajo el zar” para impulsar la revolución rusa, cuya primera victoria ocurrió en febrero de 1917.

⁷ MORENO, Nahuel. *Las Revoluciones del Siglo XX*.

⁸ ROBAINA, Roberto. *Em defesa do leninismo* (traducción nuestra).

(...) Pero sería incorrecto definir que las Tesis de Abril fueran una conversión pura y simple de Lenin a la permanente de Trotsky defendida en 1905.⁸

En esta interpretación, la posición de Lenin de no entrar al gobierno provisional era de carácter político concreto y no algo que surgía como un resultado inevitable de la estrategia general adoptada:

*Al mismo tiempo Lenin siempre defendió... que la entrada al gobierno dependía de la correlación de fuerzas y de las posibilidades de cambiar el país “de arriba hacia abajo” y no sólo de “abajo para arriba”. (...) En febrero de 1917, la opción fue no entrar ya que la naturaleza y la política del gobierno provisorio de Kerensky iban contra la movilización, habiendo además adoptado una política proimperialista, de conciliación con los privilegiados, no garantizando ni el pan ni la paz y, por lo tanto, opuesta a los intereses de la revolución mundial. En estas condiciones, participar o apoyar significaba ceder en lo esencial y desarmar la continuidad de la lucha.*⁹

Una prueba de este supuesto enfoque de Lenin sería el hecho de que “*propuso un compromiso con los mencheviques y socialistas revolucionarios: que si ellos aceptasen el poder de los soviets –en un momento en que Lenin era minoría en esta institución– los bolcheviques renunciarían a la defensa de la insurrección y disputarían el poder por la vía pacífica*”.

Por eso, después de la Revolución de Octubre, Trotsky sacó la conclusión de que “*la dictadura democrática, como había sido formulada por Lenin en 1905, no se realizaría más*”. Es decir, que “su tesis tendría validez universal”. Por el contrario, “*Lenin no escribió nada sobre esto después de la experiencia de Octubre*”.

Incluso, al escribir las Tesis de Oriente¹⁰, “*para armar a las revoluciones en los países coloniales y semicoloniales, después de la revolución de octubre de 1917, podemos decir que reafirmó la tesis de la dictadura democrática del proletariado y del campesinado al proponer que los partidos comunistas integrasen –siempre manteniendo su independencia organizativa– los movimientos nacionalistas revolucionarios, inclusive con sectores burgueses nacionalistas revolucionarios*”.

■■■■
⁹ Ídem.

¹⁰ *Tesis Generales sobre la Cuestión de Oriente*, votadas en el IV Congreso de la III Internacional, en 1922.

La conclusión general de Robaina es que, si una revolución como la de 1905 hubiese triunfado y dado lugar a un “gobierno provisorio revolucionario”, *“con la participación de los bolcheviques y mencheviques, sectores burgueses, un gobierno de crisis, de choques internos, totalmente inestable”*, todo indica que Lenin *“estaba decidido a entrar”*.

Una falsa reivindicación de Nahuel Moreno

En su revisión, Robaina busca también apoyarse en los aportes y en las críticas de Moreno a Trotsky. Comienza por una aparente reivindicación de los aportes de Moreno: “para expropiar no precisa de dirección socialista ni del proletariado como sujeto social”. Luego señala que aplicó esa definición a la revolución cubana (también dirigida por una organización revolucionaria pequeñoburguesa, el Movimiento 26 de Julio, apoyada en el campesinado en combinación con la insurrección urbana) y la extendió a los procesos en que el stalinismo, al ocupar los países del Este [de Europa], se vio obligado a expropiar.

Pero después de esta reivindicación, Robaina avanza más y plantea que ellas generaban un problema que Moreno sólo habría resuelto “a medias”. Si esas revoluciones no son como las de Octubre ni sus direcciones son “nuestras” direcciones revolucionarias internacionalistas, hay que apoyarlas y, a la vez, seguir impulsando la movilización permanente del proletariado como sujeto central del proceso, la democracia obrera, la internacionalización y la construcción de la internacional y sus secciones nacionales, tal como hizo Moreno.

El problema que Moreno no habría logrado resolver es el de los “régimenes intermedios” que podrían surgir de estos procesos revolucionarios distintos de Octubre:

Ahora hay otra cuestión: nosotros sabemos separar la existencia de regímenes intermediarios. Trotsky dijo que no había. Esta es una de las tesis de la permanente: no hay régimen intermedio entre el bolchevismo y el kerenskismo. En esto Trotsky erró feo. Pueden sí existir regímenes que no son como el de Kerenski y que no son la dictadura revolucionaria del proletariado. Nosotros sabemos se-

¹¹ Desgrabación de la intervención de Roberto Robaina en la escuela de cuadros del MES/PSOL, Rio Grande do Sul, 2011, tomado de <http://lucianagenro.com.br/2011/03/revolucao-russa-revolucao-permanente-e-situacao-atual/> (traducción nuestra).

*parar. Existen regímenes intermedios y el chavismo es uno de ellos. No es kerenskismo. (...) Sería el caso teórico de la dictadura democrática del proletariado y del campesinado que Lenin defendió en 1905.*¹¹

Una discusión actual

El análisis de Robaina no apunta a una cuestión meramente histórica o sólo teórica. Sus conclusiones tienen profundas implicancias en la política actual de esta corriente, especialmente frente a los procesos latinoamericanos que originaron los llamados “gobiernos bolivarianos”:

*En los últimos años, América Latina ha vivido numerosos procesos de movilizaciones revolucionarias, de insurrecciones y semi insurrecciones que no culminaron con la destrucción del estado burgués. En algunas de ellas, notoriamente Bolivia y Venezuela, surgieron de estos procesos –por la combinación de insurrecciones y elecciones– gobiernos que enfrentan al neoliberalismo –política económica actual del capitalismo imperialista– y desarrollaron políticas que conducen a estos países a la condición de naciones independientes en el sentido conceptualizado por Lenin y por la III Internacional.*¹²

*“¿No es válido, por ejemplo, definir que lo que hemos visto en la Venezuela de hoy, en Ecuador y en Bolivia, son una especie de “gobierno provisorio revolucionario” del tipo defendido por Lenin en 1905? ... **esos gobiernos tienen un poco de estas características**”.*¹³

Como conclusión de este enfoque, la línea es no sólo apoyar sino **entrar y ser parte de esos gobiernos**, para pelear “desde adentro” la dinámica del proceso:

*Nuestra política es ser parte de este proceso manteniendo nuestra independencia organizativa... Se trata de construir un polo que pueda transformarse en una alternativa que incida sobre los sectores más progresistas del aparato estatal y sobre el movimiento de masas.*¹⁴

¹² ROBAINA, Roberto. *Em defesa do leninismo* (traducción nuestra).

¹³ *Atualidade do Socialismo e as tarefas dos revolucionários - Teses políticas do MES -2008* (traducción nuestra).

¹⁴ ROBAINA, Roberto. *Um pouco do que somos e o que defendemos*, disponible en <http://robertorobaina.blogspot.com.br/p/mes-movimento-esquerda-socialista.html> (traducción nuestra).

Coherente con esa conclusión, *Marea Socialista* integra el PSUV, partido del gobierno chavista venezolano.

Un programa puramente democrático

A este análisis general, esta corriente suma además una visión de un “cambio estructural” desfavorable de la relación de fuerzas entre el capitalismo y las masas, ocurrida en las últimas décadas (tesis defendida por el economista marxista francés François Chesnais). Un cambio superior y que se impone por sobre la situación concreta de la lucha de clases. Esta situación desfavorable para las masas determina, en los hechos, una estrategia reformista y un programa puramente democrático. Así, refiriéndose a Venezuela, afirman:

*[...] como consecuencia de la ofensiva del capital, la lucha por la expropiación aparece de forma más difícil, menos objetiva y, por lo tanto, más propagandista. La forma de avance del proceso y las tareas para que se produzca son esencialmente políticas: la extensión a otros países, la lucha contra la burocracia, **la democratización del proceso**. Antes de la expropiación está planteado el control por parte de los trabajadores y el pueblo de los sectores económicos claves de la producción y de la distribución.¹⁵*

Una línea que se aplicaría no sólo en Latinoamérica, ante los “gobiernos bolivarianos”, sino también frente a los procesos revolucionarios del Norte de África y Medio Oriente, e incluso, en Grecia:

¿Ahora, por ejemplo, las perspectivas revolucionarias en países como Túnez, Egipto e incluso Grecia no pueden abrir la posibilidad de gobiernos de este tipo, las dictaduras democráticas del proletariado y del campesinado de que hablaba Lenin?¹⁶

Una larga cadena de confusiones

El razonamiento de Robaina es una larga cadena de confusiones, extrapolaciones y afirmaciones hechas en forma de preguntas. Su método se parece muchas veces al que Moreno tanto criticó en varios de los trabajos políticos de Ernst Mandel.

¹⁵ *Atualidade do Socialismo...*

¹⁶ Ídem.

En primer lugar, no es casual que el punto de partida sea una reivindicación del escrito “Dos tácticas”, un material que fue dejado de lado a partir de 1917, por el propio Lenin y que, en todo caso, sólo era traído a la luz por los stalinistas y quienes defendían la revolución por etapas y las alianzas con la burguesía en los países coloniales y semicoloniales.

En segundo lugar, la afirmación de que Lenin nunca habría adoptado en su totalidad la concepción de la revolución permanente es absolutamente indemostrable. Todos sus escritos e intervenciones de 1917 y a posteriori de la Revolución de Octubre (sea en congresos, artículos políticos, manifiestos, etc.) lo ubican claramente en esta visión. No hay ninguna “salvaguarda” cuyo contenido fuese el interpretado por Robaina, como hubiese sido de esperar de alguien tan puntilloso como Lenin.

En este aspecto, digamos finalmente que la exigencia a mencheviques y socialistas revolucionarios para formar un “gobierno obrero y campesino” fue, para los bolcheviques y para Lenin, más una táctica para desenmascararlos y ganar la mayoría en los soviets que una hipótesis plausible. En cualquier caso, hay dos aspectos de esta política que son “olvidados” por Robaina y su corriente al fundamentar su política actual. El primero es que se trataría de **un gobierno sin burgueses**: precisamente la primera parte de la exigencia a estos partidos era: “*rompan con la burguesía*”. El segundo es que los bolcheviques decían: “*no entraremos a ese gobierno*”.

Las Tesis de Oriente

Queda por supuesto, el tema de las Tesis de Oriente, votadas por la Tercera Internacional en 1922, redactadas por Lenin y aprobadas por Trotsky. Aunque en ese material no se habla del gobierno obrero y campesino, es evidente que está escrito con un enfoque diferente y, por eso, siempre es reivindicado en las críticas a la formulación de la permanente.

Tomando como ejes programáticos de la revolución democrática de los países orientales la lucha contra el imperialismo, por la unidad nacional y el tipo de relaciones que estos países establecieran con la joven nación soviética, las Tesis concluyen con la propuesta del Frente Único Antiimperialista, es decir, la alianza entre el proletariado y la burguesía nacional, equiparándolo en importancia táctica al Frente Proletario en Occidente. Aunque se hace la clara salvaguarda de que, en dicha alianza, el proletariado debería mantener total independencia política y organizativa.

El stalinismo se apoyó en esta visión para impulsar su política hacia la revolución china de 1923-1928 pero no cumplió el punto de la “independencia política y organizativa”, ya que la Tercera dirigida por él ordenó al PCCh entrar en el partido de la burguesía nacional (el Kuomintang), que fue elevado a la categoría de “organización simpatizante” de la Komintern. Esta línea llevaría al desastre el proceso revolucionario cuando el Kuomintang masacró a los militantes comunistas.

El análisis de Trotsky en diversos materiales de la época y posteriores es totalmente crítico a la línea general del Frente Único Antiimperialista, y su formulación definitiva de la permanente en 1929 se basa en este balance. Por su parte, Nahuel Moreno, en *Actualización del Programa de Transición* dará una visión totalmente crítica y contraria a esa táctica (y a todo frente policlasista en general):

No es casual que en ninguno de sus trabajos de la década del '30 Trotsky llamara a la constitución de frentes antiimperialistas o de cualquier otro tipo. La célebre formulación de las Tesis de Oriente sobre el frente antiimperialista es el único antecedente cierto de este planteo dentro de la literatura marxista revolucionaria. Aunque esas Tesis señalan como paralelos al frente obrero en los países occidentales y al frente antiimperialista en los países orientales, el texto mismo señala cómo la gran tarea sigue siendo lograr una total independencia política y organizativa de la clase obrera, y no formar frentes estables con la burguesía.

En otras palabras, puede decirse que estas Tesis son, en el balance de Trotsky y en el de Moreno, una “confirmación por la negativa” de la concepción de la revolución permanente.

¿Moreno apoya a Robaina?

Tal como distorsiona a Lenin para llevarlo a su “campo”, Robaina intenta interpretar los aportes de Moreno en su apoyo. Es decir, de la constatación de que “para expropiar al imperialismo y a la burguesía no se precisó de dirección revolucionaria ni del proletariado como sujeto social”, contra el “esquematismo” de Trotsky, Robaina saca la conclusión de que, de esa línea de razonamiento, surge tanto la posibilidad teórica como la línea de un largo período posible de “gobiernos obreros y campesinos” (u obreros y populares) de tinte intermedio entre la dictadura revolucionaria del proletariado y

el régimen de Kerensky. Es decir, toda una etapa intermedia de revolución democrática y no socialista.

Pero, tal como ya he señalado, Moreno saca la conclusión opuesta que Robaina: hubo caminos diferentes a los previstos por Trotsky pero en el marco general de que el proceso de conjunto avanzaba rápidamente hacia la revolución socialista en el terreno nacional e internacional, o retrocedía. Nada de etapas intermedias de larga duración.

La cuestión de los “régimenes intermedios”

Eso lleva de lleno al que considero el nudo de la “trampa teórica” que nos tiende Robaina al afirmar que *“pueden sí existir régimenes que no son como el de Kerenski y que no son la dictadura revolucionaria del proletariado”*. Es evidente que el autor se refiere a régimenes surgidos de procesos revolucionarios. En sí misma, esta afirmación es correcta. Pero las conclusiones que saca de ella el autor son totalmente equivocadas.

En primer lugar, la definición de un régimen político debe ser precedida (o estar profundamente asociada) con el carácter de clase del Estado en que ese régimen está inserto. Tanto para Trotsky como para Moreno, en la época que escribieron sobre este tema sólo había dos posibilidades de tipo de Estado: burgués u obrero. Entonces, esa es la primera y clara línea demarcatoria para analizar y definir un régimen.

Con respecto a los Estados obreros, en unos de sus trabajos más importantes¹⁷, Moreno analiza y define dos tipos posibles de régimenes: la dictadura revolucionaria del proletariado y la dictadura burocrática del proletariado. El primero fue el régimen impulsado por los bolcheviques en los primeros años de la Revolución Rusa. El segundo tipo surgió por dos vías diferentes: una fue por la degeneración de ese régimen en la URSS, a partir de la burocratización stalinista; otra fue la de los estados obreros cuyo régimen ya nació burocratizado (Yugoslavia, China, Cuba, etc.).

A partir de la existencia de este segundo tipo de régimen, tanto Trotsky (para la URSS a partir de la segunda mitad de la década de 1920) como Moreno (generalizando a los surgidos posteriormente) utilizaban para definir esos Estados obreros una sub-categoría diferenciada: el estado obrero burocratizado.

■■■■
¹⁷ Ver *La dictadura revolucionaria del proletariado* (1979).

El gobierno obrero y campesino, y las contradicciones entre estructura y superestructura

Sin embargo, para Robaina, lo más importante es la posible existencia de un “régimen intermedio” cuando todavía no han sido eliminadas las bases estructurales del capitalismo en un país. Es decir, el “gobierno obrero y campesino” encabezando un régimen político en contradicción con la estructura económica.

Moreno dedica bastante atención a esta situación y a este régimen intermedio. En *Las Revoluciones del Siglo XX* (1984), utiliza el concepto de “gobierno obrero y campesino” (u “obrero y popular” si el país es urbano) como una categoría que define precisamente a los gobiernos que han roto con la burguesía y el imperialismo pero aún no los han expropiado, y da el ejemplo de Cuba en 1960:

De cualquier forma, son gobiernos obreros y campesinos porque han roto con la burguesía. Cuba es un buen ejemplo (cuando Fidel echa del gobierno a Urrutia, agente de la ofensiva imperialista, como toda la burguesía cubana).

En el mismo libro agrega que una de las condiciones para esta definición es el hecho de que “*las masas populares movilizadas contra el régimen destruyan, en el curso de esa movilización, a las fuerzas armadas burguesas y, con ellas, al estado burgués*”.

Se produce así una aguda contradicción: el estado burgués como tal ha sido destruido y lo que existe es un régimen surgido de la ruptura con la burguesía. Pero las bases estructurales del país siguen siendo capitalistas: la burguesía y el imperialismo continúan siendo los propietarios de los medios de producción y de cambio. Hasta aquí tendría acuerdo con Robaina.

Sin embargo, Moreno afirma categóricamente que **esta contradicción altamente inestable o antagónica debe resolverse rápidamente**: o la dirección avanza hacia la expropiación (como ocurrió en Yugoslavia, China o Cuba) y crea un nuevo estado obrero, o retrocede y reconstruye el estado burgués (como sucedió en Nicaragua y otros países). No existe alternativa de un largo período de mantenimiento de la contradicción: o la burguesía y el imperialismo recuperan y reconstruyen “su” estado o el gobierno obrero y campesino elimina a la burguesía y al imperialismo en el país. Aquí, Moreno coincide profundamente con Trotsky y lo señalado ante la “hipótesis

altamente improbable⁷: un gobierno obrero y campesino sólo sería *un corto episodio en el camino de la verdadera dictadura del proletariado* o retrocedería.

En caso de avanzar, Moreno señala que se produce un cambio tanto del carácter del Estado como del régimen político:

Apenas expropián a la burguesía, los gobiernos obreros y campesinos se transforman en dictaduras del proletariado, ya que la burguesía deja de existir y todo el país se transforma en un país obrero, no capitalista. Si ya no hay burguesía en el país no puede haber un estado capitalista, aunque haya aparatos capitalistas o iguales a los capitalistas, como la policía o el ejército (guerrillero o stalinista). Nos encontramos entonces con un estado obrero, o país obrero, que tiene un tipo de estado burocrático desde el comienzo, por el régimen autoritario del partido-ejército.

En contra de lo que dice Moreno, Robaina y su corriente sacan la conclusión de que esta contradicción estructura-superestructura puede subsistir durante un largo período sin resolverse, dando lugar, en los hechos, a toda una “etapa intermedia” de desarrollo de la revolución democrática, separada de la socialista.

Falsas caracterizaciones de Chávez y Evo

Existe, entonces, un primer problema con este tema de los tiempos. Robaina y su corriente afirman que en Venezuela, Bolivia y Ecuador existen gobiernos y regímenes con fuertes elementos de gobierno obrero y campesino que lograron sobrevivir varios años sin expropiar a la burguesía y al imperialismo. Es decir, sin avanzar en resolver la contradicción con la estructura económico-social del país. Para mí, eso es imposible.

La explicación marxista es que esos gobiernos y regímenes no presentan ninguna contradicción (por lo menos no antagónica) con el capitalismo. Se han dedicado numerosos artículos y libros (en el caso de Venezuela, el recientemente publicado *Venezuela después de Chávez. Un balance necesario*) a demostrar que no son gobiernos obreros y campesinos porque no han roto con la burguesía y el imperialismo ni, mucho menos, han destruido la base fundamental del estado burgués: las fuerzas armadas. Por el contrario, su política es fortalecerlas.

Entonces, no existe la contradicción analizada por Robaina. Venezuela, Bolivia y Ecuador son estados burgueses administrados por regímenes y gobiernos burgueses, independientemente del origen de clase de quienes integran esos gobiernos y dominan esos regímenes (campesinos o pequeño-burgueses). Tal como nos enseña el marxismo, el carácter de clase de los gobiernos y regímenes debe ser definido por el carácter de clase de los estados que administran. Por otro lado, esos mismos sectores de origen campesino (Evo en Bolivia) o pequeñoburgués (la media oficialidad “bolivariana” que dio origen al chavismo, o Correa en el Ecuador) hoy se están transformando (o ya se han transformado) en burgueses a partir de los beneficios de administrar el Estado.

Algunas conclusiones

La teoría etapista de Robaina y su corriente avanza incluso más allá de la desarrollada por los mencheviques y stalinistas, ya que habla de la posibilidad de que los gobiernos obreros y campesinos construyan un “estado democrático de nuevo tipo” no obrero ni burgués, concepción “tercerista” que fue duramente combatida tanto por Trotsky como por Moreno.

Creo haber demostrado que choca, por un lado, con toda la elaboración teórica del marxismo, del leninismo y del trotskismo y, por el otro, con toda la experiencia histórica de las revoluciones modernas.

En realidad, se trata de un “teoría-justificación” para defender el apoyo o la integración a los gobiernos burgueses bolivarianos. En el caso de la extensión de la aplicación de sus consecuencias políticas a los procesos revolucionarios en el mundo árabe y Grecia implica, además, una adaptación a las ilusiones de las nuevas vanguardias sobre que basta “radicalizar la democracia” para cambiar el mundo, y a las posiciones de corrientes neo-reformistas, como Syriza.

Es una concepción que lleva de lleno a los brazos de la burguesía y, por lo tanto, a la derrota de los procesos revolucionarios. Por eso, tanto en las posiciones teóricas como en las políticas debe ser durísimamente combatida.

Robaina y su corriente tienen el derecho de desarrollar su concepción teórica y sus conclusiones políticas. Pero no tienen derecho a decir que ella responde a una actualización del leninismo, del trotskismo o del morenismo, porque están rompiendo claramente con ellos.

EL SECTARISMO “MATA” EL CONCEPTO DE REVOLUCIÓN

El proceso revolucionario abierto en el Norte de África y Medio Oriente desde enero de 2011 ha vuelto a poner sobre el tapete y profundizado las diferencias que la LIT-CI tiene con la corriente internacional Fracción Trotskista (FT), encabezada por el PTS de Argentina. Estas diferencias surgieron desde el propio origen del PTS, una ruptura con el MAS argentino y la LIT-CI, en 1988, a partir de la crítica de esta corriente a las elaboraciones de Nahuel Moreno sobre las revoluciones de la segunda posguerra; en especial, su análisis de las que llamó “revoluciones de febrero”. Ahora, aplicadas a procesos revolucionarios concretos, esas diferencias adquieren un carácter mucho más agudo. Podemos sintetizarlas en los siguientes puntos centrales:

- a) ¿Cómo definimos una “revolución”? O, lo que es lo mismo, ¿cuándo se puede decir que en un país hay un proceso revolucionario en curso?
- b) ¿Cómo se articula la revolución democrática con la socialista (en especial en la lucha contra dictaduras)? ¿Hay revoluciones cuyo eje es el cambio de régimen? ¿Cuál es el programa que los revolucionarios debemos agitar en cada uno de esos momentos diferenciados de la lucha de clases (antes y después de la caída de la dictadura)? ¿Es posible la unidad de acción con la burguesía en el período de lucha antidictatorial? Finalmente, ¿podemos hablar de un primer triunfo de la revolución democrática cuando la dictadura es derribada y reemplazada por un nuevo régimen y se logran amplias libertades democráticas?

No se trata de diferencias sólo teóricas o conceptuales: ellas nos llevan a valoraciones muy diferentes del proceso en su conjunto, a programas y políticas muy diferentes de intervención (casi opuestas en Siria, por ejemplo) y, en el caso de Libia, a balances totalmente antagónicos sobre el significado de la caída de Kadafi.

¿Qué es una revolución?

La FT es muy reticente en definir como revoluciones lo que está sucediendo en el mundo árabe. En un material dedicado a esos procesos expresa: “Desde fines de 2010 una ola de protestas y rebeliones se extendió por varios países del norte de África y Medio Oriente”. Más adelante, en el mismo material, agrega que el proceso “incluyó rebeliones y abrió procesos revolucio-

narios como en Egipto y Túnez”. Y al analizar la política del imperialismo, define que “esta estrategia tiene rasgos preventivos, pues todavía no enfrenta revoluciones abiertas”. ¿Qué sería para la FT una “revolución abierta”? Otra cita posterior nos lo aclara: “Una combinación de levantamientos o jornadas revolucionarias y rebeliones jalonó el despliegue de la ‘primavera árabe’ y abrió procesos revolucionarios (cuyo ejemplo más claro es Egipto), pero sin transformarse aún en **revoluciones sociales abiertas**”.¹⁸ (Destacado nuestro)

Frente a la crítica de la definición general del proceso como “rebeliones” responden aclarando aún más su visión: *No es fácil comprender por qué una rebelión sería algo “puntual y momentáneo”. La compleja dinámica de la “Primavera Árabe” muestra que las rebeliones y jornadas revolucionarias pueden retroceder a veces bajo los golpes y maniobras de la contrarrevolución, o ser el comienzo de procesos revolucionarios que, si se desarrollan, llevan a la revolución social, lo cual se determinará o no en la lucha de clases viva. No hay una separación absoluta entre estas categorías y la historia muestra que hay numerosas situaciones intermedias, incluso “revoluciones semiciegas, mudas...” que Trotsky definía a partir del retraso del factor subjetivo, o sea revoluciones mediatizadas por el retraso de sus elementos subjetivos y la ausencia de un polo revolucionario con influencia.*¹⁹

Aquí, es evidente que, para la FT, sólo se puede hablar de “revoluciones abiertas” (o completas) cuando estas han avanzado al estadio de “revolución social” con un “polo revolucionario” (o partido revolucionario) con influencia. Los otros procesos son sólo “rebeliones” o, como máximo, “semi-revoluciones”. Más adelante veremos que las diferencias que analizan entre Egipto y Túnez, por un lado, y Libia y Siria, por el otro, son mucho más profundas que sólo un grado de intensidad o avance de la lucha, y que esas diferencias tienen una gran importancia en la definición de su política hacia esos países.

¿Qué es una situación revolucionaria?

El debate sobre cómo definir una revolución nos lleva a otro muy ligado que cruzó durante décadas las filas del trotskismo y el propio morenismo:

¹⁸ MOLINA, Eduardo y ISHIBASHI, Simone. “A un año y medio de la ‘Primavera Árabe.’” *Revista Estrategia Internacional*, 28/9/2012.

¹⁹ Ídem.

¿cómo definir una situación revolucionaria, es decir, el marco en que se da una revolución?

La FT reivindica “in extremis” la clásica definición que Trotsky realizó en 1940:

La experiencia histórica estableció las condiciones básicas para el triunfo de la revolución proletaria, que fueron esclarecidas teóricamente: 1) El impasse de la burguesía y la consecuente confusión de la clase dominante; 2) La aguda insatisfacción y el ansia de cambios decisivos en las filas de la pequeño-burguesía sin cuyo apoyo la gran burguesía no puede mantenerse; 3) La conciencia de una situación intolerable y la disposición a acciones revolucionarias en las filas del proletariado; 4) Un programa claro y una dirección firme de la vanguardia proletaria (el partido).²⁰

Destaco que aquí Trotsky define las “condiciones para el triunfo de la revolución proletaria” y no que no pueda haber revoluciones sin esos requisitos. Años antes, había señalado que “podría darse una verdadera situación revolucionaria sin un partido revolucionario adecuado” pero que esas revoluciones estarían condenadas a la derrota²¹. Por otro lado, tanto en Francia, después de la huelga general de 1936, como en España, luego de la caída de la monarquía en 1931, él definió que había empezado la “revolución” en esos países, sin la condición de una alternativa de dirección revolucionaria.

Al analizar las revoluciones de la segunda posguerra, Moreno señaló que esa definición clásica de Trotsky era demasiado restrictiva porque sólo podía aplicarse, en realidad, a situaciones revolucionarias similares a la que se había dado antes de Octubre de 1917. Como parte de sus aportes mostró que se habían dado numerosas revoluciones (y por lo tanto, situaciones revolucionarias) diferentes de las definidas por Trotsky y que, incluso, varias de esas revoluciones habían obtenido triunfos importantes y avanzado hasta la expropiación de la burguesía y la creación de nuevos estados obreros, como Yugoslavia, China, Cuba, etc., sin cumplir los cuatro requisitos señalados por Trotsky.

Su conclusión era que la realidad mostraba que, en esos procesos, dos de esos factores (la crisis, división y parálisis de la burguesía, por un lado, y la

²⁰ TROTSKY, León. “Manifiesto de Emergencia”, *Escritos*, Tomo XI, vol. 2, Ed. Pluma.

²¹ TROTSKY, León. “¿Qué es una situación revolucionaria?”, *Escritos*, Tomo II, vol. 2, pág. 510, Ed. Pluma.

radicalización de la pequeñoburguesía y sectores populares, por el otro) eran tan agudos que, en cierta forma, habían compensado la ausencia de los otros dos y permitido el desarrollo de esas revoluciones y su triunfo, hasta un cierto estadio de su avance.

Además, al estudiar las luchas contra las dictaduras en Latinoamérica y su caída, también vio que había procesos revolucionarios que tampoco cumplían esos requisitos. Para él, entonces, la definición de Trotsky seguía siendo válida para situaciones revolucionarias que llamó de “pre-October”. Propuso incorporar el concepto de otras situaciones revolucionarias (que llamó de “pre-Febrero”), en las que incluyó todas aquellas en las que no estuviese presente el partido revolucionario como alternativa de dirección.

Así, propuso retomar la definición de Lenin sobre situación revolucionaria, elaborada en 1915: “*Sólo cuando ‘los de abajo’ no quieren seguir viviendo como antes y ‘los de arriba’ no pueden continuar gobernando como antes, sólo entonces puede triunfar la revolución*”. Para Lenin, el segundo término implicaba la disposición de las masas a las acciones revolucionarias y el primero una crisis profunda del sistema o régimen de dominio político de los opresores. Moreno consideraba que esta definición de Lenin era más abarcadora que la clásica de Trotsky y, por ello, aplicable de modo más general a los procesos.

El propio Trotsky había elaborado, años antes, una de las definiciones más “objetivas” sobre qué era una revolución:

El rasgo característico más indiscutible de las revoluciones es la intervención directa de las masas en los acontecimientos históricos. En tiempos normales, el Estado, sea monárquico o democrático, está por encima de la Nación; la historia corre a cargo de los especialistas de este oficio: los monarcas, los ministros, los burócratas, los parlamentarios, los periodistas. Pero en los momentos decisivos, cuando el orden establecido se hace insoportable para las masas, estas rompen las barreras que las separan de la palestra política, derriban a sus representantes tradicionales y, con su intervención, crean un punto de partida para el nuevo régimen. Dejemos a los moralistas juzgar si esto está bien o mal. A nosotros nos basta con tomar los hechos tal como nos los brinda su desarrollo objetivo. La historia de las revoluciones es para nosotros, por encima de todo, la historia de la irrupción violenta de las masas en el gobierno de sus propios destinos.²²
(Destacado nuestro)

²² TROTSKY, León. *Historia de la Revolución Rusa* (Prólogo).

La revolución en el mundo árabe

Lo que está sucediendo en el mundo árabe de conjunto, y en varios países en particular (Túnez, Egipto, Libia y Siria), cumple con creces lo que Trotsky definía como “*el rasgo característico más indiscutible de las revoluciones*”: la intervención directa de las masas en los acontecimientos históricos. También la definición leninista ya que, de modo indudable, coexiste con profundas crisis y divisiones de “los de arriba”. Es a partir de esta definición que luego se pueden analizar los rasgos más específicos de cada proceso, ver sus características, contradicciones y debilidades, y tener políticas más concretas para cada uno de ellos.

Este punto de partida (son o no revoluciones) es el marco a partir del cuál se interviene y se define la política y el programa para los procesos. Las herramientas de definición de la FT la llevan, en el fondo, a negarles el carácter de “revolución abierta” a prácticamente todos los procesos, porque ellos no responden al “esquema de manual” y por lo tanto, a intervenir de modo no sólo pedantesco y propagandístico sino, además, equivocado políticamente.

Los campos sociales, políticos y militares en las guerras civiles

Si la FT está “mal parada” en su análisis de los procesos revolucionarios, esta incomprensión llega al extremo cuando se trata de guerras civiles, en las que, en general, se combinan procesos sumamente complejos.

En primer lugar, una guerra civil es una de las formas más extrema de la lucha de clases, aquella en que se cumple a fondo el concepto de von Clausewitz de que la guerra es la continuación de la política por otros medios. Si esa guerra civil expresa la lucha por derrocar un régimen dictatorial, en el campo militar rebelde muchas veces está “el pueblo en armas”. Es decir, “*la intervención directa de las masas en los acontecimientos históricos*” se da a través de su forma más aguda: la lucha militar.

Esto implica que, en caso de triunfar el “campo militar rebelde” las consecuencias serán objetivamente más profundas que un mero cambio de régimen político ya que, necesariamente, para triunfar han debido destruir, junto con la vieja dictadura, las fuerzas armadas que las sostenían. Es decir, la base principal del Estado burgués. La única fuerza militar que queda es la del ejército rebelde que, muchas veces, no está centralizada sino en manos

de diversas fracciones que expresan distintos intereses de clase. En otras palabras, un Estado “disperso” y lleno de contradicciones que corren el riesgo de resolverse a punta de fusil.

En segundo lugar, en especial cuando la lucha es contra regímenes dictatoriales, en muchas guerras civiles se distorsionan y confunden los campos de clase que define el marxismo (burguesía y proletariado). Diversas fracciones de la burguesía se dividen, al punto de enfrentarse militarmente, y un sector de ella es parte del “campo rebelde”.

Para tener una política correcta frente a una guerra civil es necesario diferenciar “campo de clase” y “campo militar”. ¿Hay un campo militar progresivo en el que participan los trabajadores y el pueblo? Si es así, los revolucionarios debemos ser parte de ese campo militar sin dudar, y apoyarlo incondicionalmente.

Así ocurrió, por ejemplo, en la guerra civil española entre el campo militar republicano y el franquista. En el campo republicano había diversos sectores burgueses de Catalunya y Madrid que querían frenar y paralizar la revolución. Pero eso no impidió que los revolucionarios lo caracterizaran como progresivo y participaran activamente de él.

Esta participación de sectores burgueses en el “campo militar progresivo” representa un peligro mortal para los trabajadores y el pueblo: la confianza en esos sectores burgueses y su política. Por eso, dentro de ese campo militar es necesario ir construyendo un campo político de clase, independiente, que combata la política de la burguesía y prepare las tareas estratégicas de la revolución socialista. Pero eso sólo puede hacerse con la condición de ser parte del campo militar unificado, lo que implica, muchas veces, una cierta disciplina militar. Es una política con profundas contradicciones pero es la única posible en estas condiciones.

En la guerra civil española, Trotsky resumió estos dos aspectos de una política revolucionaria:

*Participamos en la lucha contra Franco como los mejores soldados y, al mismo tiempo, en interés de la victoria sobre el fascismo, agitamos la revolución social y preparamos el derrocamiento del gobierno derrotista de Negrín. Sólo una actitud semejante puede acercarnos a las masas.*²³

²³ TROTSKY, León. “Contra el derrotismo en España” (14/9/1937).

Es decir, para Trotsky, sólo la combinación de una participación en la lucha contra el franquismo “como los mejores soldados” y la “agitación de la revolución social” podía “acercarnos a las masas”, cuyo eje era, en esos momentos, lograr la derrota del franquismo.

Esta participación en el “campo militar progresivo” implica, necesariamente, una unidad de acción y coordinación de acciones con los sectores burgueses que lo componen y, muchas veces, lo dirigen. Y es inevitable que en esos burgueses haya (incluso que predominen) sectores ligados al imperialismo o proimperialistas. Como señalaba Trotsky, hacemos unidad de acción al mismo tiempo que los combatimos políticamente. Esa es la base sobre la que se asienta la política de la LIT-CI para Libia y Siria.

Por más vueltas que le dé al asunto en sus materiales, la FT está en contra de esa combinación que incluye la unidad de acción. En realidad, está en contra de la participación en el campo militar progresivo. Para ellos, esa política representa una política “campista” (dilución en uno de los campos burgueses) o, por lo menos “semicampista”, lo que también lleva a embellecer y capitular a uno de los campos burgueses y, a través de él, al imperialismo.

Por eso, de espaldas a la realidad concreta sobre cómo se dan esos procesos de lucha, acaban confundiendo los campos militar y político y llamando a formar un tercer campo político-militar, expresado en consignas como “Ni Kadafi (o Assad) ni imperialismo”. Una política que choca de frente contra la combinación que formulaba Trotsky para España, la “única que puede acercarnos a las masas”.

Libia: una prueba de fuego

Estos dos enfoques llegaron a su diferenciación máxima en el caso del derrocamiento de Kadafi en Libia y su significado.

Para la FT, un hecho (el bloqueo y los ataques aéreos del imperialismo) cambió todo el carácter del proceso de la lucha contra el dictador, que pasó de “progresivo” a “reaccionario”. Incluso llegaron a llamar a los combatientes rebeldes como “tropa terrestre” del imperialismo. Consecuentes con ello, caracterizaron el derrocamiento de Kadafi como un triunfo imperialista (por lo tanto, una derrota de las masas) y un punto de inflexión del proceso regional en su conjunto:

///

El derrumbe final del régimen de Kadafi se produce bajo la tutela de la OTAN, con lo que el imperialismo, pese a la aguda crisis y la descomposición estatal, logra un importante punto de apoyo con el CNT para iniciar la “reconstrucción” libia. Esto señala un punto de inflexión, pues esa intervención tuvo efectos reaccionarios sobre el conjunto del proceso árabe, permitiéndole al imperialismo reubicarse como “amigo de la democracia” en las “transiciones” tunecina y egipcia, tal como intenta presentarse ahora en Siria.²⁴

Veamos al nudo de la argumentación de la FT: la intervención del imperialismo y la OTAN cambió el signo del proceso. Creo que este razonamiento es totalmente mecánico y equivocado, ya que un elemento parcial se extrapola como el significado del proceso en su conjunto.

Vamos a partir de un punto: toda acción política y/o militar del imperialismo tiene un objetivo contrarrevolucionario, de defensa de sus intereses y posiciones en el país o región en que está interviniendo. Pero lo hace de formas muy diversas y debiendo considerar los procesos y la realidad objetiva.

¿Por qué intervino el imperialismo?

En varios materiales se analiza en profundidad el porqué de la acción militar de la OTAN contra Kadafi. Esta acción expresó un cambio en su política: primero apoyó a Kadafi; después consideró que su permanencia agudizaba la situación y definió que lo mejor era un recambio por un gobierno del CNL y buscar operar a través de este. Intervino de modo limitado, sin invasión de tropas terrestres, condicionado por el resultado de las guerras de Irak y Afganistán, y con el temor de que estas experiencias se repitiesen en Libia.

Este carácter limitado de la intervención militar imperialista tiene gran importancia a la hora de caracterizar la dinámica del proceso en su conjunto y el significado de la caída de Kadafi. Porque si bien, por un lado, tuvo una innegable importancia en la derrota militar del dictador libio y, por el otro, lo ubicaba mejor políticamente en la situación posterior, no tenía forma de intervenir militarmente en la era pos Kadafi.

Fue un elemento importante, pero coadyuvante frente al hecho de que el país quedaba dominado y, de hecho, dividido entre las distintas fracciones militares libias, incluidas las milicias populares rebeldes. Quedó planteada

²⁴ “A un año y medio de la ‘Primavera Árabe’...”

una disputa político-militar por un Estado libio disperso y atomizado. Disputa que ahora parece cerrarse en favor de la dirección burguesa proimperialista, con la disolución de diversas milicias y/o su incorporación al ejército regular. Este resultado parecería dar la razón a la FT pero es un error completo (de absoluto derrotismo) no ver la situación que se abrió después de la caída de Kadafi (propia del profundo triunfo revolucionario de derrotar militarmente a la dictadura) y sus posibilidades.

Digamos, además, que la posición de la LIT-CI fue claramente contra la intervención militar imperialista, y de combate frontal a las posiciones del ala mayoritaria del CNL que la reivindicaba.

Total inconsecuencia

En el plano regional, es un error decir que la caída de Kadafi fue *“un punto de inflexión con efectos reaccionarios”*. Por el contrario, ella representó un impulso al proceso: después se abrió o agudizó el proceso sirio, se mantuvo la lucha en Túnez contra los gobiernos electos, y continuó la lucha en Egipto, como lo mostró la gigantesca movilización contra el gobierno de la Hermandad Musulmana.

En cualquier caso, la posición de la FT es totalmente inconsecuente con su análisis y caracterización. Si la intervención militar imperialista era el elemento central y cambiaba el signo del proceso (al punto de transformar a los rebeldes en “tropa terrestre” del imperialismo), si la caída de Kadafi significaba una derrota en Libia y “un punto de inflexión reaccionario” a nivel regional, lo correcto hubiera sido impulsar la unidad de acción con Kadafi contra el imperialismo, tal como se hizo en Argentina con la dictadura militar en la Guerra de Malvinas en 1982, contra Inglaterra. Pero la FT, de modo absolutamente incoherente, planteó la política de “Ni Kadafi ni imperialismo”.

Los errores cometidos por la FT en Libia se repiten en Siria, con un agravante: en ese país no hay intervención militar imperialista. Más allá de su retórica y de las “amenazas” de ayudar a los rebeldes, lo cierto es que, mientras Assad recibe apoyo militar de Rusia, Irán y Hezbollah, el imperialismo mantiene su embargo de armas a los rebeldes. El único argumento que queda en pie para repetir su posición “tercerista” en el terreno militar es el carácter proimperialista de parte importante de la dirección de los rebeldes.

Aquí la FT comete un error mecanicista muy común en la izquierda: confundir el carácter del proceso con el de sus direcciones. Este tema lo veremos más en profundidad en el punto siguiente.

La revolución democrática y la lucha contra las dictaduras

Esta discusión con la FT se da en el marco de un debate mucho más profundo: la crítica a la localización y a las elaboraciones de Nahuel Moreno sobre la revolución democrática y su articulación con el proceso más general de la revolución permanente. Según la FT:

Nahuel Moreno revisa la teoría de la revolución permanente aunque intente combinar elementos de la misma... La LIT-CI no reniega de la "revolución permanente" en general, pero la tergiversa groseramente, pues comparte la concepción de Moreno que criticaba que: "Lo que Trotsky no planteó, pese a que hizo el paralelo entre stalinismo y fascismo, fue que también en los países capitalistas era necesario hacer una revolución en el régimen político: destruir al fascismo para conquistar las libertades de la democracia burguesa, aunque fuera en el terreno de los regímenes políticos de la burguesía, del Estado burgués" (Nahuel Moreno, Las Revoluciones del Siglo XX), para así elaborar una teoría semietapista que separa una primera fase de cambio de régimen político (el derrocamiento de las dictaduras y la conquista de la democracia burguesa) que serviría de antesala a una segunda fase posterior donde se cumplirían las tareas económico-sociales de la revolución.²⁵

Es decir, para la FT, el hecho de que Moreno analice que hay revoluciones que se hacen para derrocar un régimen dictatorial e instalar uno de democracia burguesa es una concepción etapista o semietapista. Pero, antes de entrar en el nudo del debate, veamos el contexto general en el que Moreno plantea su formulación. Para él:

Con la guerra interimperialista de 1914 a 1918... llega a su fin la época anterior, reformista. De aquí en más, el proletariado y todos los explotados necesitan hacer revoluciones y guerras civiles para terminar con el sistema capitalista en descomposición, es decir, con el imperialismo. Comienza la época de las revoluciones anticapitalistas, obreras o socialistas, que es también la época de las contrarrevoluciones burguesas. La primera revolución obrera triunfante, que inaugura esta nueva época, es la rusa de 1917. Con ella comienza la revolución socialista internacional. Esto significa que por primera vez en la historia no se

²⁵ "A un año y medio de la 'Primavera Árabe'..."

*trata de una suma de revoluciones sino de un solo proceso de enfrentamiento de la revolución y la contrarrevolución a escala de todo el planeta. Las revoluciones nacionales son episodios importantes de este enfrentamiento mundial.*²⁶

Es decir, los procesos revolucionarios cuyo eje es un cambio de régimen no son etapas ni semietapas (como interpreta la FT de las elaboraciones de Moreno) sino “episodios” de la revolución permanente, socialista, a nivel nacional e internacional.

¿Hay revoluciones por un cambio de régimen?

A partir de la lucha y la caída de dictaduras militares o bonapartistas en varios países, y la instalación de regímenes democrático-burgueses, a finales de la década del '70 y en la del '80, la corriente morenista debió definir el carácter de estos procesos: ¿habían sido revoluciones o no? Si había diferencias entre ellos, ¿cuáles habían sido y cuáles no, y cuáles eran las diferencias?

En esta discusión, Moreno rescató la Revolución Mexicana que se inició en 1910 como una lucha popular contra el régimen de Porfirio Díaz (aunque también incorporaba otros puntos como la reforma agraria). El mismo punto de partida tuvo el proceso en España, en la década de 1930, con la caída de la monarquía.

Después analizó que los procesos habían sido distintos en los diferentes países. Que, en algunos, como Argentina después de la derrota en Malvinas, había habido una crisis revolucionaria (“*hubo un período prácticamente sin gobierno ni régimen, ni nada*”) y que, a posteriori, había surgido un régimen totalmente distinto, opuesto, con amplias libertades democráticas, mientras que en otros, como España y Chile, surgía un régimen político diferente, también con libertades democráticas, en los que el cambio había sido reformista pero con una transición planificada y controlada desde el poder, y con elementos de continuidad con el régimen anterior. Su conclusión fue que los primeros procesos debían ser caracterizados como “revoluciones democráticas” mientras que definió a los segundos como “reformistas” o “bismarckistas”.²⁷

²⁶ MORENO, Nahuel. *Las Revoluciones del Siglo XX* (1984).

²⁷ En referencia a Otto von Bismarck, canciller alemán que a partir de 1871 fue el “arquitecto” de la unidad de Alemania y la incorporación de instituciones de la democracia burguesa (como el voto universal y el Parlamento) manteniendo el Imperio y al emperador.

Moreno alertaba que estas revoluciones contra los regímenes tenían distinto grado de profundidad, y un elemento central de valoración era si habían destruido o no a las fuerzas armadas.

Una última discusión sobre este problema tiene que ver con el hecho de que en la Argentina, Perú y Bolivia, el movimiento de masas no destruyó a las fuerzas armadas burguesas, como ocurrió, por ejemplo, en Nicaragua. Ya señalamos que esta diferencia es fundamental y que se trata de dos tipos distintos de revoluciones democráticas. No queremos discutir sobre palabras. Puede ser incorrecto, efectivamente, denominar "revolución" a un fenómeno como el argentino, el peruano o el boliviano. Podemos ponerle otro nombre para diferenciarlo, siempre y cuando digamos que también es totalmente distinto al proceso reformista, gradual, de concesiones democrático-burguesas controladas, de España y Brasil. Las libertades democrático-burguesas de la Argentina actual han sido producto de la crisis general del régimen militar y de la burguesía y del colosal ascenso del movimiento de masas. No fueron concesiones planeadas y controladas por la burguesía y el régimen militar...²⁸

Esta revalorización de las revoluciones que se inician por la lucha contra los regímenes dictatoriales o bonapartistas como "episodios" que tienen en cierta forma autonomía, tuvo una gran importancia para intervenir en los procesos referidos. Ahora vuelve a tener una importancia central en el proceso del Norte de África y Medio Oriente.

¿Con qué programa intervenimos en cada momento del proceso?

No se trata de una discusión sólo teórica o conceptual. Ella se concreta al definir con qué programa debemos intervenir en cada momento del proceso (antes o después del derrocamiento de la dictadura). Aclaro que no me refiero al programa general, para toda la etapa histórica abierta desde la Primera Guerra Mundial, cuyo eje es la dictadura del proletariado, sino al programa con el que se interviene en la situación. Para Moreno, en el período de lucha contra la dictadura, las consignas se ordenan alrededor de este eje central. Refiriéndose a Argentina, dice: "A partir del golpe de Estado de

²⁸ MORENO, Nahuel. 1982. *Empieza la revolución*.

1976 y la apertura de la etapa contrarrevolucionaria resulta evidente que la consigna central del programa revolucionario pasa a ser abajo la dictadura. Existen sí otras consignas de enorme importancia... pero estas consignas eran aspectos parciales que giraban alrededor de la consigna central".²⁹

Luego de la caída de la dictadura, el eje cambia; pasa a ser la lucha por la preparación de la revolución socialista: "Todas las movilizaciones posteriores a Bignone tienen ese carácter: denuncian y combaten las lacras del sistema capitalista en su conjunto. Sus objetivos inmediatos son aparentemente los mismos pero antes iban contra un régimen político y ahora cuestionan todo el sistema capitalista semicolonial. La clase obrera y el pueblo aún sin ser conscientes... preparan la revolución socialista".³⁰

En resumen: "En la etapa contrarrevolucionaria, nuestra consigna es negativa... porque ante todo, para abrir el paso a la revolución socialista, debíamos destrozarnos el régimen contrarrevolucionario". Después de la caída del viejo régimen, el eje cambia: "Si antes llamábamos a los trabajadores a concentrar sus esfuerzos en derribar la dictadura, ahora los llamamos a que hagan centro en liquidar el sistema capitalista imperialista".³¹

Para la FT, este ordenamiento del programa con ejes distintos en cada uno de los dos momentos de la revolución democrática es lo que concreta precisamente el carácter semietapista de la posición de Moreno:

Aquí aparece claramente la ruptura con la teoría de la revolución permanente, al separar dos etapas: una en que triunfaría la "revolución democrática" (a nivel del régimen), cuya clave programática son las demandas democráticas (derribar a Mubarak) y otra posterior que recién implica nuevas tareas, entre ellas, de transición, que sólo ahora "surgen con más fuerza".

Esto llevaría a una capitulación a la burguesía ya que:

El "sentido común" cultivado por los analistas burgueses y la centroizquierda separa las demandas antidictatoriales y por las libertades políticas de las demás reivindicaciones que surgen en la lucha de los pueblos árabes. Así, obscurecen la combinación de demandas sociales, políticas y nacionales profundas que está planteada en la "Primavera Árabe", y que remiten a las tareas de-

²⁹ MORENO, Nahuel. 1982. *Empieza la revolución.*

³⁰ Ídem.

³¹ Ídem.

mocráticas estructurales. Pero sin encarar de manera radical la liberación de la dominación imperialista, la resolución de la cuestión agraria, la lucha contra la opresión de las minorías nacionales y religiosas, la lucha contra la bárbara opresión de la mujer, etc., es imposible satisfacer las legítimas aspiraciones democráticas de los pueblos árabes. Aún la conquista de amplios derechos políticos exige llevar hasta el final la demolición de las podridas y ultra-reaccionarias instituciones estatales de los viejos regímenes.

En el mundo árabe, la clave en la resolución de esas tareas es la ruptura con el imperialismo.

Es necesario interpretar a fondo este razonamiento de la FT. Tal como señala Trotsky en su formulación de la revolución permanente, las tareas democráticas en su conjunto, pendientes de realizar por parte de las burguesías nacionales, sólo podrán ser llevadas a cabo en su totalidad con la revolución socialista. Desde el punto de vista del desarrollo histórico del proceso, la FT tiene razón y esa es la base de la teoría de la revolución permanente que reivindicamos.

Pero no tiene razón en varios puntos. El primero de ellos, es que omite el hecho de que las masas encaran esa lucha y se movilizan en primer lugar para derribar a las dictaduras, y hacen revoluciones para ello. Esta realidad combina dos aspectos. Uno es objetivo y correcto: es necesario derrocar los viejos regímenes para avanzar mejor y continuar la lucha contra el capitalismo. El otro contiene un elemento de ilusión: basta conseguir las libertades democráticas para resolver esos problemas estructurales. Y la política revolucionaria debe responder a ambos aspectos: al concreto e inmediato que genera la movilización de masas, y al más estratégico.

Moreno y el morenismo no dicen que se abandonan las otras consignas. Lo que dicen y hacen en la fase de lucha contra la dictadura es tener un eje ordenador de la propuesta de movilización y de lucha: precisamente, esa consigna negativa (abajo la dictadura).

Para la FT, eso es etapismo. Frente a esta crítica, la conclusión sólo puede encuadrarse en dos variantes: no hay que tener un eje y todas las consignas tienen el mismo valor (lo que, según Trotsky equivalía a no levantar un programa sino una suma de consignas), o el eje de intervención siempre debe ser la dictadura del proletariado (porque es el que responde a la resolución plena de todas las tareas democráticas).

Abandono del método del Programa de Transición

El esquema teórico de la FT la lleva entonces a abandonar y negar lo que los trotskistas denominamos el “método” del Programa de Transición, elaborado por Trotsky como documento programático fundacional de la IV Internacional en 1938. Para él, era *“preciso ayudar a la masa, en el proceso de la lucha, a encontrar el puente entre sus reivindicaciones actuales y el programa de la revolución socialista. Este puente debe consistir en un sistema de reivindicaciones transitorias, partiendo de las condiciones actuales y de la conciencia actual de amplias capas de la clase obrera a una sola y misma conclusión: la conquista del poder por el proletariado”*.

Es decir, para Trotsky hay un programa general de la revolución socialista con eje en la conquista del poder por el proletariado. Pero es necesario establecer un “puente” de consignas y reivindicaciones que partan de *“las condiciones y conciencia actuales de las masas”* y por las cuales ellas estén dispuestas a movilizarse. Porque será precisamente esta movilización la que permitirá que hagan su experiencia y crucen el “puente”.

Por eso, los trotskistas levantamos y agitamos permanentemente algunas consignas y paquetes de consignas que buscan impulsar la movilización de las masas y no el programa en su conjunto. Esto no significa de ningún modo dejar de lado la estrategia del programa sino, sin nunca perderla de vista, “bajarlo a tierra” para generar la movilización. A veces, incluso, la formulación de las consignas concretas puede parecer “reformista”, como cuando Trotsky les proponía a los trabajadores estadounidenses movilizarse para “exigir al señor Roosevelt” (presidente burgués imperialista pero en quien las masas estadounidenses confiaban) un plan de medidas contra la desocupación. Trotsky ahí consideraba, a la vez, la necesidad de los trabajadores de luchar contra el desempleo y su bajo nivel de conciencia de clase. Desde su ángulo de enfoque, ¿cómo calificaría la FT esta propuesta de Trotsky?

Es sobre la base de ese método de Trotsky en el Programa de Transición que el morenismo ordena el programa de intervención de lucha contra las dictaduras. La FT nos propone, por el contrario, un método y un programa que, sin tomar en consideración *“las condiciones y conciencia actuales de las masas”*, disuelve las tareas concretas por las que las masas están dispuesta a movilizarse en el programa general. Es decir, una formulación totalmente

propagandística y, por lo tanto, inútil, porque no nos acerca a las masas ni tampoco ayuda a su movilización.

“Inconscientemente socialista”

Esta discusión sobre el programa va de la mano con la crítica que hace la FT a la afirmación de Moreno de que la movilización de masas y los procesos revolucionarios tienen un carácter “inconscientemente socialista”:

Además, asignar un carácter “inconscientemente anticapitalista” al proceso es una noción profundamente objetivista que devalúa la importancia de los elementos subjetivos (direcciones, programas, ideas). En consecuencia, combatir a las direcciones burguesas y pequeño burguesas no tendría la importancia crucial que reviste, y tampoco serían decisivos los efectos de su accionar contrarrevolucionario. Lo que demostró la experiencia del siglo XX no fue que el carácter inconscientemente anticapitalista de los procesos revolucionarios tornara secundario el problema de la conciencia de las masas y sus direcciones, sino al revés, ratificó su importancia, pues no sólo se frustraron decenas de situaciones revolucionarias con un altísimo costo para las masas, sino que en los pocos casos en que la burguesía y el capital fueron expropiados, fue imposible avanzar en la transición socialista sin dirección marxista revolucionaria, y las grandes conquistas iniciales fueron revertidas al capitalismo, como en la URSS y China, o como está en trance de ocurrir en Cuba.³²

Como siempre, la FT vuelve a mezclar los conceptos. Por un lado, la contradicción que existe entre la acción y la conciencia de las masas en su movilización (especialmente en los procesos revolucionarios), por el otro, la pelea por la dirección y la conciencia en esos procesos y la importancia que eso tiene en el desarrollo de esas revoluciones. Finalmente, el destino de aquellas revoluciones que triunfaron con direcciones burocráticas y pequeño-burguesas.

El contenido esencial de la definición “inconscientemente socialista” se refiere a que, en los procesos revolucionarios, la acción de las masas tiene un contenido objetivamente socialista (de lucha contra el capitalismo) por las exigencias que contiene y las tareas que comienza a encarar para resolver sus reclamos y necesidades.

³² “A un año y medio de la ‘Primavera Árabe’...”

Las masas incluso hacen las revoluciones sin clara conciencia de que caminan hacia el socialismo. Si la revolución avanza, en su conciencia se mezclan una claridad negativa cada vez mayor sobre lo que rechazan y quieren destruir con algunas formulaciones positivas sobre lo que deben hacer para lograr sus reivindicaciones. Por ejemplo, en la Revolución Rusa fue quedando claro que debían derribar el Gobierno Provisional y dar todo el poder a los soviets para lograr “Paz, Pan y Tierra”, y que para ello debían abandonar a los viejos partidos de izquierda como los mencheviques y los social-revolucionarios, y adherir a la propuesta bolchevique. En China, que debían derrotar a Chiang Kai-shek y al Kuomintang para conseguir un plato de arroz para cada chino.

Es la vanguardia (el partido revolucionario y la franja del activismo que lo rodea) la que realiza sus acciones y desarrolla su política con claridad estratégica y “explicando pacientemente”. Pero sólo podría hacerlo si se apoya en ese carácter “inconscientemente socialista” de las aspiraciones y acciones que las masas van desarrollando y, a partir de allí, con un política correcta, concreta y adecuada a cada circunstancia y viraje del proceso, van transformándose en alternativa de dirección.

Al revés de lo que opina la FT, la caracterización del carácter “inconscientemente socialista” del proceso y la confianza en que las masas aprenden con su acción y experiencia no significa concluir que *“combatir a las direcciones burguesas y pequeño-burguesas no tendría la importancia crucial que reviste, y tampoco serían decisivos los efectos de su accionar contrarrevolucionario”*.³³

Por el contrario, es la base objetiva necesaria para dar ese combate, ya que sin esa base sería imposible. El decir que las masas son “inconscientemente socialistas” no disminuye la importancia de este combate sino que nos arma para, con una política correcta, fortalecerlo y tornarlo triunfante; conscientes de que en esta pelea por la dirección contra las corrientes burguesas y pro-burguesas se juega el destino de esa revolución.

Abordemos finalmente el tema de la restauración capitalista en los países donde la expropiación fue dirigida por direcciones burocráticas y pequeño-burguesas (como en Yugoslavia, China y Cuba) o donde se burocratizó el estado obrero (como en la URSS). Acá, la FT realiza una maniobra.

■■■■
³³ Ídem.

Quien siga honestamente la trayectoria de Moreno en las distintas organizaciones internacionales en las que militó sabe que él siempre reivindicó a fondo el pronóstico de Trotsky en *La revolución traicionada* (o el proletariado hacía una revolución política que desalojase a la burocracia del poder o esta restauraría el capitalismo). Y que, consecuente con ello, siempre batalló contra las corrientes que le capitulaban al stalinismo (como el pablismo-mandelismo) para construir en esos países partidos revolucionarios trotskistas que impulsasen y dirigiesen esas revoluciones. Además, ¿qué tiene que ver la definición de “inconscientemente socialistas” de los procesos revolucionarios bajo el capitalismo con esto?

Sobre triunfos...

Para finalizar este debate con la FT, abordaremos ahora la crítica que esta corriente hace a la LIT-CI por calificar como “triumfos de la revolución democrática” el derrocamiento por la vía revolucionaria de los regímenes dictatoriales y el consecuente cambio de régimen político hacia uno de libertades democráticas:

Es evidente que el derrocamiento por vía revolucionaria de dictadores como Ben Alí y Mubarak obligó a la contrarrevolución a “adaptarse” a las nuevas circunstancias con una política de “cambio de régimen” para derrotar el proceso de masas. Calificar esto como triunfo de la revolución democrática sólo ayuda a confundir la situación y embellecer las trampas de la “transición” impulsada por el imperialismo.

Como en toda la discusión con la FT es necesario separar las cosas que los camaradas confunden y mezclan, y que desarman para comprender e intervenir en la realidad.

En primer lugar, este enfoque confunde e iguala aquellos procesos en que el cambio de régimen se dio por la “vía revolucionaria” con aquel que se dio por una vía reformista o bismarckista, porque ambos llevarían a una “transición democrática” tramposa impulsada por la burguesía y el imperialismo.

Sin embargo, el cambio de régimen por una u otra vía llevan a situaciones posteriores totalmente diferentes. Como expresaron, por ejemplo, las situaciones de Argentina posteriores a 1982 y las de Chile luego de la caída de Pinochet. En el primer caso, fue la combinación entre la agudí-

sima crisis del régimen militar y la movilización de masas la que llevó a la caída de la dictadura. En el segundo, el viejo régimen nunca perdió el control del proceso y se recicló con la ayuda de las direcciones traidoras. Esta diferencia cruza toda la situación posterior, la mayor o menor solidez del régimen surgido y la disposición de las masas de cada uno de esos países (por ejemplo, en la actitud hacia las fuerzas armadas represoras).

Esto sólo se explica porque las masas han obtenido un triunfo logrando un objetivo con su movilización revolucionaria y se sienten mucho más confiadas y en mejores condiciones para seguir su lucha. En Argentina, y en el ejemplo de Túnez que cita la FT, el régimen surgido es mucho más débil no sólo que la vieja dictadura sino también que un régimen surgido de una transición controlada. Las libertades democráticas fueron conquistadas con la lucha y eso cambia todo.

Se puede hablar, si se prefiere, de un primer triunfo o de un triunfo parcial de la revolución democrática porque las otras tareas de esa revolución (como la reforma agraria o la ruptura con el imperialismo) están pendientes. Pero sólo podremos ubicarnos en el proceso y tener una política correcta si comprendemos que fue un grande e importante triunfo. En esto no hacemos más que seguir a Lenin y Trotsky, que definieron el derrocamiento del zarismo en febrero de 1917 como el triunfo de la “revolución de febrero”. No reconocerlo como triunfo significa, además, una pedantería y un profundo sectarismo hacia las masas, dado que el proceso aún está “incompleto”.

... y “transiciones”

Esto no significa “objetivismo” ni “triumfalismo” frente a las batallas que se abren a posteriori. En la medida en que exista atraso en la conciencia de las masas e ilusiones en la democracia burguesa, combinado con la crisis de dirección revolucionaria, la burguesía y el imperialismo tratarán de maniobrar con las instituciones de esa democracia (voto universal y parlamento) para frenar y derrotar el proceso o, por lo menos, retardarlo.

La propia realidad combina dos elementos que ese necesario diferenciar. Por un lado, las libertades democráticas han sido una conquista de la lucha de las masas y son tomadas como una mejor base para obtener sus otras reivindicaciones profundas (salario, empleo, salud, educación, etc.); por el otro, la burguesía las identifica con la democracia burguesa para intentar sacar a

las masas de las calles y convencerlas, como decía Alfonsín en la Argentina en 1983, de que “*con la democracia se come, se cura y se educa*”.

Esa es la batalla central de esta fase: impulsar que las masas se mantengan movilizadas y hagan cada vez más consciente la necesidad de avanzar hacia la toma del poder para conseguir sus reivindicaciones y construir el partido revolucionario para ello. Es una batalla muy difícil en la que, apoyada en la crisis de dirección revolucionaria, la burguesía ha obtenido algunos triunfos importantes, retrasando en años y hasta en décadas la revolución socialista.

Sin embargo, las condiciones objetivas cada vez dejan menos márgenes para convencer por mucho tiempo a las masas de las “virtudes” de la democracia burguesa y las experiencias se hacen en plazos mucho más cortos. Lo que profundiza la importancia del derrocamiento de las dictaduras para acelerar aún más esos procesos.

RESUMEN FINAL

Abordé en este extenso trabajo varios aspectos: la historia de la teoría de la revolución permanente elaborada por León Trotsky y su vigencia actual como la única teoría-programa de la revolución que permite a los revolucionarios comprender y actuar sobre los candentes procesos actuales.

Reivindiqué también los aportes de Nahuel Moreno que, manteniendo la esencia conceptual de la teoría, consideró necesario actualizarla e incorporar los procesos que cuestionaban algunos aspectos de su formulación, con el criterio de que la teoría marxista no puede ser un “dogma religioso” sino, como decía Lenin, una “guía para la acción”.

Finalmente, he realizado este trabajo con la intención de defender esta Teoría, considerando que tanto el revisionismo que se esconde detrás de ella para volver a proponer una consideración etapista de las revoluciones, como la visión sectaria que la transforma en un dogma para la propaganda, la destruyen como herramienta.

MARXISMO Y REVOLUCIÓN EN EL “TERCER MUNDO”

La Revolución Permanente Desviada *

Tony Cliff

SUMARIO

La contribución más importante y original de Trotsky al marxismo fue su Teoría de la revolución permanente. En este ensayo primero se resumirá la Teoría. Luego se la considerará a la luz de las experiencias de las revoluciones anticoloniales de China y Cuba, y la desarrollaremos y ampliaremos. Tendremos que rechazar gran parte de la Teoría. Pero si el resultado es una perspectiva que difiere considerablemente de la de Trotsky, no obstante se apoya mucho en su visión.

Tres conceptos de revolución

Trotsky desarrolló su Teoría con la revolución de 1905 presente. Prácticamente *todos* los marxistas de la época, desde Kautsky a Plekhanov y Lenin, creían que sólo los países industrialmente avanzados estaban preparados para una revolución socialista. Explicándolo esquemáticamente, defendían

■■■■
* Redactado en 1963, el texto que presentamos fue tomado de *Marxists Internet Archive*, 2001 y la edición digital fue realizada por *Izquierda Revolucionaria - En Lucha* (N. de E.).

que los países llegarían al poder de los trabajadores paralelamente al estado de desarrollo tecnológico alcanzado. Los países más atrasados podían ver su futura imagen reflejada en los países más avanzados. Sólo después de un largo proceso de desarrollo industrial y una transición a través de un régimen parlamentario burgués podría la clase trabajadora madurar suficientemente como para plantearse una revolución socialista.

Todos los socialdemócratas rusos –mencheviques así como bolcheviques– tomaron como básica la idea de que Rusia se acercaba a una revolución burguesa como resultado de un conflicto entre las fuerzas productivas del capitalismo por un lado, y autocracia, latifundismo y otras estructuras supervivientes del feudalismo, por otro. Los mencheviques llegaron a la conclusión de que la burguesía necesariamente dirigiría la revolución y tomaría el poder político en sus propias manos. Ellos pensaban que los socialdemócratas deberían apoyar a la burguesía liberal en la revolución y al mismo tiempo defender los intereses de los trabajadores dentro de los límites del capitalismo, a través de una lucha por la jornada laboral diaria de 8 horas y otras reformas sociales¹.

¹ El portavoz menchevique Martínov escribió en la víspera de la revolución de 1905: “La revolución venidera será una revolución de la burguesía, y eso significa que... sólo asegurará el dominio, en mayor o menor grado, de todas o algunas de las clases burguesas... Si es así, queda claro que la revolución venidera de ninguna manera puede tomar formas políticas *contra la voluntad de toda la burguesía*, dado que esta será el amo de mañana. Por lo tanto, seguir el camino de sencillamente *asustar* a la mayoría de los elementos burgueses supondría que la lucha revolucionaria del proletariado sólo llevaría a un resultado; la restauración del absolutismo en su forma original...” La conclusión implicada por Martínov es que la clase trabajadora debe contenerse para evitar “asustar” a la burguesía; pero a la vez dice que debería coherentemente presionar a esta para que dirija la revolución: “La lucha por influir en el rumbo y el desenlace de la revolución se puede expresar sencillamente en que *el proletariado ejerza presión revolucionaria sobre la voluntad de la burguesía liberal y radical*, la sección «baja» y más democrática de la sociedad obligando a la sección más «alta» a *consentir* en dirigir la revolución burguesa a su conclusión lógica.” (A. Martínov, *Dve Diktatury*, Ginebra, 1905, pp. 57-8).

Igualmente, el periódico menchevique *Iskra* escribió al mismo tiempo: “Cuando miramos el campo de lucha en Rusia, ¿qué vemos? Sólo dos poderes: la autocracia zarista y la burguesía liberal, esta última organizada y con un peso específico enorme. Las masas trabajadoras estamos divididas y no podemos hacer nada; como una fuerza independiente no existimos; y por lo tanto, nuestra tarea consiste en apoyar a la segunda fuerza, la burguesía liberal; tenemos que darle ánimos, y bajo ningún concepto asustarla al proponer las reivindicaciones independientes del proletariado.” (Citado por G. Zinóviev, *Istoriia Rosiiskoi Komunisticheskoi Partii (Bolchevikov)*, Moscú-Petersburgo, 1923, p. 158).

Lenin y los bolcheviques estaban de acuerdo [con] que la revolución sería de carácter burgués y que su objetivo no sobrepasaría los límites de una revolución burguesa. Lenin escribió: “*La revolución democrática no se saldrá propiamente del marco de las relaciones económico-sociales burguesas.*”² O que “*esta revolución democrática en Rusia... no debilitará, sino que fortalecerá la dominación de la burguesía*”³. Volvía al tema una y otra vez.

No sería hasta después de la revolución de febrero de 1917 que Lenin rechazara este punto de vista. En septiembre de 1914, por ejemplo, todavía escribía que la revolución rusa debía limitarse a tres tareas fundamentales: “*república democrática (con plena igualdad de derechos y autodeterminación de todas las naciones), confiscación de las tierras de los terratenientes y jornada de ocho horas.*”⁴

La diferencia fundamental de Lenin con los mencheviques consistía en su insistencia en que el movimiento de los trabajadores debía ser independiente de la burguesía liberal, para llevar hasta la victoria la revolución burguesa contra su propia resistencia. En lugar de la alianza entre la clase trabajadora y la burguesía liberal patrocinada por los mencheviques, Lenin abogó por una alianza de la clase trabajadora con el campesinado. Mientras que los mencheviques contaban con un gobierno compuesto por ministros de la burguesía liberal después de la revolución, Lenin preveía una coalición compuesta por el partido de los trabajadores y el partido de los campesinos, una “dictadura democrática de los trabajadores y el campesinado” en la cual el partido campesino tendría la mayoría. La “dictadura democrática” establecería una república, expropiaría a los grandes terratenientes y haría cumplir las 8 horas laborales diarias. Posteriormente el campesinado dejaría de ser revolucionario, defendería la propiedad y el *status quo* social, y se uniría con la burguesía. El proletariado industrial, en alianza con el proletariado y [el] semi-proletariado rural, se convertiría en la oposición revolucionaria y la fase temporal de dictadura democrática daría paso a un gobierno conservador burgués dentro del ámbito de una república burguesa.

■■■■
² LENIN, V. I. “Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática”, en *Obras Escogidas*, Moscú 1980, p. 79.

³ Ídem, p. 51.

⁴ LENIN, V. I. “La Guerra y la Socialdemocracia en Rusia”, en *Obras Completas*, Moscú 1984, Tomo XXVI, p. 22.

Trotsky estaba tan convencido como Lenin de que la burguesía liberal no podría llevar a cabo de manera consistente ninguna tarea revolucionaria y de que la revolución agraria, un elemento fundamental en la revolución burguesa, sólo podría funcionar con una alianza entre la clase trabajadora y el campesinado. Pero Trotsky no estaba de acuerdo con Lenin en la posibilidad de un partido independiente campesino, afirmando que los campesinos estaban demasiado divididos entre pobres y ricos como para formar un partido unido e independiente de todos los campesinos.

Según Trotsky: *“Toda la experiencia histórica... muestra que el campesinado es completamente incapaz de desempeñar un papel político independiente”*⁵. Si en todas las revoluciones desde la Reforma alemana, los campesinos habían apoyado una facción u otra de la burguesía, en Rusia la fuerza de la clase trabajadora y el conservadurismo de la burguesía obligaría al campesinado a apoyar al proletariado revolucionario. La revolución misma no se limitaría a llevar a cabo tareas democráticas burguesas sino que procedería inmediatamente a conseguir medidas socialistas proletarias.

El proletariado crece y se fortalece con el crecimiento del capitalismo. En este sentido, el desarrollo del capitalismo es equivalente al desarrollo del proletariado hacia la dictadura. Pero el día y la hora en que el poder ha de pasar a manos de la clase obrera no dependen directamente de la situación de las fuerzas productivas sino de las condiciones de la lucha de clases, de la situación internacional y, finalmente, de una serie de elementos subjetivos: tradición, iniciativa, disposición para el combate...

*Es posible que el proletariado de un país económicamente atrasado llegue antes al poder que en un país capitalista evolucionado. En 1871, se hizo cargo conscientemente de la dirección de los asuntos sociales en el París pequeño-burgués, aunque sólo por un período de dos meses; pero ni por una sola hora tomó el poder en los grandes centros capitalistas de Inglaterra o de los Estados Unidos. La idea de que la dictadura proletaria depende en algún modo automáticamente de las fuerzas y medios técnicos de un país, es un prejuicio de un materialismo “económico” simplificado hasta el extremo. Tal concepto no tiene nada en común con el marxismo. En nuestra opinión, la revolución rusa creará las condiciones bajo las cuales el poder puede pasar a manos del proletariado (y en caso de una victoria de la revolución, así tiene que ser) antes de que los políticos del liberalismo burgués tengan la oportunidad de hacer un despliegue completo de su genio político*⁶.

⁵ TROTSKY, León. *Resultados y perspectivas*, en 1905 Tomo 2, Ruedo Ibérico 1971, p. 179.

⁶ Ídem, pp. 171-2.

Otro elemento importante en la Teoría fue el carácter internacional de la próxima revolución rusa. Comenzaría a escala nacional pero sólo podría ser completada con la victoria de la revolución en los países más desarrollados.

¿Pero hasta dónde puede llegar la política socialista de la clase obrera en las condiciones económicas de Rusia? Una cosa podemos decir con toda seguridad: que tropezará mucho antes con obstáculos políticos que con el retraso técnico del país. La clase obrera rusa no podría mantenerse en el poder ni convertir su dominio temporal en una dictadura socialista permanente sin el apoyo estatal directo que le prestase el proletario europeo⁷.

Los elementos básicos de la Teoría de Trotsky pueden ser resumidos en seis puntos:

1. Una burguesía que llega tarde a la escena es fundamentalmente diferente de sus antecesoras de hace uno o dos siglos. Es incapaz de proporcionar una solución democrática consistente al problema de la opresión del feudalismo y del imperialismo. Es incapaz de llevar a cabo la completa destrucción del feudalismo, de conseguir una independencia nacional genuina y la democracia política. La burguesía ya no es revolucionaria, ni en los países avanzados ni en los atrasados. Es una fuerza absolutamente conservadora.

■■■■
⁷ Idem, p. 209. La teoría de Trotsky fue un desarrollo, aplicación y expansión del análisis de Marx de la revolución de 1848. Incluso antes de aquella revolución, el *Manifiesto Comunista* había predicho que debido a las “condiciones más progresivas” y el “proletariado mucho más desarrollado” de Alemania, “la revolución burguesa alemana no podrá ser sino el preludio inmediato de una revolución proletaria.” Marx y Engels, *Obras escogidas*, Moscú, s.f., p. 60. Y después de la derrota de 1848 Marx expuso que, frente a la incapacidad de la burguesía de llevar al cabo la revolución antifeudal, la clase trabajadora tenía que luchar porque la revolución burguesa creciera en la proletaria, y la revolución nacional en la internacional. En el *Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas* (marzo de 1850), Marx dijo: “Mientras que los pequeños burgueses democráticos quieren poner fin a la revolución lo más rápidamente que se pueda, después de haber obtenido, a lo sumo, las reivindicaciones arriba mencionadas, nuestros intereses y nuestras tareas consisten en hacer la revolución permanente hasta que sea descartada la dominación de las clases más o menos poseedoras, hasta que el proletariado conquiste el poder del Estado, hasta que la asociación de los proletarios se desarrolle, y no sólo en un país sino en todos los países dominantes del mundo, en proporciones tales que cese la competencia entre los proletarios de estos países, y hasta que por lo menos las fuerzas productivas decisivas estén concentradas en las manos del proletariado.” Marx acabó el mensaje con la frase: “Su grito [de los trabajadores] ha de ser: la revolución permanente.” Marx y Engels, *Obras escogidas en 3 Tomos*, Tomo 1, Moscú, 1974, p. 183, p. 189.

2. El papel revolucionario decisivo recae sobre el proletariado, a pesar de que este es muy joven y pequeño en número.
3. Incapaz de acción independiente, el campesinado seguirá a las ciudades y, en vista de los puntos anteriores, debe seguir el liderazgo del proletariado industrial.
4. Una auténtica solución para la cuestión agraria y para la cuestión nacional, una ruptura de las ataduras sociales e imperiales que impiden el rápido avance económico, supone ir más allá de los límites de la propiedad privada burguesa. “La revolución democrática se transforma directamente en socialista, convirtiéndose con ello en *permanente*”⁸.
5. “*El triunfo de la revolución socialista es inconcebible dentro de las fronteras nacionales de un país... Por lo tanto, la revolución socialista se convierte en permanente en un sentido nuevo y más amplio de la palabra: en el sentido de que sólo se consume con la victoria definitiva de la nueva sociedad en todo el planeta.*”⁹ Es un sueño reaccionario intentar alcanzar “socialismo en un solo país”.
6. Como resultado, la revolución en los países atrasados conduciría a convulsiones en los países avanzados.

La revolución rusa de 1917 demostró que *todas* las suposiciones de Trotsky eran ciertas. La burguesía fue contrarrevolucionaria, el proletariado industrial fue la clase revolucionaria por excelencia, el campesinado siguió a la clase trabajadora, la revolución democrática antifeudal se transformó en la socialista; la revolución rusa dio paso a convulsiones revolucionarias en Alemania, Austria, Hungría, etc. Y finalmente, por desgracia, el aislamiento de la revolución rusa condujo a su degeneración y fracaso.

Otra confirmación clásica de la Teoría de Trotsky fue la revolución china de 1925-27. Desafortunadamente, la confirmación fue, más aún que en la revolución rusa, una muestra negativa. A pesar de que los puntos 1-4 fueron confirmados, la traición stalinista aseguró que la revolución finalizara no con la victoria del proletariado sino con su derrota. Como resultado, los campesinos fueron también derrotados, y no sólo no fue consumada la revolución socialista sino que tampoco lo fue la revolución democrática ni la revolución agraria; la unidad del país y su independencia del imperialismo

⁸ TROTSKY, León. *La revolución permanente*, Ruedo Ibérico 1972, p. 131.

⁹ Ídem.

tampoco fueron alcanzadas. Los puntos 5 y 6 de la misma manera no tuvieron la oportunidad de ser verificados empíricamente.

Desde entonces, sin embargo, dos acontecimientos de importancia mundial –la subida de Mao al poder en China y la de Castro en Cuba– parecen poner en duda prácticamente todas las premisas de la Teoría.

La subida de Mao al poder

La clase trabajadora industrial no jugó ningún papel en la victoria de Mao. Incluso la composición social del partido comunista chino era ajena a la clase trabajadora. El ascenso de Mao dentro del partido coincidió con la transformación del mismo desde un partido de clase trabajadora. Hacia finales de 1926 al menos 66% de los miembros del partido eran trabajadores, otro 22% intelectuales y sólo 5% campesinos¹⁰. Hacia noviembre de 1928 el porcentaje de trabajadores había descendido en más de cuatro quintos y un informe oficial admitía que el partido “no tenía un sólo núcleo saludable entre los trabajadores industriales”¹¹. El partido admitía que los trabajadores comprendían sólo 10% de los afiliados en 1928, 3% en 1929, 2.5% en marzo de 1930, 1.6% en setiembre del mismo año y prácticamente nadie a finales del mismo año¹². Desde entonces y hasta la victoria final de Mao el partido prácticamente no tenía trabajadores industriales.

Durante algunos años el partido estuvo limitado a movimientos insurgentes de campesinos en las provincias profundas de la China Central, donde estableció una república soviética china; más tarde, después de una derrota militar en las provincias centrales (1934), se trasladó al norte de Sensi, en el Noroeste. En ambas áreas no había clase trabajadora industrial. Un órgano del Komintern no exageraba cuando escribía que “la región fronteriza es una de las más atrasadas de China en el campo socio-económico”¹³. Chu Teh repetía: “Las regiones bajo la dirección de los comunistas son las más atrasadas económicamente en todo el país...”¹⁴ Ni una sola ciudad estuvo bajo el control de los comunistas hasta un par de años antes del establecimiento de la República Popular de China.

■■■■
¹⁰ NORTH, R. C. *Kuomintang and Chinese Communist Elites*, Stanford, 1962, p. 32.

¹¹ ISAACS, H. R. *The Tragedy of the Chinese Revolution*, Londres, 1938, p. 333.

¹² Ídem, p. 394.

¹³ *World News and Views*, 22 de abril de 1939.

¹⁴ GELDER, S. *The Chinese Communists*, Londres, 1946, p. 167.

Era tan poca la relevancia que tenían los trabajadores en la estrategia del partido comunista durante el período de la subida de Mao al poder, como para que el partido no creyera necesario el convocar un Congreso nacional de los sindicatos durante diecinueve años después del que se convocara en 1929. Ni tan siquiera se preocupó de buscar el apoyo de los trabajadores, como demuestra su declaración de no intentar mantener ninguna organización en las áreas controladas por el Kuomintang durante los años cruciales de 1937-45¹⁵.

Cuando, en diciembre de 1937, el gobierno del Kuomintang decretó la pena de muerte para los trabajadores que fueron a la huelga o incluso para los que agitaron [por] la huelga mientras la guerra iba en aumento, un miembro del Partido Comunista dijo a un entrevistador que el partido estaba “completamente satisfecho” con la conducta del gobierno respecto a la guerra¹⁶. Incluso después del estallido de la guerra civil entre el Partido Comunista y el Kuomintang, apenas ninguna organización del Partido Comunista existía en las áreas del Kuomintang, las cuales incluían todos los centros industriales del país.

La conquista de las ciudades por parte de Mao mostró más que cualquier otra cosa el completo divorcio entre el Partido Comunista y la clase trabajadora. Los líderes comunistas hicieron todo lo que pudieron para evitar que los trabajadores se levantaran en las ciudades en vísperas de la toma de estas por el partido. Antes de la caída de Tientsin y Peking, por ejemplo, el general Lin Piao, comandante del frente, publicó una proclama llamando al pueblo a *mantener el orden y continuar en sus ocupaciones. Oficiales del Kuomintang o personal de policía de provincia, de ciudad, país y otros niveles de instituciones gubernamentales; personal de distrito, ciudad, pueblo o pao chia [poder municipal, N. de T.]... son ordenados de permanecer en sus puestos*¹⁷.

Al tiempo que cruzaban el río Yangtze, antes de que las grandes ciudades del sur y centro de China (Shanghai, Hankow, Cantón) cayeran en poder de Mao, este y Chu Teh ordenaron otra proclama:

Se espera que los obreros y empleados de todos los oficios continúen trabajando y que los negocios funcionen con normalidad... los oficiales de varios niveles del

¹⁵ Véase el manifiesto comunista publicado en Chungking el 23 de noviembre de 1938. *New York Times*, 24 de noviembre de 1938.

¹⁶ ISAACS, H. R., ob. cit., p456.

¹⁷ *New China News Agency*, 11 de enero de 1949.

gobierno central, provincial, municipal y condal del Kuomintang, o delegados de la "Asamblea Nacional", miembros de los Yuan Legislativo o de Control, o de los Consejos Políticos Populares, personal de la policía y jefes de las organizaciones del Pao Chia...han de permanecer en sus puestos, y obedecer las ordenes del Ejército de Liberación Popular y del Gobierno Popular¹⁸.

La clase trabajadora cumplió y permaneció inerte. Un informe desde Nanking, el 22 de abril de 1949, dos días antes de que el Ejército de Liberación del Pueblo ocupara la ciudad, describía la situación de esta manera:

La población de Nanking no muestra signos de agitación. Multitudes curiosas fueron vistas observando a la orilla del río el duelo de fusiles al otro lado del río. Los negocios funcionan con normalidad. Algunas tiendas han cerrado pero esto se debe a la escasez de comercio. Los cines siguen llenos¹⁹.

Un mes más tarde un corresponsal del *New York Times* escribía desde Shanghai:

Las tropas Rojas han comenzado a enganchar carteles en chino instando a la población a que mantenga la calma y asegurándole que no tiene nada que temer²⁰.

En Cantón:

Después de su entrada, los comunistas tomaron contacto con la Comisaría e instruyeron a los oficiales y hombres para que permanecieran en sus puestos y mantuvieran el orden²¹.

La revolución de Castro

Un caso en el cual ni la clase trabajadora ni el campesinado tuvieron un serio papel, sino que fueron los intelectuales de clase media los que ocupaban todo el campo de batalla, fue la subida de Castro al poder. El libro de C. Wright Mills, *Escucha Yankee*, el cual es un monólogo más o menos auténtico de los líderes cubanos, trata al principio con lo que *no fue* la revolución:

■■■■
¹⁸ Ídem, 3 de mayo de 1949.

¹⁹ *North China Daily News*, 23 de abril de 1949.

²⁰ *New York Times*, 25 de mayo de 1949.

²¹ *South China Morning Post*, 17 de octubre de 1949.

...la revolución no fue una lucha entre trabajadores asalariados y capitalismo... Nuestra revolución no es una revolución llevada a cabo por sindicatos obreros o por trabajadores asalariados en la ciudad o por partidos obreros o por cualquier otra cosa similar²²...los trabajadores asalariados de la ciudad no tenían ninguna conciencia revolucionaria; sus sindicatos eran parecidos a los sindicatos norteamericanos, movilizándose para conseguir más salario y mejores condiciones. Eso era todo lo que los movilizaba. Y algunos eran más corruptos que algunos de los vuestros (americanos)²³.

Paul Baran, partidario sin críticas de Fidel, escribió después de conversaciones con líderes cubanos sobre el papel insignificante del proletariado industrial en la revolución:

Parece que el segmento empleado de la clase trabajadora industrial permaneció, en general, pasivo a lo largo del período revolucionario. Formando la “capa aristocrática” del proletariado cubano, estos trabajadores tenían parte en los beneficios del monopolio –de comercio extranjero y nacional– donde se les pagaba bien en términos latinoamericanos, y disfrutaban de un nivel de vida considerablemente más alto que el de la mayoría del pueblo cubano. El movimiento sindical fue dominado por el “sindicalismo amarillo” al estilo de Estados Unidos y fue impregnado por la mafia y el gangsterismo²⁴.

La indiferencia del proletariado industrial explica el fracaso total de la convocatoria de Castro a una huelga general el 9 de abril de 1958, 16 meses después del inicio del alzamiento y ocho meses antes de la caída del dictador cubano Batista. Los trabajadores permanecieron indiferentes, y los comunistas la sabotearon. (Fue algún tiempo más tarde que los comunistas se subieron al carro del castrismo.)²⁵

²² WRIGHT MILLS, C. *Listen Yankee*, Nueva York 1960, p. 46.

²³ Ídem, p. 47

²⁴ BARAN, P. A. *Reflections on the Cuban Revolution*, Nueva York 1961, p. 17.

²⁵ El partido comunista de Cuba, el Partido Socialista Popular, tenía mucho que intentar borrar. Apoyó el dominio de Batista entre 1939 y 1946. Participó en el primer gobierno de Batista con dos ministros, Juan Marinello y Carlos Rafael Rodríguez. En 1944 el periódico comunista, *Hoy*, se dirigió a Batista como “el ídolo de un pueblo, el gran hombre de nuestra política nacional, el hombre que encarniza los ideales sagrados de una Cuba nueva”. A Castro lo tacharon de aventurero pequeñoburgués. Como se mencionó, los comunistas no participaron en la huelga de abril de 1958. Todavía el 28 de junio de 1958, tímidamente abogaban por “elecciones limpias y democráticas” para desalojar a Batista.

El papel del campesinado en la subida de Castro al poder ha sido comentado de manera más positiva. Wright Mills relata que durante la insurrección:

*Los campesinos jugaron un gran papel. Junto a los jóvenes intelectuales, se convirtieron en el ejército rebelde que ganó la insurrección. Ellos fueron la fuerza decisiva, los intelectuales y los campesinos... Los soldados rebeldes se componían de campesinos y eran dirigidos por jóvenes intelectuales...*²⁶

¿Quiénes eran estos campesinos? “...en verdad un tipo de obreros agrícolas asalariados, quienes, la mayor parte del año, estaban parados.”²⁷ De la misma manera, Baran expone: “la clase que hizo la revolución es la clase rural campesina”²⁸. Y estos eran jornaleros agrícolas, no pequeños propietarios. “El campo cubano no fue habitado por un estrato pequeñoburgués de campesinos propietarios, y por lo tanto nunca se convirtió en un «caldo de cultivo de ideología pequeño burguesa»”.²⁹

Esta descripción, sin embargo, es desmentida por dos cosas. El campesinado fue apenas involucrado en el ejército de Castro. Hacia abril de 1958, el número total de hombres armados al mando de Castro era de 180 aproximadamente y, en el momento de la caída de Batista había aumentado solamente hasta 803³⁰. Los cuadros de los grupos de Castro eran intelectuales. Y los campesinos que participaron no fueron obreros agrícolas asalariados inspirados en colectivismo, como Mills y Baran afirman. Che Guevara atestigua sobre los campesinos que se unieron a Castro en Sierra Maestra:

*Los soldados que componían nuestra primera guerrilla armada de gente del campo procedían del tipo de clase social que muestra su amor por la posesión de la tierra más agresivamente, lo cual expresa perfectamente el espíritu catalogado como pequeñoburgués*³¹.

26 WRIGHT MILLS, C. ob. cit., pp. 46-48.

27 Ídem, p. 44.

28 BARAN, P. A., ob. cit., p. 11.

29 Ídem, p. 12.

30 Discurso de Castro de 1 de diciembre de 1961, *El Mundo La Habana*, 22 de diciembre de 1961.

31 Che Guevara, “Cuba: Exceptional Case?”, *Monthly Review*, Nueva York, julio-agosto de 1961, p. 59.

El movimiento de Castro era de clase media. Los 82 hombres bajo Castro que invadieron Cuba desde México en diciembre de 1956 y los 12 que sobrevivieron a la lucha en la Sierra Maestra procedían de esa clase media. *“Las mayores pérdidas las sufrieron el movimiento de resistencia urbano, en gran parte de clase media, el cual creó los ácidos políticos y psicológicos que corroían las fuerzas armadas de Batista.”*³²

De forma característica, Che Guevara destaca la debilidad e impotencia de la clase trabajadora como elemento central de todas las futuras revoluciones socialistas:

*Los campesinos, con un ejército compuesto por su propia gente luchando por sus propios grandes objetivos, principalmente por una distribución justa de la tierra, vendrán desde el campo para tomar las ciudades... Este ejército, creado en el campo, donde las condiciones subjetivas se desarrollan para la toma del poder, procede a conquistar las ciudades desde fuera...*³³

El avance industrial se describe como impedimento a la revolución socialista:

Es más difícil organizar bandas guerrilleras en aquellos países que han experimentado una concentración de la población en grandes ciudades y que tienen más desarrolladas la industria ligera y media, aunque no tengan nada que se acerque a la industrialización efectiva. La influencia ideológica de las ciudades inhibe la lucha guerrillera...³⁴ ...aun en los países donde la predominancia de las ciudades es grande, el foco político central de la lucha puede desarrollarse en el campo³⁵.

Reconociendo en sus palabras el papel del proletariado, Che dice que los guerrilleros campesinos tendrán que aceptar “la base ideológica de la clase trabajadora: el marxismo”, pero olvida que el núcleo del marxismo es el hecho de que la revolución socialista es el acto de la clase trabajadora misma, el resultado de que el proletariado se haga el sujeto y no el objeto de la historia.

³² Draper, T. “Castro’s Cuba. A Revolution Betrayed?” *Encounter*, Londres, marzo de 1961.

³³ GUEVARA, Ernesto. ob. cit, p. 63.

³⁴ Ídem, pp. 65-6.

³⁵ Ídem, pp. 68.

Desde el principio, el programa de Castro no se extendía más allá de amplias reformas liberales aceptables para las clases medias. En un artículo en la revista *Coronet* de febrero de 1958, Castro declaró que no tenían planes para expropiar ni nacionalizar inversiones extranjeras:

Yo, personalmente, he llegado a pensar que la nacionalización es, en el mejor de los casos, un instrumento engorroso. No parece que fortalezca el estado, pero debilita la empresa privada. Aún más importante, cualquier intento generalizado de nacionalización obviamente obstaculizaría el punto central de nuestra plataforma económica: la industrialización al ritmo más rápido posible. Para este fin, las inversiones extranjeras siempre estarán bienvenidas y seguras aquí.

En mayo de 1958 aseguró a su biógrafo, Dubois:

El Movimiento de 26 de Julio nunca ha hablado de socializar o nacionalizar las industrias. Esto es temor estúpido a nuestra revolución. Hemos proclamado desde el principio que luchamos por el cumplimiento pleno de la Constitución de 1940, cuyas normas establecen garantías, derechos y obligaciones para todos los elementos que tomen parte en la producción. Están comprendidos la libre empresa y el capital extranjero, así como otros muchos derechos económicos, cívicos, y políticos³⁶.

Todavía el 2 de mayo de 1959, Castro declaró al Consejo Económico de la Organización de Estados Americanos en Buenos Aires:

No nos oponemos a la inversión privada... Confiamos en la utilidad, en la experiencia y en el entusiasmo de los inversores privados... Las empresas con inversiones internacionales tendrán las mismas garantías y los mismos derechos como las empresas nacionales.³⁷

La impotencia de las clases sociales en conflicto, trabajadores y capitalistas, campesinos y terratenientes; la inherente debilidad histórica de la clase media; y la omnipotencia de la nueva élite de Castro –que no estaba contenida por ningún conjunto de intereses organizados o coherentes–; explican la facilidad con que el programa moderado de Castro de los años 1953-58, basado en la empresa privada, fue apartado y reemplazado por un programa

■■■■
³⁶ Citado por Draper, ídem.

³⁷ *Plan por el adelantamiento de América Latina*, La Habana 1959, p. 32.

radical de propiedad y planificación nacionalizada. No fue hasta el 16 de abril de 1961 que Castro proclamó que la revolución había sido socialista. En las palabras del Presidente de la República, Dr. Osvaldo Dorticós Torrado, el pueblo “*un buen día... descubrió o confirmó que lo que había aplaudido, como bueno para el pueblo, era una revolución socialista*”³⁸. ¡Una excelente formulación de la manipulación bonapartista del pueblo como el objeto de la historia, no como su sujeto consciente!

¿Qué fracasó en la Teoría?

Mientras que la naturaleza conservadora y cobarde de una burguesía que se desarrolla tarde (el primer punto de Trotsky) es una *ley absoluta*, el carácter revolucionario de la clase trabajadora joven (punto 2) ni es absoluto ni inevitable. Las razones no son difíciles de comprender. La ideología prevalente en la sociedad de la cual la clase trabajadora forma parte es la de la clase dirigente; en muchos casos la existencia de una flotante y amorfa mayoría de nuevos trabajadores todavía con vínculos fuertes [con el] campo crea dificultades para las organizaciones independientes proletarias; la falta de experiencia y el analfabetismo aumentan su debilidad. Esto lleva a una debilidad más: la dependencia de los no trabajadores para el liderazgo. Los sindicatos en los países subdesarrollados son casi siempre liderados por “forasteros”. Así, según un informe de la India [de 1959, *N. de T*]:

*Prácticamente todos los sindicatos indios son dirigidos por personas sin ningunos antecedentes en la industria, eso es, “forasteros”... muchos de los forasteros están asociados con más de un sindicato. Un líder nacional destacado observó que era presidente de alrededor de 30 sindicatos, pero añadió que por supuesto ¡no podía contribuir nada al trabajo de ninguno de estos!*³⁹

La debilidad y la dependencia de forasteros lleva a un culto a la personalidad.

Muchos sindicatos todavía suelen girar alrededor de personalidades. Un personaje fuerte domina el sindicato. Él determina todas sus políticas y acciones.

³⁸ DORTICÓS TORRADO, Osvaldo . “Los cambios institucionales y políticos hechos por la revolución cubana”, *Cuba*, La Habana noviembre 1961.

³⁹ MAYERS, C. A. “India”, en W. Galenson (ed) *Labor and Economic Development*, Nueva York 1959, pp. 41-42

El sindicato llega a conocerse como su sindicato. Los trabajadores esperan que él solucione todas sus dificultades y que les asegure todas sus reivindicaciones. Cuentan con él como su defensor y están dispuestos a seguirlo donde sea que los lleve. Hay un elemento de veneración en esta actitud. Hay muchos héroes en el movimiento. Contribuyen a conseguir para los trabajadores sus reivindicaciones, pero no contribuyen mucho al desarrollo de organizaciones democráticas y autónomas. Estas no se desarrollarán sin que los trabajadores aprendan a volar con sus propias alas y dejen de depender de que personajes destacados les solucionen todos sus problemas⁴⁰.

Otra debilidad del movimiento obrero en muchos países atrasados es su dependencia del Estado. Así, según el informe de la India:

El Estado ya ha asumido muchas funciones que, en una sociedad libre, normalmente pertenecen a los sindicatos. Tal como están las cosas en la actualidad, es el Estado, y no la negociación colectiva entre los empleados y los patronos, el que juega el mayor papel en la determinación de los salarios y otras condiciones de trabajo. Esto era inevitable hasta cierto punto debido a la condición de la economía y la debilidad de los trabajadores y sus sindicatos.⁴¹

Y desde África de oeste francófono:

...los esfuerzos directos de los sindicatos contra los empresarios raramente han ganado aumentos reales de salario para los trabajadores africanos; son más bien la legislación social y la influencia política del movimiento obrero las que han logrado las mejoras salariales reales de los últimos años.⁴²

Y desde América Latina:

Los representantes sindicales buscan conseguir sus fines por injerencia y mando gubernamentales⁴³.

Las consecuencias negativas debidas a la dependencia del Estado son la subordinación a las políticas del gobierno, la restricción de la actividad sindical a las demandas estrechamente “económicas” o, usando palabras de Lenin, políticas “tradeunionistas”.

40 KARNIK, V. B. *Indian Trade Unionism: A Survey*, Bombay 1960, pp. 227-8.

41 Ídem, p. 236.

42 BERG, E. “French West Africa”, en Galenson, ob. cit., p. 227.

43 Senado de los Estados Unidos, *United States-Latin America Relations*, 86º Congreso, 2ª sesión, Washington 1960, p. 645.

Esto, consecuentemente, conduce a la alienación de los sindicatos de la lucha de los obreros agrícolas. La diferencia de los estándares de vida entre la ciudad y el campo es generalmente muy grande en países atrasados, mucho mayor que la que existe en países avanzados. Bajo tales condiciones, y con gran cantidad de desempleo y de empleo marginal, sobre todo en el ámbito rural, el logro de estándares en los salarios y las condiciones laborales en la industria dependen principalmente del mantenimiento del coto cerrado: esto es, contratar trabajadores para una industria determinada a través del sindicato. Esto apenas podría ser llevado a cabo sin el apoyo del Estado y una alianza de los sindicatos con el gobierno, la cual lleva al abandono de los trabajadores rurales por parte de los sindicatos. Así fue el sistema de Perón en Argentina, de Vargas en Brasil y de Batista en Cuba. El resultado fue un movimiento sindical conservador, estrecho y sin idealismo.

El último –pero no por ello el factor menos importante que determina si la clase trabajadora en países atrasados es *en realidad* revolucionaria o no– es un factor subjetivo; a saber, las actividades de los partidos, particularmente los partidos comunistas, que la influyen. El papel contrarrevolucionario del stalinismo en países atrasados se ha tratado con tanta frecuencia que no hace falta explicarlo aquí. [Esto fue el caso para la corriente Socialismo Internacional en Gran Bretaña ya en 1963. En el Estado español, todavía no lo es. El tema es tratado en los folletos de Socialismo Internacional, *¿Cuál es la tradición marxista?* de John Molyneux, y *Cuba: ¿Adónde fue la revolución?* de Mike González. N. de T.]

Para resumir, la experiencia hasta ahora ha mostrado tanto la fuerza del deseo revolucionario entre los trabajadores en las naciones en desarrollo como sus debilidades fatales. No existe una correlación automática entre el atraso económico y la combatividad política revolucionaria.

Una vez que la constante naturaleza revolucionaria de la clase trabajadora, el pilar central de la Teoría de Trotsky, llega a ser dudosa, la estructura total se desmorona. Su punto tercero no se alcanza, ya que el campesinado no puede seguir a una clase trabajadora no revolucionaria, y el resto de los elementos que conlleva también fallan. Pero esto no significa que no pase nada. Una combinación de circunstancias nacionales e internacionales hace imperativo para las fuerzas productivas romper las restricciones del feudalismo y del imperialismo. Rebeliones campesinas se expanden más intensamente que con anterioridad. En ellas se arraiga también la rebelión nacional contra

la ruina económica producida por el imperialismo, y por los niveles de vida más altos que este podría traer.

Las necesidades de las fuerzas productivas más las rebeliones de los campesinos no han sido por sí mismas capaces de romper la fuerza de la propiedad privada y del imperialismo. Otros tres factores ayudaron a ello:

1. La debilidad del imperialismo mundial como resultado del aumento de las contradicciones entre los bloques de poder y la parálisis que afecta su mutua intervención producida por la existencia de la bomba-H.
2. La creciente importancia del Estado en países atrasados. Cuando la sociedad tiene que desarrollar una tarea, y la clase social que tradicionalmente la lleva a cabo no existe, otro grupo de gente, con frecuencia un poder estatal, hará efectiva esta labor. Ello refleja no solamente, ni principalmente, la base nacional económica en la cual se sustenta sino el carácter supranacional de la economía mundial de hoy.
3. La creciente importancia de la intelectualidad como el líder y unificador de la nación y sobre todo como manipulador de las masas. Este último punto necesitará de elaboración especial.

La intelectualidad

La importancia de los intelectuales en un movimiento revolucionario está en proporción directa [con el] retraso general económico, social y cultural de las masas de las cuales emerge. Es característico que el movimiento populista ruso, el cual más que cualquier otro enfatizó la necesidad de revolucionar los elementos más atrasados de la sociedad, esto es, los campesinos, fuera también el grupo que diera la mayor importancia a la intelectualidad, los maestros del “pensamiento crítico”.

Todos los movimientos revolucionarios en Rusia se compusieron, en gran medida, de intelectuales –ya fueran los intelectuales populistas que defendían la causa de los campesinos, o bien los de orientación marxista que defendían la causa de los trabajadores industriales–, pero había una diferencia básica en su manera de ver las relaciones entre los líderes y las masas. El movimiento de los trabajadores, al menos durante el auge de la lucha, estaba organizado; de ahí que los intelectuales tuviesen que responder ante el citado movimiento, quedando contenida su tendencia inherente a distanciarse de las masas y subir por encima de las mismas. El ambiente de los intelectuales

populistas, en cambio, no los restringía, y estos mostraron tendencias claras y extremas hacia el elitismo, la arbitrariedad, vacilaciones y rupturas. Como dijo Lenin en su momento, “nadie se atreverá a negar que *la intelectualidad, como sector especial* dentro de las sociedades capitalistas contemporáneas, se caracteriza, en conjunto, *precisamente por su individualismo* y su incapacidad de someterse a la disciplina y a la organización.”⁴⁴

La intelectualidad revolucionaria se ha mostrado con un aspecto más cohesivo en las naciones emergentes de hoy que en la Rusia zarista. Entiende que la propiedad privada burguesa está en bancarrota y que el imperialismo es intolerable; así el capitalismo de estado –impulsado por el debilitamiento del imperialismo, la importancia creciente de la planificación estatal, más el ejemplo de Rusia y el trabajo organizado y disciplinado de los partidos comunistas– le da un nuevo sentido de cohesión.

Como el único sector de la sociedad no especializado, la intelectualidad es la fuente obvia de una “elite profesional revolucionaria”, aparente representante de los intereses de la “nación” y contraria a los intereses en conflictos de sección o de clase. Por añadidura, este es el sector de la sociedad más imbuido de cultura nacional; los campesinos y trabajadores no han tenido nunca ni el tiempo libre ni la educación para ello.

La intelectualidad también es sensible al retraso técnico de sus países. De participar en el mundo científico y técnico del siglo XX, viene a sentirse enfocada por el atraso de su propia nación. Este sentimiento es acentuado por el “desempleo intelectual” endémico en estos países. Debido al retraso económico generalizado, la única esperanza para la mayoría de estudiantes es un trabajo estatal, pero no hay suficientes puestos para todos ellos⁴⁵.

La vida espiritual de los intelectuales está también en crisis. En un orden que se desmorona y donde las pautas tradicionales se desintegran, los intelectuales se sienten inseguros, sin raíces, carentes de valores firmes. La disolución de las culturas lleva a un deseo poderoso de una nueva integración

⁴⁴ LENIN, V. I. “Un paso adelante, dos pasos atrás”, en *Obras Completas*, Tomo VIII, p. 267.

⁴⁵ Así que, por ejemplo, una encuesta en India mostró que alrededor de 25% de los que se graduaron con masters de la Universidad de Lucknow en Artes, Ciencia, Empresariales y Derecho entre 1949 y 1953 todavía estaban parados en 1957. La encuesta también encontró que alrededor de 47% de los estudiantes de Bellas Artes, 51,4% de ciencias, 7% de empresariales y 85,7% de enseñanza dijeron que estudiaban para sacar las calificaciones necesarias para hacerse funcionarios. Alrededor de 51% de los licenciados concluyó que la educación universitaria era una “pérdida de tiempo”.

que debe ser total y dinámica con objeto de llenar el vacío social y espiritual, que debe combinar el fervor religioso con el nacionalismo combativo.

Antes de que sus países alcancen libertad política, los intelectuales se ven sometidos a una doble presión: privilegiados por encima de la mayoría de la gente, pero subordinados a los poderes extranjeros. Esto explica las dudas y vacilaciones que caracterizan su actuación en los movimientos nacionales. Pero los grandes cambios han introducido nuevos elementos en su actitud –un sentimiento de culpa, de deuda para con las masas y al mismo tiempo un sentimiento distante y superior respecto de ellas–. Los intelectuales están ansiosos por pertenecer sin ser asimilados, sin dejar de estar aparte y por encima. Buscan un movimiento dinámico que unifique la nación y abra o ensanche nuevas perspectivas y que al mismo tiempo les dé poder a ellos mismos.

Los intelectuales son grandes creyentes de la eficacia, incluyendo la eficacia en la ingeniería social. Tienen la esperanza de alcanzar la reforma desde arriba y les encantaría conseguir un nuevo mundo para un pueblo agradecido, en vez de ver cómo la lucha por la liberación por parte de una gente *autoconscienciada* y en libre asociación resulte en un nuevo mundo para ella misma. Los intelectuales se preocupan mucho de las medidas para sacar a su nación del estancamiento pero poco por la democracia. Encarnizan el impulso hacia la industrialización, la acumulación del capital y el resurgimiento nacional. Su poder está en relación directa con la debilidad y la nulidad política de otras clases.

Todo ello hace que el capitalismo de estado totalitario resulte un objetivo atractivo para los intelectuales. De hecho, ellos son los principales portadores de la pancarta del comunismo en las naciones emergentes. El comunismo ha encontrado gran aceptación en Latinoamérica entre estudiantes y clases medias, según un escritor sobre el tema⁴⁶. En la India, en el congreso del Partido Comunista en Amritsar, en marzo y abril de 1958, “aproximadamente 67 por ciento de los delegados procedían de clases diferentes al proletariado y los campesinos (eran clase media, terratenientes y pequeños comerciantes). El 72 por ciento tenía buen nivel de educación.”⁴⁷ En 1943, se descubrió que 16 por ciento de los miembros del Partido eran liberados⁴⁸.

46 ALBA, V. “The middle class revolution” en *New Politics*, Nueva York, invierno 1962, p. 71.

47 OVERSTREET, G. D. y WINDMILLER, M. *Communism in India*, Berkeley y Los Angeles 1959, p. 540.

48 Ídem, p. 358.

Revolución permanente desviada

Esas fuerzas que, según Trotsky, deberían llevar a una revolución socialista de los trabajadores, pueden llevar, en ausencia del sujeto revolucionario, el proletariado, hacia lo opuesto; el capitalismo de estado. Teniendo en cuenta lo que es de validez universal en la Teoría de Trotsky y lo que depende de la actividad subjetiva del proletariado, se puede llegar a una versión de la Teoría que, por falta de un nombre mejor, podría llamarse la “revolución permanente, desviada, de capitalismo de estado”.

Así que las revoluciones de 1905 y 1917 en Rusia, y la de 1925-27 en China, fueron demostraciones clásicas de la Teoría de Trotsky; la subida de Mao y la de Castro al poder son las clásicas, más puras y extremas demostraciones de una revolución permanente desviada. Otras revoluciones coloniales –Ghana, India, Egipto, Indonesia, Argelia, etc.– son mutaciones de esta norma. En estos países, la retirada política y militar del imperialismo; más el apoyo financiero de las clases gobernantes locales –a menudo incluyendo a sectores básicos de la burguesía–, así como las restricciones impuestas por Moscú sobre los partidos comunistas locales, han impedido la creación de un capitalismo de estado de pura sangre, dominado sólo por una nueva burocracia stalinista. Sin embargo, a pesar de que la India de Nehru, la Ghana de Nkrumah o la Argelia de Ben Bella se hayan apartado más o menos de la norma de revolución permanente desviada, estas revoluciones pueden comprenderse mejor cuando se hace una aproximación a ellas desde el punto de vista de, y en comparación con, la norma.

Algunas conclusiones extrañas siguen para el movimiento obrero internacional del desarrollo de la revolución permanente desviada, sea en su forma pura o la corrupta. Primero, para los trabajadores en las naciones emergentes: como no han llevado a cabo la revolución permanente –el dirigir la revolución democrática hacia el camino socialista, el combinar las luchas sociales y nacionales–, tendrán que luchar contra su propia clase gobernante (y Nehru se mostró no menos brutal, cuando encarceló a trabajadores en huelga, que el imperio inglés). Los trabajadores industriales, sin embargo, estarán cada vez más preparados para la revolución socialista. Bajo los nuevos regímenes nacionales experimentarán un aumento en número y por lo tanto, [a la larga], un aumento en cohesión y peso específico social.

Para los socialistas revolucionarios en los países avanzados, el cambio de estrategia implica que mientras tendrán que seguir oponiéndose incondicionalmente a cualquier opresión nacional de los pueblos colonizados, deben dejar de discutir la identidad nacional de las futuras clases dirigentes de Asia, África y América Latina, y en su lugar investigar las futuras estructuras sociales de estos continentes. El *slogan* de “clase contra clase” se volverá cada vez más una realidad. El tema central de la Teoría de Trotsky permanece tan válido como siempre; el proletariado debe seguir su lucha revolucionaria hasta su triunfo en todo el mundo. Sin alcanzar esta meta no puede lograr su libertad⁴⁹.

■■■■
⁴⁹ Por falta de espacio este artículo se ha concentrado en la relevancia de la Teoría de la revolución permanente en los países atrasados, y no ha tratado sus implicaciones en los países avanzados. Este segundo elemento –que la revolución colonial debe llevar a la revolución socialista en los países metropolitanos avanzados– en principio (en 1906) no formaba parte de la Teoría de Trotsky pero, desde entonces, se lo ha injertado. Para algunas consideraciones relevantes, véase Michael Kidron, “Imperialism, highest stage but one”, *International Socialism* 9, verano 1962, reproducido en *International Socialism* 61, junio 1973.

¿“LA REVOLUCIÓN PERMANENTE DESVIADA” O LA CRISIS DE DIRECCIÓN?

Florence Oppen - La Voz de los Trabajadores, Estados Unidos

Una crítica marxista a la teoría de *La Revolución Permanente Desviada*

Reabriendo el diálogo

En 1963, Tony Cliff y la *International Socialist Tendency* (IST) publicaron un ensayo muy breve, titulado *La revolución permanente desviada*, que era un intento de revisar la Teoría de la revolución permanente elaborada por Trotsky, a la luz de las dos revoluciones más importantes de la posguerra: Cuba y China. Hace falta entender la revisión de la teoría trotskista sobre la revolución permanente [hecha] por la IST en un contexto teórico más amplio: el del avance de la tesis del “Capitalismo de Estado”, formulada por primera vez en 1947 para referirse a la Rusia bajo Stalin y, hacia mediados de los años '60, la de la “economía armamentística permanente” para analizar el desarrollo económico de la posguerra. Con estas tres tesis se diferenciaban de las posiciones adoptadas por la Cuarta Internacional. Sin embargo, estas diferencias teóricas claramente conllevaban posiciones políticas opuestas en torno a la invasión norteamericana a Corea y a una ruptura de SRG de la Cuarta Internacional, en 1950.

Con la publicación de la revisión de la teoría de la revolución permanente en 1956, el *British International Socialism Group* (IS, anteriormente SRG) trataba de establecer las bases políticas para una definida separación de la IV Internacional y de aquellas tendencias que decía estaban siguiendo directamente los pasos de Trotsky, y tratando de reconstruir una comprensión marxista del mundo y una nueva Internacional. La IST se convirtió en una tendencia internacional en los

primeros años de la década de 1970, teórica y organizativamente alejada del resto de los revolucionarios que aún reivindicaban de diversas maneras el legado contradictorio de la Revolución Rusa.

Esta ruptura política en el movimiento trotskista se dobló de divisiones regionales y lingüísticas (SWP y IST permanecían esencialmente en los países de idioma anglosajón). Y aunque siempre existió en el Reino Unido un intercambio teórico entre el SWP y los diferentes grupos que se declaraban herederos de la IV Internacional en 1950 y 1960 –en las publicaciones de la IV Internacional, *Labor Review Magazine* y el periódico *New International*–, estos debates no llegaron a ser lo suficientemente profundos ni llegaron a la arena internacional, y ambas partes no tardaron en olvidarlos o en restarles importancia, tomando en la práctica caminos separados. Ninguna de las dos tendencias vio la necesidad de formular sus diferencias con más claridad o de reabrir un diálogo político, y esto perjudicó a toda la izquierda.

Creemos también que el aislamiento “lingüístico”, que encerraba este debate en los centros imperialistas de habla inglesa, no se justifica únicamente por la debilidad del trotskismo en su conjunto como corriente internacional en los años de la guerra fría (y de allí su tendencia al sectarismo). También se reforzaba por el análisis que hacía el IST y su adopción de la “revolución permanente desviada”, lo cual los llevó –como veremos más adelante– a concentrarse en los países más desarrollados industrialmente y menos interesados en construir secciones en otras partes del mundo.

Creemos que la falta de un debate teórico más abierto sobre estos temas provenientes de nuestra tradición, y de todos los que aún hoy se consideran de la IV Internacional, es un error que no nos podemos dar el lujo de seguir cometiendo, si es que queremos tomar con seriedad la tarea de la reconstrucción de la IV Internacional con los mejores y más probos revolucionarios en el mundo. Tenemos que poder volver a nuestra teoría, evaluarla y revisarla a la luz de la lucha de clases y del debate con otros revolucionarios, algunos de los cuales pueden estar elaborando comprensiones diferentes de las nuestras.

También el contexto es diferente hoy: tanto en el Reino Unido como en los EEUU, las secciones que estaban afiliadas a la IV Internacional han colapsado, mientras que las distintas secciones de la IST, que se convirtieron en prominentes en estas últimas décadas, entraron en crisis. Al menos hasta ahora, no hemos definido con claridad hasta qué punto y por qué estas profundas diferencias teóricas entre nosotros siguen teniendo importancia hoy. Es importante que los viejos militantes, y los nuevos, accedan tanto a una evaluación coherente de nuestra he-

rencia revolucionaria, que fue fundada sobre los principios marxistas, como a una evaluación honesta de las realidades de la era de la segunda posguerra, independientemente de cómo pueden haberse diferenciado de las predicciones del mismísimo Trotsky.

Las dos grandes revoluciones de la posguerra, la Revolución China (1949-1952)¹ y la Revolución Cubana (1959 - 1962)², que a pesar de ser grandes revoluciones no siguieron el curso histórico de la Revolución Rusa (ya que no tuvieron una “revolución de octubre”) obligaron a los marxistas a reexaminar la Teoría de la revolución permanente. En este ensayo inicial trataremos de esclarecer primero la posición de nuestra corriente (la LIT-CI) respecto de la Teoría de la revolución permanente dentro de la IV Internacional (ya que se han dado varias interpretaciones dentro del trotskismo y nuestra corriente ha sido minoritaria durante décadas), y luego planteremos nuestras diferencias con la teoría de Cliff, que la IST³ y la ISO [*International Socialist Organization*] siguen reivindicando hoy, y explicaremos por qué y cómo consideramos que la Teoría de la revolución permanente de Trotsky sigue vigente.

1. Los aportes teóricos de la Teoría de la revolución permanente

El desarrollo desigual y combinado del capitalismo y el cambio en la dinámica de clases

Para empezar, será útil repasar los aspectos básicos de la Teoría de la revolución permanente, ya que en nuestra opinión el sumario que Cliff hace de Trotsky es excesivamente esquemático y simplista, y este es su problema esencial⁴. Mientras él –muy correctamente– esboza las conclusiones concretas de la Teoría de la re-

■■■■
¹ Para ahondar en el análisis de la Revolución China, ver: Moreno, *Las revoluciones China e Indochina* (1973); Toledo y Margarido, “China 1949: Una revolución en el país más poblado de la Tierra”, *Marxismo Vivo* n. 22, 2009; Shu-tse y Evans: *The Chinese Communist Party in Power* (1980).

² Ver el dossier sobre Cuba en el número 1 de *Marxismo Vivo Nueva época* (2010), en particular *Balance Cubano*, SWP, 1960; Moreno, “Los estados obreros burocratizados. El caso de Cuba”, Tesis XX de la *Actualización del Programa de Transición*, 1980; Hernández, “Revolución y contrarrevolución en Cuba”.

³ Ver, por ejemplo, “Tony Cliff: *Deflected permanent revolution in Africa*”, por Leo Zeilig, *International Socialism*, n. 126, primavera 2010, que generó una polémica con Neil Davidson y suscitó una reafirmación de la teoría de Cliff en un subsiguiente artículo del mismo autor, “The relevance of permanent revolution: A reply to Neil Davidson”, *International Socialism*, n. 131, verano 2011. O ver el uso práctico que hace hoy la IST de la “Deflected Permanent Revolution” para analizar revoluciones actuales, como la de Siria, en “The Syrian Crucible”, por Jonathan Maunder, en *International Socialism*, n. 135, verano 2012.

⁴ Este análisis de la revolución permanente “desviada” no ha sido muy profundizado desde un punto de vista teórico por la IST en las décadas siguientes, sino que se toma el texto de Cliff como un marco constante de referencia. Por eso, nos vamos a centrar en Trotsky y en el texto de Cliff.

volución permanente condensadas en las *Tesis*, se le escapa notar los elementos centrales de la Teoría. Comencemos por el “resumen” del libro de Trotsky que propone Cliff:

“Los elementos básicos de la teoría de Trotsky pueden ser resumidos en seis puntos:

1. *Una burguesía que llega tarde a la escena es fundamentalmente diferente de sus antecesoras de hace uno o dos siglos. Es incapaz de proporcionar una solución democrática consistente al problema de la opresión del feudalismo y del imperialismo. Es incapaz de llevar a cabo la completa destrucción del feudalismo, de conseguir una independencia nacional genuina y la democracia política. La burguesía ya no es revolucionaria, ni en los países avanzados ni en los atrasados. Es una fuerza absolutamente conservadora.*
2. *El papel revolucionario decisivo recae sobre el proletariado, a pesar de que este es muy joven y pequeño en número.*
3. *Incapaz de acción independiente, el campesinado seguirá a las ciudades y, en vista de los puntos anteriores, debe seguir el liderazgo del proletariado industrial.*
4. *Una auténtica solución para la cuestión agraria y para la cuestión nacional, una ruptura de las ataduras sociales e imperiales que impiden el rápido avance económico, supone ir más allá de los límites de la propiedad privada burguesa. “La revolución democrática se transforma directamente en socialista, convirtiéndose con ello en permanente”.*
5. *“El triunfo de la revolución socialista es inconcebible dentro de las fronteras nacionales de un país... Por lo tanto, la revolución socialista se convierte en permanente en un sentido nuevo y más amplio de la palabra: en el sentido de que sólo se consuma con la victoria definitiva de la nueva sociedad en todo el planeta.” Es un sueño reaccionario intentar alcanzar “socialismo en un solo país”.*
6. *Como resultado, la revolución en los países atrasados conduciría a convulsiones en los países avanzados.” (Cliff, *La Revolución Permanente desviada*⁵)*

Aunque ninguna de las tesis bosquejadas acá, en este resumen inicial hecho por Cliff, por sí solas contradicen o distorsionan los análisis de Trotsky, lo que Cliff omite discutir es tal vez el aspecto más importante de la Teoría, o sea, el reconocimiento del **cambio fundamental en la dinámica de la clase o “mecanismos políticos”, como Trotsky solía llamarlo, en el mundo colonial y semicolonial que se da a partir de la época imperialista.** Y como Cliff omite esta parte tan esencial, es decir, como omite mencionar la *Teoría* (lo que por definición en el marxismo se puede desprender de fenómenos concretos), tenemos que de-

⁵ Traducción del inglés y edición de Izquierda Revolucionaria - En Lucha (grupo de la IST), puesta online en *Marxist Internet Archive*, en 2001.

sarrollarla para poder contestar a los compañeros de la IST que aún hoy defienden la formulación de la “revolución permanente desviada”.

Sobre la base de la teoría del imperialismo de Lenin, Trotsky ahondó esa comprensión de los cambios económicos y sociales en el “Tercer Mundo”, y llegó a la conclusión de que una vez que el mundo alcanzó la época imperialista (la de la división total del mundo entre las grandes potencias, conjuntamente con la concentración del capital en gigantescos monopolios financieros e industriales), si bien el capitalismo se sigue desarrollando en todos los países, el curso y la forma de ese desarrollo ya no es “lineal” sino que se convierte en “desigual y combinado”. Primero, es un desarrollo desigual, que no avanza al mismo tiempo en todos los lugares. Durante la época imperialista, el desarrollo de la industria y de las relaciones capitalistas están en diferentes etapas en los diferentes países, cada uno se desarrolla a un ritmo diferente, pero todos los países, incluso los más “atrasados⁶”, es decir, donde las fuerzas productivas son menos desarrolladas, son parte de la economía capitalista mundial, dominada por los centros imperialistas y el capital financiero. Pero, este desarrollo capitalista desigual dentro de un orden mundial jerárquico es, también, *combinado*. En cada país, la penetración y dominación del capitalismo toma una forma diferente, ya que las relaciones capitalistas cohabitan con otras formas económicas y sociales preexistentes. Distintas formaciones sociales y políticas surgirán en cada caso juntando las diferentes etapas del desarrollo histórico. Este es el carácter “combinado” del desarrollo capitalista en la época imperialista.

¿Por qué es eso importante? Porque este cambio en la realidad de cómo se desarrolla el capitalismo en el mundo colonial y semicolonial va a tener consecuencias políticas. La primera de ellas es la paradoja que señaló Trotsky: que países supuestamente “atrasados” desde un punto de vista económico, no lo van a ser desde un punto de vista político, es decir, que van a tener planteada también la misma tarea y necesidad que los más avanzados: la lucha por el socialismo para resolver sus problemas más inmediatos. Trotsky explicó y criticó el supuesto “atraso” de Rusia de la siguiente manera: *“Rusia es un país atrasado; pero, así y todo, Rusia no es más que una parte de la economía mundial, un elemento del sistema capitalista mundial.”* Y luego clarifica:

■■■■
⁶ Aquí, por “atrasados” no entendemos ningún juicio de valor por nuestra parte, tiene más que ver con los estándares de “desarrollo” y de “progreso” fijados por la propia lógica del capital, que es la que organiza y jerarquiza la realidad material, dando una impresión de linealidad. Por supuesto, la economía política marxista deshace todas esas categorías, empezando por la crítica de la categoría de valor. La teoría del desarrollo desigual y combinado es, implícitamente, una crítica a la visión burguesa del desarrollo lineal y del progreso que, supuestamente, acompaña necesariamente el desarrollo del capitalismo.

“En el desarrollo de las naciones y de los Estados, de los capitalistas en particular, no existe ni similitud ni uniformidad. Diferentes grados de cultura, hasta los polos opuestos, se aproximan y se combinan, con mucha frecuencia, en la vida de un país. No olvidemos, queridos oyentes, que el retraso histórico es una noción relativa. Si existen países atrasados y avanzados, hay también una acción recíproca entre ellos; hay la presión de los países avanzados sobre los retardatarios; hay la necesidad para los países atrasados de alcanzar a los países progresivos, de adquirirles la técnica, la ciencia, etc. Así surgió un tipo combinado de desarrollo: los rasgos más retrasados se acoplan a la última palabra de la técnica y del pensamiento mundiales. En fin, los países históricamente atrasados se ven a veces obligados a sobrepasar a los demás. La elasticidad de la conciencia colectiva da la posibilidad de lograr, en ciertas condiciones, sobre la arena social, el resultado que en psicología individual se llama “la compensación”. En este sentido, se puede afirmar que la Revolución de Octubre fue para los pueblos de Rusia un medio heroico de superar su propia inferioridad económica y cultural.” (Trotsky, ¿Qué fue la Revolución Rusa?, 1932)

¿Cuáles eran entonces las tareas que tenía planteada Rusia? Trotsky lo resume claramente:

“En relación con sus tareas inmediatas, la revolución rusa es una revolución burguesa. Sin embargo, la burguesía rusa es antirrevolucionaria. Por consiguiente, la victoria de la revolución sólo es posible como victoria del proletariado. El proletariado victorioso no se detendrá en el programa de la democracia burguesa, sino que pasará inmediatamente al programa del socialismo. La revolución rusa será la primera etapa de la revolución socialista mundial.” (Trotsky, ¿Qué fue la Revolución Rusa?, 1932)

De este curso desigual y combinado del desarrollo capitalista, Trotsky dedujo que las tareas de la revolución democrática y la revolución socialista en lugar de seguir un curso sucesivo, se van a plantear de manera combinada por el carácter reaccionario de la burguesía. Saca entonces dos conclusiones claves que generaliza a todo el mundo colonial y neocolonial, una tiene que ver con la dinámica de clases, la otra con las tareas políticas: **la burguesía como clase (independientemente de su nacionalidad) ha perdido todo lo progresivo que pudo haber tenido en el pasado y ya no puede realizar las tareas de la revolución democrática**⁸.

⁷ Conferencia de Trotsky en el Stadium de Copenhague (Dinamarca), el 27 noviembre de 1932.

⁸ Trotsky establece una correlación, cuanto más frágil y más foránea es la burguesía nacional de los países coloniales o semicoloniales, es decir, cuanto más dominada está por el imperialismo y cuanto más débil es su base económica, más reaccionaria es en los procesos de lucha democráticos: *“Pero es que, precisamente, la impotencia del capitalismo para vivir en un país atrasado se expresa en el hecho de que la sublevación campesina no impulsa hacia adelante a clases burguesas en Rusia, sino, por el contrario, las arroja... (cont.)*

La burguesía y las tareas democráticas

Pero, ¿qué queremos decir los marxistas con “las tareas de la revolución democrática”? Vamos a resumir brevemente cuáles son esas tareas de la revolución democrática, también a veces llamada burguesa porque inicialmente, y en muy contadas ocasiones, la lideró la burguesía.

Lowy nos ofrece un buen resumen de lo que Trotsky veía como las tareas de la “revolución democrática”:

- *“La revolución agraria democrática:* audaz y definitiva abolición de los restos de la esclavitud, del feudalismo y del ‘despotismo asiático’; abolición definitiva de todas las formas de explotación (*corvée*, trabajos forzados, etc.) y expropiación de grandes terratenientes y distribución de esta tierra a los campesinos.
- *Liberación nacional:* unificación de la nación y su emancipación de la dominación imperialista; creación de un mercado unificado nacional y su protección de productos extranjeros más baratos; control de ciertos recursos nacionales estratégicos.
- *Democracia:* según Trotsky, esto incluía no sólo el establecimiento de las libertades democráticas, una república democrática y el fin del gobierno militar, sino también la creación de condiciones sociales y culturales para la participación popular en la vida política, mediante la reducción de la jornada laboral a ocho horas y la educación pública universal.” (Lowy, *The Politics of Combined and Uneven Development: The Theory of Permanent Revolution*, p. 89)

Como señaló George Novack, si bien la burguesía fue la clase que lideró las grandes revoluciones burguesas de los siglos XVI a XVIII, en particular la Revolución Inglesa y la Revolución Francesa, a mediados del siglo XIX la burguesía globalmente ya no estaba dispuesta a luchar por establecer regímenes liberal-democráticos en países en transición al capitalismo, como lo hizo antes bajo presión de otras clases populares deseosas de tirar abajo los regímenes feudales tiránicos⁹. Pero también hace falta destacar que incluso en los casos donde la

(cont.) ... al campo de la reacción. Al campesino, para no fracasar, no le quedaba otro camino que la alianza con el proletariado industrial. Esta ligazón revolucionaria de las dos clases oprimidas fue prevista genialmente por Lenin y preparada desde hacía mucho tiempo. Si la cuestión hubiese podido ser francamente resuelta por la burguesía, con toda seguridad que el proletariado no hubiera conquistado el poder en 1917. Habiendo llegado demasiado tarde, caída precozmente en decrepitud, la burguesía rusa, egoísta y cobarde, no tuvo la osadía de levantar la mano contra la propiedad feudal. Con esto la burguesía dejó el poder al proletariado y al mismo tiempo el derecho a disponer de la suerte de la sociedad burguesa.” (León Trotsky, *¿Qué fue la Revolución Rusa?*, 1932)

⁹ Ver los capítulos “Tareas y fuerzas de las revoluciones burguesas” y “Logros y limitaciones de las revoluciones burguesas” en *Democracia y Revolución*, publicado originalmente en inglés por el SWP americano (sección de la IV Internacional) en 1971.

burguesía cumplía un rol “progresivo” (la revolución francesa y la inglesa, por ejemplos) se trataba de un modo contradictorio que se debe contextualizar históricamente¹⁰.

Las revoluciones de 1848 en Europa eran un claro ejemplo de este hecho. Temerosos del poder de la naciente clase trabajadora, los burgueses prefirieron hacer acuerdos con las viejas clases feudales para profundizar las relaciones capitalistas dentro del marco de una estructura política y social semifeudal. El fracaso de las revoluciones europeas de 1848 desenmascaró los intereses reales de la burguesía:

“La burguesía industrial no alcanzó la dominación política sino que supeditó su derecho a gobernar a cambio del derecho a ganar dinero. Los húngaros, polacos e italianos no consiguieron ganar su independencia nacional. La contrarrevolución triunfó en toda regla y los países continentales terminaron sometidos a un despotismo militar en Francia y a una monarquía restaurada en Alemania, Austria, Hungría y Polonia. Las abortadas revoluciones de 1848 estuvieron a medio camino entre las revoluciones brillantemente victoriosas del pasado burgués y las victorias proletarias por venir.” (Novack, *Democracia y Revolución*, p. 67-68)

Y ese carácter reaccionario se acentuó a finales del siglo XIX. El surgimiento de los regímenes liberal-democráticos en la “segunda onda” de las potencias capitalistas (por ejemplo, Alemania, EEUU, Japón) recién llegó –a pesar de las burguesías de esos países– a menudo después de violentos conflictos civiles o internacionales. Las instituciones de las libertades burguesas que se encontraban en Inglaterra y en Francia, a saber: democracia representativa, reforma agraria, abolición de la servidumbre y establecimiento de fuertes naciones-estados, no ocurrirían de manos de la burguesía en ningún otro lado, a menos que otras clases sociales obligaran a la burguesía, a través de la lucha de clases, a proceder de este modo. Novack resumió el nuevo carácter reaccionario de la burguesía del modo siguiente:

¹⁰ Como ya indicó Engels: *“Junto al antagonismo entre la nobleza feudal y la burguesía, que se erigía en representante de todo el resto de la sociedad, manteníase en pie el antagonismo general entre explotadores y explotados, entre ricos holgazanes y pobres que trabajaban. Y este hecho era precisamente el que permitía a los representantes de la burguesía arrogarse la representación, no de una clase determinada, sino de toda la humanidad doliente. Más aún. Desde el momento mismo en que nació, la burguesía llevaba en sus entrañas a su propia antítesis, pues los capitalistas no pueden existir sin obreros asalariados, y en la misma proporción en que los maestros de los gremios medievales se convertían en burgueses modernos, los oficiales y los jornaleros no agremiados transformábanse en proletarios. Y, si, en términos generales, la burguesía podía arrogarse el derecho a representar, en sus luchas contra la nobleza, además de sus intereses, los de las diferentes clases trabajadoras de la época, al lado de todo gran movimiento burgués que se desataba estallaban movimientos independientes de aquella clase que era el precedente más o menos desarrollado del proletariado moderno. Tal fue en la época de la Reforma y de las guerras campesinas en Alemania la tendencia de los anabaptistas¹⁰ y de Tomás Münzer; en la Gran Revolución inglesa, los «levellers», y en la Gran Revolución francesa, Babeuf.”* (Engels, *Del socialismo utópico al científico*, 1880)

*“A la burguesía comercial e industrial hay que admitirle en su mejor momento considerables capacidades para la acción política progresista y, cuando estuvieron asociadas en la lucha con las masas populares, para logros revolucionarios en el impulso de la democracia. Pero no se sintió atraída invariablemente por ella y, por supuesto, no se ligó constitucionalmente a la democracia. Como cualquier otra clase poseedora y privilegiada, los capitalistas, estuvieron en una situación de dominio o secundaria, colocaron la preservación y la promoción de sus intereses económicos por encima de la devoción a las libertades democráticas. Cuando estas dos consideraciones divergían y chocaban, escogieron invariablemente defender su propiedad sin hacer caso de la agresión hecha a los derechos populares. La burguesía demostró ser una poderosa, aunque no persistente ni confiable, fuerza en pro de la democracia sólo durante el ascenso del capitalismo mundial y ello sólo en los países más ricos de Europa Occidental y Norteamérica. Cuanto más alcanzaba el capitalismo la madurez y ejercía la supremacía mundial, más conservadores y menos inclinados a la democracia se volvían los hombres de dinero.” (Novack, *Democracia y Revolución*, p. 73.)*

Por ende, en la época imperialista, hay un **cambio en la dinámica de la lucha de clases**: la burguesía ha logrado imponerse económicamente en todas partes como una clase dominante, y en la mayor parte de los casos lo ha logrado sin una revolución. Es decir, ha logrado cambiar la estructura económica e imponer las relaciones capitalistas como dominantes en todos los países, sin tener que cambiar la vieja infraestructura política feudal basada en un régimen monárquico autoritario, que gobierna apoyándose en la ideología religiosa que perpetúa la opresión de las nacionalidades, la persecución religiosa, y mantiene el régimen de propiedad de la tierra latifundista.

Este cambio del papel social de la burguesía tiene profundas implicancias para la mayor parte del mundo, que vive bajo el dominio colonial. Trotsky preveía que en cualquier país donde las tareas democráticas no han sido realizadas, o sea, en países que no tuvieron su revolución burguesa y no vieron el surgimiento de un orden liberal-democrático y republicano, **la revolución democrática o burguesa será llevada a cabo por no sólo por fuerzas sociales “no burguesas” (o sea el proletariado y/o campesinado) sino que también estas fuerzas se enfrentarán a la nueva clase en el poder: la burguesía imperialista y/o la burguesía nacional.**

Una clarificación necesaria en el trotskismo sobre la transición de la revolución democrática a la revolución socialista y la combinación de tareas

La principal consecuencia de la nueva dinámica de clases es que debido a la naturaleza de clase del Estado que tendrán que derribar, las revoluciones democrá-

ticas tendrán un potencial anticapitalista y no antifeudal. Este es un cambio fundamental en la relación de las fuerzas sociales, que tendrá profundas consecuencias políticas. Particularmente, **las clases que tendrán que completar estas tareas de la revolución democrática deberán destruir un Estado burgués más que uno feudal y, por ende, tendrán que tomar el poder en el curso de una revolución democrática o política.** Este curso de acción es exactamente lo que pasó en Rusia con la “Revolución de Febrero”, una revolución democrática dirigida por una coalición de clases (burguesía, clase trabajadora, campesinado), que no logró sus objetivos pese a derrocar al zar, y una “Revolución de Octubre” dirigida por la clase trabajadora y el Partido Bolchevique, que rompió con la burguesía y tomó el poder para realizar tanto las consignas democráticas como las socialistas.

Basándose en esta experiencia de un país semicolonial como Rusia, Trotsky llegó a la conclusión de que la revolución democrática ahora tendría una dinámica de clase antiimperialista, anticapitalista, donde la **combinación de tareas democráticas y socialistas** (en lugar de una opinión etapista de ellas) es no sólo posible sino también necesaria para el proletariado.

Ni Trotsky ni nuestra tradición han pretendido jamás que la Teoría de la revolución permanente significase que las revoluciones democráticas eran revoluciones socialistas y ni siquiera que “automáticamente” se volverían socialistas. Pero sí han habido interpretaciones erróneas de algunas formulaciones de Trotsky, que han sido descontextualizadas y han llevado a errores políticos garrafales. Por lo tanto, nos toca hacer un poco de autocrítica también dentro de la tradición trotskista llamada “ortodoxa”, donde hay que incluir primero al pablismo, y al mandelismo después, que fue la corriente mayoritaria durante muchos años.

Como señaló Moreno, el pablismo, frente a la dificultad de construir nuevos partidos revolucionarios y disputar la dirección, prefirió dejar el destino de nuestra clase en manos de otras direcciones:

“La esencia de la posición pablista era sencilla: la situación objetiva, combinada con nuestra propaganda y presión, transformarían a las organizaciones oportunistas en revolucionarias, capaces de luchar objetivamente por el poder de la clase obrera.”

(Moreno, *Lora reniega del trotskismo*, 1972)

Y aunque Mandel inicialmente se opuso a esa concepción liquidacionista y siguió defendiendo la necesidad de un partido leninista, acabó dos décadas más tarde llegando a conclusiones similares. El principal error de la corriente que ha sido mayoritaria en la IV Internacional en las primeras décadas de la posguerra, liderada entre otros por Ernst Mandel, ha sido simplificar a ultranza la Teoría de la revolución permanente en lo que se refiere al salto de la revolución democrática

a la socialista, insistiendo en el carácter “permanente” de los procesos revolucionarios pero borrando también sus etapas o momentos cualitativamente distintos.

¿Cómo? Básicamente eludiendo la idea principal de Trotsky: que en la revolución permanente se da un “salto” dialéctico en el proceso¹¹, que lo que ocurrió en Rusia entre febrero y octubre (y que los revolucionarios buscamos que vuelva a ocurrir) no fue tan sólo una “continuación de la revolución” sino un cambio cualitativo dentro del proceso revolucionario¹². Durante años, y con el argumento de combatir el equivocado etapismo del stalinismo y otras corrientes reformistas que quisieron encerrar y limitar las revoluciones democráticas (China, Cuba, Argelia, Vietnam, etc.) en simples “luchas de liberación nacional” que nada tenían que ver con el socialismo, el Secretariado Unificado [SU] acabó presentando la revolución socialista casi como una “radicalización” de la revolución democrática, implicando una linealidad lógica en el proceso. Esa insistencia en lo “permanente” del proceso llevó al SU a apoyar a las direcciones pequeñoburguesas que dirigían revoluciones democráticas, esperando que esos procesos, sin cambio cualitativo ni cambio de dirección, llevaran al socialismo o se acercaran a él.

Esa distorsión surge –o más bien hay quien la pudo hábilmente justificar–, en particular, con la siguiente frase de Trotsky, que es la octava tesis de la Teoría:

“La dictadura del proletariado, que sube al poder en calidad de caudillo de la revolución democrática, se encuentra inevitable y repentinamente, al triunfar, ante ob-

■■■■
¹¹ En el capítulo sexto de *La revolución permanente*, “Sobre el salto de etapas históricas”, Trotsky explica este salto en la revolución que tiene que ver con la lógica dialéctica y la teoría del desarrollo desigual y combinado del capitalismo: “*Es absurdo sostener que, en general, no se pueda saltar por alto una etapa. A través de las “etapas” que se derivan de la división teórica del proceso de desarrollo enfocado en su conjunto, esto es, en su máxima plenitud, el proceso histórico vivo efectúa siempre saltos, y exige lo mismo de la política revolucionaria en los momentos críticos. Se puede decir que lo que mejor distingue al revolucionario del evolucionista vulgar consiste precisamente en su talento para adivinar estos momentos y utilizarlos.*” ¿Cuál fue concretamente el “salto” que se produjo entre la revolución de Febrero y la de Octubre? El del parlamentarismo burgués, que según el esquema lineal era el que “naturalmente” acompañaba el desarrollo de la industria manufacturera y la penetración del capitalismo en el campo. Eso en Rusia no ocurrió: “*Tales o cuales etapas del proceso histórico pueden resultar inevitables aunque teóricamente no lo sean. Y a la inversa: etapas teóricamente “inevitables” pueden verse reducidas a cero por la dinámica del desarrollo, sobre todo durante la revolución, pues no en vano se ha dicho que las revoluciones son las locomotoras de la historia. Así por ejemplo, en nuestro país el proletariado se “saltó” por alto la fase del parlamentarismo democrático, concediendo a las Cortes constituyentes unas horas de vida nada más, y para eso, en el zaguán.*” (Trotsky, *La revolución permanente*)

¹² Dice Trotsky que es precisamente en los procesos revolucionarios donde se pone de manifiesto esa naturaleza dialéctica y no lineal del desarrollo, y que tiene que ver con la relación del factor subjetivo con las dinámicas objetivas: “*La dialéctica de las “etapas históricas” se percibe de un modo relativamente fácil en los períodos de impulso revolucionario. Los períodos reaccionarios, por el contrario, se convierten de un modo lógico en tiempos de evolucionismo banal. El stalinismo, esa vulgaridad ideológica concentrada, digna criatura de la reacción dentro del partido, ha creado una especie de culto del movimiento por etapas como envoltura del “seguidismo” y de la pusilanidad.*” (Trotsky, *La revolución permanente*)

jetivos relacionados con profundas transformaciones del derecho de propiedad burguesa. La revolución democrática se transforma directamente en socialista, convirtiéndose con ello en permanente.” (Trotsky, *La revolución permanente*)

Toda la polémica para los revolucionarios está en cómo entender la *transición* o “transformación” de Febrero en Octubre, de la revolución democrática a la socialista en el marco de un proceso revolucionario abierto, ya que tanto la revolución china como la cubana fueron revoluciones de febrero que no tuvieron un Octubre análogo a la rusa. La versión inglesa dice “grows over directly” en lugar de “se transforma”, es decir que hay otra revolución distinta (la socialista), que crece como por encima de la democrática. Lo que es, tal vez, una traducción más exacta.

¿Pero, más allá de la traducción, qué dice Trotsky en la tesis? Que está dada *la posibilidad* de que, por la dinámica de clases, una revolución democrática pueda transformarse en socialista **después de la toma del poder por la clase trabajadora**. Sólo después de que el estado capitalista fuese destruido y una nueva clase estuviera en el poder para implementar un “programa democrático” se transforma la revolución en socialista. Es importante insistir en esto. Trotsky pone como condición de esa transformación del carácter de la revolución un **cambio bastante cualitativo**: la dictadura del proletariado. Señala que entonces, y sólo entonces, llegado a ese punto, la clase que toma el poder (él asume que va a ser el proletariado), para cumplir las tareas democráticas más elementales (independencia nacional, reforma agraria...), tendrá que atacar el “derecho de propiedad burguesa”, es decir, los cimientos de la burguesía como clase, y será impelido, si la revolución continúa, a expropiar a la burguesía y, por ende, a tomar en consideración la reorganización de la economía sobre bases diferentes –esperemos que sea el socialismo–. Eso es lo que ocurrió en la Rusia soviética entre 1917 y 1920. Pero también lo que ocurrió en Cuba y en China: las direcciones pequeñoburguesas tuvieron que acabar expropiando al imperialismo para realizar las tareas democráticas (reforma agraria, liberación nacional).

Esto es clave a la hora de entender y diferenciar los dos momentos que son la revolución de Febrero y la de Octubre. Mandel se empeñó en minimizar las diferencias cualitativas entre las revoluciones llamadas “tipo Febrero” (democráticas) y las de “tipo Octubre” (socialistas), fundiéndolas en un proceso permanente continuo, y Moreno se empeñó durante toda su militancia, en clarificarlas y en distinguir sus características para evitar toda confusión entre los revolucionarios. Y por querer ser preciso, se le acusó injustamente de “etapista” disfrazado. Y no sólo eso, Mandel usó la Teoría de la revolución permanente para dar ilusiones sobre el potencial “revolucionario” del castrismo y del maoísmo, dando a entender que

si llevaban la revolución democrática “hasta el final” llevarían a un nuevo Octubre, al socialismo.

¿En qué se basa, precisamente, el carácter “permanente” de la revolución?

Este encendido debate dentro del trotskismo se desarrolló durante la década del '70, después de que quedara de manifiesto que la política llevada a cabo por la mayoría de la IV Internacional frente a los procesos revolucionarios, en particular frente a las revoluciones en Bolivia y Cuba, fue un desastre. No vamos a repetir aquí toda la polémica que Moreno y la Fracción Leninista-Trotskista plantearon en respuesta al documento presentado para el Cuarto Congreso del Secretariado Unificado de la IV Internacional en 1974¹³. Subrayemos únicamente lo que artificialmente podríamos [marcar] como una diferencia fundamental a la hora de interpretar la Teoría de la revolución permanente y la transición de la revolución democrática a la socialista.

El principal error de Mandel en la concepción de la revolución permanente fue no tanto insistir en el carácter “permanente” de la revolución –en eso estamos de acuerdo– sino, más bien, su concepción superficial de lo que hacía permanente la revolución. Para Pablo, el esquema era muy simple y economicista: eran las nuevas condiciones objetivas de la crisis del imperialismo [las] que empujarían todas las revoluciones democráticas hacia el socialismo. Es una mezcla de catastrofismo y mesianismo, que poco tiene que ver con el marxismo. Mandel desarrolló otra interpretación, él reconocía un papel subjetivo, un rol de los revolucionarios en ese salto de Febrero a Octubre, pero lo ubicó principalmente desde el punto de vista de las consignas, de la combinación de las tareas y las consignas, dejando de lado la cuestión de ese cambio cualitativo que se tiene que dar en la realidad social, es decir, desde el punto de vista de la movilización de las masas y del avance objetivo de la lucha de clases:

*“Lo que es importante es entender el proceso revolucionario no como una serie de intervalos donde una consigna es más o menos dominante, [sino] como una lucha continua por un conjunto de consignas y reivindicaciones en la que no hay una separación clara entre las que son “democráticas” y las que son “socialistas” o “proletarias” (“La Revolución Permanente en el Tercer Mundo”, *El marxismo revolucionario hoy*, p. 91)*

¹³ En respuesta al texto de la mayoría (*En defensa del leninismo, en defensa de la Cuarta Internacional*), escrito por Mandel, Moreno publicó *Un documento escandaloso - En respuesta a “En defensa del leninismo, en defensa de la Cuarta Internacional”*, que también se conoce entre la militancia como *El Partido y la Revolución* o *El Morenazo*, y que ahonda en cuestiones claves de la teoría.

Ahí es donde se equivocó la corriente mayoritaria, en entender que el carácter “permanente” de la revolución [es] producto de una propaganda correcta, de la agitación de consignas correctas. Para Trotsky y para nuestra corriente el carácter permanente de la “revolución” no viene dado de antemano ni lo producen mágicamente las consignas sino que es el resultado, primero, de la movilización continua y real de las masas en la lucha, y segundo, un avance en su organización. Lo permanente de la revolución es la lucha sin tregua de los trabajadores por tirar abajo todos los gobiernos que no sirven, hasta que la clase obrera toma el poder, y no el refinamiento de las consignas. Esa fue la clave entre Febrero y Octubre: que el proletariado siguió luchando, profundizó los organismos de poder dual y luchó por la toma del poder, y no la agitación de consignas transicionales correctas.

Esa fue precisamente la crítica que Moreno le hizo a Mandel, que simplificaba la tarea de los revolucionarios a la cuestión de elección de consignas correctas, mistificando estas últimas y minimizando la tarea urgente de construir el partido y los organismos de lucha independientes de la clase obrera. Las consignas –sin lucha, sin movilización y sin partido que tenga una ligazón orgánica [con] la clase obrera– no actúan por sí solas:

“Según el fenomenólogo Germain, hay que darle fundamental importancia a las consignas transicionales, porque son las que “elevan el nivel de conciencia”. Según el trotskismo, hay que utilizar la consigna o la combinación de consignas adecuadas a la movilización concreta de que se trate, para desarrollarla hacia la toma del poder por la clase obrera. Porque sólo puestas en el contexto de la lucha de clases, las consignas se llenan de vida, y entonces cada consigna puede tener consecuencias dispares a las que le corresponderían por su ubicación histórica.

(...) “nuestras consignas deben servir para elevar toda movilización a un nivel superior, ya que lo único que eleva la conciencia de las masas es la movilización. Este desarrollo creará la necesidad de nuevas consignas, más avanzadas, hasta llegar, en un proceso permanente, a la necesidad (y la consigna) de la toma del poder y la revolución socialista.

Intentar reemplazar este proceso objetivo (a través de la movilización permanente) de elevación del nivel de conciencia de las masas hacia la conciencia superior de que deben tomar el poder, por la propaganda (hablada, escrita o de “acciones ejemplificadoras”) del partido alrededor de consignas que, por sí mismas, milagrosamente, “elevan el nivel de conciencia”, es un delito de lesa trotskismo.” (Moreno, “Un documento escandaloso - En respuesta a “En defensa del leninismo, en defensa de la Cuarta Internacional”, 1973)

Volvamos ahora a Trotsky y al método marxista. Para entender el carácter permanente o transicional de la revolución es preciso evaluar el proceso revolucionario desde dos puntos de vista distintos y entender su relación: su base objetiva y la subjetiva¹⁴.

La transición de la revolución democrática a la socialista en los países no avanzados debe entenderse también a esos dos niveles: desde el punto de vista de la dinámica de clases, objetivo, la revolución democrática tiene un potencial anticapitalista; pero a eso hay que añadir la capacidad de organización del proletariado y el nivel de conciencia, es decir, el factor subjetivo. Y ese es clave.

Trotsky insiste que en la época imperialista, **el factor subjetivo se convierte en el principal¹⁵ y decisivo** para determinar el curso de las revoluciones. Por lo tanto, de la nueva dinámica de clases. Trotsky se rehusa a concluir que cualquier revolución democrática en el mundo colonial o semicolonial llevará con seguridad hacia el socialismo. Plantea con mucha claridad dos factores esenciales que deben existir para que una revolución socialista se dé tal como se dio en el caso de Rusia: 1) **que la clase obrera esté organizada en un partido revolucionario** del tipo bolchevique; y 2) que en el curso de la revolución logre derrocar a la clase gobernante, destruir el Estado y **tomar el poder**. Porque si la clase trabajadora no continúa su movilización después de la revolución de febrero y no toma el poder, es decir, si no enfrenta directamente a la burguesía, se frena la revolución. Pero para llegar a ese punto, para llegar a “Octubre”, la clase tiene que estar organizada independientemente y tener una dirección revolucionaria. Es decir, el factor subjetivo (soviets y partido) es el que permite la movilización y organización hasta la toma de poder y la transformación del carácter político de la revolución, y la continuación de la revolución a escala mundial. **Es el factor subjetivo el que garantiza, en última instancia, el carácter permanente de la revolución.**

Lo cierto es que Trotsky bosqueja muy claramente el rol del partido obrero, necesario en la victoria de la revolución democrática en sí (y ni qué hablar de la revolución socialista):

“Sean las que fueren las primeras etapas episódicas de la revolución en los distintos países, la realización de la alianza revolucionaria del proletariado con las masas campesinas sólo es concebible bajo la dirección política de la vanguardia proletaria

¹⁴ Los marxistas caracterizamos la lucha de clases y sus perspectivas desde estos dos criterios: 1) Uno objetivo: ¿cuáles son las clases que se enfrentan? ¿Cuáles son las clases aliadas? ¿Cuál es la naturaleza del Estado que está siendo atacado?; 2) y otro subjetivo: ¿cuál es el nivel de conciencia y organización de cada clase? ¿Cuál de estas clases está en mejores condiciones, desde el punto de vista político, para ganar?

¹⁵ Como señaló Trotsky en el *Programa de Transición*: “*Todo depende del proletariado, es decir, de su vanguardia revolucionaria. La crisis histórica de la humanidad se reduce a la dirección revolucionaria.*”

organizada en Partido Comunista. Esto significa, a su vez, que la revolución democrática sólo puede triunfar por medio de la dictadura del proletariado, apoyada en la alianza con los campesinos y encaminada en primer término a realizar objetivos de la revolución democrática.” (Trotsky, La revolución permanente).

Ahí, en ese punto, se separó nuestra corriente del Secretariado Unificado, porque en la práctica, el mandelismo se dedicó a limitar su intervención al apoyo crítico de las direcciones pequeñoburguesas (el castrismo y el maoísmo) que lideraban las revoluciones democráticas, reduciendo o subordinando a ese apoyo la tarea de construir partidos revolucionarios de tipo bolchevique, esperando que la simple difusión de consignas transitorias, sin partido revolucionario, cambiara el carácter de la revolución o que la propaganda trotskista influenciara a esas direcciones. Y como dijo Moreno en su tiempo, de poco sirven teorías y consignas correctas sin un partido para llevarlas a cabo, elaborarlas, difundirlas en las luchas:

“Podríamos formular el siguiente teorema político: un partido bolchevique puede superar sus errores teóricos y dirigir a las masas a la toma del poder, pero una teoría correcta es absolutamente estéril cuando llega la situación revolucionaria si no ha tenido la estrategia previa de construir un partido bolchevique. Y una de las demostraciones de esta verdad es que Trotsky, que tenía la teoría correcta, no podía garantizar el triunfo de la revolución rusa porque no había tenido la estrategia de construir el partido. En cambio, pese a sus falencias teóricas, el Partido Bolchevique con Lenin a la cabeza sí pudo hacerlo.” (Moreno, Un documento escandaloso - En respuesta a “En defensa del leninismo, en defensa de la Cuarta Internacional”, 1973)

El problema del mandelismo fue que, a la hora de leer, interpretar y aplicar políticamente lo que significaba la Teoría de la revolución permanente y el Programa de Transición, se olvidó de los principios básicos del bolchevismo tratando, en la práctica, la construcción del partido como una táctica y no como un objetivo estratégico constante. Frente a eso, Moreno insistió que el trotskismo, como heredero de la revolución permanente y del bolchevismo, sólo tiene dos estrategias: la construcción del partido revolucionario y la movilización de la clase obrera para tomar el poder¹⁶.

¹⁶ *“El bolchevismo se caracteriza por utilizar todos los medios y tácticas al servicio de la estrategia de construir el partido, movilizar a los obreros y tomar el poder. Las demás corrientes del movimiento obrero se caracterizan por lo opuesto: confundir estrategia con táctica y elevar esta última a estrategia permanente. La historia del bolchevismo es una lucha constante por imponer los medios y las tácticas adecuadas a cada momento de la lucha de clases. El bolchevismo luchó contra los terroristas, pero supo utilizar el terror; luchó contra los sindicalistas, pero supo utilizar el trabajo sindical; luchó contra los parlamentaristas, pero supo utilizar el parlamento; luchó contra los anarquistas, pero supo destruir el estado burgués; luchó contra los guerrilleros, pero supo hacer guerrillas; luchó contra los espontaneístas pero supo dirigir las movilizaciones espontáneas del movimiento de masas. ¿Y para qué hizo todo esto? Para construir el partido bolchevique y movilizar a las masas hacia la toma del poder.” (Moreno, Un documento escandaloso - En respuesta a “En defensa del leninismo, en defensa de la Cuarta Internacional”, 1973)*

Lo “teórico” en la Teoría de la revolución permanente

Trotsky no sólo formuló tesis sobre los sujetos sociales y políticos de las revoluciones y la combinación de las tareas. Formuló una teoría de la historia para diferenciarse y oponerse a las dos tendencias “socialistas más grandes” (los socialdemócratas y los stalinistas), insistiendo en que el proceso revolucionario de dos etapas se había acabado para el mundo colonial y semicolonial, que esta concepción lineal, “etapista”, quedaba obsoleta en la época imperialista, y que cualquier alianza o apoyo [a] la burguesía nacional sería un crimen ya que la clase obrera estaba *históricamente* preparada para tomar el poder en cualquier parte, incluso si no estaba lista organizativamente. Pero históricamente no quiere decir *efectivamente*; Trotsky hablaba desde un punto de vista teórico.

¿Para que servía esa teoría? Para señalar que la tarea principal de los revolucionarios en la época imperialista debe ser construir partidos como el Partido Bolchevique en todas partes, para realizar esa tarea histórica. Construir partidos que practiquen el centralismo democrático y que se propongan la toma del poder por el proletariado a través de soviets u organizaciones democráticas de corte de clase; partidos que estén dispuestos a movilizar a las otras clases sociales oprimidas para lograr la revolución democrática con un programa combinado. Los socialdemócratas y los stalinistas se oponían a esta postura en 1930 y siguieron oponiéndose por mucho tiempo más, argumentando que Rusia fue una excepción, que el resto del proletariado mundial “no estaba maduro”, negándose a construir partidos independientes de la clase obrera y manteniendo a los trabajadores atados en coaliciones “nacionales” con sectores burgueses y pequeñoburgueses con una retórica “antiimperialista”, creyendo que el desarrollo de las “burguesías nacionales” y de la economía capitalista nacional eran un paso hacia la emancipación de los trabajadores.

La base de la Teoría de la revolución permanente es el reconocimiento científico de que nos hemos alejado de un viejo esquema de la dinámica de clases¹⁷ (primero

¹⁷ Desde los comienzos del siglo XX, Trotsky se sentía intrigado por este cambio fundamental, el rol de las fuerzas sociales en la historia: “*para nosotros la cuestión es la dinámica de clase de la Revolución Rusa*” (*Resultados y Perspectivas*, 1907), y desarrolló su pensamiento más a fondo cuando analizó la experiencia de la Revolución Rusa: “*El proletariado tomó el poder en octubre, unido a todos los campesinos, dice Lenin. Por ello mismo, la revolución fue burguesa. ¿Es cierto esto? En un cierto sentido, sí. Pero esto significa precisamente que la verdadera dictadura democrática del proletariado y de los campesinos, esto es, la que destruyó efectivamente el régimen autocrático-servil y arrebató la tierra a los señores, tuvo lugar no antes sino después de Octubre; tuvo lugar, para emplear las palabras de Marx, en forma de dictadura del proletariado apoyada por la guerra campesina, y ya unos meses después empezó a transformarse en dictadura socialista. ¿Es posible que esto no aparezca claro? ¿Acaso se puede discutir todavía sobre este tema? Según Radek, la teoría “permanente” es culpable de confundir la etapa burguesa con la socialista. Pero en la práctica la dinámica de clase “confundió”, esto es, combinó, de un modo tan profundo estas dos etapas, que nuestro infortunado metafísico no puede, en modo alguno, atar los dos cabos.*” (Trotsky, *La revolución permanente*)

la burguesía se hará cargo de la revolución democrática, y luego, después de un tiempo de desarrollo, el proletariado se hará cargo de la revolución socialista) y nos acercamos a un esquema nuevo, en el que la revolución democrática tiene un carácter anticapitalista y, por ende, potencialmente socialista si la revolución sigue hasta el fin con el sujeto político y social adecuado (la clase trabajadora y el partido), porque para tener éxito, las fuerzas que dirigen la revolución democrática tendrán que empezar por expropiar a las fuerzas imperialistas-capitalistas y, por lo tanto, tendrán que poner la cuestión del socialismo a la orden del día.

Esta Teoría buscaba dar a los revolucionarios un entendimiento más profundo de la realidad histórica, que no se podía adquirir “espontáneamente” en la lucha, porque va contra los esquemas que llevamos en la cabeza: la revolución democrática en países coloniales puede comenzar perfectamente sin parecer contradictoria con el imperialismo, pero a medida que avanza y se desarrolla con una dirección política clara verá que las formas capitalistas de propiedad y las conexiones con el imperialismo son un evidente obstáculo para realizar algunas de las consignas democráticas básicas, a saber: independencia económica nacional y reforma agraria.

Pero la revisión de Cliff de la Teoría de la revolución permanente no comienza con la naturaleza del capitalismo en la época del imperialismo ni tampoco con el carácter desigual y combinado del capitalismo y su dinámica de clases; directamente salta a las conclusiones o tesis, que tienen siempre un carácter histórico y contingente en el marxismo. Eso lo explicó Moreno: “las *Tesis*, no la teoría, hicieron una evaluación incorrecta de la dinámica y de la transformación de la revolución democrático-burguesa en revolución socialista en los países atrasados.” (Moreno, *Actualización del Programa de Transición*)

En su expeditivo sumario de Trotsky y antes de criticar sus *Tesis*, no menciona los *porqués* detrás de las fórmulas y conclusiones. Es decir, no menciona la Teoría. Y al no explicar las dinámicas y los antagonismos de la lucha de clases en el mundo colonial, o lo que Trotsky solía llamar la “mecánica” de la revolución, omite mencionar que la combinación de las tareas democráticas y socialistas, la lucha por los derechos realmente democráticos, será, en la práctica, una lucha contra el poder de la clase burguesa. Los elementos centrales de la teoría que busca invalidar o reemplazar ni siquiera se discuten.

Este curioso método que tiene Cliff de leer la teoría marxista, negándose a separar los elementos teóricos de los de prognosis o las conclusiones históricas¹⁸,

¹⁸ Es exactamente el mismo método que usa para “interpretar”, es decir, descartar, el *Programa de Transición*.

llevó a él y a toda su corriente a abandonar progresivamente elementos teóricos del marxismo revolucionario [en la medida en que] la historia de la posguerra no fue una repetición de lo que ocurrió después de la Primera Guerra Mundial, que fue el pronóstico de Trotsky. Ese método no ayuda a los revolucionarios, ya que en lugar de actualizar la Teoría la va carcomiendo. Cliff se apoya en la historia no para corregir y enriquecer la Teoría sino para abandonarla: primero, eliminando los elementos teóricos de Trotsky en el “resumen” y, luego, como vamos a ver, llegando a conclusiones políticas opuestas a las de la Teoría de la revolución permanente.

Para nosotros, el objetivo de esta discusión no es afirmar que Trotsky tenía razón en todo sino ver cuáles son las herramientas teóricas y las ideas marxistas que hay que desarrollar para comprender la realidad y los procesos históricos completos, y cuáles fueron los pronósticos errados¹⁹. Queremos saber qué elementos pueden extraerse de experiencias históricas (como la Revolución Rusa y la Primera Revolución China) y cómo podemos hoy aplicar estos elementos teóricos para cambiar la realidad. En este sentido, este largo bosquejo del núcleo teórico de la revolución permanente que acabamos de realizar es ya, en parte, una respuesta al texto de Cliff, que tiene que ver con la reivindicación de un método distinto y de una base teórica sólida.

■■■■■
¹⁹ Desde su fundación, la LIT reconoció tanto los errores de pronóstico de Trotsky como los de la IV Internacional para la posguerra. No sólo los reconoció, sino que los explicó con la misma teoría que la IST acabó echando por la borda, ligándolos a la crisis real de dirección y a las contradicciones en la época imperialista. “Nuestro partido, incluido Trotsky, no previó que la crisis de dirección del proletariado mundial continuaría sin comienzo de solución durante más de cuatro decenios. Por consiguiente, tampoco previó el colosal desarrollo, influencia y florecimiento de los aparatos burocráticos, contrarrevolucionarios –principalmente del stalinismo–, y la extrema debilidad, el carácter propagandístico que continuaría teniendo nuestra Internacional a pesar del colosal ascenso revolucionario de estos cuatro decenios. Tampoco se previó la posibilidad de una crisis de carácter revisionista como la que se produjo a comienzos de los años ’50, que disgregó a nuestra Internacional durante casi treinta años. Creemos que esta falta de previsión se inscribe en la ley marxista de que la realidad siempre es más rica que cualquier esquema, es decir, que estos son superados por aquella. Pero también, específicamente, a que los fundadores de nuestra Internacional cometieron un error al hacer una analogía entre esta y la anterior posguerra. Creíamos que en esta inmediata posguerra se repetiría, corregido y aumentado, lo que ocurrió en la anterior, que llevó al poder a un partido marxista revolucionario –el Bolchevique– a través de la Revolución de Octubre, y a la fundación de la Tercera Internacional que comenzó a tener influencia de masas y a superar la crisis de dirección. No hay ningún motivo para poner en tela de juicio la anécdota varias veces relatada por Joe Hansen de que Trotsky estaba profundamente convencido de que, en la inmediata posguerra, nuestra Internacional sería tan multitudinaria y tendría tantos partidos revolucionarios espontáneos de masas, que los trotskistas seríamos minoría, ya que la mayoría de esos partidos revolucionarios tendrían otra ideología. Nada demuestra mejor que esta era la perspectiva que el catagórico vaticinio de Trotsky de que para el año 1948 millones seguirían a la Cuarta Internacional. Esa analogía y esos vaticinios se han mostrado equivocados y así hay que reconocerlo. Esto significa que nuestra Internacional ha acertado en forma casi milimétrica con el análisis de la época, pero no así en la coyuntura inmediata posterior a la guerra. Hicimos un análisis coyuntural exageradamente optimista y analógico que se reveló equivocado.” (Moreno, Actualización del Programa de Transición, 1980)

2. “La Revolución Permanente Desviada” de Cliff: Una Valoración Crítica Marxista

Vayamos ahora a los aportes de Cliff para entender las revoluciones de la posguerra. En su crítica de la Teoría de Trotsky, Cliff invalida algunas tesis que esbozó al principio y luego desarrolla nuevos elementos para completar o revisar la Teoría a la luz de las revoluciones china y cubana y la situación de la posguerra, formulando una nueva: la de la revolución permanente desviada. La idea central es que las revoluciones de la posguerra no llevan al socialismo sino al “capitalismo de Estado”, porque se “desvían”, casi fatalmente.

¿Por qué la clase obrera no dirigió las revoluciones de la posguerra?

La principal crítica que Cliff hace abiertamente a la Teoría de Trotsky empieza en la crítica a una tesis y acaba en un abandono más o menos completo de la Teoría original y de sus conclusiones políticas. Esto según las palabras del mismo Cliff: “Una vez que la constante naturaleza revolucionaria de la clase trabajadora, el pilar central de la Teoría de Trotski, llega a ser dudosa, la estructura total se desmorona.”

Su crítica esencial enfoca la alegación de Trotsky de que sólo la clase trabajadora puede ser una clase revolucionaria o sujeto revolucionario y realizar ambas revoluciones: la democrática y la socialista. Si Cliff admite la caracterización de Trotsky sobre el rol reaccionario de la burguesía, critica a Trotsky por ver en la clase obrera el sujeto revolucionario “permanente” del mundo colonial y semi-colonial:

“Mientras que la naturaleza conservadora y cobarde de una burguesía que se desarrolla tarde (el primer punto de Trotski) es una ley absoluta, el carácter revolucionario de la clase trabajadora joven (punto 2) ni es absoluto ni inevitable. Las razones no son difíciles de comprender. La ideología prevalente en la sociedad de la cual la clase trabajadora forma parte es la de la clase dirigente; en muchos casos la existencia de una flotante y amorfa mayoría de nuevos trabajadores todavía con vínculos fuertes al campo crea dificultades para las organizaciones independientes proletarias; la falta de experiencia y el analfabetismo aumentan su debilidad. Esto lleva a una debilidad más: la dependencia de los no trabajadores para el liderazgo.”
(Cliff, *La Revolución Permanente Desviada*)

Contrariamente a la mala lectura por parte de Cliff, Trotsky nunca dijo que la clase obrera fuese un sujeto permanentemente revolucionario. Pero, vayamos sin miedo al error de Trotsky, porque en esa tesis se equivocó. Lo que Trotsky dijo es que, en el mundo colonial, la clase obrera es la única clase que puede realizar las

revoluciones democráticas, debido, por un lado, a su composición social, y también debido a las dificultades históricas de organización del campesinado y de la pequeña burguesía, dada la condición social muy heterogénea que estos dos sectores abarcan y sus posturas políticas divergentes²⁰:

“Como lo atestigua la experiencia de toda la historia contemporánea, y sobre todo, la de Rusia durante el último cuarto de siglo, constituye un obstáculo invencible en el camino de la creación de un partido campesino la ausencia de independencia económica y política de la pequeña burguesía y su profunda diferenciación interna, como consecuencia de la cual las capas superiores de la pequeña burguesía (de los campesinos) en todos los casos decisivos, sobre todo en la guerra y la revolución, van con la gran burguesía, y los inferiores con el proletariado, obligando con ello al sector intermedio a elegir entre los polos extremos.” (Trotsky, *La revolución permanente*).

Trotsky está diciendo que será el proletariado quien realizará la revolución democrática desde un punto de vista histórico, pero en gran parte por razones negativas o por eliminación: porque es la única clase organizada para hacerlo, y porque vio las dificultades para organizar al campesinado como sujeto político unificado.

No se trata aquí de justificar todo lo dijo Trotsky, ya que en esto se equivocó: fueron otras clases o sectores los que dirigieron la revolución china y cubana. El error teórico de Trotsky fue de perspectivas históricas y evaluación, y se equivocó en elevar a nivel de teoría la cuestión del sujeto de la revolución democrática: asumía que la clase obrera en otros países coloniales sería siempre capaz de formar un partido como el ruso y disputar la dirección de la revolución democrática. Como dijo Moreno: *“los dos sujetos de Trotsky, el social y el político, fallaron a la cita histórica, no llegaron en hora.”* (Moreno, *Escuela de cuadros en Argentina*, 1984). Bueno, eso no es del todo cierto. En una revolución, el sujeto social, la clase obrera, sí llegó. Fue en Bolivia en 1952. Pero Cliff ni menciona la revolución [boliviana de] 1952, que sí fue protagonizada por la clase obrera, es decir, evita tomar en cuenta las revoluciones que no le sirven para criticar a Trotsky.

■■■■
²⁰ Además, Trotsky no rechaza totalmente la postura de Lenin de que la revolución democrática será llevada por una dirección compartida del campesinado y del proletariado. Lo que Trotsky claramente sostiene es que si bien *teóricamente* eso no es imposible; *concretamente* es improbable que el campesinado –dada su heterogeneidad social– y la clase trabajadora logren construir juntos el partido necesario para tomar el poder: *“La dictadura democrática del proletariado y de los campesinos, en calidad de régimen distinto por su contenido de clase a la dictadura del proletariado, sólo sería realizable en el caso de que fuera posible un partido revolucionario independiente que encarnara los intereses de la democracia campesina y pequeño-burguesa en general, un partido capaz, con el apoyo del proletariado, de adueñarse del poder y de implantar desde él su programa revolucionario.”* (Trotsky, *La revolución permanente*)

Importa entender por qué ocurrió eso en la realidad. Y ahí viene nuestra gran diferencia con Cliff y la IST. ¿Porqué la clase obrera no dirigió esas revoluciones? ¿Qué conclusiones hay que sacar de ese cambio y de esas revoluciones? Desde nuestro punto de vista, Trotsky se equivocó no porque su Teoría fuese globalmente equivocada sino porque no previó que durante todo el siglo xx la Revolución Rusa sería una excepción y no una regla de la historia, y no previó la profundidad de [la] crisis de dirección, que solo iba a agravarse. Pero que la clase obrera pasara a segundo plano en la posguerra no era un hecho de la fatalidad sino producto de la contrarrevolución después de la Segunda Guerra Mundial y de la mala dirección de la Komintern (y su política de alianza de clases), y no debido a una imposibilidad de la clase obrera para organizarse.

Pero Cliff tiene otra interpretación. Dice que hay varios factores que explican ese carácter no-revolucionario de la clase obrera: los objetivos y los subjetivos. Por un lado, existen según Cliff diferentes circunstancias *objetivas* en el “tercer mundo”, que limitan poderosamente la capacidad de la clase obrera para dirigir: presiones ideológicas más fuertes, un proceso distinto de formación de la clase y, por lo tanto, “una dependencia de los no-obreros para formar dirección”, es decir, dependencia de los intelectuales. Cliff incluso llegó a desarrollar esta dependencia de la clase obrera de los intelectuales en los países no desarrollados, en una “ley histórica”:

“La importancia de la intelectualidad en un movimiento revolucionario está en proporción directa al atraso económico, sociocultural general, de las masas de entre las cuales emerge.” (Cliff, *La Revolución Permanente Desviada*)

Esta situación objetiva diferente hace que sea casi imposible para la clase obrera organizarse. Y a este marco pesimista, Cliff termina agregando algo subjetivo:

“El último –pero no por ello el factor menos importante que determina si la clase trabajadora en países atrasados es en realidad revolucionaria o no– es un factor subjetivo; a saber, las actividades de los partidos, particularmente los partidos comunistas, que la influyen. El papel contrarrevolucionario del stalinismo en países atrasados se ha tratado con tanta frecuencia que no hace falta explicarlo aquí.” (Cliff, *La Revolución Permanente Desviada*)

Estamos de acuerdo con Trotsky en que el factor determinante de la clase trabajadora es el subjetivo (su capacidad de organizarse en un partido revolucionario), lo cual significa que sería posible para la clase obrera dirigir estas revoluciones si rompe con el Partido Comunista stalinista y conservador y crea nuevos partidos bolcheviques para luchar por un gobierno obrero en acuerdo con el campesinado. Pero eso no es lo que dice la teoría de la revolución desviada,

que ubica la explicación mayoritariamente en factores objetivos. Para Cliff, el factor subjetivo es un factor entre otros tantos; para Trotsky era la médula del problema: la organización y el partido.

En el análisis de Cliff el factor determinante no es la organización de la clase, a pesar de lo que diga, sino las distintas circunstancias objetivas antes mencionadas, especialmente el proceso de formación de la clase en el mundo colonial y su medio ambiente, lo que desactiva el carácter revolucionario del proletariado.

El mecanicismo de Cliff

Pero el análisis de Cliff tiene un pequeño problema. Con ese mismo análisis no se puede explicar la Revolución Rusa, ya que en la Rusia pre-revolucionaria el proletariado era una minoría y era muy importante el papel de la intelectualidad. Muchas de esas condiciones objetivas se aplican. ¿Cuál es entonces la diferencia real entre la Rusia [de] 1917 y el mundo colonial en la posguerra? Para nosotros es sólo el papel del stalinismo y la crisis de dirección, es decir, un problema subjetivo. Para Cliff, la diferencia está en la naturaleza del capitalismo en la posguerra: hay un nuevo desarrollo económico que cambia los factores objetivos y la dinámica de clase. Pero eso no lo dice directamente en su teoría, porque entonces lo tendría que justificar.

Eso queda muy claro en la orientación política de la IST en la posguerra. Si Cliff creyese que el factor subjetivo es el determinante, llamaría a la clase a organizarse en forma independiente del Partido Comunista, con un programa verdaderamente revolucionario. Esto fue lo que Trotsky trató de hacer al fundar la IV Internacional: insistir en que el problema de la revolución mundial no era un problema de teoría o de distintas formaciones de clase o de nueva dinámica de clase, sino un problema de organizar al proletariado de manera independiente de las burguesías nacionales y con un programa correcto. Esto es: pelear por la conciencia de la clase trabajadora construyendo una alternativa política al stalinismo, que todavía mantiene la revolución en el orden del día. Esa fue la razón del fracaso de la revolución obrera en Bolivia, que la IST ignoró²¹.

■■■■■
²¹ “La clase obrera, con su sector de vanguardia, los trabajadores mineros, hizo todo lo que podía hacer, pero una y otra vez, lo que falló fue la dirección. El primero y más glorioso de estos capítulos revolucionarios fue el de 1952. Los obreros derrotaron al ejército, formaron su propia milicia y crearon su propio organismo de poder: la Central Obrera Boliviana. Si hubiera triunfado esta gran revolución obrera, habría cambiado la historia de Latinoamérica y también del trotskismo y de la IV Internacional, porque el POR boliviano fue codirección (aunque en minoría) de ese proceso.” (Alicia Sagra, *Un largo combate por una salida obrera a la revolución*)

En lugar de hacer eso, Cliff teoriza sobre por qué la clase obrera ya no puede dirigir la revolución y depende de nuevas fuerzas sociales. La pregunta que le vemos a hacer hoy a los compañeros de la IST es: ¿puede la clase obrera dirigir en los países no avanzados y la cuestión de la organización es el gran problema (subjetivo), o es la clase obrera incapaz de dirigir debido a procesos históricos de formación de clase diferentes, presión ideológica y dependencia de otras clases (objetivo)? Si uno piensa que el factor subjetivo es el principal, uno llama a la clase trabajadora a organizarse para disputar la dirección de esos procesos, manteniendo la movilización de las masas y planteando –cuanto y como sea posible– la cuestión del poder obrero. Eso es lo que hizo nuestra corriente en la posguerra, [aunque] seguro, con errores.

Pero si uno cree que la clase ha perdido su potencia revolucionaria, la que lucía en la Revolución Rusa, entonces uno hace una teoría para explicar esa impotencia. Uno no disputa y se dedica a hacer propaganda y elaborar. Es claro que Cliff hizo lo segundo y no intenta ser honesto y reconocer todas las implicancias de su lectura de las dinámicas políticas de la posguerra.

¿Cuáles son las implicancias de la nueva tesis del mundo semicolonial y colonial para los revolucionarios de ese tiempo?

La primera conclusión a la que llega Cliff es que, debido a que la clase obrera ha perdido su potencial revolucionario, la tarea de la revolución socialista no está planteada como una tarea inmediata en los dos tercios del planeta, ya que hay tantos factores objetivos obstruyendo el paso hacia el socialismo. La nueva dinámica de clases llevará a diferentes clases a hacer revoluciones que se “desviarán” hacia regímenes del capitalismo de estado, ya que, según él: “*el capitalismo de estado totalitario resulta un objetivo atractivo para los intelectuales*”. ¿Qué hacer, entonces? ¿Qué deben hacer los revolucionarios en los países “atrasados” cuando surgen estas revoluciones? ¿Y en los países imperialistas? ¿Deben apoyarlas? Veamos que guía para la acción política propone Cliff:

“Primero, para los trabajadores en las naciones emergentes: Como no han llevado a cabo la revolución permanente –el dirigir la revolución democrática hacia el camino socialista, el combinar las luchas sociales y nacionales–, tendrán que luchar contra su propia clase gobernante (y Nehru se mostró no menos brutal, cuando encarceló a trabajadores en huelga, que el imperio inglés). Los trabajadores industriales, sin embargo, estarán cada vez más preparados para la revolución socialista. Bajo los nuevos regímenes nacionales experimentarán un aumento en número y por lo tanto, a lo largo un aumento en cohesión y peso específico social.

Para los socialistas revolucionarios en los países avanzados, el cambio de estrategia implica que mientras tendrán que seguir oponiéndose incondicionalmente a cualquier opresión nacional de los pueblos colonizados, deben dejar de discutir la identidad nacional de las futuras clases dirigentes de Asia, África y América Latina, y en su lugar investigar las futuras estructuras sociales de estos continentes. El slogan de "clase contra clase" se volverá cada vez más una realidad. El tema central de la teoría de Trotski permanece tan válido como siempre; el proletariado debe seguir su lucha revolucionaria hasta su triunfo en todo el mundo. Sin alcanzar esta meta no puede lograr su libertad." (Cliff, La revolución permanente desviada)

En esa gran porción del mundo, el "tercer mundo", Cliff da por sentado que la clase obrera no tiene condiciones de dirigir ninguna revolución democrática. ¿Qué hay que hacer si comienza una revolución antiimperialista? La IV Internacional le proponía a la clase trabajadora del mundo colonial y neocolonial que se organice lo más pronto posible en partidos revolucionarios para intervenir en la revolución democrática con un sistema de consignas combinadas, intentando unir las otras clases (como lo hizo el Partido Bolchevique Ruso). Pero, ¿qué es lo que deben hacer los revolucionarios según Cliff? Lo opuesto a lo que decía la IV Internacional: Que ni se molesten en luchar por la dirección de las revoluciones democráticas y el poder obrero. Que esperen y se concentren sólo en la lucha económica.

Lo que sí, tienen que estar atentos al desarrollo del capitalismo, enfocarse en los sectores industriales a la espera de que un cambio en la situación objetiva vuelva a poner a la clase obrera en el centro y la reactive como sujeto revolucionario. Durante todo el período de posguerra, la lucha por reformas democráticas y contra la dominación imperialista otra vez queda desconectada de la lucha por el socialismo. La articulación entre Febrero y Octubre no puede suceder de nuevo. Es decir, que volvemos al esquema reformista del etapismo. Y eso es porque Cliff tiene esperanzas [de] que el desarrollo del capitalismo va a desarrollar el número de obreros industriales, es decir que bajo el imperialismo, contrariamente a la definición de Lenin, los países atrasados van a lograr desarrollar sus fuerzas productivas y asentar las bases de una economía nacional. Entonces, cuando haya más trabajadores industriales, más fácil será para los socialistas luchar por el socialismo.

¿Y en los países imperialistas? Hay que oponerse "por principio" o formalmente a la dominación imperialista, pero tampoco vale mucho la pena participar, ya que la revolución "se va a desviar". Cliff dice que los revolucionarios "deben dejar de discutir la identidad nacional de las futuras clases dirigentes de Asia, África y Amé-

rica Latina”. Para la IST, a un cubano le tiene que dar exactamente igual si lo explota un cubano o un norteamericano, lo mismo a un egipcio si lo domina una burguesía inglesa o una de su propio país. ¿Qué quiere decir eso? Que [a] las luchas por la liberación nacional, al menos [las] que no sean dirigidas por la clase obrera con un programa socialista, no sólo no hay que apoyarlas sino que no vale la pena [siquiera] intervenir, ya que van a conservar el marco capitalista. En lugar de perder el tiempo en luchar por dirigir revoluciones democráticas/anticoloniales para tomar el poder, formar un gobierno obrero y plantear la necesidad del socialismo, los socialistas revolucionarios deben concentrarse en la lucha económica de “clase contra clase” y abandonar por un rato la lucha por el poder político.

Y así, no sólo llegamos de vuelta a la manera de razonar de los mencheviques antes de 1917, [lo] que los alejó de la posibilidad de dirigir: la concepción etapista de la historia y la espera a que el capitalismo madure, sino que la IST, en la práctica y sin decirlo abiertamente, elimina del programa revolucionario la lucha por principio por la autodeterminación de los pueblos. Porque para los socialistas revolucionarios *sí es importante* si un país vive bajo dominación colonial o no, esta lucha nunca pasa a un plano secundario. Ese error, no pudo cometerlo nunca nuestra corriente; al venir de países que han sido colonizados no se le habría ocurrido ser indiferente a esas luchas. Y si lo hubiese sido habría dejado de existir. Recordemos brevemente lo que dijo Lenin respecto de este tipo de posiciones:

“El reconocimiento verbal del internacionalismo y su sustitución efectiva, en toda la propaganda y agitación, y en la labor práctica, por el nacionalismo pequeñoburgués y el pacifismo, constituye el fenómeno más común, no sólo entre los partidos de la II Internacional, sino también entre los que se retiraron de ella y a menudo incluso entre los que ahora se denominan a sí mismos partidos comunistas. (...) El nacionalismo pequeñoburgués proclama como internacionalismo el mero reconocimiento de la igualdad de derechos de las naciones, y nada más (dejo a un lado el carácter puramente verbal de semejante reconocimiento), manteniendo intacto el egoísmo nacional; en tanto que el internacionalismo proletario exige: 1) la subordinación de los intereses de la lucha proletaria en un país a los intereses de esta lucha en escala mundial; 2) que la nación que triunfa sobre la burguesía sea capaz y esté dispuesta a hacer los mayores sacrificios nacionales en aras del derrocamiento del capital internacional.” (Lenin, *Tesis y adiciones sobre los problemas nacional y colonial*, 1920)

Lenin, Trotsky y, en sus primeros años, la Internacional Comunista plantearon a los revolucionarios tareas opuestas a las que plantea la IST.

“En los Estados ya completamente capitalistas en los que actúan partidos obreros que son la verdadera vanguardia del proletariado, la tarea esencial y primordial consiste en luchar contra las desviaciones oportunistas, pequeñoburguesas y pacifistas de la concepción y de la política del internacionalismo. En lo referente a los Estados y a las naciones más atrasados, donde predominan las relaciones feudales, patriarcales o patriarcal-campesinas, es preciso tener sobre todo presente: La obligación de todos los partidos comunistas de ayudar al movimiento democrático-burgués de liberación en esos países: el deber de prestar la ayuda más activa incumbe, en primer término, a los obreros del país del cual, en el sentido colonial o financiero, depende la nación atrasada.”

El marco real de la explicación de Cliff: un cambio en la situación objetiva (nuevo desarrollo económico y nuevas fuerzas sociales)

No sería correcto acabar ahí nuestra crítica a Cliff. Más bien hay que sacar a la luz los elementos teóricos escondidos que justifican una tal capitulación. Además de abandonar la Teoría de la revolución permanente y minimizar la bandera de la lucha por la auto-determinación, Cliff va a plantear un marco teórico diferente para entender la revolución china y la cubana, que no se desarrollaron igual que la rusa. ¿De qué se trata esta nueva teoría? El primer elemento de *La Revolución Permanente Desviada* es que, como ya hemos dicho, según [Cliff] ha habido un cambio en la estructura económica del capitalismo. Un cambio que menciona muy brevemente:

“Una combinación de circunstancias nacionales e internacionales hace imperativo para las fuerzas productivas romper las restricciones del feudalismo y del imperialismo. Rebeliones campesinas se expanden más intensamente que con anterioridad.”
(Cliff, *La Revolución Permanente Desviada*).

No vamos a desarrollar plenamente este nuevo elemento acá, porque tampoco desarrolla Cliff qué quería decir con la misteriosa “concatenación de elementos nacionales e internacionales” que apuntan a un nuevo curso económico, diferente, de las guerras y revoluciones. Cliff y Kidron desarrollarán esta idea más profundamente a través de la tesis de la *Permanent Arms Economy* (economía armamentística permanente), para corregir o reemplazar las principales características del imperialismo tal como esbozadas por Lenin. Solamente señalaremos dos cosas. La primera, que Cliff asevera erróneamente que las “fuerzas productivas” vuelven a crecer, lo que va en contra de la teoría de la decadencia del capitalismo, en *El imperialismo...* de Lenin. La segunda, que si crecieron parcialmente las fuerzas

productivas en China y Cuba fue precisamente porque expropiaron al imperialismo, porque se salieron del marco capitalista, y no, como propone Cliff, porque lo potenciaron.

Cliff plantea que puede haber desarrollo de fuerzas productivas dentro del imperialismo, y que, por ende, el capitalismo puede retroceder al movimiento “reformista”, en el que puede aún, con una nueva dirección (acá, “capitalismo de estado”), desarrollar a la humanidad, aun con todas sus contradicciones.

Esta es una nueva propuesta, en el fondo no tan nueva. Que el capitalismo en su era imperialista sigue desarrollando las fuerzas productivas de la humanidad, es por desgracia una tesis que también aceptó Mandel al inicio de la posguerra y que nuestra corriente rebatió.²² Y es lo que no se cansa de repetir el discurso triunfalista del “progreso” y “desarrollo” burgués.

El segundo elemento de esta nueva teoría, elaborada a la luz de las dos mayores revoluciones de la posguerra, es la introducción de una nueva clase o fuerza social (con un potencial revolucionario especial sólo en el “Tercer Mundo”) para explicar estas revoluciones.

Aquello que *La Revolución Permanente Desviada* termina por defender no es tanto una explicación alternativa para el proceso histórico de las revoluciones que tuvieron lugar en China y en Cuba sino que declara el fin de la época y una dinámica de clases imperialista, analizada por Trotsky. Cliff y la IST plantean que hemos entrado en un nuevo período después de la II Guerra Mundial, donde tenemos un “nuevo tipo” de revoluciones y relaciones de clase cualitativamente diferentes [que] las que se dieron a principios del siglo XX, revoluciones con un nuevo curso de lucha de clases en el mundo colonial, porque tenemos nuevas clases o fuerzas sociales, que no son ni la burguesía ni el campesinado ni la clase obrera, y que llevan o “desvían” estas revoluciones hacia el “capitalismo de Estado”: el “Estado” y la “Intelectualidad”.

“La importancia de los intelectuales en un movimiento revolucionario está en proporción directa al atraso general económico, social y cultural de las masas de las cuales emerge.” (Tony Cliff, *La Revolución Permanente Desviada*).

²² Nuestra corriente ya criticó esa adaptación de la economía política marxista a la burguesa, que consiste en identificar el concepto de fuerzas productivas con el burgués de “crecimiento económico”, ignorando que el concepto marxista de fuerzas productivas incluye también el trabajo (la actividad humana) y la naturaleza, que se mide a nivel internacional, y que el imperialismo destruye más que produce. Uno sólo puede considerar que se desarrollaron las fuerzas productivas en la posguerra si elige centrarse únicamente en la producción cuantitativa y su consumo en los países avanzados, obviando las fuerzas desperdiciadas, frenadas y destruidas. Para eso ya tenemos la ciencia económica burguesa, que mide lo que le interesa al capital. Ver el capítulo séptimo de *Un documento escandaloso...*, de Moreno.

Parece que Cliff quisiera insinuar que, debido a los diferentes procesos históricos de la formación de clases en el mundo colonial y neocolonial, la clase obrera en esos países es menos capaz y menos predispuesta a dirigir –implícitamente porque es menos educada que el proletariado europeo y, por ende, más dependiente del sector intelectual de la clase media–. Es difícil tomar en serio este argumento y separar lo que en él procede de la evidencia y el análisis científicos de lo que resulta de los prejuicios eurocéntricos y de la ignorancia. Que la clase obrera no vaya a las escuelas burguesas no significa que sea incapaz de desarrollarse políticamente, ya que son la lucha y la organización las que desarrollan a la clase trabajadora en esa dirección. Y si Cliff no aporta pruebas para apoyar esta generalización (aparte de su lectura de las revoluciones china y cubana), podríamos agregar que en Bolivia, uno de los países más “atrasados” del mundo, la clase obrera estaba, de hecho, dirigiendo la revolución. Y Cliff procede a explicar que el carácter “totalitario” de estas revoluciones no era el resultado de las dinámicas de clase, es decir, de una contrarrevolución, del rol del imperialismo, sino una tendencia casi natural de la intelectualidad al totalitarismo.

No resulta difícil percibir que la nueva teoría que Cliff propone para reemplazar a la de *La revolución permanente* está comenzando a plantear más preguntas que las que puede responder. Esta explicación tiene un doble problema: en primer lugar, no es históricamente preciso, en particular para el caso de China; en segundo lugar, no es un método científico de razonar, no es el que los marxistas usamos.

Pero más preocupante aún para un marxista es ver que el “Estado” se entiende como una fuerza social *de por sí*, sin hablar del carácter de clase del Estado. Entonces, ¿qué quiere decir Cliff cuando dice que en el mundo colonial el Estado es una nueva fuerza social? ¿Está hablando del bonapartismo, ese momento en el que dice Marx que “parece” que el Estado adquiere un rol independiente para hacer frente al ascenso de las luchas? No. Cliff propone la idea [de] que el Estado sea una fuerza social *revolucionaria*. Esto debe significar que Cliff está amalgamando el Estado con un grupo específico de empleados que hacen que el Estado funcione. Pero nosotros sabemos que el Estado es un instrumento de la opresión de clase. Un aparato que según el contexto y el tipo de régimen puede adquirir una independencia *relativa*; que no siempre está directamente controlado por una clase, pero que estructuralmente tiene un carácter de clase. Ahora bien, la burocracia estatal no tiene intereses de clase propios, sino que siempre sirve, en última instancia, a los intereses de una clase con base económica propia. Esta

es la tesis central que Lenin defiende en *Estado y Revolución*, basada en el trabajo de Marx y Engels que no repetiremos acá. ¿Cómo pretende Cliff que los empleados o sirvientes de la burocracia estatal, como él dice que ocurrió en China, puedan desarrollar la conciencia y un proyecto revolucionario separado de la dinámica de clases en el país?

Sin embargo, no es ya tan desconcertante si uno junta la teoría de *La Revolución Permanente Desviada* con la que habla de “Capitalismo de Estado”, que aduce que la burocracia estatal tienen un interés propio diferente del interés de las clases sociales que luchan las unas contra las otras (sea la clase obrera, el campesinado, la pequeña burguesía o la burguesía).

Irónicamente, no tenemos aquí que especular mucho [sobre] cuál es el destino de esta nueva teoría de “nuevas clases revolucionarias” (que en el fondo, parece, no lo son, ya que llevan a un capitalismo totalitario). Los propios teóricos de la IST lo mostraron. En 1978, Nigel Harris, uno de los intelectuales más prominentes de esa tradición, publicó un libro titulado *Un Mandato del Cielo, Marx y Mao en la China Moderna*, donde llegó a la conclusión de la necesidad de abandonar el método del marxismo para poder comprender la Revolución China. Harris no fue uno cualquiera en la IST. Fue integrante de la editorial de *International Socialism* entre los años 1959 a 1971, y varios de sus artículos fueron publicados también en los años que siguieron a la salida de su libro. La conclusión de [dicho] libro habla por sí sola:

*“El Estado no fue una camarilla bonapartista que oscilaba entre clases. Tenía su propio poder independiente, mucho más grande que el del terrateniente y el capitalista. Los eliminó a ambos en parte para reforzar su control sobre las otras dos clases para su propio propósito independiente – la acumulación nacional. En resumidas cuentas pues, parece que el marxismo se equivocó, invalidado a la luz de la experiencia china. Los partidos no encarnan los intereses de particulares clases sociales, sino que son ellos mismos el producto de la división social del trabajo, arraigada en los cimientos fundacionales de la sociedad. El Estado no necesariamente encarna los intereses de una clase particular (o sobrevive sólo temporalmente jugando a una clase contra la otra) (...) Queda claro que el marxismo es incapaz de dar una explicación coherente de la revolución china y de la República Popular. Los presupuestos teóricos entran en contradicción con la realidad conocida. Una fuerza “sin-clase”, representando el interés nacional, llegó al poder en un país aislado y atrasado (es decir, antes de que el capitalismo haya creado los pre-requisitos para el socialismo)” (Harris, *The Mandate of Heaven...*, p. 261-262).*

¿El “capitalismo de estado” como resultado de la revolución permanente?

Llegamos finalmente a la tercera inconsistencia teórica de la “teoría de la revolución permanente desviada” de Cliff. Después de la afirmación errónea [de] que bajo el imperialismo se pueden desarrollar las fuerzas productivas de los países en el “Tercer Mundo”, y de la teoría de las nuevas clases revolucionarias, llega la del “capitalismo de estado”. Esta fue, cronológicamente, una de las primeras que Cliff elaboró para entender el stalinismo, alejándose de la formulación trotskista del “estado obrero deformado”. Para Cliff, el capitalismo de estado el resultado de todos los procesos de revolución permanente en la posguerra:

“Esas fuerzas que, según Trotski, deberían llevar a una revolución socialista de los trabajadores, pueden llevar, en ausencia del sujeto revolucionario, el proletariado, hacia lo opuesto; el capitalismo de estado. Teniendo en cuenta lo que es de validez universal en la teoría de Trotski y lo que depende de la actividad subjetiva del proletariado, se puede llegar a una versión de la teoría que, por falta de un nombre mejor, podría llamarse la “revolución permanente, desviada, de capitalismo de estado”” (Cliff, *La Revolución Permanente Desviada*).

Son muchos los problemas que surgen con la idea del “capitalismo de estado”. Más preguntas que respuestas. Y no los podemos tratar todos aquí. Lo que sí queremos subrayar es que con esa caracterización la IST no aclara, entonces, qué fueron esas revoluciones. Según Cliff, no fueron democráticas porque llevaron al totalitarismo. Con la caracterización del “capitalismo de estado” parece [implicar] que fueron revoluciones pro-burguesas. ¿Pero de qué tipo? ¿No existía ya el capitalismo en China y Cuba antes de esas revoluciones? ¿Qué cosa ha cambiado con la revolución? ¿Cambió el gobierno, el régimen o el estado? Según Cliff, parecería que estas revoluciones no cambiaron cualitativamente ni el régimen político ni en la estructura económica, ya que tenemos capitalismo y opresión en ambos polos de la ecuación, [siempre] según él. ¿Quiere decir Cliff que las revoluciones china y cubana no cambiaron nada? ¿O que fueron para peor?

Cliff presenta el “capitalismo de estado”, resultado de una revolución, como “lo opuesto” del socialismo. Pero, ¿no es nuestro actual sistema capitalista lo opuesto del socialismo? ¿No es el socialismo la negación del capitalismo? ¿Cómo podemos tener una revolución que sea la negación de la negación? La nueva teoría, lejos de explicar la conexión entre el supuesto “capitalismo de Estado” y el proceso de la revolución, basándose en las dinámicas de clase de la revolución, procede más bien a usar fórmulas abstractas e inventivas para describir complicados procesos sociales.

Conclusión

La conclusión a la que llega Cliff, a partir de su análisis de las revoluciones china y cubana, se puede resumir como sigue:

I) es el *desarrollo de las fuerzas productivas* en los países coloniales y semicoloniales el que debilita al imperialismo y su dominación [sobre] ellos, y crea las condiciones objetivas para el cambio revolucionario (presupuesto de la IST nunca desarrollado con pruebas ni argumentos); II) mientras Trotsky creía que la clase obrera era la única fuerza social capaz de actuar en estas condiciones y causar revoluciones, se equivocaba al pensar así porque el proletariado en los países atrasados estaba demasiado atrasado y con poco desarrollo; III) por ende, una nueva fuerza social debe emerger para llevar a cabo estas revoluciones y –según Cliff– los casos de Cuba y China muestran que “la intelectualidad revolucionaria” así como “el Estado” serán esas fuerzas; IV) pero como sólo el proletariado puede construir el socialismo y este ya no puede desempeñar ese rol en los países coloniales y semicoloniales, estas revoluciones no pueden sino devenir en una nueva forma distorsionada de capitalismo en el mundo colonial y semicolonial, o sea, el “capitalismo de estado”.

Cliff tiene razón cuando señala el error de Trotsky al asumir que sólo la clase obrera podía lograr la revolución democrática, ya que quedó demostrado que otras fuerzas podían derrotar al imperialismo. Este es un error que hay que corregir en la Teoría. Pero [Cliff] se equivoca totalmente al proclamar que este es el quid de la Teoría sobre la cual se apoya toda su validez y consistencia, y al substituir la Teoría de la revolución permanente por otra teoría, la de la “revolución permanente desviada al capitalismo de estado” [se aleja] del marxismo, como el mismo Harris reconoce.

Por lo tanto, hubiera sido más honesto por parte de Cliff proponer abiertamente abandonar la Teoría de la revolución permanente en lugar de pretender que en su opinión hubo simplemente un “desvío”. El análisis de la IST, más que actualizar la teoría, es una nueva teoría con bases históricas y económicas que son erróneas en nuestra opinión. ¿Cómo revisamos nosotros la Teoría de la revolución permanente? Moreno sintetizó y explicó ese cambio en *Actualización del Programa de Transición*:

“La Teoría de la revolución permanente es mucho más amplia que las Tesis escritas por Trotsky a fines de la década del veinte; es la teoría de la revolución socialista internacional que combine distintas tareas, etapas y tipos de revoluciones en la mar-

cha hacia la revolución mundial. La realidad ha sido más trotskista y permanente que lo que el propio Trotsky y los trotskistas previeron. Produjo combinaciones inesperadas: a pesar de las fallas del sujeto (es decir de que el proletariado en algunas revoluciones no haya sido el protagonista principal) y del factor subjetivo (la crisis de dirección revolucionaria, la debilidad del trotskismo), la revolución socialista mundial obtuvo triunfos importantes, llegó a la expropiación en muchos países de los explotadores nacionales y extranjeros, pese a que la dirección del movimiento de masas continuó en manos de los aparatos y direcciones oportunistas y contrarrevolucionarios. (...)

Lo único que agregamos es que la fuerza objetiva de la revolución mundial, combinada con la crisis de dirección del proletariado mundial y la crisis sin salida del imperialismo, ha permitido que se fuera bastante más allá en las revoluciones de febrero nacionales de lo que preveían las Tesis: que partidos pequeñoburgueses tomen el poder e inicien la revolución socialista. Pero esos partidos, al construir estados obreros burocratizados de tipo nacional, al imponer su programa de coexistencia pacífica y de construcción del socialismo en un solo país, paralizan la revolución permanente.” (Moreno, Actualización del Programa de Transición, 1980)

La revolución permanente desviada no sólo representa la distorsión de la teoría original formulada primero por Trotsky, entre 1905 y 1930, y desarrollada por los marxistas revolucionarios en las década siguientes para comprender la dinámica de clase de la revolución bajo el imperialismo. No sólo es inexacta sino que tampoco es una guía clara para la acción política. Las conclusiones de *La Revolución Permanente Desviada* tuvieron efectos desastrosos para todos los seguidores del SWP británico: su cosmovisión defetista del estado de posguerra los aisló de las luchas más importantes, declaró que la combinación de la revolución democrática con la socialista y la necesidad de que sea el proletariado el que luche por el poder del estado estaban fuera del orden del día para las dos terceras partes del mundo, y se recomendaba a los socialistas revolucionarios que se abstuvieran de luchar por la dirección de estas revoluciones anticoloniales democráticas, con la esperanza de organizar, [en] el futuro, al proletariado. No tuvieron realmente una política para intervenir en los más grandes acontecimientos de la lucha de clases de la segunda mitad del siglo XX.

Arte y lucha revolucionaria

La defensa de la libertad artística siempre fue cara al marxismo. Sin embargo, es una cuestión controversial, que acostumbra generar interesantes polémicas. En este dossier reproducimos una de ellas, que tiene lugar entre dos profesoras de arte y militantes socialistas -Iná Camargo Costa y Cecilia Toledo-, en torno a la posibilidad o no de que surja un genuino arte proletario en los marcos del capitalismo.

CONTENIDOS

Polémica sobre arte proletario (Iná Camargo Costa - Cecilia Toledo)131

Parte I - Observaciones sobre el libro de Iná “Nem uma lágrima.

Teatro Épico em perspectiva dialéctica” (Cecilia Toledo)131

¿Búsqueda por un teatro proletario o un teatro de denuncia del capitalismo?132

El drama burgués contra el propio drama burgués136

¿El teatro podrá escapar de la estructura de clases de la sociedad burguesa?.....138

Parte II - Arte y lucha revolucionaria (Iná Camargo Costa).....143

Pasemos a las otras cuestiones relativas a las contradicciones,
aún hoy vivas, entre drama y teatro épico.....144

El terreno donde germinaron las formas teatrales interesadas
en las luchas de los trabajadores149

Sobre forma absoluta, identificación, ilusionismo
y otras características del drama.....153

Parte III - Ilusiones perdidas (Cecilia Toledo)157

Sobre el futuro del arte163

Parte IV - Acerca de las posiciones de Trotsky (Cecilia Toledo).....167

El realismo socialista.....169

Sobre las exigencias políticas al arte170

Trotsky y Lenin contra el Proletkult.....172

La estética y los temas de un pseudo arte proletario173

Libertad artística: nuestra máxima bandera177

Luchar, sobre todo, contra el idealismo180

Sobre utilizar los criterios políticos en el arte181

Parte V - Contrarréplica: Marxismo y esferas (Iná Camargo Costa)183

Arte general y arte militante185

Alcance del teatro épico186

“Estas son las reglas del arte”.....194

Parte VI - “No sólo de política...” (Isaac Deutscher)199

Parte VII - Notas sobre el Proletkult

según Deutscher (Iná Camargo Costa)213

POLÉMICA SOBRE ARTE PROLETARIO

Iná Camargo Costa - Cecília Toledo (Brasil)

Parte I

Observaciones sobre el libro de Iná “Nem uma lágrima. Teatro Épico em perspectiva dialética”*

Cecília Toledo

¿Teatro en la lucha de clases o lucha de clases en el teatro? El teatro participa de la lucha de clases tomando partido por esta o aquella clase, con sus piezas, sus contenidos, sus formas, su manera de escenificar o de interactuar con el público. Otra cosa es afirmar que existe dentro del lenguaje del teatro una lucha entre una forma artística burguesa y otra forma artística proletaria.

Lo que se siente en el libro de Iná es que estamos viviendo esta última opción, o sea, estaría gestándose en el ámbito propio del teatro un lenguaje artístico de los trabajadores, opuesto al de la burguesía.

No se trata de estar en contra “a priori” de esa idea sino, antes, de entender. Precisamos saber qué sería una forma artística proletaria y, sobre todo, saber si eso es posible en la sociedad burguesa en la cual vivimos.

Si concordamos con el viejo Trotsky:

“Cada clase dominante crea su cultura y, en consecuencia, su arte. La historia conoció las culturas esclavistas de la Antigüedad clásica y del Oriente, la cultura feudal de la Europa medieval y la cultura burguesa que hoy domina el mundo. De ahí la deducción de que el proletariado deba también crear su cultura y su arte.

■■■■
* La traducción de las citas de Iná Camargo Costa son nuestras.

La cuestión, con todo, está lejos de ser así tan simple cuanto parece a primera vista. (...) La historia muestra que la formación de una nueva cultura en torno a una clase dominante exige tiempo considerable y sólo alcanza su realización en el período que precede a la decadencia política de esa clase.

¿El proletariado tendrá mucho tiempo para crear una cultura proletaria? Contrariamente al régimen de los poseedores de esclavos, de los señores feudales y de los burgueses, el proletariado considera su dictadura como un breve período de transición (en los años de revolución social; el proletariado gastará sus energías en la conquista del poder, en su mantenimiento). (...) Ahora, durante ese período revolucionario, que encierra en límites tan estrechos la posibilidad de una edificación cultural planificada, el proletariado alcanzará el clímax de su tensión y dará la manifestación más completa de su carácter de clase. Y, por el contrario, cuanto más el nuevo régimen esté protegido contra perturbaciones militares y políticas y cuanto más favorables se tornen las condiciones para la creación cultural, tanto más el proletariado se disolverá en la comunidad socialista, se libertará de sus características de clase, esto es, dejará de ser proletariado.

*Las propuestas confusas sobre la cultura proletaria, por analogía y antítesis a la cultura burguesa, se nutren de una identificación muy poco crítica entre los destinos históricos del proletariado y los de la burguesía. El método vulgar, puramente liberal, de las analogías históricas formales nada tiene en común con el marxismo. No existe cualquier analogía real entre el ciclo histórico de la burguesía y el de la clase obrera.” (León Trotsky, “Cultura y Arte Proletarios”, en *Literatura y Revolución*).*

Debemos concluir, por lo tanto, que “un lenguaje artístico de los trabajadores” no podría gestarse dentro de esta sociedad.

¿Búsqueda por un teatro proletario o un teatro de denuncia del capitalismo?

Los ensayos del libro de Iná demuestran que existe una búsqueda por un teatro proletario, un teatro que no tenga “fe en el mercado”, que huya de las formas del drama burgués, porque “*escribir y escenificar piezas de acuerdo con las reglas del drama corresponde a endosar las reglas de funcionamiento de la sociedad burguesa*” (p. 15).

Reconoce que *“mientras la burguesía fue una clase revolucionaria, que quería reorganizar el mundo feudal según sus valores, el drama fue un arma importantísima en la lucha contra la iglesia y otras instituciones políticas (...) Pero sucede que después de 1848 la burguesía se transformó en una clase ferrozmente conservadora”* (p. 17).

No obstante, desde finales del siglo XIX, con los experimentos naturalistas desarrollados por los trabajadores franceses, esa imposición del drama burgués viene siendo cuestionada, y se viene gestando otra cultura, un teatro que rechaza los criterios burgueses. ¿Estaríamos viviendo un proceso de surgimiento de una cultura proletaria?

¿En cuáles aspectos esa “cultura proletaria” rompería con los padrones del drama burgués? En el modo de escoger los asuntos, escribir las piezas y escenificarlas, ya sea a partir de temas e improvisaciones o de textos propiamente dichos, incluyendo el trabajo del actor y las funciones del director. “Esa conquista del derecho a tratar sobre cualquier asunto, incluso y sobre todo los censurados, permitió al teatro vivo, que da voz a los excluidos de la sociedad burguesa, descartar compulsivamente las más importantes categorías de la forma dramática y, por eso mismo, esa forma pasó a ser apenas una más entre las muchas posibles”.

Se concluye, por lo tanto, que el drama perdió su dominio; al ser una [forma] más entre las posibles, dejó de ser la forma teatral de la cultura dominante. Resta preguntar: 1) ¿no hay más un teatro dominante?; 2) ¿el naturalismo y el teatro épico no fueron absorbidos por la cultura dominante?

“La clase trabajadora, si quisiera verse en el teatro, será obligada a forjar sus propios medios de expresión, así como lo hizo la burguesía en el siglo XVIII. Es por ese hecho que la experiencia de la dramaturgia naturalista, como ya dijo Brecht, necesariamente debe figurar como el primer capítulo del teatro de los trabajadores” (p. 70).

“Podemos definir el teatro épico como siendo la forma teatral encontrada, en un proceso de aproximadamente 40 años, por dramaturgos y directores ligados de alguna manera a las luchas de los trabajadores, para exponer el mundo según la experiencia de los trabajadores, que constituye el más complejo de los focos narrativos hasta hoy experimentados por la escena contemporánea” (p. 91).

La conquista del derecho a tratar cualquier asunto, incluso a partir de improvisaciones, hace parte del teatro dominante, aun del llamado posmo-

dero, que no tiene nada que ver con los trabajadores. Los excluidos de la sociedad burguesa, como los pobres, los negros, los homosexuales, las mujeres, están hoy presentes en las novelas y en el teatro comercial. La temática es aprobada o descartada por la burguesía conforme las exigencias políticas y económicas de la época. La forma épica del teatro no sirve sólo para que los directores de izquierda “hablen” con los trabajadores; sirve también a la burguesía, para pasar su ideología, su temática, ya que es un teatro altamente elaborado, sofisticado y eficiente.

Como dijo Trotsky, la estructura de clase de la sociedad determinó en alto grado el contenido y la forma de la historia humana, esto es, las relaciones materiales y sus reflejos ideológicos. Esto significa que la cultura histórica adquirió un carácter de clase, y toda cultura dominante en la sociedad de clases es burguesa, porque está inserta en un período histórico de dominación del capitalismo, de la sociedad de clases y de la mercantilización del arte.

Es difícil afirmar que el teatro épico no se puede mercantilizar; la burguesía lanza mano de todo lo que se crea para colocarlo al servicio de su ideología, incluyendo la idea de que es una clase democrática. No podemos concebir la sociedad de clases de manera superficial, semi-idealista, olvidando que lo fundamental de esta sociedad es la organización de la producción. Es en las formas productivas que se asientan las clases que, en su interrelación, determinan el carácter de la cultura. Es incluso esta organización de la producción la que determina los nuevos lenguajes, que ya nacen bajo un signo de clase: el signo de la burguesía.

Difícilmente Piscator o Brecht considerasen que estaban haciendo un teatro de los trabajadores, pues su teatro surgió en el seno de la sociedad burguesa, aun siendo un teatro de denuncia de esa sociedad burguesa. Tenían conciencia de que hasta aquello que sirve para denunciar a la burguesía está dentro de su esfera, ya que lo determinante son las formas productivas; tanto es así que tuvieron enormes dificultades económicas y políticas para desarrollar su teatro. El teatro, tanto el naturalista como el épico, nacieron bajo esas formas productivas capitalistas. Nosotros no sabemos aún cómo será el teatro que no tenga un carácter de clase, porque él sólo podrá surgir en una sociedad sin clases.

No interesa al proletariado y a sus compañeros de viaje la creación de una “cultura proletaria” –algo ya de por sí imposible– o un teatro en el cual los trabajadores se vean retratados. Tal teatro no podría dejar de ser hecho a

imagen y semejanza de la burguesía, de aquello que el sistema burgués nos enseñó y nos puso a disposición para hacer arte. Se trata, más bien, de combatir la sociedad de clases, de combatirse a sí mismo como clase proletaria, lo que hará combatiendo a la clase burguesa en tanto tal. Los trabajadores no tienen nada para ofrecer al público a no ser la denuncia sobre los males del capitalismo y, cuando fuera posible, alertar sobre la necesidad de derribar este sistema. A los trabajadores no les fue dado el derecho de aprender a hacer arte, a no ser copiar, reproducir el arte de la burguesía. Aun así, ese arte es poco conocido; el proletariado tiene que conocer y apoderarse del arte (burgués) para entender mejor el arte en general, como él funciona, sus leyes, etc., porque es la clase que está destinada a conducir a la humanidad hacia la revolución socialista y un nuevo sistema de producción que pueda salvar el arte de las manos de la burguesía, de la mercantilización y de la destrucción total, tornándolo verdaderamente libre.

Es muy importante que dramaturgos, directores, actores, en fin, todos los que trabajan con teatro, estén empeñados en la búsqueda de un lenguaje que consiga abordar los temas de la clase trabajadora de forma más clara y más directa, sin perder la calidad estética, la poesía, la emoción, porque, al final, es de arte que se trata. La frialdad, la dureza, el didacticismo exagerado los dejamos para los cursos de marxismo, los documentos políticos, los manifiestos y proclamas del movimiento. Los trabajadores van al teatro para encontrar otro lenguaje, otra expresividad, que hable no sólo a su cerebro, a su razón y a su conciencia, sino también a su sensibilidad en cuanto hombres y mujeres que sufren la explotación y la opresión diarias.

No obstante, ese esfuerzo de todos los que trabajaron y trabajan en teatro por buscar ese lenguaje, comenzando por Antoine y pasando por Piscator y Brecht, Boal y Guarnieri, y tantos otros, incluyendo ahí los grupos de la Cooperativa de Teatro Brasileño hoy fomentados, no puede hacernos creer que en el capitalismo, en la sociedad burguesa, es posible que el proletariado construya un arte alternativo, una “cultura socialista”, que sería lo mismo que decir que el socialismo en un solo país es una idea viable.

La lucha continúa y tiene que ser incansable y sin tregua por el derrumbe del capitalismo y de la sociedad burguesa, y en esa lucha el teatro consciente puede y debe ayudar, pues en tanto esté comprometido con las causas populares puede transformarse en un poderoso instrumento de concientización, de agregación, de conocimiento del mundo, así como el cine.

El drama burgués contra el propio drama burgués

Ejemplos citados por la propia Iná contradicen la afirmación de que el drama es una forma absoluta:

Los Fusiles de la Señora Carrar –la pieza de Brecht que más sigue las “reglas” del drama– tiene una concepción dramática de enredo, que es el suspenso, que llama la atención del público; sigue también el principio formal del drama, que es la autonomía, es un todo autónomo, absoluto (la lucha de Antonia contra sí misma), pero al mismo tiempo remite a un antes y un después, a lo que le es exterior (la dominación de la tierra y las amenazas de los terratenientes) e interior también (la presión de su propia familia).

Aun así, siendo por excelencia una pieza dramática, *Los Fusiles...* trata sobre la lucha de los trabajadores por la tierra, contra la propiedad privada.

Otro ejemplo es *Casa de Muñecas*, de Ibsen, que sigue igualmente las reglas del drama, incluso los diálogos –aunque tengan como objetivo rescatar el pasado–, pero pone en escena la lucha de las mujeres por su emancipación, y logra un enorme suceso en China, entre las mujeres más oprimidas del mundo.

Son los directores y los dramaturgos quienes utilizan las reglas del drama para llevar a escena temas prohibidos por la burguesía, temas de la lucha de clases. Usan el drama burgués contra el propio drama burgués.

Rescatar la teatralidad para mostrar al público que él está asistiendo a un espectáculo y no presenciando “hechos realmente sucediéndose”, como querían los defensores del drama. Impedir que ocurra la empatía o la proyección, “*aquel comportamiento que Adorno llama de bozal*” (p. 27).

Es preciso discutir esta afirmación de que el drama burgués busca “disfrazarse” de realidad con la unidad de acción, tiempo y lugar y, sobre todo, con la “cuarta pared”. Es altamente discutible la afirmación de que grandes dramaturgos y directores que tuvimos y tenemos en la historia mundial del teatro hayan, en sana conciencia, deseado engañar al “pobre público” de esa manera. O que todo el público de teatro que gustase del drama se dejase engañar y fuese “bozal”, como afirmó Adorno. O que la burguesía, por medio del teatro (drama), creyese sinceramente que podía engañar al público. También porque la cuarta pared era ficticia, imaginaria; los actores interpretaban

* Cuarta pared o cuarta barrera es la pared invisible imaginaria –al frente del escenario de un teatro, en la televisión, en el cine, o en un videojuego– a través de la cual la audiencia ve la actuación. Con este término se refiere la acción de los personajes que interactúan con el público. Se estima que el concepto se originó en el teatro del s. XIX, con el realismo teatral [N. de T.].

papeles de reyes, reinas, etc., sin contar que el espacio teatral no dejaba dudas para cualquier espectador mínimamente inteligente sobre su verdadera identidad.

“Hechos realmente sucediéndose”: pienso que el teatro callejero, desde los inicios del teatro (incluyendo allí los rituales y aun las fiestas paganas) hasta hoy es la forma teatral que más se presta a ese equívoco. Igualmente, el “Teatro del Oprimido”, de Augusto Boal, en especial el “Teatro-Jornal”, el “Teatro-Fórum” y el “Teatro Invisible” son modalidades que también se prestan a ese equívoco, o sea, hacer que el público piense que está presenciando hechos realmente sucediéndose. En los rituales armados por Zé Celso en el *Taller*, el público no piensa nada (y la pieza no quiere decir nada, p. 14), simplemente se lanza dentro de la pieza y participa de ella directamente, o sea, ¡los hechos allí están realmente sucediéndose!

Y ninguna de esas modalidades se encaja en las reglas del drama.

Jacques Copeau es acusado en el libro de Iná (ver p. 26) de *“querer envolver al público en auténticas experiencias (por lo tanto, no más representaciones) equivalentes a rituales religiosos”*, justamente lo que Zé Celso pasó a hacer aquí en el Brasil, y hace hasta hoy, con altos elogios de los medios y de los posmodernistas, como siendo una forma de romper con las reglas “anacrónicas” del teatro tradicional.

■■■■

* El Teatro-Jornal fue creado en 1971, en el Teatro de Arena de San Pablo. Se trataba de una respuesta estética dada a la censura impuesta por los militares en el Brasil a inicios de los años '70 con el objetivo de restar contenidos, inventar verdades e incluso, crear ilusiones. Con esta técnica se mostraban en escena muchas de las noticias que eran censuradas, a través de imágenes que revelaban silencios, y sobre informaciones distorsionadas por los periódicos de la época, a partir de la censura oficial. Todavía hoy se utiliza para develar las manipulaciones de que hacen uso los medios de comunicación [N. de T.].

La dramaturgia simultánea era una especie de traducción hecha por los artistas sobre los problemas vividos por el pueblo. Nace así el Teatro-Fórum, donde la barrera entre el palco y la platea no existe, y se produce una escena basada en hechos reales, en la cual los personajes oprimidos y los opresores entran en conflicto por la defensa de sus intereses y deseos. En esa puja el oprimido fracasa y el público es estimulado a entrar en la escena, sustituir al personaje del oprimido y buscar alternativas para resolver el problema planteado [N. de T.].

El Teatro-Invisible surgió en Argentina como respuesta a la imposibilidad, a raíz del autoritarismo, de hacer teatro dentro del teatro. No se decía que era teatro y se realizaba en el lugar donde los hechos deberían haber ocurrido. Por ejemplo, una escena cotidiana era presentada y representada en el lugar donde podría haber ocurrido sin que se dijera que ese era un evento teatral. Así, los espectadores eran realmente los participantes, ya que opinaban y reaccionaban de manera espontánea frente a la discusión que provocaba la escena [N. de T.].

Bien, hay mucho más para decir, pero volvamos a la polémica central: ¿es o no posible surgir/crear un lenguaje artístico de los trabajadores dentro del capitalismo?

¿El teatro podrá escapar de la estructura de clases de la sociedad burguesa?

Algunos directores, grandes directores y pensadores, sujetos totalmente subversivos en su época, como Antoine, Piscator y Brecht, trabajaron arduamente en este sentido. Y hoy podemos considerar el teatro épico, rompiendo con las reglas del drama burgués, como el teatro de los trabajadores.

En el drama burgués –con su metafísica, su estructura construida para engañar a las masas pasando la idea de que todo tiene un comienzo, un medio y un fin, de que todo es inmutable y de que, por lo tanto, no restaría a las masas trabajadoras otra opción que aceptar el sistema de explotación; que todo es así, que el idealismo tenía razón sobre que son las ideas las que gobiernan el destino del mundo y no el mundo el que gobierna el destino de las ideas– hay que aceptar las ideas burguesas porque ellas “conforman la idea universal” impuesta por la burguesía, aliada con la Iglesia, para poder consagrar su modo de producción.

El teatro épico pone todo eso cabeza para abajo, y, por lo tanto, es el teatro que puede traer a los trabajadores para el palco (y para la platea, agregó).

En ese sentido, el teatro épico, al desnudar en escena los engranajes del capitalismo, despierta la conciencia de los trabajadores para el sistema de explotación y opresión a que viven subyugados.

Conuerdo plenamente con todo eso. Sólo no veo cómo clasificar el teatro épico como “teatro de los trabajadores”. Por más subversivo que sea, fue ideado, creado, construido y consagrado como un teatro que, dentro de los engranajes del capitalismo, el modo de producción burgués y por lo tanto contaminado con el carácter de clase dominante, hace la denuncia del capitalismo, colabora en la lucha por su destrucción.

Siendo así, es preciso reconocer cabalmente, sin dorar la píldora, que todas las formas de arte creadas en esta sociedad están contaminadas por el carácter de clase, de la clase dominante, porque el modo de producción de ese arte se asienta en la propiedad privada de los medios de producción. No es posible romper con eso sin romper con el modo de producción dominante.

Por eso es tan maravilloso el teatro épico, porque reconoce esa contradicción y la resalta.

Continúo con la posición tradicional del marxismo –expresada con claridad por Trotsky– de que no es posible que surja un teatro proletario sin hacer antes la revolución socialista. Mientras estemos bajo la égida del capital y de la ganancia, todo lo que es producido se contamina con el criterio de clase, porque se encuentra dentro de esos marcos, de los marcos capitalistas del modo de producción.

Eso quiere decir que el teatro –sea el drama, sea el épico– tiene que ser un negocio, con todo lo que eso implica, para poder existir en esta sociedad; es ahí donde reside su carácter de clase. Eso, por sí solo ya le niega el carácter de “teatro de los trabajadores” al teatro épico, una formulación idealista. En el capitalismo, todo tipo de arte se transforma en mercancía, incluso el teatro épico; puede alzarse contra el mercado pero no escapa a él, está inserto en él y obligado a seguir sus pautas.

Está justamente en la contradicción que el teatro épico establece entre su lenguaje “materialista” (en el sentido de ser la antítesis de la metafísica) y la sociedad burguesa la fuerza de lo épico; él saca esa fuerza de la sociedad en la cual está inserto. Me gusta mucho la formulación de no sé quién, que dice que el arte es fruto de una provocación que la sociedad hace al artista. Es una forma interesante de ver el arte, porque muestra que todo arte, por más simple que sea, por más “burgués” que parezca (hecho por nuestros enemigos, como dice Iná) es por sí mismo un cachetazo en la cara de la alienación, una manera de reflejar sobre la realidad; confiere también una actualidad al arte en el sentido de su simultaneidad con el fluir social. Por eso, todo arte conlleva en sí mismo un peligro para la burguesía, porque por más estúpido que sea, puede ayudar a despertar la conciencia.

Por eso, la **defensa de toda libertad en arte** es, para nosotros, marxistas, una bandera fundamental, y no apenas ideológica, de propaganda, sino para ser aplicada en el día a día de nuestra militancia, porque esa bandera no significa una posición acrítica en relación con el arte, y sí, justamente, la defensa de la libertad de expresión, porque sólo con la máxima libertad de expresión la clase trabajadora podrá conocer todo aquello que está siendo pensado y producido, y podrá identificar lo que vale o no vale la pena.

Observación: el tema de la crítica dialéctica es muy importante. Iná dedica a él un ensayo en el libro, y estoy contenta porque va en el mismo sen-

tido de aquello que yo misma había escrito en mi tesis de doctorado, que se convirtió en un libro, titulado “Reflexiones sobre la Crítica Teatral”.

Es preciso incentivar toda producción artística; es preciso dejar ese campo lo más libre posible; como dijo el viejo Trotsky, en este tema ¡debemos ser totalmente anarquistas! Porque este es un campo minado, un campo minado para nuestros enemigos. No es en vano que el imperialismo usa la cultura como forma de dominación de pueblos, destruye su arte y su cultura para someter, para humillar, para “mecanizar” a los pueblos, poniéndolos a su servicio. Toda libertad en arte tiene que ser, más que nunca, nuestra bandera.

El teatro épico, el drama, todo teatro tiene que ser bienvenido, gozar de sus derechos; y todo teatro se transforma, ya sea el drama o el épico. Tal vez, de aquí a unos años, en el calor de las luchas, el épico tenga que transformarse, volverse otra cosa. Me gusta mucho la postura de Brecht cuando decía que su teatro tenía que ser tomado por las masas y transformado. Lo que él estaba haciendo en el *Berliner [Ensemble, Compañía de Teatro creada en Berlín del Este por Brecht y su esposa, la actriz Helene Weigel, N. de T.]* reflejaba su época, o su tiempo; y no era un dogma, no era inmutable, no era algo sagrado sino mundano, en el sentido más materialista de la palabra.

¡Sagrado, no! Justamente lo contrario: era para ser transformado, adaptado a los nuevos tiempos y a los nuevos problemas; para ser usado y abusado por todos los que luchan contra el capitalismo, porque lo épico es directo, sin eliminar la emoción que todo trabajador, aun el más consciente, busca encontrar en el arte. Pero la emoción según el propio Brecht, la emoción sobrevenida de la inteligencia despertada, de la concientización, que genera en el ser humano un placer indescriptible, tan grande que puede hacerlo derramar no una sino muchas lágrimas. Lo épico no desprecia la belleza sino que la evoca, la despierta en el propio espectador, esa belleza que reside en él mismo y que la explotación desmedida, la mercantilización, trata de ocultar, de destruir, de sofocar. Lo épico no desprecia la fiesta, la alegría de descubrir que la explotación no es un sistema inmutable; ella puede ser destruida y la fuerza para eso está en nosotros mismos, en la fuerza de nuestra organización, y no en una idea universal del Estado, como pensaban Hegel y los idealistas de ayer, y de hoy.

Conclusión: usar el término “un teatro de los trabajadores” o “un teatro proletario” puede parecer apenas una cuestión semántica. Pero, para nosotros, marxistas, no lo es. Afirmar que existe un teatro proletario significa

decir que dentro del capitalismo es posible para los trabajadores crear su propia cultura, como le fue dado a la burguesía crear la suya. A lo largo de su historia, la clase trabajadora y los artistas e intelectuales a ella ligados fueron construyendo lenguajes distintos; en el embate contra la sociedad burguesa, contra los valores de la burguesía fue surgiendo un teatro más próximo de la clase y más adecuado para hablar de la lucha de clases. Pero de ahí a decir que ese es el teatro de los trabajadores hay una larga distancia. Fue el teatro posible dentro de la sociedad burguesa: un teatro de denuncia, de concientización, de protesta.

Tampoco es una mera cuestión semántica hablar de “teatro en la lucha de clases” o de “lucha de clases en el teatro”. Ciertamente, el teatro está inserto dentro de la lucha de clases, como instrumento ideológico de una u otra clase. Incluso el teatro dialéctico se revitalizó justamente dentro de la lucha de clases del proletariado contra la burguesía. En el ámbito propio del arte, no se establece una “lucha de clases” entre el drama burgués y el teatro épico. Son ambas creaciones artísticas seguidas dentro de la sociedad burguesa, y que debido a la lucha de clases fueron asumiendo contornos distintos a lo largo de los tiempos.

¿Es posible decir que existe una lucha de clases entre un tipo de arte y otro tipo de arte? ¿Entre la pintura impresionista y la abstracta, por ejemplo? ¿O entre el ballet clásico y el ballet moderno? En la historia del arte surgieron innumerables escuelas artísticas distintas, y todas conviven normalmente, y se influyen mutuamente. Muchas fueron incentivadas por la lucha de clases, como fue nítidamente el caso de la escuela constructivista en la URSS, en los años veinte [siglo xx], o aquel arte que se conoció como “realismo socialista” en el período de Stalin. Pero no se puede decir que se estableció una lucha de clases entre el realismo socialista y el arte moderno, por ejemplo. El artista no se rige por la lucha política, el ámbito del arte es otro.

El stalinismo y el maoísmo fueron corrientes políticas que se metieron a dictar reglas para el arte, procurando establecer una lucha de clases entre escuelas artísticas. El resultado escapó totalmente del ámbito del arte. Tanto el realismo socialista como la Revolución Cultural china fueron productos de esa tentativa de establecer la “lucha de clases en el arte”. El resultado es conocido por todos nosotros: eliminación en masa de los opositores a las dictaduras de Stalin y de Mao.

Definitivamente, la política no es el campo del arte, e intentar usar el arte como campo de batalla política sólo puede resultar en confusión para los trabajadores y en cercenamiento de la libertad de expresión artística.

Nosotros podemos y debemos defender toda libertad en arte. Y aquellos artistas que están al lado de la clase trabajadora ponen su arte a su servicio, tratando temas relevantes para los trabajadores. Pero el mayor servicio que esos artistas pueden prestar a la lucha revolucionaria del proletariado es justamente hablar con la verdad, defender el acceso a todo tipo de arte, mostrar que a pesar de ser la burguesía la clase dominante y propietaria de los medios de producción, el arte es un patrimonio de toda la humanidad y solo con la destrucción de la burguesía será posible la verdadera libertad artística.

ARTE Y LUCHA REVOLUCIONARIA

Iná Camargo Costa

Parte II

Como no es posible tratar todo lo que interesa discutir, voy a hacer algunos recortes sólo para continuar nuestra prosa. Y siempre que sea posible voy a reproducir citas de Trotsky. La mayoría de ellas está en la edición brasileña del libro *Literatura y revolución* y algunas son del texto “Arte y clase” que está en el Archivo Trotsky (un debate de extremo interés en reunión *del partido*, en 1924).

Voy a comenzar por las cuestiones de siempre, que envuelven drama y teatro épico. El camarada Trotsky no dedica mucho espacio al teatro en su libro, pero hay por lo menos dos pasajes preciosos para mi argumento general en favor del teatro épico:

- a) Sobre el Teatro de Arte de Moscú (y Stanislavsky): “no saben qué hacer de su alta técnica. Ni de sí mismos. Consideran todo lo que pasa en torno a ellos como hostil o al menos extraño. Basta pensar que en tiempos como los nuestros esa gente vive en el clima del teatro de Tchekhov. *Las tres hermanas* y *Tío Vania* ¡ahora! Mientras esperan que pase la tempestad –tempestades no duran mucho–, escenifican *La hija de madame Angot* que, además de todo, les da una pequeña oportunidad para exponer su oposición a las autoridades revolucionarias. Ahora están mostrando al europeo aburrido y al americano que compra todo, cómo era bello el *Jardín de las cerezas* de la vieja Rusia feudal y cuán refinados y lánguidos eran sus teatros. ¡Bello y noble elenco moribundo de un teatro preciosista!” (p. 37).

No estaría de más recordar que justamente el Teatro de Arte de Moscú fue promovido por los militantes del realismo socialista como modelo para el teatro soviético. ¡No es por otra razón que él existe y es prestigiado hasta hoy, mientras desaparecieron los “Octubre Teatral” de todos los tipos!

- b) Sobre el drama como forma literaria: “El drama es en general una forma de arte transparente y rígida. *No hay espacio para los textos descriptivos o narrativos. Ni para los vuelos líricos*” (p. 66).

Brecht no era trotskista, ni Meyerhold, pero ambos tenían exactamente esa opinión sobre los límites formales del drama y adoptaron la forma épica porque esta permite descripción, narración, vuelos líricos y todas las demás modalidades del discurso, incluso las formas retóricas, que son todavía más decididamente épicas.

Pasemos a las otras cuestiones relativas a las contradicciones, aún hoy vivas, entre drama y teatro épico

Así como la economía política es expresión teórica –que funciona hasta hoy como el terreno conceptual donde evoluciona la coreografía de la ideología dominante pro-mercado, emprendimientos, etc., etc.–, el drama es la expresión artística de la concepción burguesa de mundo, tiene la misma edad que la economía política y se desarrolla explotando la expresión artístico-formal del contenido de la experiencia burguesa (el romance pasó por proceso similar, resultando en la narrativa dramática, pero ahora no da para hablar de eso). Por eso, para el drama, el ámbito de las relaciones domésticas (familiar principalmente) y/o interpersonales es tan fundamental, una vez que en esta esfera se cultiva “naturalmente la ilusión de independencia del individuo (o sea, fetichismo en dosis industriales en la vena) y la idea criminal de que la libertad es cada uno hacer lo que bien entiende. Pues bien, así como la crítica de la economía política (Marx/Engels) se desarrolló haciendo la crítica dialéctica de Adam Smith y Ricardo y fue hecha por un burgués propiamente dicho (Engels) junto con un intelectual materialmente apoyado sobre todo por este burgués (Marx), la crítica al drama comenzó primero en la práctica (del naturalismo al teatro épico, pasando por el expresionismo y por el *agitprop* [agitación y propaganda]) y después fue for-

mulada teóricamente por pensadores como Brecht y militantes como Maikovski, Meyerhold, Tretiakov y Piscator – todos ellos más próximos socialmente de la burguesía que del proletariado, como sabemos, en la medida en que todos eran artistas e intelectuales pequeñoburgueses. Pero todos ellos, así como Marx, Engels, Lenin y Trotsky, adherían enérgicamente a la causa de la revolución. Lo que vino después, como es el caso del trabajo importantísimo de simples intelectuales como Peter Szondi y Anatol Rosenfeld, es más una especie de sistematización conceptual del proceso, que está lejos de concluido, una vez que el sistema mundial continúa siendo capitalista y la burguesía continúa “haciendo lo que le da la gana”*.

Volviendo a Trotsky: así como él afirma que los marxistas tienen, en el plano de la intervención teórico-política, una tradición a defender (y yo creo que ella comienza con Hegel), nosotros que actuamos en el frente cultural la tenemos también. Esta nuestra tradición comienza con André Antoine y el teatro naturalista, culmina con Brecht y toda la gente que vino después. Para mencionar dos casos muy estimados por el teatro brasileño (tanto el hegemónico como el alternativo): Peter Brook y Tadeuz Kantor. Creo que tenemos, sí, que disputar con los críticos conservadores (como Luiz Fernando Ramos, que escribe para la *Folha de São Paulo*) a esos dos aliados de nuestra causa. Si no lo hacemos, ellos permanecerán “en manos” del enemigo. Es nuestra tarea política mostrar que ellos hacen parte de nuestra tradición.

Es claro que la burguesía se apropia de todo en la medida en que va venciendo en los enfrentamientos: ¡se apropió del propio marxismo (para no hablar nada del revisionismo de Bernstein y compañía, baste recordar la interesantísima y horrenda experiencia del marxismo legal ruso, que envolvió gente de mucho peso como Struve)! Si la burguesía puede apropiarse del marxismo en el plano político y teórico, es obvio que se apropia también de todo lo que le es posible en la espoliación de lo que fue producido en la lucha revolucionaria de los trabajadores, ¡teatro épico, inclusive! No podemos tener ilusiones en cuanto a eso. Pero tampoco podemos caer en la ilusión vanguardista de que es para tirar todo lo que fue “tomado” *por el mercado*

* La expresión en portugués utilizada por Iná es “deitar e rolar”, que en la jerga brasileña significa: hacer alguien lo que entiende bien, aprovechándose de tener autoridad, facilidad o capacidad para ello [N. de T.].

en el plano de la cultura, porque, si fuese así, tendríamos que tirar también el propio marxismo (además, no falta quien defienda esa tesis: la academia está repleta de “posmarxistas”, “posbrechtianos” y por ahí va).

Pero hay una diferencia que también precisa ser investigada: una cosa es que el mercado financiero continúe repitiendo sus “mantras” inspirados en Adam Smith, pues este es legítimo ideólogo del sistema capitalista. Otra *muy diferente* es la clase dominante apropiándose de tesis esparcidas del marxismo para facilitar sus maniobras político-ideológicas (especialidad de la socialdemocracia, que en mi opinión ya puede ser considerada accionista minoritaria en la gran corporación capitalista mundial). Su equivalente, en el plano teatral, puede ser formulado así: una cosa es el artista conservador que adopta y explota todos los recursos del drama, pues su trabajo (consciente o inconsciente) es cultivar la ideología dominante y sus valores a través de la más legítima herramienta teatral producida por la propia burguesía. Otra muy diferente es el verdadero hacer realizado por los artistas de todos los matices a lo largo del siglo xx, al arsenal producido por los artistas que se volcaron hacia las luchas de la clase trabajadora, como Piscator y Brecht. Algunos casos son deliberados y programáticos. Grotowski es el ejemplo más relevante. Otros se dan “naturalmente”, pues las generaciones que se suceden siempre corren atrás de lo que es “nuevo”... El mercado va apoderándose de lo que es susceptible de transformarse en mercancía, como sabemos. Y, en el caso del teatro, del cine y de la televisión hace una operación análoga a la de los revisionistas en relación con el marxismo: usa procedimientos aislados, como las técnicas de distanciamiento, en el caso de Brecht, y las técnicas de montaje, en el caso de Eisenstein, pero con un detalle importante: esos procedimientos “tomados” son predeterminados formalmente por el drama, de la misma forma que en la esfera teórico-política los conceptos del marxismo son predeterminados por una adhesión previa a la economía política. Bernstein, de nuevo, es el mejor ejemplo, pero él por lo menos tuvo la honestidad intelectual de escribir que había adoptado las tesis de los economistas neoclásicos...

Entre paréntesis: hay todavía un problema adicional, que apareció en la misma época en que Brecht formulaba su teoría sobre el teatro épico. Se trata de la ruptura del universo de las relaciones personales, en el plano del contenido, y de la forma dramática, en el plano formal, con la adopción de técnicas narrativas y descriptivas. Esta ruptura también puede ser explotada

por adeptos de las metafísicas más descabelladas y pide el empleo de formas épicas. El ejemplo clásico es el del católico militante y reaccionario Paul Claudel; su pieza *épica* más preocupante es *El libro de Cristóbal Colón*. Es por eso que la adopción meramente formal del concepto de teatro épico no es garantía de nada. De la misma forma que en el plano teórico la adhesión a la teoría del valor de Marx puede no llevar a ninguna parte o a tesis completamente reaccionarias (de nuevo, creo que el caso de Bernstein es el más escandaloso).

Pero no es porque existen esos riesgos que debemos abandonar nuestras trincheras o nuestra tradición de lucha en el frente teatral. En el caso de la crítica, o de la reflexión sobre lo que van haciendo los artistas, el arsenal crítico producido por Brecht, Tretiakov, Eisenstein, Piscator y tantos otros adeptos de la causa de la revolución es de mayor importancia para quien no quiere perder el tren en el enfrentamiento con nuestros amigos, adversarios y hasta enemigos.

Aplicando el criterio histórico a la presencia de elementos del drama y del teatro épico en la producción teatral, es preciso recordar que cuando Ibsen, en el siglo XIX, escribió *Casa de Muñecas* él aún pretendía escribir drama. Sólo que al tratar de la situación de la mujer a través del teatro, acabó rompiendo con la forma del drama, aún hegemónica, en un aspecto esencial: practicó el *flashback*, **prohibido por la crítica** por ser una técnica propia del género épico. Eso fue un *avance* que llevó más de cincuenta años para ser percibido como tal (no sé si alguien trató eso antes de Peter Szondi). Por otro lado, cuando en los años '30 del siglo XX, Brecht escribió *Los Fusiles de la Señora Carrar*, adoptó el recurso dramático de la identificación entre Teresa y la platea, con plena conciencia de que operaba un *retroceso* en relación con su propia teoría. Sucede que él era un hombre práctico (y exiliado de Alemania), que fue puesto frente a un encargo de la izquierda francesa en plena vigencia de la política de Frente Popular: escribir una pieza para recaudar fondos para las Brigadas Internacionales en la lucha contra Franco. Aún más importante: él lo hizo aun a sabiendas de que la adopción de los recursos dramáticos en el teatro y en la literatura era determinación de Zdanov y demás stalinistas en el campo de la literatura. Lukács dice más o menos eso en un texto en el que explica las razones políticas de la consigna "realismo socialista": se trataba de producir en el plano del arte el equivalente de la alianza con la burguesía en la lucha contra el fascismo, o Frente Popular.

(Nosotros que somos descendientes de Lenin sabemos, desde 1905 por lo menos, que esta “alianza” significa sumisión a la burguesía...).

Una deducción personal: como yo me considero trotskista y anti Frente Popular por principio, esa información es razón suficiente para mi combate al drama y demás recomendaciones provenientes del stalinismo en el plano de la cultura...

En cuanto a la persistencia de las formas del drama, en la condición de discípula de Hegel; Marx, Engels, Lenin y Trotsky (en ese orden), aprendí que la mera superación de una situación objetiva ni siquiera garantiza la consolidación de aquello que la superó. Esto es verdad, por ejemplo, para la propia Revolución de Octubre –tema del que Trotsky trató extensivamente en *La revolución traicionada* mejor que nadie (y Hegel mostró que era verdad para la Revolución Francesa que parió a Napoleón Bonaparte)–.

Pues bien, si esto vale para un caso tan radical como la construcción y la destrucción de un poder democrático como era el de los soviets, ¿por qué no valdría para el plano de las artes y especialmente para el teatro? Es por eso que no veo nada de especial en la constatación de que el drama aún es la forma dominante en las artes escénicas, aun cuando artistas escriben piezas naturalistas (¿viste *Blasted* de Sarah Kane? ¡Es naturalismo en las venas!) o utilizan recursos del teatro épico. Es posible, incluso, y Denise Fraga –actriz brasileña– lo demostró recientemente, una vez más, al montar al propio Brecht según la regla y el compás dramáticos. Y es claro también que eso es suceso de mercado (ella se mantuvo un tiempo en cartel en el TUCA [Teatro de la Universidad Católica de San Pablo, N. de T.]), pero estas cosas no me interesan más...

Creo que eso responde a la pregunta ¿“el naturalismo y el teatro épico no fueron absorbidos por la cultura dominante?”. Es obvio que fueron, pero está faltando la otra parte. Fueron absorbidos en la condición de *desfigurados* por la regla de la pasteurización cultural para fines de mercado: arrancados de su elemento, del terreno donde germinaron, completamente pulverizados y no en su integridad, batidos en la licuadora del drama y transformados en basura cultural como cualquier otra apropiación del mismo tipo (analogías interesantes pueden ser hechas con la apropiación del jazz, del rock y del samba por la industria cultural).

///

El terreno donde germinaron las formas teatrales interesadas en las luchas de los trabajadores

Creo que cuando digo que el teatro épico sintetiza (en los años '20 del siglo XX) una lucha de más o menos 40 años y sintetiza el punto de vista de los trabajadores, no da para deducir que estoy proponiendo “cultura proletaria”. Pero vamos por partes.

¿Crees poco significativo que el Teatro Libre de Antoine haya sido inaugurado con una *pieza naturalista* que trataba el tema prohibidísimo –la Comuna de París— por la censura antiobrera de la III República francesa? ¿No te parece importante que el expresionismo haya sido inventado por jóvenes (sobre todo pequeñoburgueses) que criticaban el modo de vida burgués? ¿Y que el *agitprop*, que incluye el movimiento *Proletkult* [cultura proletaria], sea la experiencia cultural desarrollada por el Ejército Rojo? ¿Crees que no precisamos defender esta tradición que el enemigo de clase intenta descalificar por todos los medios? ¿Eso no constituye parte de la herencia de la cual tenemos que apoderarnos?

Trotsky ni siquiera combatió el *movimiento Proletkult*. Por el contrario, como comandante del Ejército Rojo hasta contó con sus servicios. He aquí lo que él dice sobre todos los grupos que, como el *Proletkult*, adhirieron a la lucha del Ejército Rojo en la guerra civil: “El partido no tiene y no puede tener decisiones prontas sobre versificación, evolución del teatro, renovación del lenguaje literario, etc. (...) *En lo que se refiere a la utilización política del arte o a la necesidad de impedir tal utilización por nuestros enemigos, el Partido tiene suficiente experiencia, perspicacia, decisión y recursos.* Pero el desarrollo real del arte y de la lucha por nuevas formas no es parte de sus tareas y preocupaciones. *El Partido no encarga a nadie ese trabajo.* (...) El *Proletkult* se une al futurismo (y al constructivismo) por lazos vivos”. (pp. 121-123).

¿Cómo es eso? ¿Él no era contrario a la “cultura proletaria”? Contra el *movimiento Proletkult*, no. Lo que él combatía eran las “estupideces” teóricas de Bogdanov y compañía, que creían que hacían “cultura proletaria”, cultura de la clase obrera, que sería la cultura de la sociedad socialista. En la página 25, dice Trotsky sobre las prácticas culturales del movimiento: “el *Proletkult* amplía largamente los elementos de la cultura artística; ayuda a la nueva clase a asimilar las obras antiguas, aunque muy superficialmente. *Constituye así, una de las corrientes que conducen al arte socialista del futuro*”.

Contra Bogdanov: “es fundamentalmente falso **oponer** la cultura y el arte burgueses a la cultura y el arte proletarios. Estos últimos no existirán jamás porque el régimen proletario es temporario y transitorio (...) la revolución proletaria planta los cimientos de una cultura que no será de clase, sino por primera vez verdaderamente humana”.

Entonces, ¿cuál debe ser nuestra política en relación con el arte? “durante el período de transición [NB: después de la toma del poder], puede y debe ser la de ayudar a los diferentes grupos **que nacieron con la revolución** a comprender correctamente el sentido histórico de la época y concederles completa libertad y autodeterminación en el dominio del arte, luego de ponerlos bajo el tamiz categórico: **en favor o en contra de la revolución**”. Pues bien, el *Proletkult* **nació con la revolución** y luchó **en su favor**, bajo el comando de nada menos que Trotsky.

Es justamente a partir de ese tamiz que nosotros, en este fin de mundo que sólo vivió los más variados episodios de contrarrevolución, podemos elaborar algunos criterios para hacer y lidiar críticamente con teatro y producción cultural.

Nuevamente Trotsky con la palabra, aún en la página 25: “Tenemos delante de nosotros décadas de lucha, en Europa y en América. (...) **el arte de esta época estará enteramente bajo el signo de la revolución**. Ese arte necesita de nueva conciencia. Y, antes que todo, es incompatible con el *misticismo* (...), porque la revolución parte de la idea central de que el *hombre colectivo* debe tornarse el único señor y de que sólo el conocimiento de las fuerzas naturales y su capacidad de utilizarlas pueden determinar los límites de su poder. Ese nuevo arte es incompatible con el pesimismo, con el escepticismo, con todas las otras formas de abatimiento espiritual. Él es *realista*, activo, *vitalmente colectivista* y lleno de ilimitada confianza en el futuro”.

Adelantándome a otros argumentos de los que voy a tratar después, creo que el teatro épico –como forma y como pauta para el teatro de la lucha por el socialismo en cualquier país– atiende completamente esta exigencia enunciada por Trotsky pues, como escribieran Brecht e otros innumerables estudiosos del teatro épico: esta es una forma en la que el centro no está más en el individuo sino en lo colectivo. Es por eso que las piezas de Brecht, principalmente las llamadas didácticas, rescatan incluso la forma épica del coro, que es voz colectiva por definición. (¿Conoces el *Fatzer*? Allí, Brecht hace incluso la experiencia del coro con voces desencontradas y contradictorias

en un momento de confusión política. ¿Ya viste esto en alguna pieza del teatro dominante?) Para completar, paso la palabra a Brecht: “Muchas características y pasiones humanas, antes importantes, hoy perdieron toda significación. En cambio otras, pasaron al primer plano. *Pero nada de eso será percibido si no se aparta la vista del individuo para abarcar las grandes organizaciones en lucha*”.

Es por eso que la lucha por un teatro que tenga el socialismo como horizonte (y la revolución como tamiz) no tiene el compromiso de crear un “lenguaje artístico de los trabajadores”, sino sí el de desarrollar un lenguaje que, proveniente de la **lucha** de los trabajadores por ver sus asuntos, incluso los políticos, configurados artísticamente (que comenzó con el naturalismo), adopte el **punto de vista** de los trabajadores. Este punto de vista es marxista (en el análisis de los materiales) y revolucionario (en los criterios para definir lo que interesa y lo que no interesa).

No se trata de intentar crear un “teatro proletario” y mucho menos una “cultura proletaria” sino de desarrollar el repertorio de la lucha del proletariado por la revolución. Ahora bien, hasta prueba en contrario, puedo continuar diciendo que el teatro épico adopta el punto de vista de la revolución proletaria y defiende **este** punto de vista en la sociedad capitalista, **oponiéndose** con toda energía al punto de vista burgués (que está sintetizado en el drama).

Brecht otra vez: “estamos atravesando una época sombría, en la cual la conducta social de los hombres es más abominable que nunca, y se extiende un implacable manto de sombras sobre la actividad asesina de ciertos grupos humanos; de modo que se requiere mucha meditación y mucha organización para *lanzar luz sobre la conducta social*”. En tiempo: en el ensayo *La compra de bronce* él lo explicó, aun cuando no se trataba de *ilustrar axiomas marxistas* sino de exponer la conducta social –de preferencia en los asuntos de interés público– de modo materialista.

En este sentido, el Piscator y el Brecht que nos interesan (entre muchos otros que ni conocemos) son los artistas que hicieron parte del teatro **de la** clase trabajadora alemana organizada en partidos e instituciones culturales, como es el caso de Volksbühne. El enemigo de clase en el ámbito de la historia del teatro es que los desvincula de esta condición. Nosotros tenemos que defenderlos de esta operación ideológica que hace parte del proceso de pasteurización tanto de la teoría como de las obras. Piscator creó la *Re-*

vista de la Revolución Roja [RRR, 1924, N. de T.] inspirado en la revista soviética del *agitprop* y la desarrolló en el ámbito de las actividades del Partido Comunista alemán. Ni en el exilio Piscator se olvidó de este vínculo: en los Estados Unidos sólo trabajó ligado a la izquierda americana. Y cuando volvió a Alemania (Occidental) trató de escenificar a dramaturgos americanos que denunciaban el “american way of life” [modo de vida americano] que estaba siendo implantado allí por el ejército americano. El mejor ejemplo es la escenificación de *Muerte de un viajante*, de Arthur Miller. Como debes recordar, siendo el Partido Comunista una institución prohibida en la Alemania “libre”, una escenificación como esta era como mínimo expresión de actitud de coraje, pues el dramaturgo fue “gentilmente” convidado a declarar en la comisión del senador McCarthy, justamente por haber estado vinculado al PC americano, y el mundo entero sabía de eso.

Creo que esto responde a su alternativa entre teatro proletario o de denuncia del capitalismo. Me quedo con los dos: se trata de teatro de denuncia del capitalismo, de la degradación de la vida bajo la dominación burguesa y, si es posible, de denuncia de las prácticas políticas reformistas y de la traición stalinista a la causa revolucionaria (caso de la pieza *La decisión*, de Brecht). Estas cuestiones **sólo interesan al proletariado**, por eso, creo que la alternativa no existe; que un teatro de denuncia del capitalismo es un teatro proletario o del proletariado.

Y ya que esta conversación se da entre trotskistas, ¿qué nos impide tratar también específicamente las cuestiones de la causa de la revolución? Creo que nosotros ya sabemos muchas más cosas sobre revolución que Brecht, Eisenstein, Maiakovski y Meyerhold. ¿Qué nos impide tratar sobre ellas en el teatro inspirado en sus ejemplos? El campo de la cultura es un campo de lucha como otro cualquiera y adentrarnos en esa arena con las armas que ya existen me parece más productivo que llegar con las manos vacías.

El teatro épico y toda su historia son, sí, **de los** trabajadores, del mismo modo que lo es el marxismo. No es verdad que el teatro épico fue “consagrado” por el mercado, sino lo contrario: sus autores fueron primero desfigurados (desvinculados de la lucha) y después, pasteurizados por el mercado, de la misma manera que las obras de Marx son vendidas en grandes librerías. Pero es del interés de los trabajadores, y sobre todo de su vanguardia organizada en partidos, asegurar su memoria y luchar por su existencia.

Si fuese cierto que el naturalismo fue enteramente absorbido por el “show business”, ¿la pieza que lo inauguró no tendría, como mínimo, que estar disponible en las librerías del mundo entero así como las de Shakespeare? ¿Conoces alguna traducción de *Jacques Damour*? ¿Has visto alguna escenificación? ¿Viste ya alguna pieza de Otto Brahm que, junto con Hauptmann, era un importante dramaturgo naturalista alemán? ¿Y algún montaje a lo Broadway de *Los tejedores*? ¿Por qué todo el mundo quiere montar Shakespeare pero nadie monta Zola, Maiakovski, Ernst Toller, Georg Kaiser y Piscator, sin hablar de las piezas didácticas de Brecht que sólo interesan a media docena de especialistas? ¿Por qué nadie toma conocimiento de los hechos de Antoine en las escuelas de teatro? ¿Por qué sólo ahora, en el siglo XXI, se comenzó a hablar de Brecht en la ECA [Escuela de Comunicaciones y Artes de la Universidad de San Pablo, N. de T.]? ¿Crees que eso corresponde a la idea de que ellos fueron “absorbidos por la cultura dominante”? ¿La cultura dominante no se apoderó ni siquiera de Hegel! ¡Qué decir del marxismo y del teatro épico!

Sobre forma absoluta, identificación, ilusionismo y otras características del drama

Cuando los críticos de la forma del drama dicen que él es una “forma absoluta”, quieren decir que es una forma cerrada en sí misma, con comienzo, medio y fin, en ese orden. Lo contrario de eso es “forma relativa”, o abierta; en el caso del teatro épico, que remite a lo que está fuera de él, antes, durante y después. La forma absoluta del drama comenzó a ser relativizada por dramaturgos como Ibsen y los naturalistas (como Gorki) a partir del momento en que, a través de técnicas como el *flashback*, pasaron a referirse a acontecimientos anteriores a la acción presente, que es el eje central del drama y criterio para el establecimiento de los límites que lo tornan “absoluto”. Es por eso que, desde que entró en crisis, el drama fue abriéndose para los recursos del género épico, pero hasta hoy no cedió en las cuestiones de principio: el recorte es hecho a partir de los individuos y de las relaciones interpersonales. Es por eso también que la mayoría de los asuntos de interés de la clase trabajadora (género, etnias, relaciones laborales, huelgas, insurrecciones, etc.) pueden ser perfectamente tratados de manera conservadora (y dramática), siempre que el recorte no sea colectivo y mucho menos ma-

terialista. En el plano temático, el recorte dramático es hecho a través de la idea burguesa (y no materialista) de individuo, y su desarrollo se da por relaciones interpersonales (diálogo, principalmente). Con perdón por la autocitación: “el principio formal del drama es la *autonomía*. El drama debe ser un *todo autónomo, absoluto*. No puede remitir a un antes ni a un después y, mucho menos, a lo que le es exterior. De ahí también su determinación temporal. El diálogo crea por sí mismo el tiempo del drama, el presente-que-engendra-el-futuro: cada instante de la acción dramática debe contener en sí el germen del futuro y el encadenamiento de esos instantes obedece a la implacable lógica de la causalidad. La exigencia de encadenamiento implica la eliminación del acaso. El drama exige la *motivación* de todos los acontecimientos. Acaso significa fatalidad y el drama no lo admite, pues para él los *individuos libres son dueños de su destino*”. El teatro épico, que se interesa por gente que no es libre (ni la burguesía lo es), admite el acaso, lo inesperado, lo que está fuera de control, y así por delante.

Así como el romance, el cine y la novela de televisión son del género épico. Pero su explotación por la ideología dominante es pautada por criterios dramáticos: el centro está en los individuos y en sus relaciones interpersonales. (Esto va lejos y, así como no da para discutir romance, no da para desarrollar este punto aquí).

Identificación e ilusionismo son argumentos de los conservadores en la defensa del drama y de sus formas degradadas por técnicas épicas en la actualidad, y resultan del carácter absoluto de la forma, como está especificado arriba. Más autocitación: “Una consecuencia *literaria* importante de la autonomía del drama, o de su *carácter absoluto*, es que, libre de cualquier elemento exterior, él sólo se reconoce a sí mismo. El autor se ausenta, o más rigurosamente, esta forma no admite un narrador. El drama no es ‘escrito’ sino expuesto. Las palabras son decisiones de los personajes: salen de la situación y remiten a ella. Otra consecuencia es la relación con el espectador, también absoluta, objetivada en la *reivindicación* de la cuarta pared. El drama exige del espectador una pasividad total e irracional: separación o identificación perfecta. Por eso mismo, la escena vista es la escena propia para el drama. Cualquier otro tipo de espacio compromete la relación pasiva del espectador. Por la misma razón, el trabajo del actor exige identificación absoluta con el personaje (desaparece el actor para dar lugar al personaje) porque, repito, drama no es *representación*; él se *presenta* a sí mismo. Su acción es ori-

ginal, no admite citas ni variaciones, pues estas presuponen un anterioridad, lo que tornaría la acción secundaria y, por lo tanto, relativa”.

Por cierto que la cuarta pared es una convención, pero los adeptos del drama en escena hasta hoy se comportan como si no fuesen las personas que son y sí los personajes *viviendo* la situación en la que se encuentran. Y esperan que el público no interfiera y se comporte como si no estuviese en el teatro. Es esta expectativa –insisto: convencional en grado máximo– que está por detrás tanto de la idea de “ilusión de realidad” que se espera producir en el espectador (en la crítica literaria anglosajona se utiliza la expresión súper discreta “suspensión del descreimiento”). El público debe “creer” que está delante de hechos reales, emocionarse (y mucha gente se emociona realmente) como si los estuviese presenciando (pero ni Aristóteles creía en eso: su teoría sobre la catarsis es infinitamente más sofisticada que esta idiotez de público y teóricos pautados por las reglas dramáticas). Y el actor debe identificarse con su personaje a punto de desaparecer como persona física y “volverse” el personaje. Esto, como sabemos –y Brecht y Helene Weigel demostraron abundantemente–, es mistificación en grado máximo, cultivada sobre todo por la esfera teatral. De nuevo *La compra de bronce*. Aquí, Brecht muestra que la “identificación” entre actor y personaje tuvo su certificado de defunción firmado por Stanislavsky. Su argumento dialéctico: si ella ocurre naturalmente, el director ruso no precisaría crear un método para producirla. Diciendo lo mismo con otra formulación: el simple hecho de ser necesario un método (cuyas limitaciones el propio Stanislavsky reconoció) para producir identificación, es prueba de que esta no es “natural”. Todo el mundo sabe que lo que no es natural es convencional.

¿Ya me extendí demás, no? Pero, como puedes ver, arte y revolución son mis asuntos favoritos... Quedo debiéndote los destaques de las consideraciones de Trotsky sobre los futuristas (Maiakovski trabajó bajo las órdenes de Trotsky en la Agencia Central de Comunicaciones durante la guerra civil), los constructivistas y los formalistas. Creo que allí hay millares de “pistas” de total interés para nosotros.

ILUSIONES PERDIDAS

Cecilia Toledo

Parte III

Cuando Trotsky dijo que Stanislavsky y el Teatro de Arte de Moscú no sabían qué hacer con alta técnica se refería al hecho de que Stanislavsky no le diera importancia a la Revolución socialista, no colocara su teatro al servicio de ella, a la altura de la revolución. Su teatro no se contagió con los aires revolucionarios en el sentido de transformarse, de participar, de alguna manera, del proceso revolucionario. El hecho de que Stanislavsky no comprendiera la dimensión de la revolución, todo lo que ella significaba para el país, para el mundo y, también, claro, para el teatro, redujo su importancia como artista y hombre público pero ni aun así dejó de contar con el apoyo del Estado obrero.

La defensa de la tradición marxista, bien como la defensa de muchos artistas militantes como Antoine, Brecht, Piscator y tantos otros, es no sólo fundamental sino decisiva si queremos avanzar en la lucha revolucionaria también en este terreno, porque no partimos de cero, partimos de ellos y a partir de allí tenemos que dar un salto, actualizar sus elaboraciones con los problemas de nuestro tiempo (como insistía Brecht) y mostrar al proletariado (y al conjunto de los artistas) que el marxismo siempre se preocupó con el arte. Pero, ¿qué defendía el marxismo? Defendía que nosotros no queremos imponer un determinado tipo de arte, no queremos luchar para que el proletariado tenga su propia forma de expresión artística; el marxismo defendía (y defiende) el arte como expresión más verdadera de los sentimientos humanos, y cuando en la historia del arte fue más verdadero, fue

cuando fue más revolucionario, porque hizo con que todo el arte en su conjunto pensase, reflexionase y cambiase, dando un salto en sintonía con las inquietudes humanas.

El marxismo es categórico al afirmar que la burguesía es una clase predatoria. Ella se apodera de todo en la medida en que va venciendo en los enfrentamientos y, por eso, el arte de la época burguesa vive en peligro constante. Para controlar los medios de producción, el Estado burgués puede distorsionar, destruir y poner a su servicio todas las manifestaciones artísticas, sean ellas más o menos “revolucionarias”. ¡No queremos decir con esto que todo arte es controlado por la burguesía! Unos son más, otros menos. Pero una cosa es cierta: en esta época histórica esa amenaza es constante, y tenemos que estar siempre alertas y siempre luchando para destruir la sociedad burguesa como único camino para destruir esa amenaza y poder ejercer el arte libremente, cualquiera que él sea.

Por eso no podemos tener ilusiones ni aun en el teatro épico, que es hecho hoy por muchos artistas que no necesariamente defienden una postura revolucionaria o tienen inquietudes políticas. No debemos exigir de todo artista que para ser bueno tenga que ser de izquierda o tener inquietudes políticas, porque como marxistas sabemos que los campos del arte y de la política son distintos, exigen habilidades distintas, vocaciones distintas; un artista puede ser muy bueno en su *metier* [oficio] pero no comprender las leyes del movimiento revolucionario, lo que no desmerece su arte.

El riesgo de que artistas conservadores, como Grotowski, se apoderen de nuestra tradición y la distorsionen, así como la amenaza que acecha sobre todo el arte de transformarse en basura industrial en manos del Estado burgués, sólo aumentan nuestra responsabilidad como luchadores del frente teatral. Pienso que en el campo del arte, como en el de la guerra, la mejor defensa es el ataque. ¿Y qué significa ese ataque? Significa voltear de cabeza para abajo la concepción burguesa, elitista, clasista del arte, ampliando cada vez más la democracia artística, ¡transformándonos en verdaderos anarquistas en ese terreno! Eso significa no insistir en que sólo una determinada forma artística, ni aun el teatro épico, es verdadera, sino que el camino debe mantenerse abierto para todas ellas.

Nuestra lucha tiene que ser la lucha por mantener ese camino cada vez más abierto, y no defender apenas una forma artística como si fuera la que va a expresar los problemas del proletariado. El propio espectador va ha-

ciendo sus elecciones, ¡tiene derecho a eso! Y en ese proceso, mucho arte va quedando en el camino, como ocurrió con el propio Grotowski, ya prácticamente olvidado.

Lo que no ocurrió con Ibsen, por ejemplo, por más que fuese un adepto del drama. ¿Por qué? ¡Porque él fue a fondo en el drama y consiguió superarlo! En *Casa de Muñecas* hizo una pieza dramática tan buena (esto es, tan dramática) que consiguió superar incluso hasta lo que de más desarrollado había en su época: el propio drama. Estableció un nuevo nivel para el drama, incluyó el *flashback*, una técnica para “recolocar” el pasado en el presente, o “presentificar” el pasado, dialéctica pura en la relación entre presente y pasado. Y para nosotros, o para las oprimidas mujeres chinas de los años '30 [siglo xx], lo que menos importaba era si Ibsen era burgués o proletario, socialista o conservador. Él hizo una pieza que, dentro de los límites del arte, revolucionó la conciencia de las mujeres chinas.

Las informaciones que das sobre *Los Fusiles...* son muy importantes, pero no deben cambiar nuestra opinión y tampoco reducir nuestra admiración por Brecht y la pieza.

Cuando, hace dos años, el *Grupo Cena Livre* [Escena Libre] montó *Los Fusiles...* aquí en San Pablo, fue un éxito. La pieza fue adaptada: en lugar de la Guerra Civil Española hablaba de la guerra civil en el campo brasileño, entre los sin tierra y los terratenientes. Cuando la pieza fue presentada en el Pinheirinho (asentamiento en São José dos Campos que fue brutalmente reprimido por Alckmin [gobernador de San Pablo, N. de E.]), el público se identificó plenamente con la *Señora Carrar*. En aquel momento, ella estaba representando a los oprimidos y contra ella (contra ellos) era tomada una acción política radical; meses después hubo un enfrentamiento con la policía, y la inmensa mayoría de los pobladores fue a la lucha, no se escondió, no huyó. No estamos diciendo con esto que la pieza tuvo un papel fundamental en ese episodio, sino que el público tuvo razón en identificarse con la *Señora Carrar*. ¿En cuál aspecto la técnica de identificación (propia del drama) perjudicó el espectáculo? ¡En ninguno!

En cuanto a Lukács (que, para mí, no era marxista) no tiene razón cuando dice que el realismo socialista era el equivalente, en el arte, al frente popular. El realismo socialista es una concepción burocrática del arte. El frente popular es una coalición entre la burguesía y los partidos traidores de la clase obrera para gobernar. Pero para el marxismo, las reglas del arte son unas,

las reglas de la política, otras. Confundir las dos, aplicar en el arte las reglas de la política, puede llevar (y llevó) al stalinismo y al fascismo.

Las formas del drama están tan sedimentadas y fueron tan bien construidas en su época –época de ascenso de la burguesía como clase, con todo su vigor– que persisten hasta hoy. No veo el teatro épico como una superación del drama sino como una forma de teatro propia; en el arte, las formas clásicas tienden a persistir y a coexistir, ejerciendo incluso una influencia dialéctica entre sí. Si la burguesía (el mercado) no interviene de modo medio brutal, esa coexistencia puede tornarse aún más fecunda y duradera.

El teatro épico responde a la necesidad imperiosa de concientizar a los trabajadores sobre su condición en el capitalismo. Es una poderosa herramienta para hacer del teatro un arte aún más complejo, que no aspira sólo a divertir y entretener y emocionar al público sino a hacer todo eso de manera consciente, apelando a su inteligencia (según Brecht, es la emoción que sobreviene de la comprensión). El teatro épico es antes que todo dialéctico, y eso significa que él convoca a todos a ser también dialécticos y no formales.

Los artistas, con mucho orgullo, siempre lucharon contra las tiranías y, la mayoría de las veces, al lado del proletariado. Es una historia que tenemos que rescatar y defender sí, para mostrar a los artistas de hoy ¡que tienen que hacer lo mismo!

Eran artistas de todas las tendencias, por eso tenemos que defender también todas las formas de arte. ¡Toda libertad en arte! ¡Es nuestra bandera! La bandera de la Revolución de Octubre, que tenemos que luchar para mantener en pie contra la burguesía y el stalinismo.

Trotsky no combatió el *Proletkult* en nombre, justamente, de esa defensa de ¡toda libertad en arte! Era una experiencia que se desarrollaba en aquellos primeros días de la revolución, que él dejó correr, como a todas las demás, para ver hasta dónde iba. También es preciso tener en cuenta que, en aquellos años '20, él estaba más preocupado por destruir los ejércitos blancos, ganar la guerra y salvar el Estado obrero.

El *Proletkult* acabó siendo un organismo de represión a los artistas “rebeldes”, de control policial del arte, en fin, un brazo del stalinismo. Tanto que después LD [Trotsky] escribió que ¡la cultura proletaria jamás existirá!

Siguiendo a Trotsky y el *Manifiesto de la Fiari* [Federación Internacional por un Arte Revolucionario Independiente, N. de T.], nuestra política debe ser la defensa intransigente de toda libertad en arte.

Hoy, en la lucha contra la burguesía, contra la mercantilización y la privatización del arte, esa lucha es fundamental, es estratégica. Tenemos que transformar esa bandera (la de la libertad en arte) en un programa de lucha para los artistas, que incluya la estatización de los equipamientos culturales bajo control de los trabajadores, televisión pública, plan de obras públicas que construya teatros, cines, circos, centros culturales y escuelas de arte en todos los municipios y barrios, en fin, un programa de transición para que los artistas defiendan junto con la clase trabajadora.

Tenemos que crear una verdadera **¡oposición artística!** Como dijeron Trotsky y Breton en el *Manifiesto de la Fiari*: “La oposición artística constituye hoy una de las fuerzas que pueden contribuir de manera útil al desprestigio y a la ruina de los regímenes bajo los cuales se hunde, al mismo tiempo que el derecho de la clase explotada a aspirar a un mundo mejor, todo sentimiento de grandeza e incluso de dignidad humana.” (Tesis 6).

Eso no significaba defender un “arte proletario” contra un “arte burgués” sino justamente lo contrario: defender de forma intransigente ¡Toda libertad en arte!; ese era el sentido del *Manifiesto de la Fiari*.

Mucha gente gusta de estudiar las “ideas estéticas de Marx” (Lukács es uno de ellos); tiene hasta un libro escrito con el nombre de “Estética marxista”, pero eso no existe. ¡Marx jamás dejó escrito o pretendió escribir un manual de estética, según él mismo! No existe una estética marxista en rigor, existen opiniones de Marx sobre el arte y la cultura, y todas ellas tributarias del materialismo, o sea, el arte como uno de los aspectos del modo de producción de la vida humana. En el capitalismo de hoy, ver el arte como uno de los aspectos del modo de producción de la vida humana es ver el arte como mercancía. Por eso, considero que el texto que mejor sintetiza las opiniones de Trotsky sobre arte y revolución es el *Manifiesto de la Fiari*, que él escribió junto con André Breton en 1938, donde alerta sobre el peligro que para la sobrevivencia del arte es la continuidad de la dominación burguesa e imperialista; donde queda más clara su concepción internacionalista y la defensa intransigente de una postura absolutamente democrática (¡anarquista, incluso!) en relación con las corrientes artísticas. El *Manifiesto* fue el mayor aporte hecho hasta ahora en oposición a las posiciones stalinistas y fascistas en relación con el arte, en oposición a la injerencia política en el campo del arte.

No veo la diferencia entre hablar de “un teatro que tenga el socialismo como horizonte y que desarrolle un lenguaje proveniente de la lucha de los

trabajadores, donde sus asuntos sean configurados artísticamente”, y hablar de ¡“teatro proletario”! El teatro proletario (lo que pregona el *Proletkult*) era exactamente eso: un teatro que luchaba por el socialismo y configuraba artísticamente los temas de los trabajadores. Distinto es un teatro en el que los trabajadores se vean reflejados y que les muestre la opresión y la explotación a que los somete el sistema burgués.

¿Qué exigía Trotsky? Pienso que esa es una falsa polémica porque, en rigor, Trotsky no exigía nada en el terreno del arte, pero sí lo hacía en el terreno político. Lamentablemente, la mayoría de los artistas rusos de la época no apoyó la revolución, y muchos lo hicieron por miedo al autoritarismo, a la censura, a la represión. Aquellos que adhirieron a la revolución buscaron maneras de demostrarlo en la práctica: algunos entraron al Ejército Rojo como soldados, otros hicieron teatro de agitación, de concientización, creando formas artísticas propias para ayudar en el proceso revolucionario. Pero hoy podemos percibir que el hecho de que el Partido Bolchevique se mantuviera de cierta forma y por diversas razones apartado de los artistas, sin intentar organizarlos, hizo con que ocurriese una cierta “confusión” en el medio artístico. Es preciso discutir mejor esto.

Defender el teatro épico, la libertad de elección de los temas, el distanciamiento crítico, la idea de lo colectivo, el realismo, la dialéctica, la posibilidad de transformación del hombre, del sistema económico, del fin de la explotación, son ideas de mucho valor para nosotros. Luchar por ellas es el primer punto de nuestro programa, porque constituyen incluso nuestra misión en esta vida. Pero al mismo tiempo es imposible defender todo eso sin defender todo el arte, todas las manifestaciones artísticas como expresiones de la sensibilidad humana. El teatro épico, que puede ser visto como la expresión máxima de la libertad, no puede reivindicar su existencia bajo los escombros de las otras formas artísticas. Es incoherente con la idea épica la execración de cualquier tipo de arte que sea verdadero. Mientras exista un único teatro prohibido, no se puede hablar de libertad artística. Si el proletariado no defiende todo tipo de arte (aquí nos referimos al arte verdadero, no a los simulacros de la industria cultural) no podrá defender ningún tipo de arte y tampoco estará en condiciones de saber qué hacer con el arte cuando se apodere del Estado e inicie su destrucción.

Mucha gente que lucha hoy por un “teatro proletario”, en verdad lo que hace es populismo. Es como aquellas corrientes de izquierda que luchan por

una educación popular, que en verdad es una educación mala, casi primitiva, que niega los avances que la educación ya hizo hasta hoy, en nombre de una supuesta lucha contra la burguesía, alegando que esos avances representan la educación burguesa.

Eso no tiene nada que ver con el marxismo. Nosotros defendemos que el proletariado tenga acceso a la mejor educación del mundo, que se beneficie de todos los avances hechos por la burguesía en el campo de la educación hasta hoy.

Lo mismo vale para el arte. No queremos un arte pobre, primitivo, sino que el proletariado tenga acceso al mejor arte ya producido hasta hoy. Lamentablemente, es preciso decir que algunos grandes artistas –entre ellos Augusto Boal, en su sincero afán de buscar colaborar con la transformación del mundo– cayeron en esta contradicción. El “Teatro del Oprimido” de Boal tiene poco que ver con el marxismo y mucho que ver con esa concepción populista del arte; rechaza el arte burgués en nombre de un pseudo arte proletario y popular, que la verdad no pasa de ser un teatro pobre, dirigido a los oprimidos (y no necesariamente a los trabajadores) para que estos rompan con su opresión (hagan una catarsis en el teatro) y se expresen, hablen y saquen hacia afuera sus sentimientos, sus penas. El “Teatro-Fórum” es un ejemplo cabal de esto que afirmamos. El teatro “del oprimido” crea ilusiones, hace que el espectador sienta que aquello basta, pues está haciendo la revolución dentro del teatro.

Sobre el futuro del arte

La industria cultural es lo opuesto del arte artístico. Para retomar a Ortega y Gasset, podemos decir que la mercantilización del arte, al transformarla en producto, está al mismo tiempo y cotidianamente humanizándola, tornándola cada vez más familiar, haciendo cosas con las cuales podríamos ilusoriamente convivir. El “arte mercantil” es cada vez más humano y menos artístico; al contrario del arte que se propone ir contra la realidad dura y cruel que vivimos, él la busca torpemente; es un arte que no se propone cambiar la realidad, crear nuevos puntos de vista, añadir nuevos mundos, romper su aspecto humano, deshumanizarlo. Porque hoy el humano es el burgués. Por eso, el arte mercantil no agrega absolutamente nada, no nos obliga a crear e inventar nuevos modos de ver, que según Ortega y Gasset sería una nueva

vida, esa vida inventada previa anulación de la espontánea, que es precisamente la comprensión y el placer artísticos, que despiertan sentimientos específicamente estéticos (*La deshumanización del arte*, Cortez Ed., p. 42).

La burguesía se esfuerza cada día por mantener a los artistas restringidos a lo humano, a lo demasadamente humano, porque ese humano, ese humano pobre, egoísta, despojado de todo es el que precisa a toda costa ser preservado; y aquellos que buscan superar esos estrechos límites para provocar el placer estético y, con él, nuevos horizontes, son execrados, tildados de “incomprensibles”. La burguesía se esfuerza en ese camino porque precisa humanizar el mercado, tornarlo parte esencial de la vida humana, al punto de identificar la mercancía con el hombre, mercantilizando al propio hombre. Sus valores, los valores del dinero y de la mercancía, precisan ser presentados como valores universales y parte de la vida humana. Por eso, el arte mercantil es tan fácilmente reconocible, amado, querido, pues no hay nada más próximo al humano que él. Allí no hay nada que inventar, que pensar, ningún viaje al reino de lo desconocido, ninguna aventura, cualquier desafío.

Luchar contra ese proceso es esforzarse por deshumanizar el arte, lo que en nuestra época no significa otra cosa que romper con el mundo burgués, que estilizar el arte para mostrar que la vida burguesa no es la vida, es la muerte, el fin de todo, del hombre y del propio arte. Es preciso deshumanizar el arte para mostrar que el humano no es el burgués y que el burgués no es el humano, es el objeto, la mercancía, nuestra cosificación.

Marx demuestra en *El Capital* que: “Un tipo de mercancía es tan bueno como otro si su valor de cambio es igual. (...) Desde el punto de vista de las relaciones objetivas de la sociedad capitalista, la máxima obra de arte es igual a determinada cantidad de estiércol”. Mientras la sociedad antigua estaba interesada en la calidad específica de un objeto, su valor de uso, en el mundo capitalista predomina la cantidad, el valor de cambio.

En la teoría de la plusvalía, demuestra que la naturaleza contradictoria del desarrollo de las fuerzas productivas es claramente enemiga de algunos campos de actividad espiritual, por ejemplo, el arte. La producción espiritual exige un tipo de trabajo distinto de aquel que se utiliza en la producción material. La investigación de la relación entre determinadas variedades de producción y sus interrelaciones puede ir más allá de las meras frases vacías sólo cuando se considera la producción material bajo su propia especie. Al mismo tiempo, criticó todas las analogías y comparaciones generales y su-

perfiles entre la producción intelectual y la producción material. Ridiculizó todas las tentativas de representar a los artistas, a los hombres de letras y a los economistas como trabajadores productivos en el sentido de Smith, porque supuestamente producen no simplemente productos *sui generis* sino también productos de trabajo material y, por lo tanto, directamente riqueza. Todas esas tentativas muestran que hasta las formas más elevadas de producción espiritual son reconocidas y perdonadas por la burguesía sólo porque ellos (los artistas) son representados y falsamente etiquetados como productores directos de riqueza material, esto es, de productos, de mercancías.

La concepción dialéctica general de la historia (las fuerzas destructivas del capitalismo son al mismo tiempo grandes fuerzas productivas) determinaba la visión de Marx sobre el arte. La decadencia de la creación artística es inseparable del progreso de la civilización burguesa.

El propio desprecio por el arte, característico de la sociedad burguesa, se convierte en poderoso factor revolucionario. La sociedad burguesa crea una enorme riqueza material y poderosos medios de desarrollo cultural para demostrar de la forma más evidente su incapacidad de utilizar esos medios, las limitaciones del desarrollo cultural en una sociedad basada en el lucro. Enormes posibilidades culturales y una vida espiritual sumamente pobre: he aquí la sociedad burguesa.

Marx y Engels veían que un nuevo ciclo de progreso artístico sólo podría surgir con la victoria del proletariado, la abolición de la propiedad privada, la difusión de las relaciones comunistas. Sólo entonces pueden ser liberadas todas las fuerzas ahora estranguladas por la opresión capitalista. La destrucción de la propiedad privada significará la asimilación completa de todos los sentimientos y características humanas.

La sociedad comunista deberá eliminar no sólo las contradicciones abstractas entre trabajo y placer, sino también la contradicción más real entre sentimiento y razón, entre el juego de las habilidades físicas y mentales y la voluntad consciente. Junto con la abolición de las clases y la gradual desaparición de la contradicción entre trabajo físico y trabajo espiritual viene el desarrollo general del individuo completo, con el cual los máximos pensadores sociales hasta ahora sólo pudieron soñar.

Pienso que todo eso debe hacer parte de nuestro programa de lucha en el frente cultural.

ACERCA DE LAS POSICIONES DE TROTSKY

Cecilia Toledo

Parte IV

Me parece que la preocupación central de Trotsky en aquellos años era con la revolución obrera. Para él, lo más importante era que los artistas adhiriesen a las filas revolucionarias. Hizo duras críticas a Anna Akmatova (grande poetisa, en mi opinión y la de muchos otros críticos), Stanislavsky, Nemirovich-Damchenko y todos aquellos artistas que se mantuvieron al margen del proceso revolucionario, que no formaron parte de la construcción del Estado obrero, no como artistas propiamente dichos sino como luchadores revolucionarios. Lo mismo ocurrió con los arquitectos y los científicos. Él no exigía que hiciesen una “arquitectura revolucionaria” (¿qué será eso???) o una “ciencia revolucionaria”, sino que fuesen hombres y mujeres revolucionarios. Lanzó su ira también contra los innumerables artistas, arquitectos y científicos que huyeron de la Revolución, que se exiliaron y pasaron a atacar al Estado obrero.

Esa fue la posición de Trotsky. Lógicamente, un artista, un arquitecto, un científico que fuesen luchadores revolucionarios, un hombre/mujer consciente e imbuido de la necesidad de derrocar el autoritarismo y el capitalismo y que se “arremangase” para participar de ese proceso tendría su arte influenciado, transformado, empapado de ese sentimiento. Si eso no ocurría en un primer momento, ciertamente iría impregnando su producción artística a lo largo del proceso, que se transformaría en un arte que represen-

tara ese ímpetu transformador, que dejase correr en sus venas la sangre caliente de la transformación social y política, el odio a la burguesía, al autoritarismo, al hambre y a la opresión de las masas.

Sobre el arte propiamente dicho, pienso que el texto que mejor expresa las posiciones de Trotsky es el *Manifiesto de la Fiari*, que él escribió a cuatro manos con un gran artista, André Breton. El objetivo era sí construir un Frente, una “oposición artística”, pero eso no difiere en nada de sus posiciones dentro del partido. Pienso que no existía y debe continuar sin existir un discurso hacia adentro del partido y otro hacia fuera. Sólo hay un discurso para el frente artístico y es el de la independencia del arte.

En el *Manifiesto de la Fiari*, la postura política es la máxima independencia del arte, la aversión a cualquier tipo de injerencia política en la creación artística y el respeto a las leyes propias del arte. Tengo pleno acuerdo con esa posición de Trotsky y Breton; los procesos de creación artística y los objetivos del arte son distintos de los procesos y los objetivos de la ciencia política. Obviamente, hay una interacción dialéctica entre ambos, pero son procesos distintos. Que la burguesía los vea separadamente e intente separar los ámbitos, como tú dices, es una táctica para que el ámbito de la política o el de la economía queden restringidos a los especialistas, o sea, a los hombres y las mujeres de su clase, como forma de evitar que el proletariado se meta en política y dé su salida para la sociedad.

Esa separación artificial también es fruto de la división entre trabajo manual y trabajo intelectual. No obstante, tenemos que explicar a los trabajadores que, a pesar de ser ámbitos distintos, con sus propias leyes, ellos se interaccionan dialécticamente. Además, sólo pueden hacerlo si son distintos.

Pienso que la crisis que ocurrió entre los artistas durante el proceso revolucionario de Rusia se dio porque el Partido Bolchevique no tuvo una política clara para ese sector de los trabajadores. Sea por su dimensión (siempre fue un partido muy pequeño, que sólo se hizo de masas en vísperas de la Revolución), sea porque no tuvo cuadros preparados para esa tarea, sea porque no dimensionó el problema, el hecho es que el partido no tuvo una política específica para organizar a los artistas y movilizarlos en las filas revolucionarias, dejándolos librados a su propia suerte. Ahí pesó mucho la división entre trabajo manual y trabajo intelectual que, sin la intervención del marxismo, deja a los artistas sin un papel social claro, pese a que son parte de la clase trabajadora. Es papel del partido revolucionario movilizar

todas las fuerzas sociales interesadas en la revolución, y los artistas en general son sensibles a la causa revolucionaria.

Es en eso que consiste la defensa de la separación entre las áreas de actuación. Los revolucionarios deben saber distinguir entre la política, el arte, la ciencia y todas las áreas del conocimiento humano. Es claro que existe una interacción dialéctica entre todos, pero justamente porque interaccionan dialécticamente es que deben ser vistos como campos separados y distintos. Si no fuesen campos separados, con sus propias leyes, no podría haber interacción dialéctica entre ellos.

Cuando Trotsky pide que se respeten las leyes del arte, y que el partido no fue llamado a interferir en el arte, es eso lo que está diciendo, o sea, que el partido tiene sus leyes y, el arte, las suyas. Cuando los dirigentes del partido, luego de la muerte de Lenin, comenzaron a interferir y a dar órdenes en la producción artística, no respetaron las leyes del arte y el resultado fue la persecución contra los artistas; Stalin y Zdanov (basados en las leyes de la política) acusaron a muchos de ellos de ser burgueses (aun a aquellos que no eran dueños de los medios de producción) y contrarrevolucionarios. Un ejemplo es Meyerhold, que no era contrarrevolucionario; por el contrario, apoyó activamente la revolución, pero fue capturado por Stalin cuando salía de un mitin al que había ido, precisamente, a hacer propaganda sobre la revolución.

El realismo socialista

Confundir los ámbitos lleva al realismo socialista. Más que un estilo, más que una estética, más que un pseudo cuerpo teórico, el realismo socialista fue una orientación política, un régimen al cual los artistas fueron forzados a someterse. Millones de ellos trabajaban porque precisaban sobrevivir, y lo hicieron en las peores condiciones, bajo la mano de hierro stalinista y con los espías de la GPU en sus talones.

Cuando Trotsky dijo que: *“No es posible contemplar sin repulsión física mezclada con horror la reproducción de cuadros y esculturas soviéticas en los cuales empleados soviéticos armados de pincel, bajo la vigilancia de funcionarios armados de máusers, glorifican a los jefes ‘grandes’ y ‘geniales’, privados en verdad de la menor chispa de genio y grandeza”*, se refería a las condiciones de trabajo de los artistas, envilecidos por el régimen político al cual estaban sometidos.

Sobre las exigencias políticas al arte

Debemos recordar que siempre fue parte de la poderosa campaña de las fuerzas ideológicas del capitalismo contra la Revolución la acusación de que la tentación totalitaria era inherente a las ideas estéticas de Lenin y a la política cultural de los bolcheviques. Y que ella apenas había sufrido cambios de calidad o de intensidad hasta el surgimiento del realismo socialista en 1934. Una sería continuidad de la otra; Stalin sería un fiel seguidor de Lenin y el realismo socialista habría sido proyectado de acuerdo con sus ideas estéticas.

Antes que nada, la tentativa de probar a toda costa que hay trazos permanentes durante todo el período de Stalin, entre 1924 y 1953, no deforma sólo la historia del arte sino la historia del arte en su conjunto. Y luego, quien conoce mínimamente la historia de la Revolución Rusa y el leninismo difícilmente creería en algo como “ideas estéticas de Lenin”. Como todo ciudadano ruso, Lenin tenía gustos artísticos, preferencias por este o aquel literato, este o aquel pintor, pero de ahí a construir un andamiaje teórico que pudiese pasar a la historia como “ideas estéticas de Lenin” hay una enorme distancia. Así como Marx, Engels y Trotsky, los grandes dirigentes y pensadores marxistas tenían, obviamente, preferencias artísticas y escribieron sobre ellas. Pero fueron antes que nada pensadores políticos y jamás intentaron imponer sus ideas artísticas a quien quiera que fuese. Marx escribió bastante sobre arte, pero no por eso tuvo la iniciativa de crear un padrón normativo para el “buen arte”. De ahí que es muy dudosa y cuestionable la afirmación que hacen muchos intelectuales de que existiría una “estética marxista”.

Lenin jamás convirtió sus simpatías y antipatías estéticas en directrices para el arte ruso. En ese terreno, la posición del Partido Bolchevique bajo su conducción fue sintetizada por Trotsky con estas palabras, más claras imposible: *El partido revolucionario no puede ciertamente proponerse como tarea dirigir el arte. Semejante pretensión sólo puede venir del espíritu de desvariados por la omnipotencia, como la burocracia de Moscú. El arte y la ciencia no sólo no piden órdenes como, por su propia esencia, no las toleran.*

Cercenar la libertad de investigación, experimentación, imponer límites y caminos para el arte y la ciencia es votar por el atraso, por la parálisis, por la mantención de un *status quo* que no interesa a la humanidad y mucho menos a los trabajadores. Fue justamente para destrabar el desarrollo de las fuerzas productivas que se hizo la revolución socialista, y no lo contrario.

Aun obligados a restringir las libertades democráticas debido a la guerra civil y a la intervención de varios ejércitos de los países imperialistas en territorio ruso, los bolcheviques promovieron enseguida la libertad cultural, abrieron de par en par las puertas de la URSS a todos los artistas, de todas las áreas, de todas las tendencias y de todos los países del mundo que quisieran ir para allí. Fue el caso, por ejemplo, de Isadora Duncan.

Al frente del *Narkomprós* (Comisariado del Pueblo para la Educación) estaba Lunatcharsky con una orientación siempre pautaada por la máxima libertad de creación y la pluralidad de corrientes, con apoyo igualitario a todas las escuelas artísticas, sin ninguna discriminación, ni aun a aquellas que se dedicaban por entero al arte que antes había sido promovido por el zarismo. En el calor de la revolución, cuando el odio a todo lo que representaba el pasado estaba a la orden del día, el *Narkomprós* se esforzó por proteger la enorme y valiosa herencia artística de la sociedad rusa, y en esa política se enfrentó con los futuristas y el *Proletkult*, que insistían en rechazar todo lo que recordase los tiempos de la “opresión”.

Aún así, Lunatcharsky defendió el futurismo y otras tendencias modernistas contra el conservadurismo artístico del propio Lenin y los ataques de Zinoviev, que veían en esas corrientes un arte incomprensible para las masas. Al frente del IZO, departamento de artes plásticas del *Narkomprós*, fueron colocados artistas vanguardistas como Shterenberg e iconoclastas como Malevitch, Tatline, Rodchenko y Maiakovski, con total apoyo para presentar sus osadas innovaciones a las masas por medio de pósteres y de decoraciones, en las grandes fiestas públicas.

Malevitch, maestro de la pintura suprematista, fue designado al frente del Instituto de Artes de Vitebsk (1918 a 1921) y del Inkhuk [*Institut Khudozhestvennoi Kultur* – Instituto de Cultura Artística, N. de T.], de Leningrado (1922 a 1926); Tatline y Rodchenko se afirmaron como los grandes maestros del constructivismo (combinación de la pintura con la arquitectura, afirmación del arte como modo de producción); Kandinsky, figura de proa del arte abstracto, ayudó a fundar el Museo de Cultura Artística, presidía la Academia Rusa de las Ciencias Artísticas y estaba en la dirección del IZO. Antes de la Revolución, esa vanguardia modernista había sido expulsada de la Escuela de Pintura, Escultura y Arquitectura de Moscú, otros habían sido hostilizados por los círculos artísticos de la Rusia zarista. Ahora, la Revolución de Octubre los traía de regreso.

Incluso los llamados “itinerantes”, artistas reunidos en la AKRR [Asociación de Artistas de la Rusia Revolucionaria, N. de T.] (1922), que se oponían a la revolución socialista, consiguieron encontrar su lugar y manifestarse libremente. Ese grupo enseguida comenzó a predicar la exigencia de los temas de la contemporaneidad revolucionaria (el Ejército Rojo, los héroes del trabajo, las grandes obras industriales de la construcción del socialismo, el culto a la personalidad de los grandes líderes), la necesidad del estilo realista para las masas, la ofensiva contra el formalismo y la sujeción del arte al espíritu del partido. De allí surgió el realismo socialista, multiplicando el número de artistas que, sea por miedo a las persecuciones del régimen, sea por adhesión sincera al dirigismo, llenaron a Rusia de esculturas, pinturas y monumentos en los cuales el gris y el negro eran los colores predominantes, las formas duras y ásperas, que más asustaban e intimidaban a la población que lo que la sensibilizaban.

Entre tanto, el clima de total libertad artística comenzó a entrar en contradicción con la burocratización stalinista. La AKRR fue ganando cada vez más influencia, recibiendo la mayor parte de los encargos y de los apoyos oficiales, y llegó incluso a tener la aprobación informal de Stalin en 1928.

Rusia vivía una situación difícil, con un brusco viraje económico en ese año 1928 y con la intensificación de la lucha contra los *kulaks* [campesinos ricos] y los *nepmen* [ciudadanos enriquecidos gracias a la NEP – Nueva Política Económica, N. de T.], la colectivización forzada y su planificación burocrática, decididas de arriba hacia abajo, los sectores artístico-culturales claramente ligados a la burocracia stalinista aprovecharon la situación para iniciar el proceso de homogeneización y depuración de la vida artística.

Lunatcharsky renuncia en 1929. Los principales centros de investigación son disueltos; Malevitch es encarcelado.

El 23 de abril de 1932 el Comité Central del Partido Bolchevique lanza un decreto imponiendo la disolución obligatoria de todas las corrientes y la reconducción de la anterior libertad a un arte oficial producido de acuerdo con las necesidades del Estado y del partido.

Trotsky y Lenin contra el Proletkult

El realismo socialista es oficialmente consagrado en 1934. Fue una victoria del *Proletkult*, que recibiera el apoyo entusiasta de Lunatcharsky y Bu-

jarin, pero no de Lenin y Trotsky. Se impuso lo que el *Proletkult* quería, o sea, una estética normativa que obligaba a los artistas al estilo realista, al optimismo revolucionario, a la reeducación de los temas al de los personajes centrales del mundo del trabajo, los héroes de la construcción del socialismo, al “partinost” (espíritu de partido) y a la glorificación del stalinismo. Para Zdanov, los artistas deberían *en conformidad con el espíritu del socialismo, combinar fidelidad y representación artística históricamente concreta como trabajo de modelación ideológica y educación de los trabajadores.*

El resultado fue desastroso para Rusia: desprecio y destrucción de todo lo que recordaba el pasado –una herencia artística riquísima– y la muerte y el destierro de miles de grandes artistas. Dice Trotsky en *La revolución traicionada*: “Mientras la dictadura tuvo el apoyo de las masas y la perspectiva de la revolución mundial, no temió las experiencias ni la lucha de las escuelas, pues comprendía que una nueva fase de la cultura sólo podía prepararse por ese medio. Todas las fibras del gigante popular vibraban aún; pensaba en voz alta, por primera vez desde hacía mil años. Las mejores fuerzas juveniles del arte estaban tocadas en lo vivo. (...) En la lucha contra la Oposición, en el seno del partido, las escuelas literarias fueron sofocadas unas después de otras. No se trataba sólo de literatura...”.

La estética y los temas de un pseudo arte proletario

Los temas del llamado realismo socialista exaltaban al obrero y el amor al trabajo; la dedicación del obrero ruso a la construcción del socialismo (construcción de casas y edificios), el llamado *stajanovismo*, que exaltaba lo físico del pueblo ruso, lleno de músculos y de salud; el mirar altivo siempre puesto en la línea del horizonte; el retrato del idealizado “hombre del futuro” mirando y dominando el mañana. Los dirigentes del partido y del Estado eran mostrados siempre como personas benevolentes y sabias, concentradas en dirigir a las masas por el buen camino.

Las contradicciones fueron artificialmente abolidas: nunca el obrero era mostrado débil, cansado, triste; jamás el dirigente era mostrado dubitativo, sin saber qué hacer frente a alguna situación difícil. No obstante, nada de eso se condecía con la realidad rusa, cuyos obreros vivían, sí, agotados de tanto trabajo, el hambre amenazaba a las poblaciones de las ciudades, los ejércitos imperialistas golpeaban las puertas de la revolución para destruirla

lo antes posible; los dirigentes no tenían nada de sabios o genios, por el contrario, poco conocían la realidad nacional e internacional, poco sabían sobre el socialismo, sobre el marxismo.

Por lo tanto, el realismo socialista tenía poco de real y mucho de mentira, de falsificación de la realidad; propaganda pura para vender ilusión y convencer a las masas de algo que de hecho no ocurría. La gran mayoría de los artistas fue **forzado** a adoptar esa orientación; los que se recusaban eran tildados de contrarrevolucionarios, otros clasificados como “trotskistas”, acusados de no creer en el socialismo y en los dirigentes del partido.

Sólo los artistas más serviles eran aceptados. Toda vanguardia estaba condenada como bolchevique o degenerada. Se procedió a un corte brusco y artificial entre el arte del pasado y el del presente; el arte anterior era considerado “arte burgués” y, por lo tanto, contrario a los intereses del proletariado y del “hombre del futuro”, esa construcción idealista (y oportunista, dígame al pasar) que en nada condice con el materialismo histórico.

Pero no sólo en los temas residía la perfidia. En la estética también. A pesar de la condena al llamado formalismo (la “preocupación excesiva con las formas”) y la exaltación del contenido, de los “mensajes”, el realismo socialista también se contradijo a sí mismo. Demostró justamente lo que no quería demostrar, es decir, una preocupación básica con las formas, y peor aún, con las formas ya consagradas por el arte, la pintura y la escultura, sin mostrar nada nuevo y rechazando todo tipo de experimentalismo. La investigación en arte fue literalmente abolida, la búsqueda de nuevas formas para expresar los nuevos contenidos era considerada intelectualismo, inutilidad, pérdida de tiempo.

Rápidamente la verdad emergió de las cenizas, y quedó claro que el realismo socialista no tenía nada de realismo, y mucho menos de socialista. Y tampoco traía nada de nuevo, como la visión de la obra artística como un reflejo de la realidad; ese reflejo debía ser fiel, objetivo, fundamentado en los hechos así como en las leyes que rigen el mundo. Es decir, cuanto más mecánico, mejor ese reflejo. Y, por caso, el reflejo vendría del partido, el artista reflejaría en su arte las ideas del partido.

En verdad, esa tentativa de Zdanov de fundar una estética del realismo socialista fue un esfuerzo de renovación total del arte en el sentido de tirar por tierra todo lo que hasta entonces había sido hecho, como si la revolución socialista fuese el marco cero. En las palabras de Zdanov: *”La alta vocación*

de los escritores soviéticos consiste en revelar, de manera veraz y brillante, la belleza de las hazañas que realiza el pueblo con el trabajo; la magnitud y grandeza de la lucha por el comunismo; en conducirse como apasionados propagandistas del plan quinquenal; en infundir optimismo y energía en el corazón de las personas soviéticas. El arte socialista debe dar cuerpo no a ideas especiales y sí al marxismo”.

Mejor definir esa meta como político-propagandista y no propiamente artística. El arte visto como instrumento para adaptar a los miembros de la colectividad a formas determinadas de comportamiento. *“Los ciudadanos soviéticos necesitan de un arte de grandes ideas y sentimientos, de elevados ideales”*, con la finalidad de *“educar a los hombres de acuerdo con la moral comunista”* y elevar sus *“sentimientos”*.

Otros aspectos sobresalen en la concepción zdanovista del arte: la noción del héroe positivo, la teoría del romanticismo revolucionario, el partidismo artístico y la doctrina sociológica de la evolución de la cultura y del arte en general. El héroe positivo como deseo patente de exaltar un determinado tipo humano que no se corresponde con realidad alguna. El zdanovismo abandona la definición del realismo, según la cual el personaje típico debe encontrarse en una situación típica, ya que desmiembra los dos momentos y torna la problemática del héroe positivo el aspecto decisivo de la literatura. La subordinación del héroe a las prescripciones políticas es explicada por Zdanov: *“Sin dominar el marxismo-leninismo, el artista no puede descubrir el contenido espiritual de la realidad socialista ni resolver el problema central de nuestro arte, crear el héroe positivo de nuestros días”*.

Así, los artistas soviéticos debían reproducir imágenes típicas de personas educadas por el Partido Comunista y el régimen soviético.

La estética zdanovista no acepta el paralelo entre partidismo y carácter tendencioso del arte. Ve el arte como un tornillo en el engranaje del partido, lo que constituye una justificación ideológica para la subordinación del arte a la política.

Pero, Zdanov divide el arte en dos zonas: una zona buena, la superior, la zona del arte “socialista”, y la zona mala, la inferior, la zona del arte “capitalista” (Zdanov, *Sobre Literatura, Filosofía y Música*). No parte de cualquier estudio, incluso superficial, de la historia del arte mundial, para llegar a esa infeliz conclusión. Simplemente determina que en el arte en el capitalismo “ocurre ahora una degeneración general de sus temas y de sus talentos, de

sus autores y sus héroes”. Por eso, “sólo el arte soviético puede convertirse y se convirtió realmente en algo tan avanzado” (ídem).

Para el zdanovismo, el arte debe convertirse en objeto de culto del hombre nuevo y reflejarlo de modo limpio y positivo, promovéndolo por medio de las mejores descripciones, y el realismo socialista debe ser evaluado como un genuino reflejo de los intereses del proletariado. Parecido con lo que pensaba Lucien Goldman –que el arte es parte de una visión del mundo correspondiente a una clase social–, para Zdanov el arte es una traducción en imágenes de los intereses de una clase o un grupo social.

Ya Máximo Gorki se inspiraba en una teoría del arte como “expresión del pueblo”, del arte para el pueblo, del arte como una depuración, hasta cierto punto, de lo folclórico. Su exaltación del papel “creador” del pueblo, con la cual Gorki retorna a un “humanismo” del sujeto absoluto (de Hegel), desprecia la situación real de la actividad artística dentro de la sociedad y se aparta de la tesis marxista del arte como rama de la producción. La tesis de Gorki tiene un parentesco con otras tesis según las cuales el valor del artista se mide por su relación con el pueblo (Lukács, por ejemplo). La tesis de Zdanov bebe de esa misma fuente: ver el arte como “espejo de la vida”.

Esa idea se opone a la tesis marxista del arte como rama de la producción, y que la infraestructura económica determina, en última instancia, la superestructura artística. Se aparta igualmente del concepto marxista original según el cual el arte es una superestructura que posee un funcionamiento relativamente propio, un lenguaje propio, reglas y funciones propias, y que se articula y relaciona con el resto de las estructuras (económica, política, jurídica y otras) de forma dialéctica.

En su dinámica contra el realismo socialista, Brecht hacía una pregunta crucial: *“Nosotros, los revolucionarios, ¿podemos tomar partido contra la experiencia?”*

Y el experimentalismo parte del arte preexistente, sea para superarlo, sea para referenciarlo; pero para eso debe respetarlo y conocerlo profundamente, porque sólo así estará en condiciones de proponer nuevos caminos.

“El proceso artístico posee varias etapas destinadas a producir el efecto de revelación de la realidad. Realista no es sólo quien usa ese nombre, sino quien trabaja con todos los medios para apropiarse de la realidad”, decía Brecht.

///

Libertad artística: nuestra máxima bandera

Pienso que hoy, para enfrentar el autoritarismo político, las tentativas de injerencia en la creación artística ya sea por parte del Estado o de corrientes políticas, o por el propio mercado, tenemos que levantar bien alto la bandera de la libertad artística. Y eso incluye lo que tú dices:

“Una cosa es discutir, analizar, examinar, criticar –en términos de producción hegemónica– cualquier cosa que sea producida. Otra, muy diferente, es presentar una propuesta militante a artistas interesados en criticar este mundo. Para **estos** artistas (ya militantes o interesados en tornarse) es, sí, necesario ofrecer una formación marxista completa, incluso en lo que dice respecto de su especialidad. Así, para los que quieren hacer teatro, es preciso presentarles en abordaje marxista la tradición que comienza con Antoine y, en Rusia, con Stanislavsky; él **también** hace parte de nuestra tradición. Pero –así como Antonine y Zola– fue superado por Brecht porque, para nosotros, los criterios sucedidos de la determinación histórica son fundamentales. Es claro también que, así como la dialéctica no descarta la lógica, la teoría crítica del teatro no puede hacerlo con Esquilo y Aristóteles, ¡ni qué decir de Shakespeare, Diderot, Zola, Antoine y Stanislavsky! Pero todos tiene que ser tomados en una perspectiva materialista, que tenga en cuenta determinaciones históricas, sociales, política y estéticas.

“En verdad, este es el desafío: apropiarnos de la herencia cultural nos obliga a conocer todo lo que se dice respecto de lo que la humanidad ya produjo hasta ahora. Y, en este sentido, también, las recomendaciones de Brecht pueden ser adoptadas y desarrolladas. *“Brecht consideraba que teníamos mucho que aprender con las tradiciones multimilenarias del teatro chino. Y agregó (inspirada en Peter Brook): ¡con las multimilenarias tradiciones de la India, también! ¿Por qué? Porque, si queremos realmente hablar de **humanidad** y no sólo de la cultura producida en el occidente capitalista, no podemos dejar **nada** afuera”* (Iná).

Plenamente de acuerdo. Por eso, pienso que la discusión sobre el teatro dramático versus el teatro épico es muy interesante y esclarecedora (Brecht incluso nos dio pistas preciosas sobre la diferencia entre ambos en el *Pequeño organon [para teatro, escrito en 1948, N. de T.]*). No obstante, puede ser tomada como restricción a la libertad por aquellos que quieren escenificar dramas, por más conservadores que sean.

Por otro lado, la tentativa de crear un tipo de teatro para los trabajadores, o afirmar que el teatro épico es el teatro de los trabajadores, no ayuda. ¿Por qué? Porque tenemos que mostrar al proletariado que sólo una clase dominante que detente los medios de producción podrá crear un arte “para sí”. Además, ese es un proceso largo, al cual el proletariado no tendrá acceso. También es preciso mostrar que eso no nos interesa, no interesa al proletariado crear un teatro a su semejanza, porque la misión del proletariado no es perpetuarse como clase.

Decir hoy que el teatro épico es el más adecuado para los trabajadores es una verdad. Porque el teatro épico, mejor que el drama, desnuda las relaciones de clase, y eso es fundamental para la lucha del proletariado. No obstante, eso no puede significar la execración o el confinamiento de otras expresiones artísticas. Es preciso decir que el proletariado tiene que defender la libertad artística, incluso la libertad de la burguesía para hacer arte, sea él del tipo que fuere. En ese sentido, como clase, el proletariado es superior a la burguesía. Además, siguiendo ese pensamiento, yo haría hoy una pieza épica hablando de la defensa de la libertad artística, de todas las artes, incluso del drama.

Sobre lo que dices aquí:

“Criterio materialista: sólo en el romance es posible practicar discurso indirecto libre para exponer alguna verdad relevante; en el cine y en el teatro también (con la condición de que aceptemos que el cine y el teatro son del género épico). Y el artista que no se esfuerza en hacer eso, ¡no está a la altura de las ‘reglas del arte’! ¡Puede ser descalificado exactamente por eso!”

Dices que “es incoherente con la idea épica la execración de cualquier tipo de arte que sea verdadero”. Y agrego: así como es incoherente dejar de combatir la falsa crítica que la consagra. No se trata de prohibir nada ni tenemos condiciones de hacer eso, pues la “libertad”, mientras tanto, es asegurada por el propio mercado. Pero podemos y debemos caer de lleno **en las obras** que propagan falsedades. *Si los artistas son y deben ser libres para hacer lo que bien entienden en este mundo burgués en el que vivimos, nosotros también tenemos el derecho de acoger o rechazar sus obras por criterios pautados en las ‘reglas del arte’. Denunciar, por ejemplo, el estrago realizado por Denise Fraga en la pieza de Brecht. Llamarla ignorante, oportunista y desfachatada”* (Iná).

Tenemos, claro, todo el derecho de criticar una obra que violenta las reglas del arte, como hizo Denise Fraga en *A alma boa de Tsé Tsuan* [*El alma buena de Sezuan*, N. de T.], de Brecht, que transformó la pieza en un producto comercial y, como si fuera poco, ruin. No estoy de acuerdo con llamarla ignorante porque no creo que sea ignorante, oportunista tal vez, e ilusa con el mercado. Pero, para mí, lo más importante es ganar a los artistas para el arte verdadero, para la lucha contra el mercado.

Otra cosa es execrar a un artista por divulgar en su obra una postura política con la cual no concordamos o introducir falsedades. No sólo podemos como tenemos la obligación de criticarlo, en el campo de la política.

Pero en ambos casos, tenemos también la obligación de resguardar y defender su derecho a escenificar lo que quiera. Creo que es la gran lección que debemos transmitir al proletariado.

En primer lugar, han de resguardarse los dos ámbitos. Una cosa es que desde el ámbito artístico, munidos con el conocimiento de las reglas del arte, hagamos una crítica a los artistas que estén violentando esas reglas, y otra, bien diferente, es execrar a un artista o una obra por propagar falsedades o posiciones políticas burguesas.

El realismo socialista fue justamente una indistinción entre ambos, fue la consagración de la politización del arte que abrió camino para que el Estado crease un cuerpo de censores (que no sabían nada de arte) para decir lo que valía y lo que no valía (sobre la base de criterios políticos que resultaron en aberraciones artísticas o en una estética aberrante).

En el período revolucionario, jamás podremos defender que el Estado obrero dicte las reglas para el arte o trate a los artistas como personas execrables por no seguir el “gusto” revolucionario. Si así lo hiciera, lo único que conquistará será un repudio por parte de los artistas, que darán la espalda a la revolución. Un artista oportunista se encuadrará, pero un artista verdadero, fiel a sí mismo y a sus principios, ¡jamás! ¡Ese, con absoluta certeza, luchará por “toda libertad en arte”!

Por lo tanto, ¡si un artista quiere escenificar dramas, que lo haga; incluso dramas burgueses! ¡Si quiere escenificar teatro épico, maravilloso, que lo haga! Todos tienen que tener el mismo espacio en los teatros públicos y nadie debe ser execrado. Como dijo Trotsky, ¡sólo vamos a combatir a aquellos artistas que se levanten en armas contra la revolución!

///

Luchar, sobre todo, contra el idealismo

Pienso que el teatro realmente innovador, hoy debe, sobre todo, luchar contra el idealismo. Mostrar a las masas y en primer lugar a los propios artistas que los hombres son, antes que producto de las ideas, producto de las condiciones materiales de vida. Las ideas, de forma dialéctica, surgen de las condiciones de vida y no lo contrario. El fetichismo de las ideas y su idealización/mistificación se deshacen cuando ellas son confrontadas con la dureza de la realidad.

Luchar hoy por un teatro que exalte el colectivismo, el optimismo revolucionario, un teatro que crea en el futuro y que sea contra la mistificación, no es más lo que era en los años '20 cuando Trotsky expresó esa idea.

¿Qué significado tenían esos conceptos en la época de Stalin?

La idea del colectivismo. Para el stalinismo, colectivismo significaba la liquidación de todo lo que sea individual, propio de cada uno, original o inédito. Colectivismo fue sinónimo de desgracia para el campesinado, con la colectivización forzada. Para los artistas, colectivismo fue sinónimo de realismo socialista, aceptación de lo colectivo como lo supremo del revolucionario, en contraposición al individualismo burgués. Todo lo que era contra el colectivismo era a favor del individualismo, por lo tanto, era burgués.

Optimismo revolucionario. Eso significaba creer ciegamente en la política del partido y apoyar con optimismo (léase, de forma acrítica) sus acciones, que nada tenían de revolucionarias. Optimismo revolucionario significó exaltación del socialismo, que la verdad nunca llegó a existir en la URSS y en ningún lugar del mundo. Lo que existía era la coexistencia pacífica con el imperialismo, la idea del socialismo en un solo país, que fue nefasta para el proletariado y para la revolución mundial.

Creer en el hombre nuevo. Esa es una construcción absolutamente idealista, por lo tanto, falsa, que no tiene cabida en la realidad. Para el marxismo, el hombre es fruto de las condiciones concretas de vida. ¡Mientras mandaba a las masas a creer en el hombre nuevo, lo que se daba en la URSS con Stalin era el hombre hambriento, desharrapado, atrasado, sirviendo de carne de cañón para los bandidos imperialistas en las trincheras de la guerra!

El misticismo/idealización. Conceptos que no cambiaron con el stalinismo y que hoy el capitalismo alimenta con el hambre, la miseria, el descreimiento en el futuro. ¡Y son esos hombres y mujeres los que deberán hacer la revolución! Tremenda contradicción. La lucha ideológica contra el misticismo

es fundamental en el campo teórico, pero, como dijeron Lenin y Rosa Luxemburgo, ella pasa sobre todo por la lucha contra las condiciones materiales de vida. Hoy se puede decir que la inmensa mayoría del proletariado (y de los artistas también) son religiosos, creen en distintas sectas, y eso crece de manera alarmante. Gran parte de los actores y las actrices de los grupos teatrales son espiritistas o evangélicos. Y, sin embargo, están haciendo un teatro renovador, que entra en contradicción con sus creencias. Eso es inevitable que suceda. Otros no son religiosos pero mistifican el capital, el mercado, y se arrodillan frente a él sin la menor conciencia crítica.

Sobre utilizar los criterios políticos en el arte

La censura política es uno de los resultados de eso: aplicar en el arte los criterios de la política. No precisamos repetir lo que sucede en los períodos de dictadura militar. Pero hoy eso continúa, de forma atenuada, claro, mas todos sabemos que la democracia burguesa no pasa de una dictadura de la burguesía con otros métodos.

No faltan ejemplos. Hablo de mis propios casos. Intentamos presentarnos en los CEUs [Centros Educativos Unificados, N. de T.] de la Prefectura de San Pablo. El *Grupo Cena Livre* fue inscrito, pero cuando supieron que el tema de la pieza era la lucha de las mujeres, evitaron llamarnos. Todavía en los CEUs, supimos de un grupo que fue excluido porque la pieza contenía “malas palabras” [lenguaje soez], y eso no era recomendable para niños.

Podemos argumentar que esa censura ocurre en los CEUs porque son controlados por el gobierno. No obstante, en la propia Cooperativa [Paulista de Teatro – CPT, N. de T.], un ámbito nuestro, se puede decir, ocurre lo mismo. Cuando mi nombre fue propuesto para integrar la Comisión de Fomento [al Teatro], fui excluida por ser militante del PSTU, con el argumento de que mis posiciones políticas irían a influenciar en la selección de los grupos. Mejor elegir alguien “neutro” o alguno de la “derecha” (¡!!!).

Esos criterios políticos son nefastos y nos están llevando a un callejón sin salida. Los ejemplos son innumerables entre la clase artística, lamentablemente. Tenemos que crecer políticamente para poder elevar a los artistas como fuerza revolucionaria, y es parte de ese proceso saber separar los ámbitos político y artístico, no del modo como la burguesía lo hace sino con los criterios del marxismo.

CONTRARRÉPLICA: MARXISMO Y ESFERAS

Iná Camargo Costa

Parte V

“El marxismo enseña que es preciso separar las esferas: la política, la economía, la cultura. Claro que una contagia a la otra, ejerce una influencia dentro de una relación dialéctica, pero son esferas distintas, con sus propias reglas, y una no puede imponer sus reglas a las demás”.

¡Nada de eso! Quien separa las esferas e insiste en su autonomía (las reglas propias) es la escuela weberiana [por Weber], que recalienta la olla kantiana [por Kant]. El marxismo, por ser dialéctico, insiste en la crítica que Hegel ya había hecho a esa separación. Para los marxistas que aprendieron con Hegel, es la ideología burguesa que separa y divide las esferas; la dialéctica materialista junta lo que la ideología separó. La base materialista sobre la cual economía, política, derecho, técnica, ciencia y cultura evolucionan son las relaciones de producción. Estas determinan todo lo demás. Y sus reglas se imponen a todas las “esferas”.

“La economía política, como expresión teórica del capitalismo, debe ser estudiada de forma distinta y con otros métodos que el drama como expresión artística de la concepción burguesa del mundo. No podemos poner en el mismo pie de igualdad la economía política (el capitalismo) y el drama, porque son dos esferas distintas y con amplitudes distintas. ¡Recordemos que Stalin y Zdanov, para justificar el realismo socialista, usaban esa táctica!”.

Stalin nunca se manifestó sobre el asunto. Y Zdanov adoptó el drama como regla y compás para la literatura y el teatro bajo la rúbrica de “realismo socialista”.

“Economía política” es, como dice Engels, la **teología del capital**. Pues bien: el drama da **forma** a los pilares de esa teología profana afirmando la **autonomía del individuo**, la separación de las esferas pública y privada, el interés **del arte** por la esfera privada, y así sucesivamente. Él puede y debe ser estudiado como el arte que da expresión artística a la concepción burguesa del mundo, de la misma forma que la economía política da expresión teórica. El drama da expresión a esa concepción de mundo así como los autos medievales [composición dramática breve, en la que aparecen personajes bíblicos y alegóricos. Durante el siglo XVI los autos eran representados en las iglesias y en las calles, N. de T.] daban forma (humana) a la teología propiamente dicha.

La táctica de Zdanov y de los stalinistas fue justamente la weberiano-socialdemócrata de *separar* las esferas. Y fue exactamente por eso que el “Estado obrero” (ya bajo el control stalinista y, por lo tanto, degenerado, como lo definió nuestro LD [Trotsky]) promovió el Teatro de Arte de Moscú a modelo: ellos “directamente” no trataban de cuestiones políticas. El propio Stanislavsky escribió que su teatro era una escuela de “buenos modos” (y olvidó agregar “burgueses a la manera rusa”...).

Además, en el proceso de la traición a la revolución, uno de los argumentos de los stalinistas contra el *agitprop* fue el de que ellos no se interesaban por la “vida cotidiana” (¡consigna formulada por Diderot!) y sólo trataban de cuestiones políticas...

Este caso agrega un dato histórico más sobre la regresión stalinista a los padrones burgueses: uno de los argumentos de los artistas conservadores ganados por el stalinismo fue el de que los militantes del *agitprop* –a partir de la NEP– precisaban abandonar los hábitos *amateurs* (en realidad, militantes) y profesionalizarse, esto es: retomar los criterios de organización burgueses –como en el Teatro de Arte de Moscú–, creando compañías con patrones y empleados asalariados, retomando la división del trabajo, la alienación y, sobre todo, las decisiones “de arriba hacia abajo”.

///

Arte general y arte militante

“No debemos exigir de todo artista que para ser bueno tenga que ser de izquierda o tener inquietudes políticas, porque como marxistas sabemos que los campos del arte y de la política son distintos, exigen habilidades distintas, vocaciones distintas; un artista puede ser muy bueno en su metier pero no comprender las leyes del movimiento revolucionario, lo que no desmerece su arte”.

Una cosa es discutir, analizar, examinar, criticar –en términos de producción hegemónica– cualquier cosa que sea producida. Otra, muy diferente, es presentar una propuesta militante a artistas interesados en criticar este mundo. Para **estos** artistas (ya militantes o interesados en tornarse) es, sí, necesario ofrecer una formación marxista completa, incluso en lo que se refiere a su especialidad. Así, para los que quieren hacer teatro, es preciso presentarles en abordaje marxista la tradición que comienza con Antoine y, en Rusia, con Stanislavsky; él **también** hace parte de nuestra tradición. Pero, así como Antoine y Zola, fue superado por Brecht, porque para nosotros los criterios sucedidos de la determinación histórica son fundamentales. Es claro también que, así como la dialéctica no descarta la lógica, la teoría crítica del teatro no puede hacerlo con Esquilo y Aristóteles, ¡ni que decir de Shakespeare, Diderot, Zola, Antoine y Stanislavsky! Todos tiene que ser tomados en una perspectiva materialista, que tenga en cuenta determinaciones históricas, sociales, políticas y estéticas.

En verdad, este es el desafío: apropiarnos de la herencia cultural nos obliga a conocer todo lo que se dice respecto de lo que la humanidad ya produjo hasta ahora. Y, en este sentido, también, las recomendaciones de Brecht pueden ser adoptadas y desarrolladas.

Brecht consideraba que teníamos mucho que aprender con las tradiciones multimilenarias del teatro chino. Y agrego (inspirada en Peter Brook): ¡con las multimilenarias tradiciones de la India, también! ¿Por qué? Porque, si queremos realmente hablar de **humanidad** y no sólo de la cultura producida en el occidente capitalista, no podemos dejar **nada** afuera.

De ahí también mi interés por todo lo que proviene del mundo oriental, árabes incluidos, del candomblé que vino del África, de nuestras culturas indígenas, más los innumerables sincretismos operados en este lado del occidente...

///

Alcance del teatro épico

“No insistir en que apenas una determinada forma artística, ni incluso el teatro épico, es verdadera, sino que el camino debe mantenerse abierto para todas ellas”.

En verdad, el teatro épico no hizo nada más que romper la barrera normativa (del siglo XIX) que separaba rígidamente el drama de las varias especies del épico, como el romance, el cuento e, incluso, la “gran épica” (Homero, Virgilio, Camões).

Teatro épico no es **sólo** una determinada forma artística. Al romper la frontera entre los géneros, estableció un criterio que da más (y no menos) libertad a los artistas, a los críticos, a los investigadores. Es un concepto que, para comenzar a hablar, **resolvió** la crisis del drama al **romper** conscientemente con sus límites de contenido y forma. Fueron los practicantes del teatro épico los que demostraron en la práctica que era posible hacer **excelente** teatro sin limitarse al drama, a los asuntos de la esfera privada, y tratar de cualquier asunto, incluso los de las esferas de la política, de la economía y de la propia cultura. Fueron los practicantes del *agitprop* y después del teatro épico los que demostraron que era posible escribir piezas sin precisar **imponer** al contenido el desarrollo dramático de la acción y de personajes. Fueron los practicantes del teatro épico quienes mostraron en la práctica que era posible hacer teatro de altísima calidad utilizando cualquier recurso técnico, a comenzar por la presencia física de un narrador.

Por otro lado, la superación del drama no significa despreciar la esfera de la vida privada ni echar a la basura los recursos técnicos desarrollados por cerca de trescientos años de teatro burgués (tomando a Shakespeare como marco cero). Significa superación en el sentido dialéctico: los recursos del drama son **subsumidos**, esto es, sobredeterminados por los épicos. Así, un drama familiar puede muy bien aparecer, pero sobredeterminado por las circunstancias sociales y políticas en que ocurre. Hay infinidad de ejemplos, comenzando por la obra del propio Brecht.

Un caso absolutamente genial está en la pieza de Peter Brook presentada en el Brasil en 2004: *Tierno Bokar*. Como Peter Brook hace teatro épico, examina la trayectoria de un africano que nació en una colonia francesa y tuvo problemas hasta de acento al hablar “francés”. ¡Y pasa de la esfera familiar más íntima a la pública (la dominación francesa) con la mayor naturalidad!

Si él hubiese hecho un drama, la pieza no tendría el alcance crítico que tiene. En cuanto a la convivencia de las formas, incluso las históricamente superadas, es operación del mercado. Aceptarla como normal es simple liberalismo.

“El propio espectador va haciendo sus elecciones, ¿tiene derecho a eso! Y en ese proceso, mucho arte va quedando el camino, como ocurrió con el propio Grotowski, ya prácticamente olvidado”.

Espectador haciendo sus elecciones es argumento liberal: la gente hace elecciones en el supermercado y no por eso tiene libertad económica...

¿Afirmar que Grotowski está olvidado es ignorar lo que se da en las escuelas de teatro del mundo entero! Él es la mayor referencia de todos los “piratas” de la historia del teatro épico hasta hoy. Existe hasta una especie de “Iglesia Universal de los Discípulos de Grotowski”, liderada por Eugenio Barba, la ISTA [sigla en inglés de la Escuela Internacional de Antropología Teatral, N. de T.]. Barba está vivo, lo pasa bien y sus libros continúan siendo públicos y vendidos en todas partes. Sus discípulos realizan encuentros regulares en el mundo entero y en la Unicamp [Universidad Estadual de Campinas, San Pablo, Brasil, N. de T.] tiene hasta una filial de esa iglesia (el grupo Lume).

“En Casa de Muñecas [Ibsen] hizo una pieza dramática tan buena (esto es, tan dramática) que consiguió superar incluso lo que de más desarrollado había en su época: el propio drama”.

¿Una pieza dramática es buena por ser dramática? ¡No y no! Y si Ibsen ya **superó** el drama, dialécticamente podemos decir que la *validez histórica* de la forma está vencida.

La pieza de Ibsen interesa hasta hoy por haber sido la primera en poner a una mujer como **conductora** de la acción dramática. Y por haber hecho eso, desde el punto de vista dramático, la pieza está llena de defectos, comenzando por la acción (dramática) parada, lo que es una contradicción en los términos (en la pieza, el interés se vuelve hacia los hechos de Nora que están todos en el pasado, que es de la esfera de lo épico y por eso la acción no avanza). Como otros dramaturgos igualmente importantes para nosotros, Ibsen **puso en crisis** la forma del drama al demostrar en la práctica que el drama no permite ni siquiera la elección libre del héroe (tiene que ser hombre y de preferencia culto). Ibsen hace parte de nuestra historia por no haber conseguido hacer una “pieza **dramática** tan buena” así.

Para nosotros, dialécticos, ciertos “errores” son mucho más interesantes que los “aciertos”, pues esos “errores” apuntan al futuro. El futuro está inscrito en la propia pieza: al usar *flaskback*, Ibsen introdujo una técnica propia del romance, que es del género épico.

“En cuanto a Lukács (que, para mí, no era marxista) no tiene razón cuando dice que el realismo socialista era el equivalente, en el arte, al frente popular. Para el marxismo, las reglas del arte son unas, las reglas de la política, otras. Confundir las dos, aplicar en el arte las reglas de la política puede llevar (y llevó) al stalinismo y al fascismo”.

Antes que nada, Lukács no dijo que “realismo socialista” era “equivalente”, en el arte, al Frente Popular. Él dijo una cosa mucho más seria: que la lectura de las grandes obras de la literatura burguesa (Balzac, Tolstoi, Shakespeare) prepararía los espíritus (paso a él la palabra) “para que **asimilaran las opciones políticas** asumidas por el Frente Popular y aprehendieran el *humanismo político* de estas obras mediante la comprensión de las grandes épocas progresistas y *democráticas* en la evolución de la humanidad, (...) es preparado *en lo íntimo de las grandes masas*” un suelo fértil para la democracia revolucionaria de *nuevo tipo*, representada por el Frente Popular” [Lukács, 1996, p. 228, tomado de *Balzac, el preferido de Marx, visto por G. Lukács*, cap. V, Renato Franco, FCL-UNESP, Araraquara, Brasil].

De hecho, cuando escribió este texto, Lukács estaba en pleno ejercicio de las tareas que le habían sido atribuidas por el stalinismo (que, este sí, no es, en rigor, marxista). El texto fue publicado en Moscú en 1938, en una revista llamada *Das Wort*. Lo entiendo así: la adopción de los parámetros burgueses para las prácticas literarias ayuda a convencer a los proletarios de la necesidad de aliarse (nosotros sabemos que es someterse...) a la burguesía en la lucha contra el nazismo. Y así fue hecho. Mi interés en el episodio es porque él muestra que, de parte de los stalinistas, la adopción de los parámetros burgueses es programática. Por lo tanto, en esta cuestión nosotros sólo discordamos en cuanto al orden de los factores: yo afirmo que “aplicar en el arte las reglas de la política” (de alianza de clases) es la esencia del stalinismo, y no que esto “llevó al stalinismo”. Mi deducción: una vez que eso fue realmente hecho, se hace preciso activar una crítica *política* de la política de alianza de clases en el arte y en la política.

En cuanto a que Lukács no es marxista, aun teniendo mis objeciones, creo que él se convirtió al marxismo en *Historia y conciencia de clase*, pero con-

tinuó preso de sus amarras neokantianas. Y, en parte por causa de ellas, se transformó en un stalinista convencido. Es por eso que me interesan sus intervenciones en esta cuestión.

En todo caso, marxista o no, es suyo un ensayo llamado “Narrar o describir”, donde hace la defensa más obstinada que ya leí sobre **drama** como criterio de construcción de la narrativa. Es un texto stalinista que proclama a Tolstoi como modelo y tira a Zola a la basura...

Por último, si descartas a Lukács por no marxista, ¿cómo justificas la búsqueda de apoyo teórico en Ortega y Gasset, que vino de su misma escuela (neokantismo) y era un metafísico anticomunista declarado? No tengo dudas: entre estos dos me quedo con Lukács sin pensarlo dos veces, porque con él ¡hasta puedo pelear!

“Trotsky ni siquiera combatió el movimiento Proletkult (Iná).

Trotsky no combatió el Proletkult en nombre, justamente, de esa defensa de ¡toda libertad en arte! Era una experiencia que se desarrollaba en aquellos primeros días de la revolución, que él dejó correr, como a todas las demás, para ver hasta dónde iba. También es preciso tener en cuenta que en aquellos años '20 él estaba más preocupado por destruir los ejércitos blancos, ganar la guerra y salvar el Estado obrero”.

No está de más agregar que Trotsky contó con el apoyo militante del *Proletkult* en esa misma lucha...

Por otro lado, ni Trotsky, **después de la Revolución**, defendía libertad total para el arte y a los artistas. Cito *Literatura y Revolución* (pp.203-4): “Ciertamente, si su comedia intentase decir: ‘Vean adónde nos condujeron; retornemos al dulce y viejo nido de la nobleza, **la censura la prohibiría y actuaría como convenga**. Pero si su comedia dice: ‘Ahora estamos en vías de construir una nueva vida y he aquí la suciedad, la vulgaridad, la servidumbre vieja y nueva, que precisamos limpiar’, entonces **la censura no la prohibirá**. Si ella interviniese, incurriría en una estupidez contra la cual nos levantaríamos”.

El Proletkult acabó siendo un organismo de represión a los artistas “rebeldes”, de control policial del arte, en fin, un brazo del stalinismo. Tanto que después LD [Trotsky] escribió que ¡la cultura proletaria jamás existiría!

¡No es verdad! El *Proletkult* fue literalmente **suprimido** por los stalinistas, entre otras cosas porque no concordaba con la “profesionalización” de los grupos teatrales. Los stalinistas crearon las infames asociaciones de escrito-

res (controladas desde arriba), ridiculizadas por Maiakovski, que obligaron a todos los grupos a disolverse y a sus integrantes a incorporarse a ellas para ser mejor controlados. En cuanto al *Proletkult*, Trotsky escribió que la cultura socialista seguramente habría de incorporar su experiencia como uno de sus elementos. Personalmente, creo que, pautados por la propuesta (anarquista) de la autoactividad, ellos fueron los más radicales proponentes de la organización del proletariado, sobre todo los jóvenes, en colectivos con vistas a la consolidación de la revolución...

Nuevamente, insisto: Trotsky discordaba desde 1905 con la “teoría” de Bogdanov y Lunatcharsky sobre la “cultura proletaria” del futuro. Entre tanto, en 1918 fue de los más importantes defensores de la indicación de Lunatcharsky al cargo de Comisario del Pueblo para la Instrucción Pública, dando rienda suelta a la acción del *movimiento Proletkult*.

Sobre los que los hicieron durante la guerra civil, cito a continuación partes de investigación (francesa, en traducción casera) sobre el *agitprop*, que se refieren al trabajo de ellos:

“En el campo teatral, el *Proletkult* –que, a pesar de su importancia no representa toda la corriente del autoactivismo– da [al autoactivismo] una expresión tal que, *en cincuenta años de maledicencia, las críticas a él se limitan a su fragilidad doctrinaria*. Esto porque el autoactivismo entiende el teatro como un sistema de relaciones sociales (y relaciones de poder) que precisan ser transformadas: separación entre teatro y vida cotidiana de los productores, *materialización de la ideología burguesa en el profesionalismo*, autoridad del texto escrito o *tiranía del director y pasividad del público frente a la escena*, entre otros. Para superar estos problemas, el teatro autoactivo investiga la dinámica de los trabajos y de los compromisos; mantiene apertura permanente de la *troupe* [elenco] a la adhesión de voluntarios; la elaboración colectiva de los guiones y de los espectáculos; recurre a la ayuda limitada y controlada de especialistas; solicita la participación más amplia posible de la comunidad en los proyectos teatrales, ya sea con la información, con la realización de ensayos abiertos, en la preparación de materiales (escenarios, vestuarios), así como pide opiniones y colaboración concreta también en las representaciones, por la actuación de los espectadores como co-actores; en fin, por la salida del teatro de su espacio fijo gracias a los espectáculos adaptados o ya concebidos para la presentación al aire libre (teatro callejero) o en locales no usuales, como fábricas, escuelas, hospitales, cuarteles y, tam-

bién, por la participación de los artistas en las tareas prácticas de la comunidad, como la preparación de fiestas y la ayuda en las campañas de alfabetización y escolarización.

Por fin, la maledicencia contra el *Proletkult* también es obra del stalinismo. El propio Lukács (*Realismo crítico hoje*. Brasília: Coordenada, 1969) relata que fueron necesarios años de lucha –a partir de la resolución de 1925 del Comité Central– para **imponer** los ideales del “realismo socialista”, lo que finalmente se dio en el Congreso de Escritores de 1934. Uno de los pilares del “realismo socialista” era justamente el rescate y la promoción de obras y escritores que hasta 1924 (cuando Trotsky escribió *Literatura y Revolución*) habían sido censurados por reaccionarios...

“Mucha gente gusta de estudiar las “ideas estéticas de Marx” (Lukács es uno de ellos); tiene hasta un libro escrito con el nombre de “Estética marxista”, pero eso no existe. ¡Marx jamás dejó escrito o pretendió escribir un manual de estética, según él mismo! No existe una estética marxista en rigor, existen opiniones de Marx sobre el arte y la cultura, y todas ellas tributarias del materialismo, o sea, el arte como uno de los aspectos del modo de producción de la vida humana. Hoy, ver el arte como uno de los aspectos del modo de producción de la vida humana es ver el arte como mercancía”.

Concordamos en una parte. No existe una “estética” en Marx. Pero existe ya una larga tradición marxista de reflexión sobre cuestiones estéticas, comenzando por Arnold Hauser con su *Historia social de la literatura y del arte*. Son de extrema importancia los autores que son marxistas y dialécticos y escriben e investigan sobre el asunto en todas las áreas de la producción. En el campo de la crítica literaria, para dar sólo un ejemplo, hay un autor, Dolf Oehler, que demostró cómo hasta Baudelaire debe ser incorporado a la tradición a que me refiero, de poetas que se interesan por **nuestros** asuntos (porque trató del paisaje humano parisino que resultó de las masacres de 1848). Eso para no hablar nada de nuestro Robert Schwarz, que revolucionó la lectura de la obra de Machado de Assis entre nosotros.

Por otro lado, creo que en *El Capital*, en *Teorías sobre la plusvalía*, en *La ideología alemana*, en textos periodísticos, en fin, en su obra entera, es posible delinear algunos valores estéticos que Marx practica. Por ejemplo: *humor* es fundamental; practicar la *preterición* siempre que sea posible; el interés por *contradicciones* de todo tipo, comenzando por las verbales, es obvio; claridad de pensamiento y exposición; y, sobre todo, **reclamar de**

todas las sandeces de los portavoces de la burguesía. No preciso decir que veo todos esos valores –y muchos otros–, siempre pautados por el recorte **de clase**, en la obra de Brecht, de Baudelaire, de Maiakovski, de Tretiakov, etc., etc. Y creo que Trotsky estaría de acuerdo con esta propuesta, una vez que (siempre en *Literatura y Revolución*, ahora p. 203) él escribió: “No dudo (si me permiten utilizar una expresión tan subjetiva) de la necesidad que tiene el teatro ruso de un **repertorio nuevo** que oriente **la vida revolucionaria** y, principalmente, [tenemos necesidad] de una **comedia soviética**. (...) No una nueva escenificación de viejas comedias, no una parodia carnavalesca (...). Tenemos, simplemente, necesidad de una comedia de costumbres soviéticas que suscite **risa e indignación**. *La nueva clase, la nueva vida, los nuevos vicios y la nueva estupidez exigen que se levante el velo.* Cuando eso ocurra, **tendremos un nuevo arte dramático, porque es imposible mostrar la nueva estupidez sin nuevos métodos**”.

Yo creo realmente que los nuevos métodos que el teatro épico sintetiza fueron desarrollados principalmente durante los años de la guerra civil.

Finalmente, hoy ya no basta constatar que el arte es mercancía. Los decadentistas* también pensaban así y reaccionaban practicando lo que Trotsky llamó “migración interna”, lo que derivó en innumerables propuestas de arte “alternativo”, o independiente.

Hoy tenemos que ir más lejos y, como dices más arriba, un partido que se pretende revolucionario tiene que poner a la orden del día la disputa de los medios de producción del arte, o luchar por la socialización de los medios de producción cultural.

¿Crees que un artista sin formación política (¡marxista, claro!) tiene condiciones de entender lo que significa esto?

“Pero es fundamental delimitar los campos: el campo del arte es uno, el campo de la política, otro. Eso es estratégico para no correr el riesgo de repetir el realismo Socialista y proponer una nueva revolución cultural al estilo maoísta, como ocurrió en China, donde se confundió arte y política, todo es la misma cosa, tiene las mismas reglas, el Estado y el partido pueden intervenir en el arte, y el resultado de eso fue que ¡millares de artistas fueron tildados de burgueses y contrarrevolucionarios porque no defendían el arte oficial, el tal arte proletario, y acabaron siendo expulsados, asesinados, execrados!”.

* Decadentismo es una corriente artística, filosófica y literaria originada en Francia en las últimas décadas del siglo XIX, que se contraponen al realismo y al naturalismo [N. de T.].

Pues, creo mucho más grave la persecución stalinista a los artistas que participaron de la revolución –e inventaron el teatro épico– que resultó en ejecuciones (Meyerhold, Tretiakov), deportaciones a Siberia (Asja Lacis) o restricciones de la actividad (Eisenstein, que se convirtió en profesor y dejó de hacer filmes).

Continúo creyendo que es un error político (liberal) delimitar los campos: si, como dices tú misma, faltó al partido bolchevique elaborar esas cuestiones, nosotros deberíamos empeñarnos en eso. Y tener incluso una política para el arte y para los artistas, que muy bien puede tomar como inspiración el *Manifiesto de la Fiari* pero no puede quedarse en él, pues este fue escrito en 1938 con el fin estratégico de construir un Frente; tenemos que considerar todo lo que vino después. Principalmente, la sofisticación del fascismo y el desarrollo de las fuerzas productivas en el campo cultural. Continúo creyendo que en este punto Walter Benjamin tiene razón: delante de la fascistización de la vida, la respuesta de los artistas tiene que ser la politización del arte. Suponiendo que seamos victoriosos en la disputa de los medios de producción teatral (lo que equivale a decir que la toma del poder ya ocurrió): ¿vamos a tratar sobre los contenidos con criterios liberales? ¡Trotsky no estaría de acuerdo con eso!

“Celar para que sea garantizado el respeto a las leyes específicas a que está sujeta la creación intelectual”.

Sólo conozco dos obras que trataron extensamente sobre las “leyes específicas de la creación” artística en general: *Lecciones de estética* de Hegel y *Teoría estética* de Adorno. En campos específicos, no conozco nada mejor para las artes plásticas que la obra de los teóricos del constructivismo ruso; en música, nada mejor que los tratados de Schoenberg y los estudios de Adorno y Hanns Eisler (que se corresponden, punto por punto, con las reflexiones de Brecht sobre teatro); en el campo de la crítica literaria, Antonio Candido, Roberto Schwarz y Walter Benjamin; y ¡¡¡¡¡en el campo de la historia del teatro, Peter Szondi!!!!

Estoy completamente a favor de lo que dice el *Manifiesto de la Fiari*, pero creo que tenemos que **conocer** las tales leyes específicas de la creación intelectual, de preferencia según los estudios de la tradición marxista, para no hablar en abstracto.

“Afirmación incoherente con el inicio del texto, donde tú misma dices que hasta el marxismo fue apropiado por la burguesía. Pero no importa;

cuando hablamos de apropiarse nos referimos a distorsionar, mercantilizar, poner a su servicio. Nunca lo que es apropiado por la burguesía permanece igual, porque pasa a propagar su ideología, sus valores, su concepción del mundo”.

Entonces, estamos de acuerdo: que la burguesía se apropie de alguna cosa no significa que la eleve a la condición de **cultura dominante**. Por el contrario: **su** cultura continúa dominante y lo que ella saquea queda subordinado a sus valores. Es por eso que todo el mundo en el teatro brasileño ama Shakespeare (sin conocer nada más que dos o tres piezas) pero nunca oyó hablar de Otto Brahm.

“Estas son las reglas del arte”

Cada período histórico establece **sus** “reglas del arte”. Las del drama son las del arte burgués. Transitorias como cualquier otra época histórica. Y las del teatro épico fueron forjadas luego de la victoria de Octubre de 1917. Como vivimos un período de contrarrevolución y enfrentamiento de clases y ya sabemos cuáles son las del drama, podemos sí, encuadrarlas como burguesas. Y lidiar **críticamente** con ellas. De mismo modo que la burguesía, en las artes plásticas, forjó la perspectiva y revocó las reglas del arte medieval. Y los artistas plásticos de finales del siglo XIX e inicios del XX rompieron con la perspectiva, fenómeno que sólo fue totalmente comprendido después de la Revolución de Octubre.

En el ensayo “Teatro en la lucha de clases” utilicé como enunciado la siguiente proposición del (también trotskista) Alan Woods: *“Como la religión, el arte tiene sus raíces en la prehistoria. Ideas, estilos, movimientos artísticos pueden sobrevivir en la mente humana por mucho tiempo después de desaparecido el contexto concreto en el que surgieron. Al fin de cuentas, la mente humana se caracteriza por su conservadurismo. Ideas que hace mucho tiempo perdieron su razón de ser permanecen tenazmente arraigadas en la psiquis humana y continúan desempeñando un papel, a veces determinante, en el desarrollo humano. Esto es más evidente en la religión, pero también se aplica al campo del arte y de la literatura”.*

Con este enunciado quiero decir que concuerdo, sí, con que las reglas del drama aún valen (porque son vehículo legítimo de la ideología dominante) y deberán continuar valiendo probablemente por mucho tiempo después

de la revolución obrera mundial. Pero dialécticamente pienso que, así como (para citar el ejemplo de Trotsky) la burguesía produjo tanto el estilo gótico (medieval) como el renacentista, y después abandonó el gótico, el proletariado ha de producir tanto drama como teatro épico y lo que más aparezca en los años de la transición; y, por fin, en un futuro que ni conseguimos imaginar, el arte teatral (suponiendo que siga existiendo, ¿cómo saber?) acabará abandonando el drama. Por otro lado, también puedo adoptar, como innumerables marxistas ya hacen, el criterio de la lucha de clases aquí también: el hecho de que ya exista el teatro épico (así como el dodecafonismo, el constructivismo, etc.) me permite cuestionar críticamente las prácticas teatrales pautadas por el drama (en la música por los tonos, y en la pintura por la perspectiva) y principalmente los ejercicios teóricos que, por ejemplo, descartan como inválidas las experiencias épicas, porque las juzgan por criterios dramáticos en los cuales ellas no se encuadran.

Aquí, las “reglas del arte” se transforman también en criterio político: si un drama puede ser evaluado como óptimo porque siguió las reglas del drama, ¿por qué una pieza del género épico no tiene el derecho de ser juzgada por las reglas de lo épico? ¿Por qué un criterio idiota cualquiera puede descartar como ruin una pieza o un filme épicos que no siguen las reglas del drama? Eso continúa sucediendo hasta hoy, ¿no es así? ¿No tenemos el derecho de defender los filmes que son hechos según sus propios criterios, aunque no sean dramáticos (Godard, por ejemplo)? El estado de conocimientos sobre arte, hoy, nos permite, sí, cuestionar los criterios de la crítica.

Voy a dar un contraejemplo práctico: desde los años '80, por lo menos, hay una tendencia en el cine mundial a hacer filmes en los cuales el recorte del foco narrativo es determinado por niños. Algunos ejemplos: *Papá está en viaje de negocios* (Emir Kusturica, 1985), *Machuca* (Andrés Wood, 2004), *El año que mis padres se fueron de vacaciones* (Cao Hamburger, 2006), *Infancia clandestina* (Benjamín Ávila, 2011). Una decisión como esta significa que el cineasta –un adulto, ¿cierto?– se limitó a exponer la comprensión que un niño tiene de los procesos histórico-políticos de extrema gravedad (stalinismo en Yugoslavia, dictadura en el Brasil, montoneros en la Argentina). Según las exigencias “de las (nuestras) reglas del arte” (incluso los conocimientos provenientes de la teoría del teatro épico), podemos exigir tratamiento crítico y absolutamente verdadero del asunto tratado (a partir de la total libertad de elección por parte del artista). Pues bien: siendo uno de

nuestros criterios la verdad artística, ¿cuál es la verdad posible en el tratamiento infantil de asuntos de esta envergadura? Ninguna, aun cuando los filmes expongan “hechos vividos”, por la simple y buena razón de que un niño no entiende casi nada de lo que ocurre con él y mucho menos con su país. ¡Ni qué decir de un problema del tamaño del stalinismo en Yugoslavia! Y todos estos filmes son considerados excelentes por criterios dramáticos.

Establecimiento histórico del criterio: Marcel Proust escribió *Por el camino de Swann*, Graciliano Ramos escribió *Infancia*, Zé Lins do Rego, *Menino do Engenho*, y Gunter Grass, *El tambor*. En estos romances, los narradores practican el discurso indirecto libre, esto es, asocian las percepciones del niño que recorta el foco narrativo a la comprensión que un adulto (el verdadero narrador cuya voz se alía a la del niño) tiene del mundo y de la experiencia infantil. Traducción: se dan de narices, pues asumen sus propios conocimientos y opiniones sobre lo que está siendo expuesto a través de la visión de un niño. Lo mismo ocurre con los cineastas arriba citados que, *practicando una convención dramática*, se esconden detrás de los límites del conocimiento infantil (esto, para decir lo mínimo, porque hasta esa convención dramática es mal utilizada).

Criterio materialista: si en el romance es posible practicar discurso indirecto libre para exponer alguna verdad relevante, en el cine y en el teatro también (con la condición de que aceptemos que el cine y el teatro son del género épico). Y el artista que no se esfuerza por hacer eso, ¡no está a la altura de las “reglas del arte”! ¡Puede ser descalificado exactamente por eso! Dices que “*es incoherente con la idea épica la execración de cualquier tipo de arte que sea verdadero*”. Y yo agregó: así como es incoherente dejar de combatir la falsa crítica que lo consagra. No se trata de prohibir nada y no tenemos condiciones de hacer eso, pues la “libertad”, mientras tanto, es asegurada por el propio mercado. Pero podemos y debemos caer con todo **sobre las obras** que propagan falsedades. Si los artistas son y deben ser libres para hacer lo que bien entienden en este mundo burgués en el que vivimos, nosotros también tenemos el derecho de acoger o rechazar sus obras por criterios pautados en la “reglas del arte”. Denunciar, por ejemplo, el estrago realizado por Denise Fraga en la pieza de Brecht. Llamarla ignorante, oportunista y desfachatada.

Si el “**Teatro-Fórum**” de Boal fuese aquello que dices, no habría sido asimilado por las brigadas teatrales del MST [*Movimento Sem-Terra* del

Brasil, N. de T.]. Él fue (y continúa siendo) una importante herramienta para la discusión de las cuestiones de género en el movimiento, y ya produjo importantes resultados, incluso en las reglas de documentación de los asentamientos.

Además, los innumerables grupos de teatro “del oprimido” esparcidos por el Brasil tienen los más variados tipos de desarrollo y hace años discuten tanto Brecht como otras formas de teatro de *agitprop*. Incluso porque muchos ya descubrieron que “Teatro-Fórum”, tal como el propuesto por Boal, es una variante dramática del “proceso de agitación” soviético, que debatía cuestiones de la esfera pública, incluso las judiciales, y era igualmente una “escenificación” de tribunal, con debates, testimonios y jurados. El “Teatro del Oprimido” tiene un valor importantísimo en nuestra historia. Es un capítulo que no debe ser descartado en ninguna hipótesis, cualesquiera sean las críticas que se le puedan hacer, principalmente si nuestra perspectiva también fuera la de construir un frente de lucha en las artes. ¿Por qué dejar de lado a millares de militantes –organizados en el mundo entero– dedicados a las técnicas del “teatro del oprimido”?

¿Quien aplaudió la expulsión de la crítica de los periódicos? Tienes toda la razón: la crítica, por más reaccionaria que sea, siempre es un buen termómetro de la lucha de clases (entrega los miedos de la clase dominante). Los periódicos sacan la crítica porque precisan vender sus espacios para la publicidad... ¡Eso no puede ser motivo de conmemoración!

Lo siento mucho pero, el metafísico Ortega y Gasset, ¡ni pensar! ¡Él está equivocado hasta cuando está en lo cierto! El arte es mercancía desde que la burguesía asumió el control de la economía. La propia idea de autonomía del arte depende del mercado. Libros, piezas de teatro, artes plásticas, música, todo es mercancía, hasta la propia crítica. En este asunto prefiero las consideraciones de Adorno en “Crítica cultural y sociedad”...

“NO SÓLO DE POLÍTICA...”*

Isaac Deutscher

Parte VI

El texto que publicamos a continuación fue escrito por Isaac Deutscher, uno de los más conocidos biógrafos de León Trotsky, autor de la trilogía escrita entre los años '20 y '30 intitulada: *Trotsky, el profeta armado, desarmado y desterrado*. En el segundo libro (*El profeta desarmado*), Deutscher dedicó el capítulo 3 a las posiciones de Trotsky sobre Cultura. Le puso por título “No sólo de política...” para hacer referencia al artículo de Trotsky intitulado “No sólo de política vive el hombre”, publicado en el periódico Pravda en 1923. Aquí publicamos algunos fragmentos del capítulo 3 de Deutscher, con los cuales Iná Camargo Costa polemiza.

*

La Revolución de Octubre dio impulsos nuevos a la vida cultural, pero también la perturbó totalmente y creó dificultades enormes. Eso habría ocurrido con cualquier revolución, incluso en las circunstancias más favorables y aun con los elementos educados de la nación de su lado. El efecto fue inmensamente agravado cuando la principal fuerza motora de la revolución era una clase oprimida, sin bienes y necesariamente inculta. Es cierto que los líderes bolcheviques eran hombres de la intelectualidad y algunos tenían amplia y profunda cultura. Eran, sin embargo, sólo un puñado. Los “cuadros” estaban constituidos principalmente por trabajadores autodidactas y otros autodidactas de origen pequeñoburgués. El Partido les dio conocimientos de política, organización, y a veces de marxismo, en términos amplios. Pero con demasiada frecuencia su abordaje de los asuntos culturales mostraba que un poco de conocimiento puede ser peor que la ignorancia total.

■■■■

* Traducción nuestra.

La mayoría de la intelectualidad recibió con hostilidad la Revolución de Octubre. Algunos intelectuales murieron en la guerra civil. Muchos emigraron. De los que sobrevivieron y permanecieron en Rusia, muchos sirvieron al nuevo régimen como “especialistas”. Unos pocos se convirtieron entusiastamente a la Revolución e hicieron todo lo posible para elevar a la nación, culturalmente. La mayoría de los intelectuales, sin embargo, era demasiado rígida en sus hábitos conservadores, o demasiado intimidada, o demasiado mediocre y servil para ejercer una intensa y fructífera influencia intelectual. Se irritaron al ser puestos bajo las órdenes de comisarios auto-didactas o semi-educados. Por otro lado, los comisarios no tenían, con frecuencia, confianza propia, se tornaban desconfiados e inclinados a ocultar sus dudas íntimas con la fanfarronada. Estaban, también, fanáticamente convencidos de la justicia de su causa y seguros de haber encontrado en el marxismo, del cual, necesariamente, tenían un conocimiento también apenas parcial, la clave para todos los problemas de la sociedad, incluso los del arte y la ciencia. Se confirmaron, así, los preconceptos característicos de la intelectualidad y la certeza de que el marxismo no les podría enseñar nada, que su *Weltanschauung** era una simple “mezcla de verdades semi-asimiladas”. Se estableció, así, un abismo entre ellos y los nuevos grupos dominantes.

Trotsky –como Lenin, Bujarin, Lunatcharsky, Krasin y algunos otros– se empeñó en eliminar esa distancia. Pedía a los comisarios y secretarios del Partido que trataran a los intelectuales con consideración y respeto e insistía con ellos para que mostrasen mayor comprensión de las necesidades de la época y del marxismo. Esas solicitudes tuvieron efecto, pero el abismo, aun menor, continuó existiendo. Posteriormente, volvió a ampliarse. En la medida en que la jerarquía del Partido comenzó a liberarse de todas las formas de control público y a habituarse al gobierno arbitrario, se inclinó cada vez más por imponer su voluntad por sobre el científico, el hombre de letras y el artista también. Y comenzó a desarrollar sus propias ambiciones y a estimular aspiraciones “culturales” que le lisonjeaban la vanidad de arribista al mismo tiempo que parecían tener los méritos de la innovación revolucionaria. Los *slogans* de la “cultura proletaria”, “arte proletaria” y “literatura proletaria” fue-

* *Weltanschauung*, palabra alemana que significa cosmovisión o “visión del mundo”. Representa una imagen general de la realidad o del “mundo” que tanto una persona como una sociedad o una cultura se forman en una época, y que conlleva determinadas percepciones, conceptos y valoraciones sobre el entorno [N. de T.].

ron creados, adquiriendo rápidamente la misma popularidad que la “doctrina estratégica proletaria” disfrutara en el ejército, algún tiempo antes.

Trotsky consideró su tarea luchar contra la ignorancia y denunciar la inutilidad de los *slogans* sobre la cultura y el arte proletarios. No era fácil. La idea de una cultura proletaria atraía a algunos intelectuales bolcheviques y a los jóvenes trabajadores, en quienes la Revolución despertara un ansia de educación, pero en quienes también liberó los instintos iconoclastas. Y en segundo plano estaba la anárquica hostilidad de los campesinos en relación con todo lo que estuviese asociado con el modo de vida de la nobleza rural, incluso sus “valores culturales”. (Cuando el mujik incendió la mansión de su señor, muchas veces dejó que las llamas devorasen la biblioteca y los cuadros –veía en ellos apenas una parte de los bienes del señor–). Teóricos bolcheviques razonan ese humor iconoclasta transformándolo en un pseudo rechazo a la vieja “cultura de clase” que debía ser barrida. El *Proletkult* proclamaba el advenimiento de la ciencia y arte proletarios. Los doctrinarios de ese grupo de autores y artistas argumentaban con cierta razón que, tal como hubo épocas feudales y burguesas en la historia de la civilización, así también la dictadura proletaria debería iniciar una cultura proletaria, impregnada de conciencia de clase marxista, internacionalismo militante, materialismo, ateísmo, y así por delante. Algunas personas insistían en que el marxismo, en sí, ya constituía esa nueva cultura. Los creadores y partidarios de tal opinión lucharon por conseguir el apoyo del Partido, e incluso por hacer de ella el principio orientador de la política educacional.

Tanto Lenin como Trotsky repudiaron la teoría del *Proletkult*. El primero, no obstante, se limitó a declaraciones rápidas e incisivas, dejando el terreno a Trotsky, más habituado a él. Veremos cómo Trotsky condujo la argumentación contra el *Proletkult*. Las pretensiones de esta, sin embargo, eran apenas la expresión extrema de una inclinación ya generalizada más allá de los círculos *Proletkult*, especialmente entre los miembros del Partido encargados de los asuntos educacionales y culturales, una inclinación a solucionar tales cuestiones con consignas, a determinar las reglas e intimidar a los que eran más que bien educados, inteligentes de más, o independientes de más para obedecer. Fue ese estado de espíritu, del cual nacería la política cultural del stalinismo, el que Trotsky intentó vencer: “El Estado es una organización de fuerza”, dijo en un discurso a los educadores, “y los marxistas que disponen de puestos pueden sentir la tentación de realizar incluso su trabajo cultural

y educacional entre las masas trabajadoras según el principio: *he aquí la verdad, arrodíllense ante ella*. Es claro que nuestro gobierno es fuerte. El Estado de los trabajadores tiene el derecho y el deber de aplicar la fuerza, y la aplicamos de forma impiadosa contra los enemigos de la clase trabajadora. Pero en la educación de esa clase, ese método: *he aquí la verdad, arrodíllense*, contradice la esencia misma del marxismo”.

Estas exhortaciones y advertencias llenan muchas páginas de *La Cultura del Período de Transición*, volumen XXI de las *Obras* de Trotsky. Consignas dirigidas a científicos y prohibiciones de sus teorías “no nos pueden traer sino daño y vergüenza, insistía él, previendo los prejuicios y la vergüenza de los pronunciamientos de Stalin sobre Lingüística y Biología, para no hablar de las herejías sociológicas. Debemos agregar que Trotsky no argumentó con ese espíritu sólo después de haber sido llevado a la Oposición. Ya en enero de 1919, escribía:

“Nuestro Partido jamás fue y jamás podrá ser un adulator de la clase obrera. La conquista del poder no transforma, por sí misma, a la clase trabajadora ni la enviste de todas las virtudes: apenas abre, a su frente, la oportunidad de aprender, desarrollar la mente y liberarse de sus errores. Con un esfuerzo intenso, los principales grupos de la clase trabajadora de Rusia realizaron un trabajo de gigantesca significación histórica. Incluso en esos grupos, sin embargo, hay demasiado conocimiento incompleto y semi competencia”.

(...) Era perjudicial, reiteraba él, abordar el “legado cultural” del pasado con un desprecio nihilista. La clase trabajadora tenía que apoderarse de ese legado y protegerlo. El marxista no debía aceptar todo sin criterio, sino ver dialécticamente la herencia cultural y sus contradicciones históricamente formadas. Las realizaciones de la civilización habían, hasta ahora, servido a un doble propósito: habían asistido al hombre para que adquiriese conocimiento y controlase la naturaleza, y en el desarrollo de su propia capacidad. Pero también sirvieron para perpetuar la división de la sociedad en clases y la explotación del hombre por el hombre.

(...) El *Proletkult*, como sabemos, pretendía la aceptación oficial de su “escuela de pensamiento” e incluso un monopolio. Sus autores, Lebendinski, Pietnev, Tretiakov y otros, encontraron un foro en dos publicaciones, *Kuznitsa* y *Oktyabr*, y más tarde fundaron su propia publicación, la militante *Na Postu*. Como Bujarin, director del *Pravda*, y Lunatcharsky, Comisario de

Educación, patrocinaban el *Proletkult* fue necesario el pronunciamiento de Lenin para contenerles las pretensiones. Cuando los autores del *Proletkult*, perturbados por las críticas de Lenin se volvieron contra Trotsky buscando su protección, él respondió que defendería el derecho que tenían de exponer sus opiniones francamente, pero estaba completamente de acuerdo con Lenin sobre la inconveniencia y la inutilidad de todos los *slogans* sobre literatura y arte proletarios. Incluso los más modestos clichés sobre una “nueva época socialista en arte” o un “nuevo renacer revolucionario en la literatura” era inocuos: “las artes revelaron una impotencia terrible, como siempre ocurre en el inicio de una gran época. Como la lechuza, ave de la sabiduría, así el pájaro cantor de la poesía sólo se hace oír después del poniente. En las horas del día las cosas son hechas, y solamente al anochecer el sentimiento y la razón evalúan lo que ocurrió”.

(...) La refutación de la idea de una “cultura proletaria” constituye la parte central y más discutida de *Literatura y Revolución*. En el prefacio, Trotsky resume así su argumento:

“Es un error oponer la cultura y el arte proletarios a la cultura y el arte burgueses. Cultura y arte proletarios jamás existirán. El régimen proletario es pasajero y transitorio. Nuestra Revolución extrae su significación histórica y su grandeza moral del hecho de establecer las bases para una sociedad sin clases y de la primera cultura verdaderamente universal”.

No debemos razonar, por lo tanto, con base en la analogía histórica y concluir que como la burguesía creó su cultura y arte propios, el proletariado también hará lo mismo. No es sólo el “propósito” de la revolución proletaria –su lucha por la cultura sin clases– que invalida el paralelo. Lo que la contraría aún más fuertemente es una diferencia básica en los destinos históricos de las dos clases. El modo de vida burgués se desarrolla orgánicamente en el transcurso de varios siglos, al paso que la dictadura del proletariado puede durar décadas, pero no más que eso. Su período de vida está lleno de violentas luchas de clase que no dejan tiempo para el crecimiento orgánico de la nueva cultura.

“Aún somos soldados en marcha. Tenemos un día de descanso. Debemos lavar nuestras camisas, cortar y peinar nuestro cabello y principalmente limpiar y engrasar nuestros fusiles. Todo nuestro presente trabajo económico y cultural es

apenas una tentativa de establecer cierto orden entre dos batallas y dos marchas. Nuestra época no es de una nueva cultura. Sólo forzando conseguiremos abrir los portones para ella. En primer lugar, debemos adquirir los elementos más importantes de la vieja civilización”.

La burguesía puede crear su cultura porque aun bajo el Feudalismo o el Absolutismo, antes aún de haber conseguido el dominio político, poseía riqueza, poder social, educación y estaba presente en casi todos los campos de actividad espiritual. La clase trabajadora sólo puede conseguir, en una sociedad capitalista, en la mejor de la hipótesis, la capacidad de derrumbar tal sociedad. Siendo, sin embargo, una clase sin bienes, explotada y sin instrucción, sale del dominio burgués en una condición de pobreza cultural. No puede, por lo tanto, crear una nueva y significativa fase en el desarrollo de la mente humana.

No fue, en verdad, la clase trabajadora, sino pequeños grupos de hombres del Partido e intelectuales (que también en este sector se pusieron en el lugar de la clase) que pretendieron crear una cultura proletaria. No obstante, ninguna “cultura de clase puede ser creada a espaldas de una clase”. Ni puede ser manufacturada en laboratorios comunistas. Quien dice ya haber encontrado la cultura proletaria en el marxismo argumenta con ignorancia; el marxismo fue el producto y la negación del pensamiento burgués y hasta ahora aplicó su dialéctica principalmente al estudio de la Economía y Política, al punto que la cultura es la “suma total del conocimiento y la técnica que caracteriza a la sociedad como un todo, o por lo menos, a su clase dominante”.

La contribución de la clase trabajadora a la literatura y el arte es insignificante. Será exagerado hablar de poesía proletaria tomando como base la obra de unos pocos trabajadores-poetas dotados de talento. Las realizaciones artísticas que ellos pueden alegar son consecuencia de su aprendizaje con poetas burgueses e incluso preburgueses. Aun cuando sus escritos son inferiores, todavía tienen valor como documentos sociales y humanos. Pero es un insulto al proletariado – “una demagogia populista” – tratar tales escritos como un nuevo arte capaz de hacer época. “El arte para el proletariado no puede ser de segunda categoría.

Los escritores del *Proletkult* hablan mucho de la literatura y la pintura ‘nuevas, monumentales, dinámicas’. Pero, ¿dónde, camaradas, está ese arte

‘de las grandes telas y de gran estilo’, aquel arte ‘monumental’? ¿Dónde está? ¿Dónde?” Hasta ahora fueron sólo palabras, jactancia y ataques a los adversarios del *Proletkult*, a los imagistas [corriente literaria y estética modernista de inicios del siglo XX, que defendía el uso del lenguaje coloquial y con imágenes, y expresiones precisas y directas, N. de T.], futuristas, formalistas y a los *paputchiki* [expresión que significa compañeros de viaje, N. de T.], sin cuyas obras la literatura soviética estaría completamente empobrecida, restándole apenas las ambiguas “notas promisorias” del *Proletkult*.

Como era de esperar, Trotsky fue acusado de ecléctico, de venerador de la cultura burguesa, de estimular el individualismo burgués y negar al Partido el derecho y el deber de “ejercer el liderazgo” en la literatura y el arte. Respondió:

“El arte debe encontrar su propio camino. Los métodos del marxismo no son sus métodos. El Partido ejerce el liderazgo en la clase trabajadora, mas no sobre la totalidad del proceso histórico. Hay campos en los cuales dirige de forma directa e imperiosa. Hay otros en los cuales supervisa y otros más en los cuales sólo puede ofrecer cooperación. Hay, finalmente, campos donde puede sólo orientarse y mantenerse informado sobre lo que se está haciendo. El campo del arte no está en la esfera en la que el Partido es llamado a comandar”.

Los ataques exagerados contra el individualismo no tenían cabida: él tenía un doble papel, tuvo sus efectos reaccionarios pero también los tuvo revolucionarios y progresistas.

La clase trabajadora sufrirá no por los excesos sino por una atrofia del individualismo. La personalidad del trabajador no está formada aún, ni bastante diferenciada. Formarla y desarrollarla es tan importante como entrenarla en las técnicas individuales. Es absurdo temer que el arte del individualismo burgués pueda solapar el sentimiento de solidaridad de clase del trabajador. “El que el obrero absorberá de Shakespeare, Pushkin, Goethe y Dostoievsky es una idea más compleja sobre la personalidad humana, sus pasiones y sus sentimientos”.

En el capítulo final del libro, Trotsky discute “certezas e hipótesis” sobre las perspectivas. Las “certezas” se refieren sólo al “arte de la Revolución”; sobre el “arte socialista”, que sólo podría nacer en una sociedad sin clases, hacía apenas suposiciones. El arte de la Revolución, latiendo con todos los conflictos de clase y pasiones políticas de la época, pertenece a una fase de

transición, al “reino de la necesidad” y no al de la libertad. Sólo en una sociedad sin clases puede fructificar la solidaridad humana y solamente entonces “los sentimientos que nosotros, revolucionarios, tenemos vergüenza de llamar por sus nombres, porque los hipócritas y canallas desgastan esas palabras, solamente en una sociedad sin clases los sentimientos de amistad desinteresada, de amor al prójimo y de compasión sincera sonarán poderosamente en la poesía socialista”.

(...) El hecho indudable de que la literatura ha servido de vehículo a las aspiraciones sociales no justifica la negligencia o la falsificación de su lógica artística y la tentativa sea de canonizar o de prohibir cualquier estilo. Algunos críticos reaccionaron groseramente contra el simbolismo. No obstante, “no fue el simbolismo ruso que inventó el símbolo. Apenas lo absorbió en la lengua rusa modernizada. El arte del futuro ciertamente no renunciará a las realizaciones formales del simbolismo”. Ni renunciará a los géneros y formas tradicionales, aun cuando algunos críticos los rechacen como obsoletos, diciendo que la sátira y la comedia pasaron de tiempo y que la tragedia estaba muerta por ser incompatible con una filosofía de vida materialista y atea.

El funeral de los viejos géneros fue por lo menos prematuro. Aún hay lugar para un “Gogol soviético” o un “Goncharov soviético” que denuncie impiadosamente “la vieja y nueva basura”, los viejos y nuevos vicios y la estrechez mental que se encontraba en la sociedad soviética.

Los que hablaban de la extinción de la tragedia argumentaban que la religión, destino, pecado y expiación constituyen el centro del motivo trágico. Contra eso, Trotsky observó que la esencia de la tragedia está en el conflicto más amplio entre la mente despierta del hombre y el ambiente que lo oprime, conflicto inseparable de la existencia del hombre y que se manifiesta de diferentes formas en las diferentes fases de la historia. El mito religioso no creó la tragedia, sólo la expresó “en el lenguaje imaginativo de la infancia de la humanidad”.

El destino, tal como lo concebían los antiguos y las Pasiones Cristianas medievales, no son encontrados en los dramas de Shakespeare, producto artístico de la Reforma. Shakespeare marca, por lo tanto, un progreso significativo sobre la tragedia griega: “su arte es más humano”. Muestra las pasiones terrenas del hombre trascendiendo al propio hombre y transformándose en una especie de Destino. Lo mismo ocurre con el drama de Goethe.

(...) Aun hipotético, como lo eran todas las especulaciones sobre el arte socialista, el pensamiento de Trotsky era que se podían discernir algunos indicios sobre él en las innovaciones confusas, a veces incluso hasta insensatas, numerosas en el arte soviético de aquellos años. En el teatro, Meyerhold buscó una nueva síntesis “biomecánica” del drama, ritmo, sonido y color y Tairov intentó “derrumbar la barrera” entre el palco y el público, el teatro y la vida. La pintura y la escultura lucharon para salir del *impasse* en que se encontraron después del agotamiento de los estilos de representación. En la arquitectura, la escuela “constructivista” de Tatlin rechazó las formas ornamentales, defendió el “funcionalismo” y preparó planos ambiciosos para jardines urbanos y edificios públicos dignos de la sociedad socialista. Lamentablemente, tales planos no tuvieron en cuenta las posibilidades materiales, aun cuando encerrasen, en la opinión de Trotsky, elementos racionales e intuiciones valiosas.

(...) Había aquellos que, con Nietzsche, argumentaban que una sociedad sin clases, si llegase a existir, sufriría de exceso de solidaridad y llevaría a una existencia pasiva como la del rebaño, en la cual el hombre, extintos sus instintos de competencia y lucha, degeneraría. No obstante, el socialismo, lejos de extinguir el instinto humano de emulación, lo redimirá, volcándolo a finalidades más altas. En una sociedad libre de los antagonismos de clase no habrá competencia por el lucro ni lucha por el poder político. Las energías y pasiones del hombre se concentrarán en la emulación creadora en los campos de la tecnología, la ciencia y el arte. Nuevos “partidos” nacerán y lucharán entre sí por ideas, por el planeamiento de comunidades humanas, tendencias de educación, estilo en el teatro, en la música y en los deportes, sobre esquemas para canales gigantescos, fertilización del desierto, regulación de los climas, nuevas hipótesis químicas, etc.

Las luchas, “emocionantes, dramáticas, apasionadas”, abarcarían la sociedad como un todo y no simplemente a pequeños grupos cerrados.

“El arte no tendrá falta, por lo tanto, de las variedades de energía nerviosa y estímulos psicológicos colectivos” que producen nuevas ideas e imágenes. Las personas se dividirán en “partidos” artísticos rivales, según temperamentos y gustos. La personalidad humana crecerá, se perfeccionará, y desarrollará aquella cualidad sin precio que le es inherente: “la cualidad de jamás contentarse con lo que consiguió”.

Eran, en verdad, perspectivas remotas. Inmediatamente adelante estaba

una época de violenta lucha de clase y guerras civiles, de las cuales la humanidad saldría empobrecida y miserable. Y entonces, la conquista de la pobreza y de la penuria en todas sus formas llevaría décadas –durante ese período la naciente sociedad socialista sería tomada por una “pasión por lo que constituye hoy los mejores aspectos del americanismo”, por la expansión industrial, los récords de productividad y el confort material–. Pero esa fase también pasaría y entonces se abrirían perspectivas que la imaginación no podía siquiera abarcar:

“Los sueños presentes de algunos entusiastas sobre la posibilidad de dotar la vida del hombre de una cierta calidad teatral y armonía rítmica se encuadran en esta perspectiva de una forma coherente y perfecta. La monotonía de alimentar y criar a los niños será ahorrada a la familia individual por la iniciativa social. La mujer saldrá finalmente de la semiesclavitud. Las experiencias socio-educacionales evolucionarán con un ímpetu hoy inconcebible. El modo de vida comunista no crecerá ciegamente, como arrecifes de coral en el mar. Será construido conscientemente. Será controlado por el pensamiento crítico. Será dirigido y extendido. El hombre aprenderá a mover ríos y montañas, a construir palacios del pueblo en las alturas del Monte Blanco y en el fondo del océano y dará a su existencia no sólo riqueza, color y tensión dramática, como también un carácter altamente dinámico. Tan pronto comience a formarse una costra sobre la existencia humana, ella explotará sobre la presión de nuevas invenciones y realizaciones. Por fin el hombre comenzará, ansiosamente, a armonizar su propio ser. Buscará dar mayor precisión, sentido, economía y, consecuentemente, belleza, a los movimientos de su cuerpo en el trabajo, al caminar o al jugar. Deseará dominar los procesos semiconscientes e inconscientes de su propio organismo: respiración, circulación de la sangre, digestión, reproducción, y buscará, dentro de los límites inevitables, sujetarlos al control por la razón y la voluntad. Homo sapiens, ahora estancado, es tratado como objeto de los más complejos métodos de selección artificial y entrenamiento psicofísico. Esas perspectivas persiguen la totalidad del desarrollo del hombre. Él comienza eliminando la oscuridad de la producción y de la ideología, rompiendo por medio de la tecnología la rutina bárbara de su trabajo, y derrotando a la religión por medio de la ciencia. Enseñada, por medio de la organización socialista, elimina la espontaneidad ciega, elemental, de las relaciones económicas. Finalmente, en los más profundos y sombríos rincones del inconsciente brilla la naturaleza del propio hombre.

En ella, evidentemente, él concentrará el esfuerzo supremo de su mente y de su iniciativa creadora. La humanidad no habrá dejado de arrastrarse delante de Dios, del Zar, y el Capital sólo para entregarse humildemente a las oscuras leyes de la herencia y a la ciega elección sexual. El hombre luchará para controlar sus sentimientos, para elevar sus instintos a la altura de su mente consciente y esclarecerlos, canalizar el poder de su voluntad para sus profundidades inconscientes. De esa forma, se elevará a nuevas alturas, crecerá, transformándose en un tipo biológico y social superior, en el superhombre, si quieren.

Es difícil decir anticipadamente cuáles son los límites de autodomínio que el hombre podrá alcanzar, tal como es difícil prever hasta qué punto podrá desarrollar su dominio técnico de la naturaleza. La construcción social y la autoeducación psicofísica se tornarán aspectos gemelos de un mismo proceso. Todas las artes –literatura, teatro, pintura, escultura, música y arquitectura– transmitirán aquel proceso de una forma sublime. El hombre se tornará más fuerte, más sabio, más sutil. Su cuerpo se tornará más armonioso; sus movimientos, más rítmicos; su voz, más musical. Las formas de su existencia adquirirán una cualidad teatral dinámica. El hombre medio ascenderá a la estatura de Aristóteles, Goethe, Marx. Y por arriba de ese cenit, surgirán nuevos picos”.

Toda la concepción “trotskista” de la cultura y del arte fue atacada sin demora. Ella ofendía a los miembros semi-instruidos del Partido, por su amplitud y complejidad. Ultrajaba al burócrata, a quien negaba el derecho de controlar y reglamentar la vida intelectual. También era antagónica a las secas literarias ultrarrevolucionarias, cuyas pretensiones rechazaba. Así, se formó en el sector cultural un “frente” antitrotskista bastante amplio, mantenido, reforzado y finalmente absorbido por el frente político. La lucha contra la influencia de Trotsky como crítico literario se tornó parte de la tentativa de destruir su autoridad política y sus adversarios declararon que las opiniones de Trotsky sobre el arte eran parte de la herejía trotskista más general.

El ataque se centró en su negativa sobre la posibilidad de cultura proletaria, pues en ese terreno desafiaba, del modo más provocativo, los intereses que se estaban formando y fue denunciado como defendiendo una forma de liberalismo burgués. Una parte muy reducida de la gran masa de argumentación dogmática, surgida entonces, conserva aún interés. La mayoría de lo que se dijo fue prácticamente negado por sus propios inspiradores, es-

pecialmente por Stalin, cuando algún tiempo después desautorizó brutalmente todas las pretensiones de los escritores y artistas “proletarios”, disolvió sus organizaciones y los persiguió cruelmente. Hacia mediados de la década de 1920, sin embargo, Stalin lisonjeaba todas las ambiciones literarias y culturales, a fin de “movilizar” para su lado a la intelectualidad y a los semi-intelectuales.

De los argumentos presentados contra Trotsky, uno o dos deben ser mencionados. Lunatcharsky lo criticó bajo la alegación de que, reconociendo apenas las grandes culturas feudal y burguesa del pasado y la cultura del socialismo que debería surgir en el futuro, trató la dictadura proletaria como un vacío cultural y vio el presente como un hiato estéril entre un pasado y un futuro creadores. Esa fue también la esencia de una crítica más específica hecha por Bujarin en una conferencia sobre política literaria, convocada por el Comité Central en febrero de 1925. Incluso concordando con que Trotsky había hecho su defensa de forma impresionante y con que también Lenin había criticado enérgicamente la “cultura proletaria”, y con que la clase trabajadora revolucionaria podía ejercer el liderazgo político pero no el cultural, Bujarin, aún así, sostenía que el proletariado conseguiría, con el tiempo, el predominio cultural, así como conseguiría transmitir su carácter a la creación espiritual de la última época de la sociedad de clases. El error de Trotsky, continuó él, era imaginar que la dictadura del proletariado y la transición al socialismo serían de duración tan corta que no darían tiempo al apareamiento de una cultura de la clase proletaria; que no tomara en cuenta el “ritmo desigual” del desarrollo social y político en diferentes países, la probabilidad o incluso la certeza de que eso abriría el proceso de revolución internacional en muchas fases separadas, prolongando mucho la dictadura del proletariado y, consecuentemente, dando tiempo a la formación de una cultura y un arte a ella peculiares.

Había una cierta verdad en el argumento de Bujarin (que constituyó parte de su defensa y de la de Stalin, del socialismo en un solo país). Cuando Trotsky afirmaba: “somos soldados en marcha. Tenemos un día de descanso. Nuestro presente trabajo cultural es apenas una tentativa de establecer cierto orden entre dos batallas y dos marchas”, en verdad sugería una rápida sucesión de grandes “batallas” de la revolución internacional, que habría acortado, radicalmente, la era de la dictadura del proletariado y la transición al socialismo. Esa expectativa estaba siempre presente en sus previsiones po-

líticas y también en la forma por la cual expuso su concepción de Revolución Permanente, a pesar de no ser esencial a la concepción en sí. No obstante, el “día de descanso” entre el ataque bolchevique de 1917-20 y la próxima gran “batalla” de la revolución duraría nada menos que un cuarto de siglo. El marxista bien puede indagar cuánto tiempo durará el “día de descanso” que siguió a la Revolución China. Trotsky subestimó, sin duda, la duración de la dictadura del proletariado y consecuentemente las proporciones en que esa dictadura tornaría un carácter burocrático.

Pero su error, demasiado evidente, sobre tal aspecto no invalida su argumento contra la “cultura proletaria”. Por el contrario, le da mayor fuerza aún. El hecho de que la dictadura y la transición hacia el socialismo durasen más de lo que él había previsto no torna la era de transición más fructífera culturalmente, ni más creativa. Por el contrario. El stalinismo no generó ninguna cultura proletaria. En lugar de eso, se empeñó en la “acumulación cultural primitiva”, esto es, en una difusión excepcionalmente rápida y amplia de la educación en masa y en la asimilación de la tecnología occidental. El hecho de que eso ocurriera dentro de la estructura de las relaciones sociales creada por la Revolución explicó el ritmo y la intensidad del proceso y le dio inmensa significación histórica. De cualquier modo, la realización consistió casi totalmente en la absorción, por la Unión Soviética, del legado de la civilización burguesa y preburguesa y no en la creación de una nueva cultura. Incluso esa realización fue perjudicada por el culto stalinista, con su despotismo, fetichismo y horror de cualquier influencia extranjera y miedo de la iniciativa independiente. La “acumulación cultural” fue “primitiva” en más de un sentido: fue acompañada de la supresión o deformación de los valores culturales más finos y más complejos que Trotsky estaba ansioso por preservar y desarrollar bajo la dictadura proletaria. Cuando él afirmó: “nuestra época no es de una nueva cultura, sólo forzando conseguiremos abrir los portones para ella”, inconscientemente resumía, por anticipado, la historia cultural de toda la era Stalin e incluso su sucesión. Durante toda esa era, la Unión Soviética, con manos y cabeza sangrientas, pudo apenas golpear en los portones de una nueva cultura, los portones que, ahora, forzó un poco.

NOTAS SOBRE EL PROLETKULT SEGÚN DEUTSCHER

Iná Camargo Costa

Parte VII

En estas notas, Iná contesta algunas de las afirmaciones hechas por Isaac Deutscher en el texto “No sólo de política...”, publicado en la parte VI de este dossier. Los números de página citados se refieren al libro *El profeta desarmado* (en portugués), que trae incluso ese texto en el capítulo 3.

*

- 1) En la página 182 hay un anacronismo: al situar en la posguerra civil la “creación de *slogans* como cultura proletaria” se pasa por arriba de la historia, pues el *Proletkult* fue fundada en setiembre de 1917 y Lunatcharsky, uno de sus fundadores, fue electo el primer Comisario del Pueblo para la Educación. No se puede desvincular el *Proletkult* del ascenso revolucionario de 1917.
- 2) En los textos de los principales teóricos del *Proletkult* hasta ahora disponibles (en Internet) y consultados, no encontré ninguna “proclamación del advenimiento de la ciencia y del arte proletarios”, que Deutscher les atribuye en la página 182.
- 3) Al contrario de lo que dice Deutscher en la página 183, no existe una “teoría del *Proletkult*”. Los textos disponibles son de intervención, y claramente definen las tareas de sus militantes en el campo de la acción cultural de modo enteramente compatible con las necesidades del momento (sobre todo en la guerra civil). Para ellos (Bogdanov y Lunatcharsky), se trataba de divulgar y practicar la teoría marxista en el campo cultural, principalmente a través del trabajo con los clásicos. Hay incluso

un ejemplo de extremo interés en que Bogdanov intenta analizar a Shakespeare con las herramientas que Marx y Engels utilizaran en la crítica a la religión.

- 4) Deutscher mezcla las actividades de los militantes del *Proletkult* con las actitudes de los burócratas protostalinistas y por eso acaba atribuyendo a los primeros la responsabilidad por la “política cultural del stalinismo”.
- 5) Atribuye al *Proletkult* pretensiones que sólo aparecerán después, como “aceptación oficial de su ‘escuela de pensamiento’ e incluso un monopolio” (p. 196). E incluye a Tretiakov entre sus militantes, lo que es un error. La reivindicación de monopolio apareció con las RAPP, VAPP*, y otras asociaciones de escritores “proletarios”, de las cuales el *Proletkult* no hacía parte. En *Literatura y Revolución*, Trotsky sugiere que Maiakovski se suicidó por incapacidad de lidiar con ellas y hay un poema en el que Maiakovski satiriza esas asociaciones.
- 6) Con relación a los *slogans* sobre literatura y arte proletarios, si Lenin estaba cierto en ser contrario (p. 196, ver también “Literatura partidaria...”, de 1905) y Trotsky concordaba con él, también es cierto que –exactamente en el período de la NEP, principalmente en sus inicios– la afirmación del punto de vista proletario en contraposición con el de los *nepmen*, incluso en el campo de las artes, era una necesidad política que fue enunciada tanto por Lenin como por Trotsky. Era lo que hacía el *Proletkult*.
- 7) En la página 204, Deutscher parece ignorar el hecho de que *todos* los interesados en el debate del *Proletkult* –Lenin, Trotsky, Bogdanov y Lunatcharsky– tenían plena conciencia del carácter *transitorio* de la organización, la cual asumió expresamente la tarea de elevar el nivel cultural de las masas desde el punto de vista de las tradiciones de lucha del proletariado, *en el período de la dictadura del proletariado*. Eso está en su propio nombre: *PROLETKULT* es una organización (del tipo frente) de lucha en el *frente cultural*, que defiende el *punto de vista del proletariado DURANTE* la dictadura del proletariado.
- 8) Cuando Deutscher afirma que el *Proletkult* “sólo lanzó notas promisorias” (p. 206), revela que no buscó informarse sobre sus acciones efectivas. No presenta un único hecho.

* RAPP es la sigla en ruso que significa Asociación Rusa de Escritores Proletarios de Rusia y VAPP es la de la Asociación Panrusa de Escritores Proletarios [N. de E.].

9) En la página 213 hay una citación del texto de Trotsky que me permite especular sobre una posible concordancia entre él y los adeptos del *teatro épico*: “El hombre luchará para controlar sus sentimientos, para elevar sus instintos a la altura de su *mente consciente* y *esclarecerlos*, canalizar el poder de su voluntad para sus profundidades inconscientes. De esa forma, se elevará a nuevas alturas, crecerá, transformándose en un tipo biológico y social superior, en el superhombre, si quieren. Es difícil decir anticipadamente, cuáles son los límites de *autodominio* que el hombre podrá alcanzar...” (destacados de Iná). Creo también que esta declaración explica el interés auténtico de Trotsky por la biomecánica de Meyerhold. Su restricción era de orden temporal: él dijo expresamente que Meyerhold y los constructivistas estaban precipitándose en relación con las posibilidades reales.

Aún en este punto, en la p. 214, Deutscher afirma que Trotsky habría retomado una perspectiva formulada por los utopistas franceses y después tomada por Thomas Jefferson –la de que todo hombre es potencialmente un atleta en el cuerpo (como decía Meyerhold) y un Aristóteles en la mente–. Tal perspectiva podría realizarse en el socialismo. Esa era también la opinión de Brecht.

10) Mi mayor objeción a Deutscher deriva del hecho de que le haya pasado la palabra a nadie menos que a Bujarin ¡y concuerde con él! Ocurre que Bujarin, sí, era un fervoroso adepto de la tesis de que ya había una cultura proletaria. Y en 1925, Bujarin criticó a Trotsky por que este afirmaba que no. Deutscher afirma que había una “cierta” verdad en el argumento de Bujarin (p. 216).

En este punto es evidente que –siguiendo a los stalinistas– Deutscher mezcló *Proletkult*, dictadura del proletariado, “cultura proletaria”, etc., porque él –Deutscher– ignoró la novedad introducida por Stalin, Bujarin y cía.: el socialismo en un solo país (y, en consecuencia, la necesidad de producir mentira en escala industrial).

11) A pesar del tropiezo de arriba, Deutscher acierta cuando afirma que “la realización (del programa cultural stalinista) consistió casi totalmente en la absorción, por la Unión Soviética, del legado de la civilización burguesa y preburguesa y no en la creación de una nueva cultura”. ¡Estoy completamente de acuerdo!

*Impreso en
Projeto IP Grafis
Rua Dom Bosco, 70
CEP: 03105-020,
Mooca, São Paulo, SP, Brasil*

ISSN: 2185-2281

1.000 ejemplares

Setiembre de 2013